

Antonio Saiz Dotor
Hayy Sidi Sa'îd ben Aÿiba al Andalusí

A la Búsqueda del Manantial

La Tradición Hermética de los Sufis

*Muchos son los "Cauces"
Pero sólo Uno
" EL MANANTIAL "
de donde todos proceden.*



MANDALA EDICIONES

Segunda edición 2003

© Hayy Sidi Sa'íd ben Ayiba al Andalusí
(Antonio Sáiz Dotor), 2002
© Mandala ediciones, 2002
Gorrión 62
28019 Madrid (España)
Tel.: +34 914722759
www.libroverde.com
mandala@libroverde.com

I.S.B.N.: 84-95052-82-2
Depósito legal: M-52.119-2002

Diseño de portada: T. Caballero

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor.

*Dedico este trabajo
a la memoria de mi inspirado maestro,
hoy extinto, el Sheyh al 'Ârif Hayy Sidi
Abdel Kader ben Aÿïiba,
de la Táriqa Shadzilia Darqauia Aÿïibia.
Que Dios, Allah (s.u.= bendito y alabado)
esté satisfecho de el. Por sugerencia suya
doy comienzo a este libro.*

PRÓLOGO

«Decir amigo es considerar insuficiente todo lo hermoso que no podemos compartir».

(El hajj Sidi Sa'id bin Ajiba al Andalusi).

La inspiración llega como un arrebato, que remueve algo por dentro y se convierte en lo que «brota» luego, de uno mismo. Es un soplo que invade el interior y ahoga, hasta que sale de ti; y cuando lo hace, arranca una parte de lo más recóndito del corazón, que se abre, respirando ese hálito guardado en él y se da a un intercambio con el mundo sensible (de los Atributos).

Para un wali (íntimo de Al-lâh), esa inspiración es dîkr (recuerdo). Y si entra en uno, no se queda estancada, retenida para ser poseída por un cuerpo que moriría sin reciclaje, sino que se devuelve al universo, una vez que haya transitado y ejercido su influencia, haciéndose posible en nosotros. Así que, en ese movimiento constante, en esa creación continua, actuamos como la naturaleza enseña, por la rahma (matriz-fuente) con la que Al-lâh riega la vida.

¿Qué hacemos con ese recuerdo? ¡respirar! lo aprehendemos desde que nacemos y lo repetimos hasta el último suspiro. Pero en ese impulso mecánico, la realidad consciente nos empuja a un gesto: imitando la nobleza ejemplar de la Belleza, que en ese mar de satisfacción que proporciona con su arrebataadora y generosa sutileza, nos sumerge en la plenitud de percepción de los sentidos con sus signos, cuando se manifiesta. Esa lección indica, cómo el Amor deja de ser un concepto abstracto, por Su «querer»; por Su deseo inago-



table de generar vida mediante Sus más bellos Nombres y Atributos, reflejados en lo creado.

Esa substancia insondable, oculta en la Noche de los tiempos, manifiesta en el romper del alba desde los días de la creación, ama para ser amada; se muestra para ser conocida a través de colores y sabores, formas y perfumes; por todo cuanto podamos percibir y contener como receptáculos de luz.

Y el 'abd (dócil a la acción creadora) –según la preciosa definición que nos regala el Haijy Sidi Sa'id – «el aprendiz de brujo», el «girasol» aprende a nutrirse de lo que le sustenta, con humildad, acatando una ley desconcertante y maravillosa: devolver más de lo que le ha sido dado. El Maestro le ha demostrado al aspirante, que no necesita más de lo que se le otorga y que de lo recibido, nada le pertenece; que con esa semilla, se fecunda lo que le ha sido confiado y que aumenta; que su agradecimiento, abarca tanto el compromiso de compartir, como de preservar la huella que deja en él. Y que todo ello es un depósito universal y ha de trasladarse de nuevo al Todo, volviendo desde uno mismo; ya no, partiendo de cero, sino acrecentado con la «maceración» de la esencia; de la perla cultivada.*

No es pues, que el mundo necesite de nosotros para transformarse; es más bien, que necesitamos que ese don nos penetre, para transformarnos con el mundo. La retribución del dikr es que vuelve, que no se seca, que siempre fluye...

La complejidad con la que Al-lâh maneja la alquimia de Su propia esencia, para que ocurran procesos incesantes en Su magnífica diversidad y en el diseño de Sus formas, siendo Uno-Único, es algo que escapa al azar, a la casualidad y a la imaginación de cualquier mortal; pero el ardid por el cual, se articulan y combinan los misterios de lo oculto; cómo se funden en la misma realidad, los mundos

* En el dikr, la inspiración contiene aproximadamente la mitad de lo que se expira. Por ese alargamiento se produce el estado que favorece el fikr (meditación). Por ese "vaciamiento" se facilita la Presencia.



celestiales y terrenales en esa cópula continua, en ese hermoso esfuerzo cósmico de los opuestos, para provocar el encuentro, y en esa intensidad para lograrlo, vemos la Majestad, la fuerza-violencia-potencia, necesaria para propiciar el suceso: Su acción generatriz.

El autor de este libro nos inicia en un camino de descubrimiento, con la sencillez del que va ligero de equipaje, con la perplejidad de quien observa la extraordinaria transcendencia en los detalles cotidianos; de quien alcanza a «ver» el fruto, accesible al deleite de unos pocos: «Caminaba absorto en una meditación sobre el aspecto a veces indeseable –a nuestro entender– de algunas formas de continente en las que se nos ocultan algunos maravillosos contenidos, en cómo a veces el envoltorio nos dificulta la clara percepción de lo que guarda. Concluía por lo tanto en que esa dificultad añadida no podía tener otro objetivo que el de educar la agudeza de nuestra mirada y habituarnos a la aniquilación del prejuicio. En ese momento vi ante mí una flor azulada de un crocus de prado, limpia y brillante, que brotaba esplendorosa del centro de un gran excremento de vaca... A partir de aquí cualquiera puede suponer el derrotero que tomaron mis pensamientos».

El hallazgo no es el fin en si mismo –sin por ello desmerecerlo– de esta sensibilidad, sino la actitud (estar atento) en el camino, lo que hace que el tránsito ascendente, eleve al sufi, en su proceso gradual de aspirar a la intimidad con la Realidad Trascendental. La orientación en el viaje propicia el encuentro.

También hay señales en este libro, de una intuición demostrada ya en la Vía del tasawuf por muchos sinceros, pero desafortunadamente eclipsada por la mediocridad de los que, a menudo se han dejado arrastrar por el inmovilismo de los dogmas, aferrándose a «creencias» y esquemas religiosos oligárquicos. El Haijy se pronuncia: «Estemos dispuestos a no dejarnos sojuzgar una vez mas por ningún totalitarismo religioso salvífico, denomínese secta o religión oficial! ¡No permitamos que manchen nuevamen-



te de impudicia nuestros dulces besos, nuestros cálidos abrazos, nuestras ideas torpes o sutiles! ¡No dejemos que perviertan todo aquello que nace de nuestra intimidad en desarrollo y que por lo tanto eleva nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu hasta lo que no es otra cosa que el don de Al-lâh en las rutas de la Revelación!».

Sa'id bin Ajjiba al Andalusi, «inspirado» por los grandes maestros, permite dilucidar una visión sobre la dimensión espiritual humana, que se aleja de los tabús oscurantistas, para reunirnos quizá, en una tradición espiritual común a todos los pueblos; nos invita al vínculo intemporal de un mensaje, transmitido de un modo u otro a toda la humanidad, y lo hace con un lenguaje que no necesita traducción en nuestra «torre de Babel», puesto que se expresa con la claridad; en sus propias palabras: «aprendiendo a retirar el velo de las apariencias» no ya del que informa, sino del que lo vive.

Ojalá que ese saboreo de miel pura, recogida en un panal libre de engañosas manipulaciones, sirva para recuperar lo más radical de la naturaleza del islam: Su paz.

Yaratullah Monturiol

UNOS APUNTES BREVES SOBRE LA HISTORIA

EL CRISTIANISMO ARRIANO PREISLÁMICO

El imperio romano había optado, durante el gobierno de Constantino, por una de las múltiples versiones del Cristianismo, la católica, a la que pertenecía el obispo Osio, tutor del hijo del emperador y por lo tanto con una gran influencia de cara a la familia imperial. En esa época, todas las versiones diversas del Cristianismo, enzarzadas entre si, competían por la supremacía de «su» particular versión del mensaje del Profeta Jesús.

A principios del siglo III, Hipólito, obispo de Roma, cita treinta y dos creencias Cristianas diferentes en franca competencia por la ortodoxia. A finales del siglo IV, Filastro, obispo de Brescia, hace un recuento de ciento veintiocho variantes creadas sobre un mismo Jesús. Esto nos da una idea de la debacle ideológica que padece, ya en este momento, el inicial mensaje de Jesús sobre la *simplificación y pureza del judaísmo*, a la sazón irreconocible.

Hubo dos grupos dominantes, alternativamente según las épocas. El grupo que se denominó Católico Trinitario, que llegó a hacerse definitivamente con el poder y el ideal Arriano, fundado por Arrio, de creencia unitaria, del que posteriormente nacería el Priscilianismo.

Este movimiento que llevó el nombre de su fundador, el Obispo Prisciliano, el mas que probable ocupante de la tumba que se venera en Santiago de Compostela, conformó en la Península Ibérica los fundamentos para la posterior expansión del Islam.



El grupo Católico, como todo el mundo sabe, mantiene la creencia de un Dios Uno y Trino (como misterio de fe), en tanto que los Arrianos, hoy extinguidos por la persecución ó integrados en su momento en el Islam desde el movimiento Priscilianista, mantenían la creencia en la Unicidad del Principio Creador. Por lo tanto, a diferencia del grupo católico, el Priscilianismo no admitía la divinidad de Jesús, a quien si veneraban como a un profeta.

Fueron éstos Cristianos Arriano -Priscilianistas los que, al igual que en la Península Ibérica, facilitaron la expansión del Islam por todo el norte de África, al reconocer en Muhammad al esperado, el último de los Profetas.

LA INVASIÓN ARABE EN ESPAÑA

El Sufismo Universal tiene ondas raíces en la biografía de los mas preclaros Maestros de Al Andalus. Fue aquí, en nuestra tierra, donde la Antigua Tradición alcanzó cotas de inestimable valor espiritual, social y científico. Fueron los sabios andalusíes; místicos, poetas, filósofos, médicos, farmacéuticos, cirujanos, matemáticos, ingenieros, astrónomos y geógrafos, etc., quienes, en aquel entonces, distribuyeron sus conocimientos por el mundo conocido.

Por lo tanto no sería del todo correcto hablar de Sufismo sin situarlo brevemente en la historia de Al Andalus, donde esta Antigua Sabiduría alcanzó las mas altas cotas.

Se nos ha enseñado en los libros de texto, hoy todavía vigentes, que los árabes invadieron la Península Ibérica. De ser esto cierto, la cultura Andalusí se la debemos a un pueblo invasor.

El historiador Ignacio Olague -cuya obra está «secuestrada» o retenida-, tras una laboriosa labor de investigación en archivos nacionales y bibliotecas particulares, escribió un tratado sobre la historia de Al Andalus. En el demostró, sin lugar a dudas, que España nunca fue invadida por los árabes. Sí en cambio fue colonizada por la cultura Islámica que, en



simbiosis con el Prisci-lianismo Unitario, ya existente entre los Visigodos del sur, dio lugar a la cultura Andalusí que hoy medianamente conocemos.

El trabajo de Olague es tan completo que, pese al escándalo que esta afirmación pueda provocar, no deja lugar a duda sobre sus afirmaciones. Pero como decía Imán el Ghazali, Sufi del siglo XII, adelantándose a la doctrina sobre el condicionamiento de Paulov: «Al enfermo el agua dulce le sabe amarga en la boca». Al ignorante le amarga la verdad.

A partir de nuestra labor podemos afirmar, por lo que hemos podido saber, que hacia el año 680, el Concilio de Toledo en sus actas, se refiere a Tánger como la provincia Tingitana, perteneciente al Arrianismo Visigodo.

En el año 846, el Obispo de Córdoba, Eulogio, visita el Monasterio de Leyre, en Navarra, en cuya biblioteca encuentra, por vez primera para él, referencias al Islam. Rápidamente envía cartas a su correligionario, el Obispo de Sevilla, Juan el Hispalense, quien a su vez comunica el evento al Obispo de Málaga. La historia oficial nos sitúa una hipotética «invasión árabe» en el año 711, a partir de la batalla de Guadalete, pero las primeras crónicas que sobre este evento nos llegan, pertenecen todas al siglo XI.

Según la historia oficial, unos tres mil árabes invadieron España en el 711, en el 714 la habían conquistado y convertido mayoritariamente al Islam. Es decir, que un pequeño ejército consiguió en tres años lo que no pudieron lograr las legiones del Imperio Romano en doscientos cincuenta años. ¡Francamente asombroso!

Pero si en el 714 España se había convertido al Islam –si no toda al menos una gran mayoría–, ¿cómo es que en el año 846 los Obispos andaluces no conocían nada de este acontecimiento?

Ciertamente, la batalla de Guadalete se dio, pero no entre moros y cristianos, sino entre las tropas Arrianas Unitarias comandadas por Taric ó Tarico, hijo de Tar, (el sufijo «ico» indicaba hijo de...,al igual que Alar-ico, etc.) y las tropas Católicas Trinitarias.



Arxila, príncipe heredero del rey Witiza, teme por sus derechos de sucesión al trono y para defenderlo llama en su auxilio a sus correligionarios, cristianos Arrianos de la provincia Tingitana. Esto es así hasta el punto de que Don Opas, entonces Obispo Arriano de Sevilla, se pone al mando de las tropas, lógicamente cristianas Arrianas, venidas de la provincia africana.

Fueron los Andalusíes, en el siglo X y durante el reinado de Idris I, quienes parece ser que colonizaron territorios del hoy Marruecos para el Islam. Esto se debió a una importante emigración Andalusí hacia el sur.

Conclusión. Si bien es cierto que nuestra península recibió individuos de etnia árabe, al igual que recibió a tantos otros de diversas etnias, no hubo en cambio una «invasión» propiamente dicha, ni una cultura que nacida en la lejana Arabia se nos impusiera por la fuerza. El Arrianismo, en el norte de África y en el sur de la Península Ibérica, estaba preparado para recibir el Islam.

Al Andalus fue artífice de su propia cultura y la cuna de otras muchas y los andalusíes somos sus legítimos herederos. Gracias a este hecho, el Sufismo Universal se nutrió de los frutos que aquí, en nuestra tierra, crecieron.

No comento más al respecto porque creo que no es este el lugar ni yo tengo el cargo. Pero puedo sugerir que cualquier otra persona inquieta, aún sin ser un erudito, puede averiguar si se lo propone y sin grandes esfuerzos, dónde se encuentra la verdad razonable y por lo tanto probable y dónde se encuentra el fraude evidente. Pero esta ha de ser una labor de investigación histórica para cada persona interesada.

En este breve resumen me he limitado simplemente a dar una orientación dirigida hacia las personas desorientadas y frustradas por su propia experiencia religiosa, a veces mal encajada en la historia, como es el caso de tantas personas a las que conozco directamente.



EL ENLACE CON LA ANTIGUA TRADICIÓN

Remontándonos nuevamente al siglo VI, la Sabiduría fruto de la Antigua Tradición corre el riesgo de ser aniquilada. Los Maestros transmisores se ven en la necesidad de comunicar sus conocimientos en la clandestinidad, amenazados por la persecución y la historia ya se prepara para intervenir nuevamente con la aparición del que se conoce como: Sello de la Profecía.

En este momento, año 570, nace en Meca, pequeña ciudad en el desierto de Arabia, un niño. Se llamará Muhammad (p.b. = paz y bendición), de la tribu de los Qurayshies. De momento será pastor y comerciante, en tanto que toda su naturaleza se acrisola en la docilidad al Único. Más tarde él será la síntesis y el colofón de toda la historia de los profetas.

La vocación de Muhammad (p.b.) será universal y con ella se ha de iniciar una nueva era de luz y conocimiento llamada a transformar el mundo, mostrando ante la humanidad la dimensión Islámica de toda la Creación y haciendo de ésta percepción un modo de vida coherente con la cotidianeidad del género humano.

En Muhammad (p.b.), se protege la Antigua Sabiduría que habrá de ser custodiada en aquel entonces en el seno de la Umma, recién constituida como comunidad de todos los musulmanes. Ésta a su vez es producto de la acción del propio Muhammad (p.b.), quien reúne a las tribus dispersas en una única realidad política y religiosa. Su magisterio no fue sólo como profeta, sino también como legislador, al igual que lo fuera Moisés.

En el curso posterior del tiempo, algunas gentes de Oriente por mediación del sectarismo, del fanatismo o de la ignorancia, han malinterpretado y aún deformado este acontecimiento. Pero el mal ejemplo derivado de la malformación y del comportamiento escandaloso por parte de algunos, no modifica en absoluto su validez histórica, su grandeza, ni los acontecimientos posteriores derivados de ello.

Y tampoco puede modificarlo el nocivo efecto colonial du-



rante siglos, ni lo que las gentes de Occidente hayan podido creer como consecuencia de lo anteriormente expuesto ó añadir con un cierto prejuicio deforme y con una información parcial, malintencionada en ocasiones y tendenciosa.

SOBRE LA VERDAD Y LAS CREENCIAS

La Verdad
Confundió a los eruditos del Islam
A todos los que estudiaron los Salmos,
A cada rabino judío,
A todo sacerdote cristiano.

Muhyi l'Din Ibn al 'Arabi, el Murciano de la tribu de Tai.

AUN SI CREES EN LA INCREDULIDAD, YA ERES UN CREYENTE

Pero no podrás creer realmente en nada hasta que te apercibas del proceso por el cual has alcanzado tu punto de vista.

Antes de hacerlo, debes de estar preparado para admitir sin pruebas que todas tus creencias pueden ser equivocadas, que lo que consideras una creencia puede ser solo una variedad del prejuicio originado por lo que te rodea, incluyendo el legado de tus antepasados, por quienes puedes sentir aprecio. La verdadera fe pertenece al domino del conocimiento real.

Hasta que tengas conocimiento, la creencia no es más que un conjunto de opiniones, pese a lo que pueda parecerte. Tu verdadera creencia ha de estar precedida por un profundo conocimiento.

Atribuido a Alí, yerno de S. Muhammad (p. y bendición).



Sura al fatihah

Bismil L´ah Rahmani Rahim
Alhandu lil´ahí Rabbi al´Alamin
Arrahmani r-Rahim
Maliki yaumi dDin
Iyyaka na´budu wa iyyaka nasta´in
Ihdinas-sirata lMustaqim
Siratal-ladzina an´amta ´alayhim
Ghairi´l-maghdubi ´alaih waladhal´in. ´Âmín.

FRENTE A LA PUERTA DORADA

Hace algún tiempo en La Meca, frente a la puerta dorada de la Kaaba, alguien me dijo: «Evidentemente es Vd., una persona de fe». No exactamente, le dije: «Soy mas bien una persona de experiencias fundamentadas en el razonamiento contrastado sobre lo que juzgo evidente».

Egipto fue una de esas grandes experiencias. El catedrático de arqueología de la Universidad de El Cairo, un erudito que me acompañó durante el viaje, no solo era un experto egiptólogo. Este anciano, en su juventud, estuvo en contacto con el descubrimiento de los textos de Nah Hamadi. Posteriormente fue iniciado en el conocimiento de los misterios Osíriacos y en la Tradición Hermética.

Sobre éstos y otros temas me instruía, sentados a últimas horas de la tarde a las orillas del Nilo, entre sendos vasos de infusión de carcadé –flor de Ibisco–, en tanto que compartíamos la chicha –narguile de tombak–, tabaco muy suave, macerado con frutas y profusamente perfumado.

Durante el día, según el plan de la noche anterior, nos acercábamos hasta el lugar de las excavaciones ó de los monumentos ya expuestos al público. Allí, mientras él traducía el significado de ciertos jeroglíficos, yo iba encajando algunas de



las piezas del inmenso legado espiritual que los egipcios nos legaron y cuyo relato no es el objetivo de este libro

De esta manera se iban abriendo nuevas puertas a mi entendimiento. No obstante, la última tarde que pasamos en la ciudad de Asuan, tuve claro que todo lo visto y comprendido no era nada en relación a lo que quedaba por saber. Esta última tarde en el Nilo la despedimos en la Gran Mezquita, donde fuimos para cumplir con la cuarta oración, el Salat Magrib. Allí fui invitado a presidir la oración de la Mezquita ejerciendo las funciones de Imán.

En esta época mi estado de ánimo padecía una cierta desolación, pues mis continuos viajes a la búsqueda del último guía espiritual no habían dado todavía el resultado que cabía esperar.

Al regreso de este viaje, ya en Al Andalus, fui invitado a conocer en la ciudad de Fez a un hipotético hombre del espíritu, pero a pesar de la generosa acogida, como allí es habitual, el individuo en concreto solo era un loco ó un charlatán deseoso de ganarse la vida por cualquier medio. Otra frustración añadida.

Así que me volví para España en una visita relámpago para informar a las personas que me esperaban sobre el resultado del encuentro.

Inmediatamente después retorné a Marruecos. Mi intención era relajarme y aparcar toda actividad, toda expectativa de búsqueda en algún lugar remoto donde pudiera descansar. Quería dedicar mi tiempo a la meditación, sin esperar nada, sin desear nada, librándome de cualquier inquietud para poder mantenerme atento ante «los signos de la Presencia», si es que los hubiera.

Conduje mi coche hacia el sur. El Sahara y sus escasos habitantes nómadas siempre han sido generosos conmigo.

Tenía la intención de pasar la noche en la histórica ciudad de Essaouira, antiguo centro del comercio de esclavos, pero a primera hora de la tarde me llamó la atención una pequeña carretera flanqueada por un bosque disperso de Tuyas, cuya madera es muy apreciada por los artesanos del sur. Así que



tomé aquel desvío, sin prisas, disfrutando de la magia del paisaje.

Había recorrido unos pocos kilómetros cuando me fijé en un destartelado cartel que indicaba el acceso, por una pista sin asfaltar, hacia Muley Busertun.

No tenía prisa por llegar a ninguna parte, y mi coche, iba preparado para dormir en cualquier lugar.

Así pues giré hacia la pista y al poco divisé una pequeña aldea costera, donde lo único destacable eran las cúpulas del Masýid –Mezquita– y del Mausoleo funerario de Muley Busertun. Según supe después, este hombre santo fue un antiguo Sheyh, el Maestro fundador de una Zawiya –escuela de Sabiduría– en torno a la que, posteriormente, había ido creciendo la aldea que recibió su nombre.

De la antigua Zawiya solo se mantenían en buen estado la Mezquita y el Mausoleo, pero las celdas habitación de los antiguos discípulos que habitaran el lugar en otros tiempos, se encontraban en estado ruinoso.

Cerca de mi parada había algunos aldeanos sentados a la sombra de una techumbre de cañas, tomaban su té sin prestarme demasiada atención y se limitaron a la cortesía del saludo, de lo que me alegré por cierto, pues no me sentía muy motivado para la charla.

La pequeña Mezquita, totalmente vacía pues faltaba tiempo para la oración de la tarde, estaba encarada al mar, aunque protegida por el ruinoso recinto amurallado de la antigua Zawiya.

En su interior, los arcos y el suelo se habían construido con tierra prensada en tiempos que, probablemente, nadie recordaba con precisión. Allí sentado de cara a la Qibla, sobre esteras trenzadas con hojas de palma, bailaban en mi mente los acontecimientos de los últimos meses. Entre tanto mis dedos desgranaban la cuentas del tasbih.

Todavía estaba sorprendido por mi torpeza, pues sabía desde mucho tiempo atrás que nada Trascendente podría llegar a mí desde criatura alguna, que nadie podría darme lo que solo es patrimonio del Poder Creador.



Sabiendo esto... ¿Cómo pude caer en el error de esperar de ninguna criatura lo que solo puede dar El Hacedor de todas ellas?

Entonces tuve consciencia plena de mi confusión. Fui consciente de las prisas, de la confianza puesta en mi esfuerzo por «encontrar» la imagen preconcebida sobre la figura de un hipotético Maestro. Había creado un ídolo que había sido largamente cincelado entre diálogos con otros «buscadores» y con la lectura de tantos libros dedicados a dar «pistas» sobre figuras legendarias.

Reconocí que había estado francamente perdido, había puesto demasiada confianza en una búsqueda mal encauzada y esto generó en mí expectativas que no podían corresponderse con la realidad. Lo había sabido desde siempre, pero había cometido el error de obviarlo.

Sentí profundamente, con absoluta claridad que debía de parar todo deseo, ¡todo!, incluso el mas noble, con el fin de dar paso a la acción transformadora del Creador sobre mí, pues... ¡no le había dejado espacio!, mi cesto estaba tan lleno de deseos justificables, de «trastos», que no había sitio para nada más.

Fue entonces cuando experimenté una gran vacío que no era desolador, todo en mí se distendió con dulzura, y las lágrimas que brotaron desde mi mas profunda intimidad lavaron mi espíritu y arrastraron consigo todas mis inquietudes.

De mi corazón habían desaparecido los deseos, espontáneamente, sin esfuerzo, incluso el noble deseo de encontrar al Maestro que pudiera indicarme como o qué hacer para dar otro paso en mi aventura espiritual.

La desazón fue sustituida por la sensación de paz que nace cuando, definitivamente, se acaba cualquier forma de confrontación. *Entonces tuve mi primera experiencia del significado de la palabra Islam como paz.*

Después, vacío de lastres me dejé llevar plácidamente por el tiempo, por el embrujo del lugar, sin hacer otra cosa que no fuera el desgranar de las cuentas del tasbih...»Hu, Hu, Hu, Él, Él, Él, sólo Él...»



Fue entonces cuando, a mi derecha, llamó mi atención un ruidito deslizándose sobre las esteras de hoja de palma. Ya fuera de mi abstracción giré la cabeza, y allí estaba la figura de un anciano que parecía barrer, pues llevaba una escoba en la mano, pero su rostro estaba fijo en mí. Fue saliendo de la penumbra y en tanto que con cierta torpeza se dirigía hacia donde yo estaba sentado, pude ver su túnica vieja de lana, unas gafas rotas sujetas con esparadrapo, la escoba en una mano y el tasbih en la otra.

Hice ademán de levantarme, pero él me lo impidió poniendo la mano sobre mi hombro y sentándose a mi lado. Nos dimos la paz en el nombre de Dios, según la costumbre, después tomó mi cara entre sus manos y con una sonrisa inefable me besó en la frente. «no te inquietes», me dijo, «la Baraka de Al-Láh, bendito y alabado, está en tu corazón». Se levantó y sin mediar otras palabras desapareció de mi vista.

Algún tiempo después, tras la muerte del que llegó a ser mi Maestro y habiendo iniciado ya mi viaje hacia La Meca, tuve un encuentro de características semejantes, fue en la ciudad de Ceuta. Paseaba absorto en pensamientos sobre el significado del viaje, cuando atrajo mi atención un hombre de unos treinta años que se dirigía hacia mí. Iba vestido con túnica verde y la cabeza cubierta con un velo también de color verde. Al llegar a mi altura me paró y, sonriendo, tras el saludo de rigor en el nombre de Al-Láh (La Divinidad), puso su mano derecha sobre mi corazón y me dijo: «Ve tranquilo, la Baraka de Al-Láh (s.u.= Bendito y Alabado) está en tu corazón». Yo también le sonreí e invoqué la bendición sobre él, pero no cruzamos ninguna otra palabra y él se alejó de mi vista.

Retornemos al relato en la aldea de Muley Busertun. Mi corazón ya estaba reconfortado, así que agradecí el encuentro con aquel anciano, pero no lo magnifiqué, me levanté para salir a mirar el mar, pues la hora del Salat Magrib estaba próxima y quería despejarme antes de cumplir. Apoyada en la puerta de la Mezquita estaba la escoba, pero no volví a ver al hombre.



Pensé que ya no tenía sentido continuar mi viaje hacia el desierto, así que después del Salat, retorné hacia el norte, en dirección a Tángar, donde tenía la intención de presentar mis saludos al Muqadam de la Táriqa Harraqia con quien guardo cierta amistad.

Este hombre, que ya era conocedor de mis inquietudes espirituales, tuvo la gentileza, entre pastas y té a la menta, de ser algo más comunicativo que otras veces y por primera vez me reveló algunos nombres y direcciones de personas notables en las vías del espíritu.

No obstante me advirtió gentilmente de que nadie, ni él mismo, podría decirme con certeza quien es un verdadero Maestro y quién no lo es, esa era una decisión exclusivamente mía.

Como ya dije, estaba algo cansado de perseguir un sueño y mi reciente experiencia en el sur había arrancado de mí cualquier expectativa el respecto. Aún así, elegí mentalmente un nombre totalmente desconocido para mi en aquel entonces, que por el momento preferí no revelar a mi anfitrión.

La persona a la que me había decidido a visitar, era un anciano pastor y agricultor que vivía con exquisita sencillez en una pequeñísima aldea de no fácil localización. Cuando por fin me presenté en su casa salieron a recibirme algunos de sus discípulos. Ya estaba enfermo y apenas salía por el campo, pero me estaba esperando. Él me reconoció como discípulo suyo, y yo, seducido por la bondad y la sabiduría que su rostro reflejaban le reconocí de inmediato como mi Maestro.

Estos fueron los prolegómenos y circunstancias –muy brevemente contados–, que me condujeron hasta la presencia de mi Sheyh, uno de los grandes Maestros ocultos, heredero directo de la mas Antigua y Noble Tradición Sufi Andalusí y uno de los pilares espirituales de nuestra época, el ‘Árif Hayy Sidi Abd el Kader ben Aÿiba, hoy extinto, que Al-Láh (La Divinidad) este satisfecho de él.

Él fue, gracias a Dios, la Herramienta para descorrer mis velos y el padre con el que, durante un tiempo, pude cami-



nar a su lado para que él me ayudara a sortear algunos obstáculos del Recto Sendero.

Fue un hombre de un altísimo nivel de desarrollo espiritual que alcanzó diversos dones de estado. Poseyó, por bendición del Altísimo, el don de discernimiento, por el que podía conocer las cuestiones a plantearle antes de hablar con él. Tenía el don de la ubicuidad, en mas de una ocasión fue visto en dos lugares al mismo tiempo. Podía modificar determinados estado de la materia. En la vida de un ser así hay, lógicamente, todo un largo etc., pero no es este un tratado sobre su biografía, de manera que dejaremos el relato para otra ocasión si es que el destino así lo requiere.

Encontré a mi Sheyh muy cerca, a una jornada de mi casa, pero todas las rutas que por diversos países había recorrido anteriormente en su búsqueda, fueron los necesarios caminos del aprendiz por los que fui abandonando el exceso de «equipaje». Aquellas rutas tuve que andarlas yo solo, con decisión y constancia. Antes no habría estado preparado para el encuentro.

LOS PROLEGÓMENOS

«La religión fue primero Una Realidad sin nombre y después los poderosos la convirtieron en muchos nombres sin Realidad».

Hablar de la experiencia espiritual profunda es como hablar del amor, esta al alcance de cualquiera. Pero experimentar el primer momento de amor entre los brazos de la persona amada es otro universo. «Ese» momento de amor verdadero y la experiencia espiritual profunda son acontecimientos que, durante el breve periodo de tiempo que duran, están separados de «la locura» por una línea tan fina como un cabello.

Dice el Qor'an; «No ocultes la Baraka (los dones que recibes)». Porque es la misericordia de tu Señor que se hace manifiesta.



Después de casi un año de reflexionar, de quitar y poner, fue esta frase la que me decidió por fin a incluir una pequeña parte del viaje que relato. Inicialmente no tenía la intención de incluir este capítulo en la presente obra, ya que soy perfectamente consciente de que su contenido puede inducir fácilmente a interpretaciones de todo tipo, a que determinadas personas extrapolen causas y objetivos. Pero como dice el antiguo proverbio; »que cada palo aguante su propia vela«. O que cada persona afronte la consecuencia de su propia interpretación.

Este relato no equivale a una declaración sobre lo que yo pueda haber deducido en cuanto a las causas y propósitos de todo aquello que guardo en mi intimidad. No puede haber, cara al exterior, una fácil interpretación ni por lo tanto una conclusión precisa. Eso será responsabilidad, como digo, de cada persona que lo lea.

Aquí solo comparto unos acontecimientos que tuvieron lugar en un breve periodo de tiempo y en presencia de diversos testigos, algunos conocidos míos y otros no.

A finales del verano de 1.999 tuve el último encuentro con mi Sheyh, en las últimas horas de aquella tarde, con su mano derecha entre las mías, me dijo; -«Al-Lah (Bendito y Alabado) me llama para el próximo Ramadán (anunciaba su muerte en invierno), pero Él quiere que vengas a verme la próxima primavera».

El intento de describir el conjunto de las emociones que en ese momento, me produjo el significado racional de esta propuesta será totalmente estéril, de modo que no lo intentare.

Efectivamente, aquel invierno me comunicaron su tránsito durante el mes de Ramadán.

EL VIAJE DE LA CAUSALIDAD

A primeros de Mayo del año 2.000, fiel a mi promesa, viajé acompañado del mursid Abd el Samad hasta la Zawiya de Gdar Dfla para orar junto a la tumba de mi ya extinto maes-



tro que, según espero si Dios quiere, habrá encontrado la definitiva unión con El Amado.

A partir de ese momento y durante el resto del viaje, nos acompañó como traductor nuestro amigo Yawwad. A este pequeño grupo se nos fueron incorporando en distintas etapas otros personajes. Hombres desconocidos que quisieron acompañarnos para prestarnos su apoyo y hospitalidad. Ellos se convirtieron, de esta manera, en testigos ocasionales de los acontecimientos de este relato.

Eran las primeras horas de la media tarde cuando llegamos a la Zawiya, nos esperaba Sidi Abd el Uahed, el hijo y heredero en Marruecos de mi extinto maestro. No nos conocíamos, pues antes de la muerte de su padre estudiaba en otra ciudad y nunca coincidimos al mismo tiempo en la casa paterna.

Después de los saludos prescriptivos y antes de ninguna otra cosa, me llevaron a la «casuca», hoy un gran mausoleo, donde se encontraba la tumba de Sidi Abd el Kader. Allí la tierra había recibido el receptáculo del que fuera mi bien amado maestro, aquel hombre que casi un siglo atrás nos había sido entregado para ser un caudal de bendiciones.

Me hallaba ensimismado en pensamientos sobre la vida del que había sido un ser tan excepcional y sobre mi fortuna por haberle conocido. No obstante no podía dejar de lamentar el vacío que nos había dejado su «partida», cuando un gorrión llegó volando hasta posarse a medio metro de mi cara sobre la cabecera de la tumba. Me miró sin miedo, tan descaradamente que me hizo sonreír y le pregunté: ¿tú que haces aquí, pequeño?.. y el pájaro se puso a cantarme.

Después de esto y durante el paseo por el campo con un grupo de «fukaras» (discípulos), así como por casualidad llegamos ante la puerta de un gran huerto de olivos, para mí hasta entonces desconocido. Según ellos me informaron fue en vida de Sidi Abd el Kader el lugar favorito de su meditación. Es un verdadero jardín de paz y frescor.

Desde la muerte del maestro, nadie se había atrevido a mover la puerta, excepto el jardinero, así que me sugirieron



con un cierto gesto de deseo mal contenido; –«Sidi... si tu quieres puedes entrar, así entramos nosotros contigo». Naturalmente, acepté.

Una vez dentro sentí el impulso de dirigirme rápidamente, entre recovecos de la foresta, hacia algún lugar. Allí encontré un manantial guardado de las miradas del exterior, en una recoleta y pequeña hondonada y a su lado una losa de piedra plana algo desgastada por el uso. Directamente me senté sobre ella.

Las sonrisas y comentarios de los acompañantes me advirtieron de que aquel era el lugar en el que el Sheyh había tenido algunas de sus grandes experiencias espirituales.

Se acercaba la hora del Salat Magrib, así que después de refrescarnos con aquel agua, buena para algunas afecciones de la piel, retornamos a la Zawiya.

UN SINGULAR VISITANTE

No me cabe duda de que la singular visita que allí tuvimos a la mañana siguiente estaba predeterminada por la decisión y consejo del extinto Sheyh antes de su tránsito. Se trataba de un hombre entrado en años, fukara de la Zawiya. Había hecho el voto de itinerancia y pobreza, viajaba de un pueblo a otro como predicador ambulante, vivía de la limosna y exhortaba a quien quisiera escucharlo para que abriese su corazón a la Misericordia Creadora.

Después de comer todos juntos, este singular personaje me «recomendó» un viaje por el país para visitar a algunos de los Sheyhs que yo debería de elegir, sin comunicar a nadie, de entre una larga lista de posibilidades. Unos verdaderos y otros no, pero me advirtió; –«nadie puede decirte ni cuantos ni quienes son verdaderos, esto debe descubrirlo tu corazón». Me orientó en cuanto a la región pero no me facilitó dirección alguna. «Si tenía que encontrarlos Al-Lah (s.u.) me indicaría los caminos y allanaría las dificultades, pero si no debía de encontrarlos nadie podría llevarme hasta ellos». Esto me dijo.

Yo debía de conducir al pequeño grupo con el que inicia-



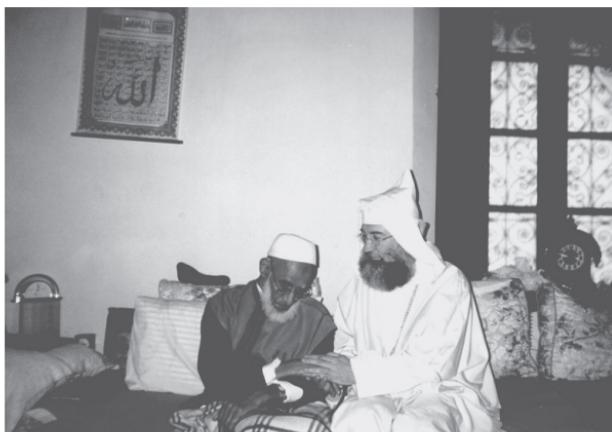
ba el viaje, Abd el Samad, Yawad, yo mismo y quien en el futuro pudiera sumarse durante el recorrido.

EL SHEYH MEKI BEN KIRAN

A primeras horas de la mañana del día 4 llegamos los tres viajeros a la ciudad de Fez. Era la ciudad donde había elegido afrontar el primer reto. Pero...¿cómo y por donde empezar a buscar al primer Sheyh?

La ciudad de Fez tiene varios millones de habitantes, descendientes muchos de ellos de aquellos andaluces exiliados violentamente tras la invasión de los reyes Católicos. Las antiguas medinas fundidas en olores y colores son un verdadero laberinto para cualquier visitante que no las conozca como la palma de su mano y un hombre, aún cuando sea Sheyh, no por eso ha de ser popular.

De inmediato se nos acercaron unos jovencuelos inoportunos, de los que viven a la zaga de visitantes que puedan darles unas monedas. Quien haya vivido la experiencia sabe que la presión a la que someten al viajero, ofreciéndose como guías, no es precisamente tranquilizadora.



El Hayy Sidi Sa'íd en visita de fraternidad al Hayy Sheyh Meki ben Kiran.



Inmediatamente apareció un hombre joven, Khalid, con aspecto de deportista y buena persona, rápido espantó a la chavalería y ganó nuestra confianza. ¿En que puedo ayudarte Sidi?, preguntó. Le dije que buscaba a un hombre del que no conocíamos su dirección, el Sheyh Meki ben Kirán. –«Yo le conozco personalmente, su casa esta aquí al lado», nos dijo.

Habíamos aparcado el coche a las puertas del barrio Andalusí, junto a la casa del Sheyh. Digamos que si hubiera que determinar las probabilidades de una «casualidad» como esta, no tendríamos muchas a nuestro favor.

Mas de un siglo pesaba sobre las espaldas de aquel venerable anciano, hoy extinto. De tez morena, casi barbilampión, muy delgado, que encorvado sobre sí mismo desgranaba las cuentas de su tasbih (especie de rosario). Tan absorto se hallaba en presencia de El Amado que apenas reparaba en los ires y venires de su entorno, daba la impresión de gozar anticipadamente de las dulzuras del cercano encuentro.

Solo levantó la cabeza para mirarme a los ojos, en profundidad, me «repasó» por dentro, recuerdo que al sentirme así descubierto me sonrojé. Después me sonrió largamente, puso su mano sobre mi cabeza y me dijo; «Puedes irte en paz, la Baraka (Bendición o Dones) de Al-Lah está en tu corazón, confía en el». Recuerdo que le dije; –«padre.., cuando estés en Presencia del Altísimo acuérdate de nosotros».., el se puso a reír y los demás a llorar.

Me comunicó otras cosas que no son de comentar aquí y después volvió a encorvarse para hundir su espíritu en la profundidad de sus contemplaciones.

Acabados los intercambios, ceremonias y té de rigor, dejamos la casa de aquel ser tan especial al que vimos por primera y última vez. Doy gracias a Dios por haberle conocido. La salmodia de los discípulos elevando el dikr, versos de amor hacia El Principio Creador, nos acompañó hasta la puerta de la calle.

Sentí que su «ruh» (espíritu), era semejante a una escala portadora de aquellos versos y lloré feliz por haberle encontrado. Mi primera prueba había concluido.



ENCUENTRO CON EL SHEYH BELKUSSI

Ya en dirección a Er Rachidia, al sur de Fez, la policía de carretera nos paró en dos ocasiones, pero no para pedirnos la documentación, como es habitual, sino la Baraka. Quien conozca el medio sabrá que esto tampoco es corriente.

En esta basta región debía de encontrar al Sheyh Belkussi, mi segunda elección, pero naturalmente no teníamos la menor idea de en que ciudad.

Ya estaba muy caída la tarde y por alguna razón sentí el impulso de recoger al hombre que nos hizo señas de parar. Venía de pescar en un pantano.

Les ruego que hoy se hospeden en mi casa, nos dijo. Repetidas veces intenté disuadirlo, pues veníamos francamente cansados del viaje y necesitábamos de buena cama y ducha. Pero aquel buen hombre insistió tantas veces con tantos argumentos que al final no tuve otra alternativa que la de aceptar su generosa hospitalidad.

Después de la cena le confié el objeto de nuestra presencia en la región, por si podía informarnos. Como ya me había hecho a la idea de que aquel viaje podía ser una continuidad de acontecimientos inusuales no me extrañó en exceso que aquel hombre nos dijera; -«El Sheyh Belkussi es pariente de la madre de mi mujer y mañana, si Dios quiere, les acompaño hasta la Zawiya. Está a 90 kmts. de aquí, en Touroug, entre Tinejda y Erfoud.

Yo creo que lo que llamamos casualidad no es mas que una causalidad desconocida pues... ¿Cuántas probabilidades puede haber de que entre los habitantes de una comarca tan grande, nos encontrara e insistiera en llevarnos a su casa un pariente del Sheyh que veníamos a buscar?

El Sheyh Belkussi de 98 años, hoy extinto, vino hasta nosotros apoyado entre dos de sus discípulos, tenía problemas de motricidad. Un venerable anciano consumido por la edad, pequeño de cuerpo y gigante de espíritu. Tenía luz propia en aquellos ojillos chispeantes y una risita tan cantarina como un



manantial de agua fresca en la montaña. Era dulce como un dátil.

Me pidió que me sentase a su lado, me tomo la cabeza entre las manos, me cubrió de besos, pronunció un Dua'a (oración) y me dijo esta frase que ya se iba repitiendo; -«Confía en tu corazón, la Baraka de Al-Lah va contigo». Lo repitió tres veces y me comunicó otras cosas que no son de comentar aquí.

A primera hora de la tarde dejamos la Zawiya, como símbolo nos dio un pan cocido en su casa y reiniciamos el retorno. Yo supe con toda certeza que los objetivos del viaje se habían cumplido, así que desestimé otras visitas durante la vuelta, excepto las de interés por el hospedaje y la cortesía.

Este anciano iluminado por el don de la Ma'arifa llevaba 28 años sin salir de la Zawiya, excepto para cumplir con su peregrinación a la Meca. Fue un voto de retiro que hizo tras la muerte de su Maestro, no participaba en los asuntos que no tuvieran relación con el Tassawuf, la tradición Sufi. Las fotos que se le hacían quedaban veladas.

Al igual que mi Sheyh Sidi Abd el Kader y el Sheyh Meki ben Kiran, el Sheyh Belkussi vivía semioculto, en total discreción, en aquella pequeña aldea fronteriza con el desierto.

La única dedicación de estos tres seres tan «especiales» fue la enseñanza de las vías del espíritu para los pocos sinceros privilegiados que se acercaron a ellos.

Yo solicité sus autorizaciones para nombrarles una vez que dejaran este plano de la existencia y obviamente me la dieron, a la par que el legado que, a modo de testamento, recibí por vías diversas de ambos tres poco antes de sus muertes.

EL REGRESO

Toda la ruta, tanto a la ida como a la vuelta, estuvo plagada de otros muchos acontecimientos, pero la exacta descripción de un viaje así necesitaría de todo un libro y este capítulo no puede ser continente para tanto contenido.

La llegada a la Zawiya fue una fiesta, se celebró una gran



Jadra y después de la ceremonia nos presentaron a multitud de personas vinculadas a la Táriqa. Vinieron a conocernos y a recibir la Baraka.

El día siguiente por la tarde, previo a nuestro regreso a España, Sidi Abd el Uahed, hijo y heredero de mi Maestro, me llamó a parte y me dijo; –«Hermano Sa'íd, mi padre te quiso como a un hijo, aquí tienes, este es el libro de la Sílsila, la sucesión ininterrumpida de Maestros hasta Sidna Muhammad (p. b.)».

Después me hizo entrega de un Tasbih de su padre y me relató un sueño premonitorio que tuvo en relación a mí antes de conocerme.

A continuación me entregó una carta en la que él relata unas declaraciones de mi Maestro Sidi Abd el Kader que, antes de morir, dejó en relación a mi persona. Conservo el original en árabe y de ella transcribo unos pocos párrafos;

«Sidi Abd el Kader me autorizó a revelar lo siguiente;... Cuando nuestro hermano Sidi Sa'íd vino a visitarnos me llenó de tanta alegría y felicidad como no puedo expresar y le dije: Cuando viniste era como si toda la Táriqa viniera contigo. Para nosotros eres un hermano amado de la Táriqa Shadzilía Darqáwia Ayibía, que Al-Lah la bendiga.

En ti, Al-Lah ha hecho realidad mi ruego de que llegue la luz divina a nuestros hermanos en España. Se te ha dado autorización, hermano Sidi Sa'íd, para llevar la felicidad y el reconocimiento de la Misericordia Creadora a nuestros hermanos fuqara en España. Porque, al estar entre nosotros, has recibido Un Secreto y Un Saber que se encierran en la misma autorización.

A quien se le autorice será comprendido por el oído de las criaturas. El autorizado es aquel que habla con las palabras de Al-Lah y por Al-Lah, pues solo vienen a nosotros los amados que han sido aceptados. Dad gracias a Dios y a la Sílsila por su generosidad con vosotros.

Dijo Al-Lah, El Altísimo; «Siempre que cambiamos o anulamos una Aleya traemos otra mejor...». La Paz, La Misericordia y La Bendición de Al-Lah sean con vosotros».



Nada de lo descrito ni cosa o situación alguna de lo no contado, que por prudencia es mucho, hacen de mí un bicho raro, sigo siendo un hombre corriente en toda la extensión del término. Sigo cargado de deficiencias, entre buenos deseos y los aciertos que Dios quiera. Pero... ¿Quién puede pedir cuentas o poner coto a los designios de la Voluntad Creadora?

Yo he comprobado que hay ocasiones en que las flores mas perfumadas no nacen en la tierra mejor abonada, sino entre las grietas de la roca.

En la vida de algunas o de todas las personas, quien sabe, hay ocasiones en las que se suceden acontecimientos extraordinarios en relación a los individuos ordinarios que somos. Quizás sea una forma diferente de mirar y de escuchar lo que desencadene una sucesión de acontecimientos que, bajo una mirada mas superficial, podríamos haber llamado casualidades.

Por ahora no tenemos todas las respuestas y nuestro raciocinio no abarca todas las comprensiones. Así pues, creo que cuando esto sucede, si es que ha de suceder, lo mejor que podemos hacer es aceptarlo con sencillez y agradecimiento.

Las interpretaciones, como vengo diciendo, pueden ir de uno a otro extremo, pero esta es una responsabilidad de cada persona. Yo solo doy testimonio de unos hechos verídicos, sin olvidar que cuanto mas alto es el conocimiento mayor es la responsabilidad.



INTRODUCCIÓN

Éste trabajo es un breve resumen elaborado desde una visión retrospectiva de todo aquello que, por diversos caminos, he tenido la necesidad de afrontar en el transcurso de mis últimos cincuenta años con el fin de hallar las respuestas que considero adecuadas.

Durante todo este tiempo mi objetivo fundamental se centró en la búsqueda del sentido de la existencia, desde que a la edad de siete años la primera experiencia de lo Trascendente determinara el curso de mi vida hasta el día de hoy.

El deseo de la Gran Meta siempre se ha mantenido estable en mi horizonte, pero la gran dificultad para acceder a Ella ha consistido, fundamentalmente, en descifrar el intrincado laberinto que la torpeza de muchas de las instituciones religiosas –sin considerar otras probables intencionalidades–, colocan entre las personas y el fundamento de la Paz interna, El Principio Creador.

Después de haber recibido el Legado de quienes me precedieron, no podría decir con exactitud qué pensamientos son propios y consecuencia del personal aprendizaje, y qué otros adaptados por mi propio entendimiento. Creo que esto es común a todas las personas.

No obstante, la herencia de la Gran Tradición, el Recto Camino que fui recibiendo progresivamente, se mantiene intacta en mi fuero interno, y espero, si Dios lo quiere, que también en el curso de mi vida cotidiana, hasta el día en que entregue gustoso los dones que ahora tengo prestados.

Este trabajo no es más que un paso discreto que puede contribuir a ilustrar y allanar el Camino de otras personas hacia el desbroce de la propia ignorancia.

No hay aquí ningún deseo de deslumbrar, pues como todo el mundo sabe, «nada nuevo hay bajo el sol», sino tan solo



nuevas formas de entrever y después expresar «Aquello» que siempre espera a ser descubierto. Y en esta línea, mi obra no contiene nada nuevo y sorprendente, sino solo lo que ya está dicho tantas veces por los grandes Maestros del espíritu en el devenir de los siglos, aunque eso sí, expuesto con una nueva mirada: *la de mi personal experiencia sustentada sobre una muy Antigua y Noble Tradición.*

El Sheyh Sidi Abd el Kader ben Aÿiba, de la Antigua y Noble Táriqa Shadzilia Darqauia Aÿibia, que Allah (s.u.) esté satisfecho de él, predijo su tránsito en la primavera del año 1.999, y se cumplió, tal como me dijera, durante el mes de Ramadan del mismo año, pero antes me adoptó como su hijo en el espíritu y la bendición de su enseñanza me fue propicia para descorrer mis últimos «velos».

El último día que pasé junto a él me sugirió la apertura del corazón hacia otras personas desde mi percepción del Sufismo; »la sencillez«. Esta es la razón por la que hoy afronto la realización de esta obra, que probablemente, nunca habría visto la luz de no ser por sus indicaciones. *No inicio esta labor desde la erudición, puesto que no soy un buen teórico, sino desde la experiencia de mi propia aventura espiritual.*

El tema de éste trabajo es inagotable, por lo tanto hay que entender que ésta es una breve y elemental introducción. La única pretensión que me mueve al presentarlo bajo la indicación de mi Sheyh es la de compartir un esfuerzo ya realizado, para que otros buscadores puedan sobre ésta plataforma de reflexión a partir de la tradición Sufi trabajar en su propia búsqueda y así facilitar la arribada al propio puerto.

Todo cuanto atañe a la Tradición Sufi es de tal magnitud que yo no podría abordarlo en su totalidad, no me quedarían años. Aunque sobre esta cuestión ya existe desde muy antiguo un enorme bagaje literario al alcance de quienes estén interesados.

En estos años presentes, un sector muy importante de nuestra sociedad vive una pulsación eufórica hacia el consumismo materialista, hacia la plena satisfacción del ego, en una especie de locura narcisista. Muchas personas viven con



una total indiferencia espiritual, y si esto es así, quizás sea debido a uno más de los movimientos pendulares de la evolución humana, ó simplemente porque así deba de ser.

También hay otras muchas personas que, habituadas a pagar por todo lo que se pueden permitir, -no importa si lo necesitan verdaderamente o no-, siguen creyendo que «todo» se puede comprar. Sí, es cierto que cualquiera puede comprar miel pero..., *el arte de fabricarla es sólo para las abejas*.

Estas personas, aburridas algunas de ellas de su cotidianidad, suelen apuntarse a breves cursillos de quiméricas realizaciones espirituales y no reparan en gastos que les puedan procurar unos días de placebo. En realidad son inquietos saltimbanquis que trotan mucho, y no guardan poso.

Desde hace algunos años el interés por el Sufismo se ha disparado en Occidente, y por esta nueva moda han comenzado a llegar ante las puertas de la Tradición todo tipo de gentes. Son muchos los que llegan con una cierta imagen «cursillera» a la caza de «lo esotérico», pero carecen de un serio deseo de evolución, de permanencia y de la fortaleza necesaria para librar el combate de dominio sobre el ego. Este campo de batalla es solamente para los verdaderos guerreros del espíritu, quienes al dar el primer paso ya no vuelven la cabeza para atrás.

Para desanimar a los adictos cursilleros de transitorios intereses y para clarificar a los verdaderos y legítimos «buscadores», dispuestos a trabajar con toda seriedad y constancia durante *todos los días de su vida*, es para lo que, al igual que otros autores, doy comienzo a esta obra.

Lo habitual es que al principio de cualquier tratado queden aclaradas las definiciones y las diferencias entre conceptos. Hablando del Sufismo también podría hacerse, pero escuetamente, por lo que no quedarían claros los antecedentes y los consecuentes que diferencien el Sufismo de otros métodos. Por esta razón he preferido dejar que el lector vaya descubriendo por sí mismo, y situando en el contexto de la historia, que es el Sufismo y cuales son sus raíces.

De momento quizás este trabajo llegue a las manos de unos



pocos y les pueda ser útil en su caminar, ayudándoles a encontrarse menos solos sabiendo que tienen «otros semejantes».

Y si este tiempo de apatía se queda atrás y surge una nueva era de inquietudes y búsquedas como esperamos, quizás en un futuro este trabajo sea útil para algunos más.

Resta hacer una advertencia. En el transcurso de esta lectura aparecen términos de la lengua árabe y conceptos que, en el marco de nuestra tradición con una evidente carga peyorativa hacia todo lo que suene a «moro», pueden producir un cierto rechazo. Palabras como Islam, musulmán, Al-Lah, etc., es posible que no sean bien toleradas por algunas personas. Sugiero, por lo tanto, que esperen al momento de su transcripción literal, en el que aclararemos el significado etimológico de tales palabras y el sentido con el que se usan en el marco de la Tradición, que difiere notoriamente del concepto popular.

Decía el Maestro Sufi murciano del siglo XI, Muhyi l'Din Ibn al Árabí: «El Sufismo es una Verdad sin forma».

Podríamos decir por lo tanto que: «La principal dificultad para iniciar el aprendizaje radica en olvidar parte de lo aprendido. Si tu cesto ya está lleno ¿qué podríamos introducir en el?»

«¡Gentes de la tierra, del Oriente y del Occidente!
¡Gentes que habitáis el cielo!
Soy algo que no conocéis: un fruto sin cáscara.
Entre mí y vosotros,
Entre mí y la creación,
Existe la distancia que separa el cielo de la tierra.
No me comparéis a nadie,
Ni a nadie lo comparéis conmigo!

*Muhyid-Din abu Muhámmad Abdelqader ibn Abi Salih Gendi-Dost
Al Yilani.*

I PARTE

PRESENTACIÓN DEL LINAJE ESPIRITUAL (LA SÍLSILA) DE LA TARIQA SHÀDZILIA DARQÂWIA AYÍBIA

Del iniciado Nabí Sidna Muhammad (la paz y la bendición con él), reciben algunos de sus primeros discípulos, entre ellos Sidna ´Ali, su yerno, la ciencia del Tasawwuf. Este la transmite a su hijo Sidna al Hásan, quien la transmite a Abú Muhammad Yâbir y de éste pasa a Sa´íd al Gaçwâni, quien la transmite a Fath as-Su´úd.

Después siguiendo la misma línea ininterrumpida la recibe el Qutb Sa´d, de este pasa al Qutb Sa´íd, después pasa al Qutb Sidi Ahmad al-Marwâni, de él a Ibrâhim al Basri, después a Çain ad-Dîn al-Qaçwîni, y de él al Qutb Shams ad-Din.

Este la transmite al Qutb Tây ad-Din, de quien pasa al Qutb Nur ad-Din Abú l-Hásan, de él al Qutb Fajr ad-Din, y al Qutb Taqî d-Dîn al Fuqâir. Después al Qutb Sidi Ábd ar-Rahmân y al Gran Qutb Maulâi ´Abd as-Salâm ibn Mashish, de la region del Rif, al norte de Marruecos.

Éste último fue Maestro del Qutb Célebre Abú l-Hásan ash-Shâdzîli, fallecido en el año 1.258, cuyo mausoleo se encuentra en Saáfaga, Egipto. Shâdzili también fue condiscípulo, junto a Ibn al ´Arabi, de Abu Madian de Sevilla, que nació en Cantillana. Mas tarde fue fundador de la Târiqa Shâdzilia y Maestro del murciano Abú l-Abbás al-Mursí, autor de numerosas obras sobre Sufismo universalmente reconocidas. Su Mausoleo está en Alejandría, donde yo lo visité y donde su memoria goza de un gran prestigio.

De ésta Târiqa Shâdzilia se ramificarán mas tarde las Târi-



qats, Darqâwia, Isawia, y Alawuiya. Por mediación de ésta línea de Maestros, que fueron muy numerosos, nosotros entramos como herederos con la tradición Andalusí. En la obra de Ibn al-`Arabi, «Los Sufis de Andalucía», se trata ampliamente sobre este tema.

Más tarde fue Abú l-Abbás al-Mursí quien transmitió el conocimiento al Gran Gnóstico (al-ârif al Kabîr) Sidi Ahmad ibn `Atâ Allah de Alejandría, cuyo mausoleo también visité en el mismo viaje. De éste último lo recibió al-Ârif al Kabîr Sidi Dâwûd al Bâjili y de él pasó al Ârif Sidi Muhammad Bahr as-Safâ y de él a su hijo Sidi `Ali ibn Wafâ, quien lo transmitió al célebre Wali Sidi Yahyá al-Qâdiri, iniciador de la rama Qâdiria.

Después lo recibió el reconocido Wali Sidi Ahmad ibn Uqba al-Hadrami y de él pasó al Wali Sidi Ahmad Çarrûq, quien lo transmitió a Sidi Ahmad al-Fahâm y de este a Sidi `Alí as-Sinhâyi, conocido como ad-Dawwâr (el Giróvago). A continuación, lo recibió al-Ârif al-Kabîr Sidi `Abd ar-Rahmân al-Maýdzûb, y de éste fue pasando sucesivamente al Wali Sidi Yûsuf al-Fâsi, al ârif Sidi Abd ar-Rahmân al-Fâsi, al Ârif Sidi Muhammad ibn `Abdullâh, al Ârif Sidi Qâsim al-Jassâs, al Ârif Sidi Ahmad ibn `Abdullâh, al Ârif Sidi al-Arbi ibn Abdullâh, al Ârif al-Kabir Sidi `Ali ibn `Abu ar-Rahmân al-Amrâni al-Hâsani.

Después de éste lo tomó el célebre Maestro de Maestros, el `Ârif Sidi wa Maulâi al-`Arbi ad-Darqâwi al-Hâsani, cuyo mausoleo se encuentra en Beni Zarual. Él es el fundador de la Târiqa Darqâwia, que habria de ramificarse en las Târiqats, Harraqia, Sidiqia y Aÿibia.

Fue Darqâwi quien a su vez depositó los signos de la Tradición en el `Ârif Perfecto (kâmil), el Verificador (muhaqqiq), el Comunicado (wâsil), Muhammad ibn Ahmad al-Buçidi al-Hasani. Este último fue el Maestro de Ahmad ben Muhammad ben `Aÿiba al-Hâsani, fundador de nuestra Târiqa Shâdzilia Darqâwia Aÿibia, (principios del siglo XIX) y de la que fue Sheyh mi extinto Maestro el `Ârif Hayy Sidi Abd el-Kader ben `Aÿiba, su sucesor directo y de quien este siervo



Extinto Sheyh al 'Ârif Hayy Sidi Abd el Kader ben Ajíba.



El Hayy Sidi Abdeluahed ben Ajíba, actual Sheyh sucesor de al 'Ârif Hayy Sidi Abd el Kader ben Ajíba. A la derecha de la foto, el autor de este libro.



de su Señor (´ábdū Rábbihī), el Hayy Sidi Sa´íd ben ´Aÿiba al-Andalusí, recibió la transmisión.

Ya por último, solo me queda de esta presentación hacer constar aquí que la Táriqa Aÿibia ha tenido por tradición mantenerse en un plano de total discreción, limitándose a actuar tan solo en su entorno geográfico, la región del Rif. A lo largo de su historia, los Maestros Inspirados de la Táriqa han tenido una vida oculta y de total sencillez y excepto la obra publicada en el Cairo, titulada «Los comentarios del Sheyh Ahmad ibn Muhammad ibn Aÿiba al Hásani, al tratado sobre «El abandono de sí mismo», de Sidi Ahmad ibn ´Atá Allah, de Alejandría», y algunas pocas cosas más, ésta Táriqa no ha tenido más interés en ser conocida. Solo ahora y debido al estado de confusión creciente entre tantas personas del occidente con respecto al tema que nos ocupa, el último de los Maestros ocultos sugirió la aparición de ésta obra antes de su tránsito.

ALGUNAS CONSIDERACIONES. UN ORDEN EN NUESTRAS VIDAS

Todo lo que existe se rige por unas pautas de comportamiento; la ley natural. Y tanto la experiencia personal como la experiencia en el decurso de la historia nos enseñan que el ser humano, en su acción individual y en su participación de la colectividad, también ha de regirse por unas normas previa y libremente aceptadas, basadas en la experiencia del pasado y con perspectiva de futuro.

Esto que acabamos de afirmar, es una evidencia cuya práctica resulta más provechosa en el ámbito de la convivencia y en cuanto a la pedagogía personal se refiere, que los actos ejecutados por la apetencia caprichosa del momento con una visión limitada al estricto bienestar del presente. Lo que no ha de suponer una negativa a mostrarse espontáneo cuando el sentido común lo requiera.



La elección de un método inteligente de comportamiento ha de elevar la percepción de la existencia, proponer metas alcanzables de felicidad y armonía y ser coherente con el total de la dimensión humana. Sin renunciar a una saludable y necesaria concepción festiva de la vida.

Esta elección suele ofrecer alguna que otra dificultad derivada de la relatividad de nuestros conceptos y etiquetas, dificultad que hacemos extensiva a los presupuestos y convencionalismos tradicionales que mantenemos firmemente arraigados. En definitiva, es la educación que cada cual haya recibido la que determina el esfuerzo que se ha realizar a la hora de afrontar una elección ó un cambio.

Las personas en general, –salvando las excepciones que hubiera– somos beneficiarias de la educación de manera diversa. Bajo otro punto de vista también somos víctimas –más ó menos inocentes– de una cierta manipulación que por diversos intereses, no siempre nobles, se imprime en cada uno de nosotros a través de esa misma «educación». Posteriormente –sobre todo entre las personas inquietas–, es considerable la dificultad que se experimenta para salir de la estrechez de aquellas estructuras de pensamiento ya organizadas. Pues a diferentes niveles incapacitan a cada persona para una profunda reflexión sobre sí misma y sobre el significado de su vida.

En algunos aspectos y gracias a una cierta evolución tecnológica y social, los sistemas tradicionales de política, economía, industria, moral, etc., que han servido de soporte al desarrollo de las sociedades mas «avanzadas», han prestado un encomiable servicio a esa parte de la humanidad que ha tenido el privilegio de servirse de ellos. No cabe duda de que la calidad de vida de las áreas que se definen como desarrolladas es mejor que la de otros tiempos, y en este aspecto nos sentimos no solo agradecidos, sino que también artífices del progreso.

No obstante, hay una contrapartida, un precio que no está tan claro que hayamos de pagar, ni a nuestra costa ni desde luego a costa de los menos afortunados.



Esta contrapartida comienza en el momento en el que el «sistema» ejerce una manipulación evidentemente utilitaria sobre la formación integral de los individuos al servicio de cualquier poder. A partir de ello se han creado tantos condicionamientos, necesidades, castraciones y dependencias, que éstas han llegado a convertirse en una verdadera piedra de escándalo. Esto entorpece el desarrollo armónico de las personas, induciéndolas a la configuración de un carácter más conformista, más al servicio de los intereses de ese poder. Por esta causa las personas quedan confundidas al centrar sus esperanzas de felicidad en la loca carrera por la adquisición de los llamados «bienes de consumo».

En definitiva, se construye una sociedad con las manos rebosantes de objetos, justificados unas veces y no tan justificados otras, pero que componen entre todos no solo el bienestar deseable sino que también configuran las cadenas de la dependencia.

El resultado son personas educadas para ser menos autónomas, más dependientes, menos contestatarias y con una imagen deformada de lo que significa la felicidad.

Estas personas, sin tiempo para estar consigo mismas, disponiendo de una «alegría y diversión» programadas para fines de semana y tiempo de vacaciones, encuentran que han perdido el auténtico sentido festivo de la vida. Sienten ese «algo» de insatisfacción que produce la carencia de iniciativas, la creatividad embotada, la ausencia de «Lo Verdadero».

A lo largo de este trabajo, iremos marcando las pautas de reflexión que nos pueden conducir, si Dios quiere, hacia ESE descubrimiento de la esperanza perdida.

AVANZANDO CONCLUSIONES

«Nadie apedrea un árbol estéril». Del Maestro Saadi de Shiraz. Siglo XIII.

«La persona que da frutos será criticada por los demás. Y la persona que no los da, también»



«Hagas lo que hagas siempre habrá alguien a quien no le guste. Por lo tanto haz siempre lo que creas que debes de hacer sin preocuparte por el que dirán».

Comienza por considerar que el primer paso es el claro reconocimiento de que sientes «ese» deseo indefinible de mucho más, que tienes la intuición de que nada fugaz puede darte satisfacción cumplida. Después vendrá el proceso de búsqueda razonable del método adecuado y por último el desarrollo del método y su práctica hasta alcanzar la Meta. Y para ello no tienes que renunciar al uso racional e inocente de los bienes con que la vida pueda regalarte.

Recuerda que la naturaleza del ser humano es creadora: «nunca disfruta más un niño que cuando se siente artífice de sus propios juguetes».

Una vez que afrontas con decisión un método pedagógico de desarrollo armónico, la dimensión festiva de la vida reaparece ante los ojos como algo nuevo y refrescante. Es como abrir de nuevo el «arca olvidada». Es algo que se vuelve a desarrollar aún desde la sencillez de lo cotidiano.

Precisamente por la agudeza de percepción que se despierta en aquellos que han sido capaces de romper con «lo ilusorio», con el exceso de programación y consumo oscurantista a los que se ven sometidos, es por lo que se afina progresivamente la «visión» de lo real.

A medida que realizas este proceso, vas descubriendo tus posibilidades y capacidades, comienzas a ser consciente de tu saber hacer por tí mismo, comienzas a dedicar tiempo para crear y «recrearte». Aprendes a estar, simplemente, a ver donde otros no ven, a escuchar la música del silencio donde otros ni tan siquiera suponen que existe.

Tu mente se hace enormemente práctica ante la vida cotidiana y tu corazón se llena de fantasía ante tantos enigmas resplandecientes.

Bien podemos decir que el ser humano común dispersa su atención, se distrae con los fuegos de artificio, se pierde entre una multitud de falsas necesidades creadas, sujeto a mantenerlas y esclavo por adquirirlas.



A ello dedica la persona su inteligencia, su esfuerzo, su atención, su vida, y es de esta forma, por paradójico que parezca, cómo pierde esa vida y se pierde a sí misma, pues en realidad, ¿quién tiene a quien? ¿No es cierto que, con frecuencia, la preocupación por mantener el exceso de los llamados bienes de consumo es tal que el individuo se siente servidor de todos ellos?

Las gentes así atrapadas entran en una situación que nunca les lleva a confluir en su propia persona, sino que les conduce progresivamente más lejos de su autenticidad. Se sumergen en una actividad intranquila, obsesionados por lograr una meta que la estructura social se ocupa de colocar cada vez más lejos de su alcance. Son personas que incluso acaban generando enfermedades, esas cuyo origen es el estilo de vida estresante al que se someten, y la avaricia de consumo difícilmente justificable, cuanto más tengan más necesidad tendrán de hacer por tener más de lo que tienen, pero..., ¿quién tiene a quién?

Las personas que se inician en el Sendero de Sabiduría no tienen por qué carecer de nada que sea razonablemente importante para cualquier aspecto del desarrollo de su vida. Pero han aprendido a calibrar inteligentemente la magnitud y la cantidad de sus necesidades, y a ser menos siervos de ellas. Más bien suele suceder que se encuentran llenos de todo, porque de alguna manera se saben tenidos en el Todo. Tan solo hay que *aprender a retirar el velo de las apariencias*, ¡éste es el por que de esta obra!

Recuerdo, a propósito de ésta reflexión, una anécdota protagonizada por Mahatma Ghandi, en la que alguien, sorprendido por la sencillez de su vida le comentó un día; -«Mahatma, ¿cómo es posible que vivas con tanta sencillez? ¿No echas de menos otras cosas?». Y Ghandi le respondió; -«Yo necesito muy pocas cosas, y esas pocas cosas, las necesito muy poco».

Comprender estos primeros pasos, saberlos dar, encontrar el método adecuado, es el comienzo absolutamente imprescindible para iniciarse por los caminos del Gran Conocer.



Cada persona es lo que «Es», inmersa en la dinámica creadora y en un perpetuo movimiento de tendencia hacia la Plenitud. Esta verdad no tolera la estrecha idea de la imagen que el común de las personas tienen de sí mismas, ya que el Ser que somos trasciende toda imagen.

PREPARANDO LA MODIFICACIÓN

Tienes una «tarea» que realizar. Haz cualquier otra cosa ó cualquier cantidad de cosas, puedes ocupar todos tus días, y no obstante, si no cumples con esta «tarea» habrás perdido todo tu tiempo. Del Maestro Hakim Jami (1.414 -1.492).

«Sobre «La Verdad» no existen comprobaciones académicas, pues esta escondida, bien escondida».

Con relación a nosotros, ¡cuánto dolor y frustraciones padecemos por mantener una falsa imagen, un terco criterio, un supuesto prestigio, un sentido de propiedad o de dependencia, a fin de ser valorados satisfactoriamente ó de protegernos de nuestra propia inseguridad!

¡Que doloroso resulta aceptar una sugerencia de modificación, aunque ésta sea venida de las personas que nos aman!, ¡Que rápida la respuesta aquella de, «¡métete en tu vida!», ó la otra tan pueril y socorrida de pretender excusar las propias carencias con un..., ¡pues anda que tú..! Como si los defectos del otro pudieran disimular los propios.

Quien está dispuesto a aprender, no puede esperar a ser enseñado por un ser perfecto, pues éste no existe entre las criaturas. Y por otro lado, todas las personas son más ó menos capaces de enseñar y susceptibles de ser enseñadas.

Esta es una premisa de cualquier transmisión, en el marco de cualquier tradición, de cualquier grupo; «aceptar que serás enseñado por alguien semejante». Quien no se sienta capaz de aceptar esta premisa, se condena a sí mismo a las limitaciones de su ostracismo.



En el día a día todos aprendemos por la intervención de cada persona en su relación con los demás. Pero cuando se enseña ó se invita a cambiar algo en alguien, algo que parezca que puede ser mejorado, ¿se hace por afecto a la persona, o más bien porque «eso» resulta molesto?

Si corregimos por adoración de nosotros mismos, como un acto derivado de nuestra molestia, entonces la corrección se transforma en agresión y se vuelve contra nosotros, y de esta manera se fortalece nuestro ego y se hacen más fuertes las cadenas de nuestra servidumbre.

Si es así, la corrección no será un servicio nacido del amor, sino que, disfrazada de interés, esconde la intolerancia de los criterios y puede reforzar un mal comportamiento en el otro. Desafortunadamente esta forma de enseñar es muy frecuente, sobre todo entre los allegados.

Ahora bien, si se hace por amor a la otra persona y en el momento y forma oportunos, aquel que recibe la enseñanza, la corrección, debe de ver en ello no un reproche, sino un servicio. Y aunque pueda sentirse momentáneamente molesto, más tarde deberá estar agradecido, y éste gesto de agradecimiento sencillo no solo premia a la persona que se esforzó en servir con la corrección, sino que además fortalece en la sencillez y tolerancia a quien de esta forma es servido.

Sólo cuando hemos sido capaces de desprendernos de los «criterios molestos» sobre los demás –que son lastres para con nosotros y para con los otros–, es cuando comenzamos a encontrarnos en íntima libertad y desarrollamos la capacidad de aprender, y después la capacidad de enseñar propia del magisterio.

El condicionamiento cultural nos programa con objeto de inculcarnos una concepción de la realidad –qué es esto, qué es lo otro –pero con mucha frecuencia ésta educación no concuerda con las Verdades Universales ó con nuestra realidad personal circunstancial. Luego, en el transcurso de nuestra vida, cuando nos enfrentamos con otros criterios, con otra percepción de las cosas, las barreras de la educación en nuestra mente son muy difíciles de romper.



Es imprescindible que durante el proceso de autoconocimiento y en la práctica del método elegido, nos habituemos a llamar a cada cosa, cada idea, cada concepto redescubierto con nuevos ojos, por su nombre. Y siempre que sea posible en el idioma en el que fue concebido, ya esté dentro ó fuera de nuestra costumbre. Esto es lo que haremos aquí.

¿Te imaginas a alguien sintiendo aversión por la palabra «teléfono» por ser un fonema de origen griego? Muchas de las dificultades que padecemos sobre la comprensión de conceptos en este periodo inicial, las creamos innecesariamente al no aceptar otras posibles expresiones. No nos conviene, por lo tanto, aferrarnos a vocablos inexactos que generan ideas inexactas para expresar conceptos sutiles. Hay ideas que no se pueden formular con precisión desde nuestra cultura.

En lo sucesivo, durante la lectura de éstas páginas es conveniente tener esto en cuenta cada vez que nos encontremos con un vocablo de origen árabe.

En todo caso ya estamos acostumbrados a manejar la inclusión de nuevo vocabulario en el desarrollo de nuestro idioma, y lo hemos hecho sin traumatismo ideológico. Por ejemplo, utilizamos el sánscrito para hablar de Yoga, el inglés en el lenguaje tecnológico, y el griego, el latín y el árabe, son pilares de la lengua castellana y de otras lenguas.

De la misma manera, para adentrarnos en el conocimiento del Sufismo, habrá que acostumbrarse al manejo de algunos nuevos vocablos, sin los cuales sería difícil expresar algunos conceptos que iremos manejando durante el desarrollo de éste trabajo. Por lo tanto desprendámonos de la aversión que pudiera derivarse de ideas preconcebidas. Si es que el contenido del vocablo nos parece bueno y clarificador, aceptemos su uso aún cuando venga desde una cultura pervertida por el prejuicio creado por la desinformación.

Es demasiada la frecuencia con que nos ocupamos de lo malo que puede haber en nuestros actos ó en nuestras palabras, olvidándonos así de la inocencia original con que pueden ser realizados ó del objetivo por el que se crearon. Por ello, ensuciamos en ocasiones, con equivocados concep-



tos de mal, lo que por principio podría haber sido limpio y puro, porque en definitiva son la ignorancia y el desamor los que constituyen esa concepción del mal. Hay veces en las que la excesiva inquietud por lo que es ó no es socialmente bien visto sustituye la espontaneidad de la razón por la rigidez irracional, y ésta rigidez se convierte innecesariamente en origen de otros males.

SOBRE LA REFLEXIÓN

«El signo del hombre Sabio es no confundir lo alegórico con lo específico ó lo literal con lo simbólico». Ahmad Sadiq, Maestro de la Orden Khajagan.

«Cuando alguien opte por una «ruta de perfeccionamiento», si no usa con frecuencia de la reflexión será semejante a un artesano incapaz de manejar sus manos».

La reflexión propicia el modelado de nuestro comportamiento. Podríamos decir alegóricamente que es como la herramienta de higiene para el espíritu, como el lavado purificador de lo más íntimo.

No todos los que se inician en estas inquietudes tienen adquirido ese hábito. Por ello llamo la atención sobre la conveniencia de algunas prácticas de higiene, tanto en el ámbito de lo espiritual como en el comportamiento y costumbres en general, incluso en los hábitos de alimentación, pues todos ellos son inseparables entre sí como factores distintos que componen una sola realidad; el ser humano.

Así pues es ineludible la necesidad de adquisición de éstas y algunas otras costumbres que, con el paso del tiempo, *facilitarán* la creación en nuestro organismo de un estado de ánimo en armonía previo a la Presencia que todo lo llena.

Todas estas modificaciones sobre los hábitos incidirán directamente sobre la capacidad de cara a la reflexión, y a su vez la reflexión perfeccionará los nuevos hábitos. Lo iremos viendo.



Cuando se habla de higiene, lo habitual es pensar en el cuerpo, pero en el marco de la Antigua Tradición el concepto de higiene se extiende también a las otras potencias de la persona. Se sabe que la naturaleza humana, en su complejidad, ha de ser atendida y reconvertida armónicamente, actuando inteligentemente sobre el total de sus cualidades. De esta forma se va trabajando responsablemente sobre la modificación de la conducta, el objetivo es; «lograr el desarraigo de las inevitables deficiencias que toda persona ha ido creando a lo largo de su vida, por la acción del sistema en el proceso de un deficiente desarrollo».

Comenzaremos con unos apuntes relativos a la reflexión, entendida como herramienta con la que se puede trabajar la higiene del comportamiento, puesto que es del comportamiento irracional de donde se suelen derivar las causas que «ensucian» la finura de la percepción y bloquean el progreso de desarrollo por medio del fortalecimiento del ego.

Así pues, se hace sencillo comprender que, adquirir el hábito de ejercer un cierto control responsable sobre esta área es imprescindible en los procesos de evolución. Para ello es muy útil la práctica de lo siguiente:

Cada noche antes de dormir conviene hacer el examen del día que ha pasado, las actitudes en general, la relación con los demás, el defecto dominante, el estado de ánimo, las *verdaderas* causas que lo modifican. Observar también la tendencia a disculpar los defectos cuando nos son corregidos no importa por quien, y tratemos de que no nos importen tanto las razones del otro para la corrección ni el modo que tenga de hacerlo, sino más bien la verdad que pudiera contener lo que nos quiere decir.

Cada mañana, antes del inicio de las actividades y después al mediodía, a media tarde, cuando acabemos las labores diarias y antes de irnos a dormir, renovemos el propósito de la noche anterior y aprovechemos ese momento para situarnos internamente ante el Creador.

En cada uno de éstos cinco breves momentos de reflexión introduzcamos la idea de que, la felicidad, es algo que no po-



demos encontrar de manera estable en lo que es perecedero, transitorio (y por lo tanto frustrante), el mundo ilusorio, el maya de los hindúes, *el dunia de los Sufis*, la ignorancia en definitiva.

Es el momento para recordar la necesidad de mantenernos libres de la estrechez de los conceptos personales, de evitar el juicio precipitado sobre los demás, pues difícilmente entendemos las razones que mueven a las personas, ya que el interior de los corazones es patrimonio de Dios, de Allah (s.u.).

Si tienes dificultad para recordar éstas prácticas, utiliza el truco de colocar pequeñas y discretas señales que solo tú conozcas, entre tus elementos de trabajo ó en tus lugares de paso.

Inicia la práctica del proceso de cambio con el reconocimiento previo de tus carencias, libre de autosuficiencias, sin prejuizar lo que todavía no puedas comprender, y aunque te parezca que «ya» lo comprendes espera todavía un poco más. Espera con humildad, pero no te sientas humillado, no te sobrevalores, pero no te menosprecies y deja que tu interior vaya escuchando la música del silencio. Que en todos tus actos y aspiraciones prime la sencillez.

«Un grano de trigo es ya una infinidad de cosechas, pero deja que primero germine al abrigo de la tierra».

Has iniciado la eterna lucha entre opuestos, sabiduría-ignorancia, eros-thanatos, yin-yan, cuyo resultado, siempre que seas constante, es el nacimiento del nuevo ser que resurge en ti a causa de tu acción, de tu movimiento hacia delante y del «toque» del Poder Creador, que con Su dinámica actúa sobre ti.

Algunas veces esto te producirá una legítima satisfacción, en otras ocasiones te ha de resultar doloroso, porque cada nuevo paso, aún cuando suponga un «renacimiento», también habrá de suponer una «muerte», una ruptura, una readaptación. Pero sabiendo siempre, paulatinamente, qué es lo que ha de morir, y con la esperanza depositada sobre lo que vas viendo renacer.



Nunca, nunca, por causa alguna renuncies a ésta lucha, porque de una u otra forma, en uno u otro tiempo, habrás de enfrentarte a ella. La diferencia será que si ahora aceptas *en la práctica cotidiana* ideas como progreso, evolución, perfección, sabiduría, si aceptas como inevitable el imparabile movimiento de la rueda de la existencia y eres consecuente con todo ello, te harás dócil, «*Abd*», (recuerda éste término), a la acción del Creador sobre tí.

Ya que has de rendir la batalla de la evolución, adelanta tu iniciativa antes de que la pereza ó el engaño te seduzcan y la vida te obligue por fuerza, haciéndote perder mañana lo que podrías haber ganado hoy.

Eres un acontecimiento único en la historia del Universo, nunca antes hubo alguien como tú, y nunca después de ti lo volverá a haber, trátate con toda la deferencia y respeto que éste hecho incuestionable se merece.

EL ORGANISMO EN ARMÓNICO EQUILIBRIO

Decía un poeta; «Mi cuerpo es mi mansión más secreta, mi morada más íntima, él es yo, y yo soy él. Y me es imposible separarlo de toda la vida, de todo el universo espiritual que siento vibrar en mí».

Acabamos de comentar sobre la reflexión como herramienta de higiene para el espíritu y para la modificación de ciertas formas de pensamiento y actitudes que afectan al comportamiento durante el desarrollo del día a día.

Continuando en la misma línea, comentaremos ahora algunos razonamientos sobre los hábitos en la higiene corporal, y fundamentalmente sobre la necesidad de reconducir las costumbres en la alimentación.

Consideramos el cuerpo como el soporte mediante el que las demás potencias se expresan dentro del orden material. Por tanto, es fácil comprender que, dentro de un planteamiento de vida de perfecto equilibrio, sea el desarrollo armónico de



todas las potencias que constituyen el ser humano el que ocupa un lugar preeminente.

Acción creadora o trabajo, reflexión, meditación, Îbadat (prácticas espirituales), equilibrio afectivo, alimentación, etc., son factores que, al constituir entre todos al ser humano, gozan de gran consideración, ya que el desequilibrio (como norma), en uno de ellos repercute necesariamente sobre el natural desarrollo de los demás.

Ésta percepción nos conduce a cuidar con esmero, dentro de lo prudente, que cada uno de éstos factores se mantenga equilibrado dentro del conjunto y a modificar, si es preciso, aquello que consideremos necesario.

Por medio del cuerpo, soporte de las demás potencias, recibimos, codificamos y resolvemos en cada acto las experiencias que continuamente nos llegan del exterior, a fin de que percibamos desde dentro aquello que está fuera.

De alguna manera, por medio del cuerpo, sede del intelecto, nos sentimos el eje de nuestra percepción personal del universo y nos sabemos sujeto agente y paciente en la dinámica de la Creación.

Sabemos que el cuerpo se forma y regenera a partir del crecimiento celular, y que de la degeneración ó alteración de este proceso surgen las enfermedades somáticas y la modificación de algunos estados emocionales.

Luego si la renovación celular correcta es causa del orden orgánico, y este condiciona determinados estados psíquicos, hay que tener en cuenta que la forma de vida que se lleve y la calidad de lo que se introduzca en el cuerpo incide directamente sobre el comportamiento, salud, desarrollo, regeneración, etc.

Todo esto a su vez repercute sobre los demás aspectos de la naturaleza humana, hasta el punto de modificarlos para bien ó para mal, por lo que será necesario que, si se opta por una vía de pleno desarrollo, haya que abstenerse de los hábitos de comportamiento ó de consumo que puedan poner en peligro el equilibrio orgánico y su natural evolución.

Habrá pues que ocuparse de forma activa y según el razonable sentido común de cada persona de cuidarlo a través



de las formas de higiene, el ejercicio cuando sea necesario y la adecuada alimentación, absteniéndose de sustancias y alimentos ó bebidas tóxicas. Nuestro cuerpo es la herramienta de desarrollo de la consciencia que somos y como decía al iniciar este capítulo, no es posible separar lo uno de lo otro.

Al conjunto de todo aquello que perjudica al normal desarrollo de la naturaleza humana y al comportamiento de cada persona, es a lo que en Islam se llama «harám». Por oposición «halál» es todo lo que beneficia. En el marco de la Tradición siempre se ha entendido que es preferible vivir en actitud de medicina preventiva, que curando males.

A propósito de la salud, tanto física como espiritual: son muy recomendados desde el seno de todas las antiguas disciplinas los famosos periodos de ayuno, ya que depuran el organismo, despejan la mente y afinan el espíritu.

El Ramadán, del sustantivo Ramdaâ, que equivale a «calor ardiente» –el fuego purificador–, tiene desde este punto de vista todo su valor en cuanto a periodo de mejoría orgánica y espiritual. Es uno de los pilares de la pedagogía Islámica, durante el que cada persona hace una revisión general del orden en su vida, de aquello que considera que debe de reforzar ó modificar.

Es un periodo dedicado al ayuno y a la interiorización, es un tiempo dedicado a la «puesta a punto» de la propia vida. Digamos que el musulmán, al igual que la naturaleza en invierno, se repliega en lo recóndito de sí mismo, y dedicado con mas atención de lo habitual, si cabe, a las prácticas espirituales (la Íbadat), se renueva periódicamente, como la vida se renueva en cada primavera. Cualquier otra locura de las que se oyen en los medios de comunicación es un producto mas de la ignorancia de los que, anclados en el costumbrismo localista, dicen practicarlos, y por lo tanto es una perversión del sentido del Ramadán que no merece otro comentario.

Éstos consejos, que se encuentran todos dentro de lo que llamaremos el método, deben de ser practicados siempre bajo el saludable criterio y la experiencia de «ese» método, y no de forma aleatoria. Sobre ello escribiré más adelante en esta mis-



ma obra, con el fin de evitar que se caiga en el error del narcisismo ó de la hipocondría, todo debe de ser practicado dentro de un criterio razonable. Que primen habitualmente el sentido común y el de la oportunidad.

Siempre será cierto que un cuerpo sano y en forma, hará más fácil una vida llena de experiencias y en disposición de proponerse cualquier meta. No compartimos la antigua idea de considerar el cuerpo como algo despreciable que hay que maltratar, hasta aniquilar en él toda «maldad».

Por el contrario, creemos que el ser humano debe de ser educado para comprenderse y aceptarse en la totalidad de los dones con que la naturaleza le ha querido regalar, sabiendo que la maldad o la inocencia de sus actos radican fundamentalmente en su concepción cultural, y nunca en la obra del Creador. Afrontar la vida con sencillez y tolerancia es el mejor antídoto contra el fanatismo.

«Si no recortas a diario tu barba, no pasará mucho tiempo sin que ésta quiera ocupar el lugar de la cabeza». De Hakim Jami, Maestro del siglo XV.

«Cuida tu ego, no sea que se apodere de ti».

LA PEDAGOGÍA DEL MÉTODO

«El academicismo fragmenta la información». El Sheyh Ramitani. «El Conocimiento la unifica».

Toda actividad pedagógica debe de estar contenida en un método y además precedida de una reflexión sobre el medio en el que el educando ha de desarrollarse, en atención a la persona a la que se quiere ayudar.

Pero a su vez el método ha de estar desprovisto de todo barroquismo innecesario y superficial, con el que las liturgias, los adornos, los oropeles y las imágenes pudieran distraer al alumno del Único Objetivo.

El objetivo del método no solo ha de ir dirigido a que el



sujeto adquiera un buen conocimiento de su propia circunstancia, sino que también ha de facilitarle de manera inteligente el control sobre su vida, con el fin de que se pueda desarrollar en libertad racional, satisfactoriamente, sin caer en la inconsciencia, la rutina ó la servidumbre de la tradición étnica, que con frecuencia tiende a darnos «gato por liebre».

En su contexto espacio temporal, el ser humano se reconoce como alguien con capacidad para entrar en relación con el otro y, en esa interrelación, ambos sujetos se enriquecen, siempre, de una u otra forma.

Poco a poco, en el individuo se opera un ajuste hacia el exterior partiendo del interior, y viceversa. Y así, afrontando y respondiendo a los desafíos que se le plantean, va decidiendo su formación y cumpliendo con su aportación histórico-social, a base de una experiencia crítica, creadora, *en desafío a otras personas y al cultivo de otras formas de pensamiento si esto fuera preciso.*

Ésta aseveración está fundada sobre la experiencia que cada uno de nosotros ya debe de tener a causa de las opiniones de otras personas sobre muchas de nuestras decisiones. Nunca daremos con un comportamiento que satisfaga a todos por igual, incluyéndonos nosotros mismos, pero tampoco tenemos por qué hacerlo. Por esto, a la hora de elegir el camino por el cual hemos determinado afrontar nuestro personal proceso de desarrollo, y una vez que lo hayamos contrastado con la observación e información adecuada, no debemos de considerar otros criterios que, ajenos a nosotros, solo habrán de confundirnos. Tampoco nos dejemos seducir por la necesidad banal de satisfacer a todos, porque es nuestro proceso el que está en juego y este es un acontecimiento íntimo, con el que, excepto a cada cual, a nadie más le importa, estén ó no satisfechos.

A propósito de la imposibilidad de satisfacer a todos, de la dificultad que encierra el poner a todos de acuerdo en algo, me viene a la memoria un cuento muy antiguo que dice así:

«Un hombre y su hijo de quince años habían salido muy temprano de su pueblo camino del mercado de la ciudad, lle-



vaban con ellos la única burra de la familia para que al regreso pudiera cargar con los sacos de grano.

Por el momento era el padre quien montaba sobre la burra, que no llevaba otra carga, y según se acercaban al pueblo vecino, unos campesinos que salían de madrugada a las labores del campo, comenzaron a murmurar; -«¡Fíjate que padre, vaya un corazón tan duro, él montado sobre la burra y la pobre criatura andando!».

El padre y el hijo, que habían oído las murmuraciones, se lo pensaron mejor, e inmediatamente sugirió el padre; -«Anda hijo mío, móntate tu en la burra y no demos que hablar a la gente». Y así lo hicieron.

Ya estaban llegando al pueblo, cuando unas mujeres que salían al río a lavar la ropa, hicieron este otro comentario; - ¡Qué vergüenza de juventud! Los chicos de ahora ya no tienen respeto por los mayores, ¡fíjate en el mocetón, tan joven, tan fuerte, montado sobre la burra y el pobre padre andando!

Esta vez fue el chico quien propuso; -«Mira padre, lo mejor es que no montemos ninguno de los dos en la burra, así nadie tendrá nada que decir». Y así lo hicieron.

Ya se encontraban llegando al centro del pueblo y en ese momento el panadero y su ayudante, que estaban abriendo la panadería, hicieron entre risas esta otra observación; -«mira esos dos tontos..., llevan una burra y van los dos andando».

El padre y el hijo, que ya empezaban a sentirse molestos y que no sabían que decisión podían tomar sin que esto provocara las críticas de los aldeanos, decidieron montar los dos en la burra y así cerrar la boca a cualquier comentario. Pero a la salida del pueblo todavía pudieron escuchar al herrero y su hijo decir de esta manera; -«¡Desde luego que hay gente sin sentimientos!, Mira como llevan al pobre animal de cargado»...

Creo que la moraleja de este cuento es evidente, no esperes a que tus decisiones contenten a todas las personas, y en ocasiones ni tan siquiera a unas pocas. Nadie ha de ser igual a nadie y las etiquetas van bien en los tarros de conserva, pero



no sobre la frente de las personas. Toma tus decisiones una vez reflexionadas y contrastadas sin sentir ningún complejo por ellas, sin sentirte en la necesidad de rendir cuentas a nadie. Porque es precisamente la diferenciación la que permite la búsqueda constante de la perfecta identificación en relación con todo lo otro, y por ello el método debe de estar en su contenido y proporción, adaptado al fin que se pretende.

«Que el ser humano sea sujeto activo de su propia evolución, que se construya como persona, que logre los medios naturales con los que colabore en la construcción de su mundo, que se comunique, que dé forma a la cultura, que constituya la historia y que, en fin..., alcance la razón de su identidad, cual es su Origen y su Fin».

BIEN Y MAL: DOS ASPECTOS DIFERENTES DE UNA MISMA REALIDAD

Nuestra volunta es la cualidad que comanda sobre las demás facultades, ordena cualquier movimiento consciente del cuerpo y de la mente y se organiza por medio de la inteligencia que potencia el razonamiento por el que tomamos las decisiones.

Es la voluntad la que confiere libertad a todas nuestras decisiones. Decimos de alguien apocado, débil de carácter, que no tiene voluntad, y decimos igualmente de alguien decidido que tiene una «voluntad de hierro, y si es bueno decimos que es una persona de «buena voluntad».

Por lo tanto, nuestra voluntad es esa cualidad que movida por la razón, por la habilidad de saber a partir del aprendizaje, tiene como objetivo la puesta en práctica de lo que conocemos como bueno, por exclusión de lo que creemos malo.

Esta creencia varía según el criterio subjetivo que cada sociedad se haya impuesto sobre las propias reglas de conducta. Y las reglas de conducta dan forma a la «razón socializada» que fortalece nuestra voluntad en el momento de actuar con un determinado conocimiento «objetivo» del bien y del



mal probables. Pero ambos, bien y mal, son conceptos relacionados entre sí e inestables al estar modificados por la percepción personal ó socializada que tenemos de cualquier hipotética realidad.

Bien y mal son dos percepciones diferentes e inicialmente subjetivas de la forma en que se manifiesta ante nuestro análisis una acción, un elemento observado con el criterio previamente adquirido por el sujeto observador.

Generalmente, en términos de absoluto no podemos decidir con claridad objetiva y permanente que es lo bueno y que es lo malo. Esta es una resolución que está condicionada al criterio de quién padece la acción y al criterio del sujeto que la ejecuta ó la observa. Ejemplo: La gacela padece la agresión de la leona; esto es malo para la gacela. Pero gracias a la carne de la gacela la leona vive y alimenta a sus cachorros; esto es bueno para la leona y su prole.

El juicio que nos formamos desde la consciencia humana, es enormemente complejo y está determinado no sólo por las diversas culturas, sino que también intervienen en él los distintos estados de ánimo y el momento actual del desarrollo individual.

Por esto decimos, desde el seno de la Antigua Tradición, que; «Sólo Allah (s.u.) puede conocer y juzgar el corazón humano», o bien, «La distancia entre lo bueno y lo malo es imposible de conocer», como decía mi anciano maestro inspirado Sidi Abd el Kader ben Aÿiba.

Podríamos decir que el Universo, el Total de la Creación, lo es gracias a la permanente dinámica, en la que *todo sin excepción se modifica* en un «Perpetuum Mobile», en un cambio constante. Nada permanece ni goza de naturaleza propia, nada es estable, ni es solo lo que parece ante la vista del observador, si no hay «destrucción» no puede haber «construcción». Nada es bueno o malo «per se», simplemente todo es conforme a su naturaleza y cumple su función dentro del plan general de la creación, donde *lo único estable es la inestabilidad*, el movimiento.

En el permanente movimiento de transformación, la «des-



trucción» no equivale a «malo» ni la «construcción» equivale a bueno, en ningún momento ni bajo ninguna forma, puesto que, excepto la voluntad humana no iluminada, todo es dócil por principio, todo se deja hacer ante la Acción Creadora, todo nada a favor de la corriente en el Río de la Existencia, de la transitoriedad.

De alguna manera todo «sabe» que es perecedero y por lo tanto nada –en el contenido de la Creación–, se aferra a un angustioso deseo de parar la dinámica de la transformación para convertirse en «individualidad eternamente estable», sabiéndose efímera, ¡excepto el ser humano! Él es capaz de creer cualquier disparate y de pagar cualquier cantidad con tal de que alguien con «autoridad» le garantice la perpetuidad de su individualidad, aún cuando sea en «otra vida» y en forma de «alma». El alma ha sido uno de los grandes inventos para la manipulación de las conciencias y uno de los principios de dolor y frustración. Debido a esto, las diversas culturas generan la necesidad de religiosización a ultranza, los mercadillos de la salvación y los conceptos fanáticos, inmovilistas, de mal y de bien.

El ser humano es portador de la Consciencia Intelectiva, pero en su fase de ignorancia confunde «Lo Atemporal» con lo efímero, y así ha dado comienzo a una parte del dolor que le obliga al aprendizaje necesario.

Todas las personas sentimos que el mal y el bien existen, los percibimos como algo objetivo y real, lo cual entra en aparente contradicción con lo anteriormente expuesto. Es aquí, en este punto de conflicto, donde recorro al tópico tantas veces dicho; «el ser humano es el verdadero origen del mal y del bien subjetivos». No obstante es algo que percibimos de forma claramente diferenciada desde nuestra posición en el medio de influencia en el que nos desenvolvemos. Vamos a razonar alguna de las circunstancias que producen estas sensaciones.

Por medio de la facultad intelectual como vehículo de manifestación del ego, –con el que formamos una realidad indisoluble– adquirimos consciencia de deseo, intolerancia, frus-



tración, desprecio, avaricia,... ó generosidad, arte, amor, tolerancia, ...etc. De otro lado nos sabemos limitadamente capaces de observar, analizar, criticar, ...etc. Todas ellas son algunas de las capacidades que, interactuando entre sí, generan ó modifican emociones y determinan-me diatizadas por la educación- lo que consideramos bueno o malo debido a nuestra posibilidad de sentir, juzgar, intervenir y elegir.

En cuestión de relaciones sociales, acabamos de comentar que lo comúnmente considerado bien ó mal, conveniente ó inconveniente, son acuerdos adoptados por la norma como una especie de código para la convivencia y la comunicación. En su mayoría estos acuerdos corresponden a una percepción sobre lo correcto que es subjetiva y que será transitoria en el curso de la historia, de lo que ya tenemos experiencia. Antes había reglas de conducta que hoy están en desuso.

También sucede que cuando la persona es ignorante (no necesariamente iletrada), actúa con demasiada frecuencia sin considerar otros criterios que no estén básicamente en función de su deseo y de su satisfacción, y si ésta es inmediata mejor. Es lo que llamamos estar sumergido en el ámbito ilusorio del ego, de lo transitorio tomado como objetivo. Es lo que en la disciplina Sufi identificamos por «Mulk», como contraposición a «Malakut» (ámbito de todo aquello que pertenece a la consciencia iluminada).

La persona ególatra se haya sumergida en el Mulk y genera en su entorno una dinámica que conlleva necesariamente el sacrificio estéril de su tiempo. Y cuando el ego se lo pida -que se lo pedirá-, modificará muchos de los esquemas de su pensamiento aún cuando le parezca que aquello que hace lo hace por su propio bien. Por la misma razón sacrificará su relación con otras personas, amigos, parientes, ó con cualesquiera otras cosas o acontecimientos, en un acto de autofagocitosis compulsiva dedicada a fortalecer su complacencia.

En este quehacer todo está permitido, con tal de mantener unos niveles cada vez mas exigentes de autosatisfacción, que conducirán a la persona inexorablemente a lo contrario



de lo que pretende, a un estado de infelicidad, de frustración y de inquietud siempre insatisfecha. Es una especie de «drogodependencia» con la que el ego engaña y seduce a la consciencia no iluminada en pos de una quimera, ofreciéndole atractivas dosis de placer que nunca satisfacen de manera estable y cuyo precio final es el sacrificio del equilibrio, cuando no de la vida. ¡Francamente, no compensa!

El ser humano puede disfrutar de manera lícita, aunque inestable y transitoria, de los placeres que le ofrezca el entorno de su vida. Pero no se puede llenar ni satisfacer de manera estable y plena con ningún otro contenido que Aquel que puede completarle, el Ser Verdadero. Por eso decíamos antes que las personas que no conocen esta realidad son ignorantes aún cuando sean técnicamente cultas.

Si analizamos cualquier otro mal, veremos que detrás de las primeras apariencias siempre se esconde el mismo dragón, el ego dominante, la autoadopción sin freno, la ausencia de Sabiduría.

Es por esta razón por la que, desde la antigüedad, los grandes Sheyh han identificado al ego con Iblís, la encarnación del mal, y según enseñaban tanto Átar, como Abû'l-Ma'ári y otros, el ego, Iblís, tiene que ser transformado en estado de Islam (según el concepto de Islam que estamos manejando). Esto equivale a ilustrar al ego para hacerle dócil a la Acción Creadora, («Abd», dócil a Allah), pues de ésta forma se opera la transmutación hacia el Ser de Luz, (el shâhid fi'l-samâ). De lo contrario el individuo queda ligado al ser inferior, al concepto de mal, al dolor, al ámbito de la sombra, de la ignorancia y de la autoaniquilación.

La persona, cuando es sabia aún cuando técnicamente no sea culta, ha eliminado el poder del ego sobre sí misma, como acabamos de comentar. Sabe que todo en su entorno es un medio del que puede lícitamente disponer. Todo es como una biblioteca a su servicio, en la que cada libro ya tiene una función predeterminada, pero manteniendo siempre presente que ninguno de los volúmenes es en sí mismo un objetivo. Así auxiliado por los elementos de la Creación puede trazar su ruta



y alcanzar su Objetivo existencial para fundirse en Él, pues conoce que sólo en el Principio Creador se encuentran todas las satisfacciones.

¿Cómo pueden darse en el ser humano el bien y el mal, la creación y la destrucción al mismo tiempo?

El ser humano, al igual que los demás elementos de la Creación está sujeto a la inestabilidad, a múltiples contingencias imprescindibles en su proceso de recreación. El ego se niega al esfuerzo del cambio y lo interpreta como dolor, como «el mal». Solo la consciencia iluminada es capaz de comprender mas allá de la inmediatez y de integrar cada contingencia como un acontecimiento natural en el proceso de la propia evolución. El mal es generado por la ignorancia del ego, el cual nos induce a la adoración propia, a la perfecta idolatría contra la que el Qor'án advierte de continuo. Y ¿qué es la adoración de uno mismo, sino un amor de sí mismo exagerado y confuso? Y digo confundido porque lo que el ególatra adora de sí no es otra cosa que el ser aparente, lo transitorio, lo que está determinado a desaparecer y por lo tanto «no es», a la par que desconoce su existencia como Ser Real y permanente. En cualquier caso, lo que el ignorante siente por sí es una forma de amor elemental, primitivo, pero amor de la misma naturaleza, aunque de diferente nivel de evolución que, el Amor que del Sí mismo siente el sabio. Con una particularidad; son distintas las causas que lo generan y el objetivo hacia el que se dirige.

Hemos comentado en otras ocasiones que el ser humano –como apariencia criatural que encarna la consciencia intelectual–, es la forma en la que El Creador se contempla, de alguna manera, a Sí mismo desde Su acción creadora. El Amor de naturaleza *siempre dinámica* que el Creador tiene de Sí –surgido por medio de ésta Su propia contemplación–, es la *Causa* que al ser percibida por «nosotros» interpretamos como el *efecto* que entendemos y definimos como «la Creación». Comprender esto es comprender el contenido de la antigua afirmación «Deus Cáritas est».

Por este factor de Causa-efecto, es por lo que podemos de-



ducir que el ser humano, en su proceso de aprendizaje durante su paso por el nivel de Creación, dispone en sí mismo del poder co-creador, gracias a que se muestra como una incursión del Amor dinámico de Allah (s.u.) en el ámbito de la Creación. Y por la acción surgida de su percepción del entorno, el ser humano incide sobre su Universo, conscientemente unas veces, inconscientemente otras. Unas veces destruyendo «haciendo el mal», otras construyendo «haciendo el bien», pero siempre modificando, a la par que el entorno incide sobre la persona y también la modifica en una permanente interactividad. Ya lo hemos comentado otras veces.

En esta interacción, cada aparente individualidad adquiere su dimensión co-creadora y, en tanto que despierta de su ignorancia –con la que genera su separación del resto de la creación–, juega con el poder del que dispone en un intento por recrearse de nuevo a sí misma –yo quiero ser esto ó lo otro-. Inicialmente será con el fortalecimiento del ego, como imagen distorsionada de la realidad, con lo que se enfrente a «las primeras lecciones». Mas tarde, con la intuición primero y el descubrimiento después de su verdadera naturaleza. El resultado de este proceso estará en relación directa con su nivel de conocimiento y de docilidad.

La ignorancia, aunque inicialmente inevitable y necesaria, es propia de la naturaleza del ego y por lo tanto es el velo que ciega a la persona, anteponiéndose a los ojos del Conocimiento. Es lo que nos separa del resto de la Creación invitándonos a percibirnos como un algo que puede ser eterno e independiente. No obstante, la ignorancia tiene que cegar («velar»), necesariamente al ser humano para que pueda darse la primera fase de diferenciación como criatura a partir de la que se posibilite el posterior aprendizaje y conocimiento.

La ignorancia inicial, al ser necesaria, no es mala ni buena en sí misma, simplemente cumple con su objetivo, que es el de generar la inquietud, la pregunta que busca respuestas. La ignorancia como mal se inicia en el momento en el que el individuo se niega a la búsqueda, se deja seducir por el mundo aparente del ego y su consciencia atrapada se hace confusa ante la apa-



rente seguridad que representa lo transitorio, en cuyo medio adquiere la idea de individualidad separada.

Desde su aislamiento, el ignorante se siente como observador que puede destruir o no según su propia egolatría y sin verse afectado, ya que se percibe «fuera de...». No comprende que en realidad él es el Centro en el que, como Consciencia que es, todo confluye y desde donde todo se modifica. Esto sucede gracias a la inestabilidad de su percepción y en tanto que avanza en su comprensión. No percibe que *él constituye su universo al mismo tiempo que el universo que crea le condiciona* y es de ésta forma como genera y percibe como reales y exteriores los conceptos de bien y de mal que acaban incidiendo directamente sobre él para modificarle. La persona para el dolor cuando integra el movimiento, lo que no equivale a mostrarse impasible ante los avatares de la vida. Construcción - destrucción, son dos aspectos interactivos de Aquello único que da origen al movimiento, a la Creación, como dijimos antes. Todo está expuesto ante el ser transitorio como administrador de su parcela, unas veces para bien, como producto de la Sabiduría dócil al Creador que en él reside, y en otras ocasiones para mal, como resultado de la egolatría fiel a la ignorancia atributo del «nafs», (el ego), Iblis.

El ser humano es esa parcela del Universo que durante el periodo de ignorancia se percibe a sí misma separada del Todo, que se recrea entre momentos de sabiduría y de ignorancia, creador del bien y del mal, y desde donde a cargo del ego se pueden alterar los principios de docilidad y armonía durante el proceso de su evolución.

EQUILIBRIO ENTRE OPUESTOS

Las fuerzas que con su interactividad inician todo cuanto existe son simples, tienen un origen común y la necesaria diversidad de su carácter es lo que mantiene el equilibrio de la inestable dinámica creacional. Como vamos comentando son manifestaciones diferentes de «**Una misma Realidad**» y,



como ya comentamos, ninguna es equivalente al bien ó al mal.

Desde su propia visión en el universo de las apariencias, el ser humano interviene con su capacidad de percepción e imprime su voluntad. Ambas están movidas tanto por la necesidad legítima de aprender como por el ámbito de sus necesidades y deseos. De esta forma, se convierte en el verdadero creador de los conceptos subjetivos del bien y del mal, aislados de un Todo compuesto por infinidad de facetas aparentes, a través de las que se nos hace presente el **Ser Único**.

En la Creación, el Ser Único es intuido y progresivamente percibido por la consciencia intelectual -donde quiera que surja-, como un reflejo que dimana de Ese mismo Ser y a donde retorna.

De la comprensión de todo esto se derivan algunos de los principios básicos del Sufismo referidos al dominio sobre el ego, -el nafs-, como sede que es de la confusión y herramienta del aprendizaje. Es a través del ego y por medio de la consciencia de ser como la persona aprende e interpreta lo inestable como estable, y puede quedar atrapado por el «mulk», el mundo de las apariencias al que pertenecen los deseos, ó bien evolucionar hacia el objetivo de su existencia.

En cada parcela de la existencia se encuentran las fuerzas antagónicas, representadas en el nacimiento-muerte, construcción-destrucción, placer-dolor, etc. Pero el ser humano -si todavía está dominado por el nafs, como velo de la ignorancia-, las percibe como un drama de dolor en lo mas íntimo de su propia naturaleza, como enemigas en confrontación, y no como aliadas en un mismo proyecto.

Cuando la persona permite, no importa por qué causa, que una de las fuerzas necesariamente opuestas -que no antagónicas-, se alce con el dominio, se produce el desequilibrio causante de la aparición del «velo» que obstruye la visión del conjunto. Así mantiene el estado de «ceguera» y pasa a formar parte de «los velados». Esto arriesga el objetivo de su creación, como ser intelectual, al propiciar la regresión hacia la naturaleza animal y atrofiar así una de las cualidades que le



constituyen como persona. Es así como en parte se cumple el proverbio latino: «homo lupus hominibus est» -el hombre es un lobo para el hombre-.

El individuo transitorio, el ego -el nafs-, también identificado por los antiguos Maestros con Iblis -como encarnación del mal-, se agarra con gran fuerza a la existencia prestada durante la ficción de su tiempo. Por ello, siendo intuidor del atractivo poder de la eternidad -atributo del Ser Único-, que percibe en el Ser de Luz de su naturaleza arquetípica, desea, no importa por qué medios, ocupar el papel del indispensable y «quierolotodo» protagonista.

Es un esfuerzo imposible del nafs, capaz de crear la inmortalidad del alma, para adueñarse de una eternidad que no le corresponde. Una lucha siempre perdida, en cuya trampa aduladora caen tantas personas seducidas por la deformación religiosa ó por el sistema de vida que han elegido.

Cada persona es consciente permanentemente del drama de su lucha interna; «quiero o no quiero, voy por este camino o por aquel otro». De un lado juega la ambición sin límites del propio ego, el nafs, que pugna por la permanente auto-satisfacción, por librarse de todo control y disciplina. De otro lado la íntima convicción de que «todo» no puede ser igual a «tan poco». Que la transitoriedad no satisface lo suficiente y que tiene que haber otras respuestas no vinculadas al mito ó al engaño.

Esto lo perciben todas las personas, no importa desde que nivel de entendimiento, pero algunas, seducidas por el nafs, abandonan sus inquietudes como «tonterías» propias de gente inmadura. Otras en cambio, afrontan incansables la aventura de la búsqueda y con su esfuerzo van dando respuestas que marcan las rutas de la evolución integral en la historia del ser humano.

Quien no avanza, retrocede, pero no existe el estaticismo, la quietud, pues el movimiento es necesariamente permanente en una u otra dirección. Decir aquello de ; -«yo no quiero saber nada, a mi no me interesa nada, que me dejen en paz, yo tengo otras preocupaciones en el día a día», es una postura que



antes o después, en una u otra forma, no ha de tener como consecuencia ese «estar en paz», ni la desaparición de la inquietud interna.

Cuando atrofiarnos un factor evolutivo su opuesto se fortalece *produciendo siempre* el desequilibrio, el dolor como resultado. Pero como siempre hay movimiento cada persona puede reconducir el trazado de su propia ruta.

En cambio cuando el ser humano, como consciencia intelectual que es, resta protagonismo al ego y lo utiliza como quien utiliza una *caja de herramientas*, comienza a producirse el equilibrio entre opuestos.

Durante el periodo de aprendizaje y como Ser de Luz, se inicia en el *gobierno* de sí mismo desde la Sabiduría, haciendo un uso adecuado y coherente de todas esas herramientas que más tarde habrá de abandonar. Este *gobierno* en armonía es lo que posibilita la evolución y por lo tanto el avance hacia el verdadero Conocimiento de la Propia Naturaleza.

Lo mismo sucede en todo el Universo por la aportación de cada fuerza según su propia cualidad en el objetivo común del desarrollo y por medio de los procesos naturalmente evolutivos en los que todo colabora. Por esto decimos que, todo cuanto existe, es «Abd» –dócil a la acción creadora– y en ruta hacia su momento definitorio, aquel en el que –también para la consciencia que reside en el ser humano– se habrá cumplido el objetivo del gran viaje.

Al igual que cada uno de los demás seres transitorios, cada persona tiene su propio objetivo desde «el momento» en que, como conjunto de atributos de la Naturaleza Divina (única Naturaleza real), se desprende de la voluntad Creadora. Hasta «aquel otro momento» en el que se disgrega, y cada componente regresa al Origen que le dio la existencia como «esa» criatura concreta, después de haber crecido y dado sus frutos por la vía del Conocimiento.

Entonces descubrirá lo que ya conoce el Sabio, el Ârif, que en realidad nunca se fue de «Allí», y en ese estado se producirá el último «Faná» (fusión total), la Unidad de la que creyó estar separado.



LA BÚSQUEDA. EL DESEO DE SER FELIZ

Reflexión previa sobre algunos conceptos y prácticas en la vida de los busca-dores que sienten «ese vacío» no satisfecho.

La naturaleza humana

Es por la necesidad del aprendizaje (entre otros factores), dinámica, inquieta, siempre en busca de nuevas experiencias, nuevas adquisiciones, a las que generalmente se adapta con facilidad y de las que se aburre mas o menos rápidamente.

El cansancio de todo aquello que las personas adquieren, bien sean objetos, situaciones, nuevos amigos, etc., se produce, decía, con mas o menos prontitud. Esto depende del modo y de la frecuencia con que los usen, de la facilidad o dificultad con que los hayan llegado a poseer, de lo que consideren que les reportan, o del «encandilamiento» que resurge nuevamente y por poco tiempo en cada una de ellas ante otra novedad que pueda parecerles mas deseable.

Es el juego del consumo de emociones y sentimientos, con frecuencia adictivos, generalmente superficiales, transitorios, donde prima la búsqueda de lo aparente, del contexto sin demasiado contenido, de la satisfacción fácil, inmediata (y por lo tanto fugaz), ó del estímulo novedoso y más fuerte.

Estas personas adquieren las prendas de vestir, -frecuentemente impersonales- por medio de las que se identifican con un «clan», con una edad, con una actividad, pero muy pocas veces lo harán por verdadera necesidad. Son «cosas» que se desechan sin dudar cuando alguien ajeno, con el único propósito de enriquecerse a costa de cierta ausencia de criterios en el consumidor de «estilos», decide que «ya no están de moda».

Siguiendo el pensamiento de Khalil Gibran, tan apreciado entre muchas personas con ciertas inquietudes. «Y... ¿qué es el vestir cuando usamos la ropa como signo de poder, de seducción, de agresión, o para esconder con vergüenza nues-



tros cuerpos? ¿Acaso no es verdad que se usa con frecuencia para ocultar lo que no hay de bueno en nosotros? La ropa solo puede protegernos del frío, pero no de lo que guarda nuestro corazón. A veces decimos que nuestra forma de vestir nos hace libres, pero en realidad no suele ser más que otro yugo».

Se eligen algunos «lugares de diversión», generalmente los mismos y en un ritual establecido previamente en cuanto al orden, la hora, etc., con la expectativa de «pasarlos bien». Entiéndase por esto el lograr una fuerte alteración emocional de «euforia inducida», a base de recibir estímulos sensoriales (estridencia, mucha gente, alcohol, etc.), lo que se llama «el ambiente». De lo contrario, las personas se aburren, tienen la incómoda sensación de estar perdidos, de no saber... ¿Y ahora que hago?

Me pregunto si no se habrá sustituido el natural y creativo sentido festivo de la vida, que permite a las personas estar bien a partir de la inventiva personal, por una especie de híbrido raro, caro y deshumanizado, eso que se llama «ir de marcha por los sitios de ambiente».

En realidad no hay porqué sentirse incapaz de buscar dentro de cada uno el móvil por el que podría estar bien en cualquier parte, *también* desde dentro y no *siempre* desde afuera. Pero no se prepara a las gentes para esto, sino para pagar cara la ficción de su alegría.

Muchas personas ni siquiera sospechan que puedan ser felices desde otras posibles alternativas, cuando lo cierto es que todos somos portadores de esa dimensión festiva de nuestra existencia, gratuitamente, pero que no nos enseñan ni permiten fácilmente desarrollar sin que produzca beneficios industriales.

Son muchas las personas que, en la búsqueda de sus amistades, lo que verdaderamente pretenden, sobre cualquier otro criterio, es el mantener en sí mismas el nivel que creen necesitar para paliar la avaricia emocional, o para engañar a la soledad. Esa soledad que con frecuencia se siente aún en medio del bullicio y que a alguien obligó a escribir sobre el muro de un



viejo edificio; –«He buscado a alguien con quien hablar y solo he encontrado ésta pared».

Tales personas asientan su sentido de la amistad sobre un terreno inestable que solo puede elevar el propio nivel de insatisfacción.

De hecho, sin grandes dificultades se puede dejar a los amigos en un discreto segundo plano cuando se considera que ya se les a extraído todo lo que podían dar, ó bien no se corresponden con lo que se supone que debieran de ser.

Pero yo creo que:

«Decir amigo, es buscarte para estar contigo, es tenerte presente en mis pensamientos y en mis actos.

Es saber con una mirada si estas triste, para darte la palabra o la caricia que te hagan sonreír, es darte mi compañía y mi fuerza, para que te sientas seguro si necesitas apoyarte.

Es compartir contigo lo que soy y descubro cada día, para que crezcas conmigo. Es leer en tu interior para descubrirete cada momento, como me descubro cada día a mi mismo.

Es pensar en ti cuando no estamos juntos y que tu presencia me dibuje una sonrisa. Es considerar insuficiente todo lo hermoso que no podamos compartir.

Es en definitiva, tener siempre mi mano abierta de amor para ti y dártelo sin esperar a que me lo pidas».

Hay gente que va almacenando en su haber a otras personas como almacena algunos objetos, en tanto que todo ello satisface la necesidad de su ego. Y de la misma manera va tirando otros a la basura sin cuestionarse nada de especial, como algo que «todos hacen».

Se archivan experiencias fugaces sin acabar de comprenderlas y se dejan los amigos como se deja la ropa que no está de moda, usar y tirar, tal y como dicta la avaricia de nuevas emociones, pero sin considerar en ellos la joya permanente que quizás habría podido acompañar nuestra vida.

Así, entre otras muchas cuestiones, de alguna manera se va trazando la línea de un mediocre desarrollo, perezosos al pensar mas allá de lo molesto o de lo inquietante, justificán-



dose entre miedos, buscando culpables que carguen con determinadas acciones de la propia responsabilidad no reconocida, y cuya magnitud no se ha llegado a comprender.

Estas personas se van incapacitando ante la posibilidad de alcanzar una plenitud que han decidido abortar antes de poseer y han dejado a la espalda montones de basura material y emocional que nunca será reciclada. ¿Qué harán con todos esos estímulos incesantemente buscados con inquietud y comprados atropelladamente sin haberles encontrado nunca la causa primordial del por qué busco, por qué no me encuentro satisfecho? Y sobre todo ¿qué harán esos estímulos con estas personas?

Esta dinámica hace de la vida de cada persona un devenir entre las satisfacciones transitorias y la frustración, entre los períodos de euforia y los de abatimiento.

La razón es que no se nos educa para crecer, sino para ser productivamente manipulables, para carecer de un verdadero sentido constructivo y personal de la crítica. No se nos prepara con el fin de ser autogestionarios en la medida de lo posible y sí para servir al sistema político ó religioso atados por el mito, el temor y la conveniencia, todas debilidades propias del ego. Y a pesar de los indudables avances en el bienestar social (¡sólo faltaría!), no somos servidos por el propio sistema mas que en lo superficial y no en razón de un esfuerzo equivalente.

El sistema nos miente, nos educa según conviene, nos utiliza, y aunque de alguna forma es cierto que nos beneficia de él, nunca nos dará nada que antes no hayamos pagado ¡sobradamente!, ¡porque el poder, ya sea religioso ó político, no puede permitirse la pérdida de su ejercicio!

Así pues, para «pagar» la vida que nos venden se nos empuja a la competición en busca de un trabajo, aunque el trabajo no debiera de ser una carrera de competiciones. El trabajo, *cuando es digno*, forma parte del equilibrio constructivo de nuestra vida y por medio de él tenemos el poder de modificar nuestro mundo y de colaborar en la construcción de su historia. El trabajo puede suponer un esfuerzo, pero no un



dolor, pues correctamente concebido forma parte de la dinámica creadora del Universo.

Pero... ¿cuantas personas sienten que trabajan en estas condiciones?

En realidad, se nos prepara para que, a través de nuestro trabajo, fijemos nuestros objetivos de bienestar y felicidad en todo aquello que es consumible, transitorio, lo que siempre nos deja con deseos de más que nunca se verán satisfechos.

En cuanto al tema de la educación sobre la dimensión espiritual, como una realidad histórica en el desarrollo del ser humano, es una opción que ha de ser tomada con plena libertad, *lo que solo es posible tras una seria información bien contrastada*. También para esto hay un programa oficial, pero se desvía convenientemente nuestra atención de otras posibles alternativas que se apartan del programa, asustando sin pudor y mintiendo sobre ellas a las gentes. No obstante, si investigamos, la evidencia histórica las puede identificar con *nuestras* antiguas tradiciones y su conocimiento nos enseña que son sabias y bien fundamentadas como complemento del individuo que aspira a ser feliz.

Son aquellas rutas de desarrollo espiritual que conocían y practicaban nuestros antepasados, las mismas que se enseñaron desde el mas profundo respeto a la dignidad de las personas en tantos otros lugares de la tierra y en todas las épocas, haciéndose compatibles con la sencillez de lo cotidiano.

Por ejemplo, el conocimiento representado por toda la tradición de los mas preclaros Maestros Sufis, que hicieron de nuestro país la Meca de la sabiduría universal. Algo que, en esta su propia tierra, nos ha sido tan desconocido por haber estado prohibidos ó irresponsablemente ignorados. Por fortuna son apreciados en muchas otras partes del mundo donde se conservan (como yo he visto en Alejandría, por poner un ejemplo) algunas de aquellas de sus obras que pudieron salvarse de las hogueras inquisitoriales, ó del polvo de los archivos convenientemente olvidados.

Desgraciadamente todavía hay algunos medios sociales posicionados en la indiferencia, en los que se oye hablar de lo



espiritual como de «estériles fantasías metafísicas» no rentables. Fantasías que las personas «cultas» ó «puestas en la vida» ya deben de tener superadas, y con las que no se debe de perder el tiempo. Lo que viene a querer decir que únicamente la actividad dedicada a lo transitorio es verdaderamente inteligente y práctica, por lo que no deberíamos de tener en cuenta otras consideraciones de índole espiritual, aún cuando estas por su naturaleza no sean excluyentes de ninguna otra actividad.

A veces me embarga la sensación de que la humanidad no aprende lo suficiente de los errores de su pasado, de la vanidad, de la prepotencia, de las «verdades absolutas» (incluidas las religiosas) que más tarde se revelaron como hijas de la intolerante ignorancia. Se hace de manera tan insensata que, esta negación de la búsqueda, llega a no parecer una renuncia real a nada importante.

Pretender eliminar en el ser humano cualesquiera de sus dimensiones, las que sean, es otra de las causas por las que hay tantas personas que experimentan ese sentimiento de frustración con el que se habitúan a convivir. «Todo el mundo está así», ¿Y?

Tanto en el ámbito de lo espiritual como en el de lo estrictamente material, nada puede ser sustituido con un fraude, con un placebo, porque cada área del ser está creada para ser satisfecha con lo que le es de su misma naturaleza.

En el caso tan frecuente de que las necesidades de las personas pretendan ser cubiertas por el medio que no les corresponda, el ser que somos habrá de resentirse en la parte engañada. Ello repercutirá sobre el total del individuo y pasará su factura en forma de frustración, de sensación de vacío, etc. Así lo deducimos del principio Hermético sobre el que vamos asentando algunos comentarios y que ampliaremos más adelante.

Cuando la ruta educacional en la que se nos inicia es fraudulenta o incompleta, las personas que inicialmente son así educadas (sin demasiada o ninguna consciencia), no podrán ver el natural y legítimo afán de plenitud satisfecho. Esto supone que han de continuar indefinidamente sujetas al juego de



lo ilusorio, de lo frustrante, ese que promete con la publicidad y con medias verdades camufladas entre mentiras lo que no puede cumplir. Así se hace de cada individuo un objeto para la manipulación y el utilitarismo, para el consumo desenfrenado que convierte a cada persona en un fabricante de basura, de toneladas de desperdicios en el cubo de los desechos y en el corazón.

Todo se nos da hecho, y así nos han acostumbrado a pedirlo, solo tenemos que pagarlo y frecuentemente no solo con dinero, sino con el sacrificio de lo esencial del sí mismo en una carrera sin fin en la que nunca algo es bastante.

Se educa a las personas para comprar y para ser crédulas en el mito, pero no para crecer dentro de la no tan perfecta «sociedad de consumo», aún cuando ésta haya supuesto indudables avances para una minoría privilegiada entre el total de la población mundial. No precisamente en cuanto a la *formación integral* de los privilegiados, sino *solo* en cuanto a la mejora de la calidad del confort en la vida de una sociedad tecnológicamente avanzada. No obstante hemos de reconocer que, a pesar de las enormes deficiencias, ha supuesto encomiables avances, pero como dijimos, por el precio que pagamos ¡solo faltaría!

Y así, en definitiva, actuamos como siervos ignorantes y convencidos del más sutil y camuflado de los tiranos, el ego al servicio del poder del sistema.

¿Esa es la idea de felicidad y bienestar?, ¿Dónde está el tiempo que nos corresponde? Pues el que tenemos hemos de emplearlo en prepararnos para consumir todo un mundo que ya nos han programado, un mundo cuyo precio incalculable es la venta de nosotros mismos y la renuncia del Ser Esencial que somos.

Y en definitiva, ¿para qué? Para competir en una carrera que nos lo ofrece *TODO* a condición de tener el poder adquisitivo, pero que en realidad es para darnos... apenas placebo. Una ilusión que siempre dejará la sensación de vacío con el ansia insatisfecha de más y que nunca podrá cubrir la *TOTALIDAD* de cada persona.



LA NECESIDAD DEL CONOCIMIENTO O EL VALOR DEL SABER

En lo que se refiere al saber, a la cultura, nadie tiene todos los conocimientos y los que cualquier erudito pueda tener no son con frecuencia los únicos válidos y definitivos. También sabemos todos que, otras personas contemporáneas nuestras y anteriores a nosotros, poseen ó poseyeron una sabiduría, un camino andado que indudablemente ha enriquecido antes y debe de enriquecer ahora tantas otras vidas.

Hay quienes tienen la tendencia a creer, por un exceso de autoestima, que solo pueden serles útiles las propias experiencias. Si esto fuera cierto, la humanidad estaría todavía poco menos que trepando por los árboles, ni siquiera el lenguaje habría sido posible.

Ciertamente las propias experiencias de cualquier índole que vamos adquiriendo en el transcurso de nuestro desarrollo, son decisivas en el proceso de nuestro crecimiento como personas de «saber», nadie lo duda. Pero el conocimiento de algunos de los caminos que otros trazaron en el pasado con sus habilidades, puede abreviar nuestra iniciación a determinados estados de conciencia.

Está probado que, sin el legado de quienes nos precedieron, nuestra evolución como especie que trabaja sobre su presente, estando sustentada en el pasado y con proyección de futuro, como nuestro heredero, no se habría podido dar.

Hay realidades que, si no estuvieran confirmadas por el legado que hemos recibido, tardaríamos un tiempo precioso en descubrirlas por nosotros mismos, o bien pudiera ser que ni siquiera llegáramos a vislumbrarlas en éste periodo de nuestra existencia.

Por ello hemos de ser lo bastante inteligentes y humildes como para admitir con gratitud que otros puedan ofrecernos, tanto desde el pasado como en el presente, lo que quizás todavía no sepamos.

Las personas hemos de descubrirnos cada día como capaces de entrar en relación los unos con los otros, entendiendo



que cada variante de esa relación supone un desafío al conocimiento, a la evolución. Y que en dicho desafío no solo cambia el otro, sino que también en justa correspondencia se modifica el sí mismo.

En este proceso se va operando progresivamente un ajuste, pero no solo en el interior –en el ámbito de lo anímico–, sino que se efectúa además una selección del exterior, al que se va integrando como propio progresivamente, sin el drama de la incompatibilidad. Es el aprendizaje.

Así se va creando y decidiendo la propia formación, a base de un compartir, aprendiendo de otros tanto como de la experiencia personal, que ha de ser crítica, creadora y no solo acumulativa de forma irreflexiva y mecánica. Esta experiencia del aprendizaje se debe de dar durante toda nuestra vida y no solo durante el periodo de la niñez y de la adolescencia. No podemos considerar como suficiente lo que nos parezca que pudiéramos saber, tal y como la soberbia induce a proclamar a los ignorantes cuando se sienten adultos y suficientemente sabios.

Este comentario me trae a la memoria la aleccionadora reflexión del poeta español que dice: «La espiga rica en grano se inclina a tierra, la que está hueca se yergue tiesa, así es en su porte humilde el sabio y altivo el zote».

En la *constante* búsqueda del movimiento progresivo, de la evolución íntegra, es necesario enriquecer el conocimiento para tener más posibilidades de comunicación, para incrementar las posibilidades de ser sujeto activo de la propia dinámica evolutiva, para lograr los medios naturales con los que colaborar activamente en la transformación del entorno. No olvidemos que mediante **La Mente** el Universo se conforma y sostiene.

Si nos preguntamos; ¿es posible el Gran Conocimiento?, esta interrogante que nos formulamos, y que surge de nuestra íntima sensación de seres limitados al tener consciencia de la propia ignorancia, ya implica la posibilidad de Conocer.

El Sufismo, como heredero directo de la antigua Sabiduría que se remonta hasta la época de la Promulgación Her-



mética, enuncia; «Todo lo perceptible a través de los sentidos es transitorio, por lo tanto, al ser transitorio no puede tener esencia, ya que ésta por definición, es el principio por el cual algo es lo que es. Por lo tanto *todo es inestable y frustrante, ya que nada permanece*.

En relación con estos principios, hemos de plantearnos que todo lo que decimos que «existe», son apariencias de **Una Sola Realidad**, por lo que la verdadera naturaleza de todo lo que creemos percibir no se encuentra en la forma de nuestra percepción, sino en **La Esencia** que lo produce como un atributo de Si Mismo. Esto es; La Mente Universal, El Principio General, Dios, Alláh (s.u.). «*El que puede asumir todos los nombres aún sin estar definido por ninguno de ellos, y en tanto que éstos no desvíen nuestra atención de la Esencia*».

Hay «Algo» en el ser humano, representación microcósmica de lo Macro-cósmico, que es increado, inmutable en **Su** Sustancia y «no naciente». Es Aquello que se oculta detrás de cada una de las personalidades ilusorias que cada ego representa en el teatro de la vida. Es el Verdadero y Único Elemento incardinado en Su Creación bajo la forma, pero al mismo tiempo trascendiendo forma, tiempo y espacio más allá de fáciles conceptos y definiciones concebidos desde la estructura de nuestra cultura. No obstante, para acercarnos a su comprensión hay que aproximarse a la simplicidad primigenia. Es precisamente en la capacidad para comprender esta simplicidad, donde radica la dificultad del entendimiento, ya que tiene que vencer los enredos laberínticos del ego acostumbrado a un determinado proceso de raciocinio.

Después de haber superado las dificultades que suponen el laberinto de la mente «racionalmente» educada, –tal como lo entendemos habitualmente– la nueva percepción se convierte en una *experiencia vivencial cotidiana*. Esto afecta de manera permanente a nuestro comportamiento y comprensión de la existencia, siempre que ese «comprender» no sea un simple entender intelectual y transitorio (al modo en que se comprenden los conceptos en general por el solo hecho de comprender el idioma y las ideas). Entonces acaece el primer desper-



tar, la primera liberación de la mente cegada. Se comienza a producir el «descorrer de los velos», preludio de la Iluminación, la Luz del conocimiento sustituyendo a la oscuridad de la ignorancia.

Este primer descorrer de «los velos» es la experiencia de saber **Se** como una incursión de la Mente Suprema en el universo de las apariencias. Ella (yo) se (me) reconoce (reconozco) a Si (mi) Misma-o **en** y **desde** Sus (mis) múltiples microcosmos (cada universo criatural) por el vínculo del amor como puente. Y ejecuta *en la medida de cada criatura* la parte que la corresponda en la obra de la Creación. Y por la consciencia iluminada de cada ser sobre este acontecimiento se cierra el círculo, el objetivo de la existencia apariencial de cada criatura.

El concepto de «yo» individual como «verdad» sobre la que se asienta el propio reconocimiento es pura ilusión, es un juego del aprendizaje que corresponde al nafs. Debido a ello se comete el error –inicialmente necesario– de considerar que «yo» y «todo lo otro» son realidades diferenciadas entre sí, cuando en realidad no son sino formas separadas en la apariencia criatural, pero partícipes de una misma Substancia.

Así pues, tanto el Universo como el ego material que a él corresponde, compuestos ambos de diversas formas de organización de la energía, tienen una existencia inestable, relativa y estrictamente funcional. Todo está en función del «aprendizaje» de la Consciencia Intelectiva, atributo manifiesto del Único Ser. Son el Maya hindú, el Dunia del Sufismo.

OTRA PERCEPCIÓN

Cuando aquello que está predeterminado a la modificación ó a la extinción se convierte en nuestro *objetivo* de vida, dejamos de considerarlo un simple medio opcional al servicio del bienestar ó del aprendizaje y antes ó después será causa de dolor.

Con ello descubrimos que no se debe aspirar a la felicidad, ni debemos depositar nuestra esperanza en todo aque-



llo que es inestable, aún cuando en la apropiada situación su utilidad esté probada y su uso sea legítimo.

Todo es un medio de aprendizaje y no un fin en si mismo, por lo tanto hemos de valorar el precio que vamos a pagar y si la verdadera utilidad de «ese medio» que pensamos utilizar nos compensa el esfuerzo. Cada persona podría hacerse esta pregunta; ¿Qué es lo que realmente merece mi esfuerzo y en que medida?

El mundo en general, la vida en nuestro entorno con todos sus colores, formas y sonidos, es semejante a una melodía en la que hay que dejar que vayan pasando las notas. Disfrutamos con ellas, las utilizamos en «esta escuela», pero ni las notas, ni el conjunto de factores que en un momento serán modificados son un fin, sino que son el vehículo por el cual el **Objetivo** puede llegar a mostrárenos

¿Cuál es pues ese **Objetivo**? Es obvio responder que **Aquello** donde pueda encontrarse la felicidad como algo estable y que encierra la respuesta a la pregunta; ¿por qué busco?

Ahora bien, decíamos al principio que el ser humano es dinámico y por lo tanto inestable, y en el ámbito de lo material es transitorio y limitado. ¿Puede por lo tanto afrontar la aventura de lo Permanente?, ¿Existe el estado de Plenitud?, ¿Alguien lo alcanzó?

Para respondernos honradamente hay que admitir que no tenemos evidencia *objetiva* (tal como entendemos la objetividad) de este acontecimiento. Pero sí que podemos aproximar un determinado razonamiento que nos sirva de apoyo y justifique nuestro esfuerzo, que ha de verse compensado en un propósito de tal envergadura. Podemos aproximar ese razonamiento porque, generalmente, somos capaces de percibir «la causa» a través del razonamiento y, aún a veces, por medio de la intuición que nos sugiere «el efecto».

Por poner un sencillo ejemplo; si percibimos el »efecto« calor, sabemos que hay una »causa« que lo produce, el sol. Aún cuando no pudiéramos ver el sol, ni comprenderlo, ni por tanto definirlo, sí podríamos a partir del efecto »conocer« por medio de la intuición, apoyada en otras referencias, que



el calor no surge por generación espontánea, de la nada, sino que existe una causa que lo produce y a la que no podríamos definir, pero *no por ello inexistente*.

Es como en aquel otro razonamiento; «no puede haber sensación de sed, si no hubiera agua para satisfacerla». Esta alegoría, aunque algo simple, nos puede ayudar a descubrir que, en el orden del Universo racional, lo habitual es que cada pregunta preceda a la respuesta, cada necesidad preceda a su satisfacción. De lo contrario, si no hay respuesta ni satisfacción, ¿cómo se da la pregunta y la necesidad?

Esta relación causa-efecto, universalmente aceptada, es conocida desde la promulgación Hermética, cuya datación se remonta –como todo el mundo sabe– al Egipto predinástico. Más adelante comentaremos al respecto.

Hay determinadas preguntas y necesidades cuyas respuestas requieren más tiempo, más esfuerzo, «otros estados de conciencia». Quizás pase la vida de muchas personas sin haber satisfecho sus aspiraciones por falta del conocimiento adecuado.

Esto no implica que el esfuerzo previo, aunque no exento (como esfuerzo) de dolor, no sea enormemente compensatorio cuando por fin hemos encontrado «el método adecuado».

Nos dice la tradición que muchas personas lo han logrado, son los guías hacia cuyo ejemplo volvemos el rostro, pero hoy día ¿de qué herramientas disponemos en este proceso de búsqueda del Conocimiento?

Hacer uso del trabajo que nos legaron quienes anduvieron este Camino antes que nosotros será, sin duda, imprescindible para nuestra orientación como un elemento de inestimable valor.

A este inestimable legado, habremos de añadirle el aprendizaje que, con «una nueva» perspectiva, se derive de nuestra relación con el medio que nos rodea, siempre que tengamos en cuenta la definición que hemos dado de lo que significa «el medio» y no la confundamos con «el fin».



UN AVANCE EN LA COMPRENSIÓN

Descubierta esta primer etapa de comprensión ya hemos logrado algo importante. Le hemos dado a los medios el valor subjetivo y de transitoriedad que les corresponde como herramienta.

La otra herramienta determinante durante todo el proceso es cada persona, de aquí la importancia del autoconocimiento. Por lo tanto: conocimiento de ti y al unísono conocimiento y control racional sobre el medio, utilizando como guía las huellas de los Maestros que marcan la ruta.

Desde cada uno de nosotros observamos, valoramos y decidimos con relación al entorno. Somos el centro de nuestro Universo, y por ello el medio actúa sobre nosotros y en parte nos modela. Así es como interviene decisivamente en la construcción de nuestra identidad.

Nosotros, recíprocamente y en justa correspondencia, también somos sujetos agentes en la modificación de ese nuestro universo, lo observamos para comprenderlo y actuamos sobre él para modificarlo. En una dirección algunas veces, otras en la contraria, pero siempre colaborando, para «bien» ó para «mal», en la construcción de su historia.

Por esta razón, es determinante en nuestra evolución *el nivel de consciencia que tengamos sobre este proceso interactivo*, porque somos la parte formando el Todo y participando en esta labor con la consciencia de ser *alguien con una función definida*.

El descubrimiento de este acontecimiento nos sitúa con otra perspectiva más compleja y por lo tanto más rica y dinámica frente a la vida. Debe de estimularnos inteligentemente desde la razón crítica en pos de uno de los objetivos mas claros: evitar en la medida de lo posible *que se nos manipule* para fortalecer la ascendencia que unos pocos ejercen sobre muchos de nosotros, pues esto va en detrimento de nuestra integridad.

Obviamente me refiero aquellos otros que actúan solo o fundamentalmente para satisfacer sus ansias de dominio, como es el caso de determinadas organizaciones religiosas o



políticas, a veces incluso la familia, ó bien otros grupos e individuos cualesquiera (véanse ciertos ejemplos del sistema).

Dormirnos en la ignorancia –que es el mejor instrumento de manipulación–, nos discapacita para actuar de forma crítica y positiva. Nos impide participar en el desarrollo del medio en el que hayamos decidido contribuir en la construcción de la sociedad, y afecta decisivamente al desarrollo propio. La historia es rica en estos ejemplos.

De ahí que importe tanto el reconocernos como personas en libertad de razonar y de decidir por nosotros mismos, pero esto no será posible si en algún momento no somos críticos con «nuestras convicciones».

Nuestro entorno social, familiar, etc., anclado en el costumbrismo, no nos facilitará la revisión crítica sobre las creencias. Al menos no lo hará sin algún tipo de descalificación, de presión ó sin intentos de manipulación, ya sean estas en el orden de lo social, de lo moral ó de lo religioso. Y no obstante será algo que debemos de hacer sin llevar sobre nosotros la carga de los temores, de las opiniones, de las antipatías o las simpatías de otros.

Así pues, las decisiones han de basarse sobre los propios criterios, y estos deben de estar formados desde la observación, *el análisis de las propias convicciones* y emociones y el prudente contraste con otras formas de pensamiento. Al fin y al cabo ninguno de nosotros es «otra persona» y nuestro papel en la función de este «teatro» es solo nuestro. Sería bueno que nos repitiéramos con frecuencia; «nadie puede ocupar el lugar que me corresponde como experiencia única e irrepetible que soy en la historia del Universo».

EL DERECHO A EQUIVOCARSE

Las propias opciones, una vez contrastadas, han de ser tomadas aún a riesgo de equivocarnos y de tener que empezar de nuevo si es preciso. Los actos pasados deben de enseñarnos para prevenir un futuro incierto, y así puede ser que in-



cidamos sobre él, si es que actuamos con previsión sobre el presente que aprendió de su pasado.

De la experiencia error-acierto, en cada una de nuestras decisiones, creamos la dinámica de nuestro progreso, aunque ¡cuantas personas en nuestro entorno se sentirán obligadas, en el mejor de los casos, a aconsejarnos, a recriminarnos por el derecho a nuestra opción y con el buen deseo de evitarnos el error!

Pero..., ¿quien dijo que equivocarse no sea útil en ocasiones? y ¿quien dijo que queramos renunciar a nuestros derechos sobre el error?

Durante el proceso de aprendizaje, el error sin dramatismos inadecuados, sin sentimientos estériles de culpa, es la oposición «aparente» del acierto y forma parte, necesariamente, del conocimiento. Es una fase experimental en la dinámica de nuestro pequeño universo, que oscila entre opuestos en el movimiento pendular que posibilita el proceso de la evolución. Las causas del error, que tenemos que evitar, son aquellas derivadas de la prepotencia ó de la vanidad, es decir, de la ignorancia consentida.

Para buscar adecuadamente y ser los primeros artífices de nuestro crecimiento, hemos de sacudirnos de encima los prejuicios derivados de los aspectos negativos de la educación, lo que llamamos «el condicionamiento educacional». Es consabido que, la influencia de quienes se esfuerzan en organizar nuestras vidas, los temores, producto de la ignorancia ante lo desconocido ó por el contrario, la avaricia de emociones, la curiosidad banal y transitoria, son factores que pueden obstaculizar el alcance de nuestro esfuerzo, ó las múltiples direcciones de nuestra mirada.

Ya hemos comentado que, algunas personas de nuestro entorno, se esforzarán por hacernos creer que sus criterios, sobre lo que es ó no es acertado, deben de formar parte necesariamente de nuestras propias convicciones.

Cuando desde fuera programan las rutas de nuestros criterios, se mediatiza nuestra opción a la experiencia personal. Pero tenemos derecho a una información aséptica y a una libre de-



cisión, sin sutiles ni violentas presiones. No obstante, debemos de conocer previamente, para aceptar después, el riesgo que nuestras decisiones pudieran conllevar. Pero también sabremos que, en según qué diversas circunstancias, podemos aprender de nuestros posibles errores y no solo de nuestros aciertos.

Llegados a este momento del análisis conviene reconocer que, si bien podemos compartir con otras personas allegadas algunas de las múltiples facetas que somos y algunas de las percepciones que tenemos, esto es generalmente por un período de tiempo y no siempre conveniente.

La prudencia *siempre* debe de preceder a la sinceridad en cualquier situación de nuestra vida, pues cada persona posee un distinto nivel de percepción, de madurez, de experiencia. Sólo cuando de verdad se coincide con otra persona, sin presión y sin chantaje de ninguna clase –ni siquiera cariñosamente– la experiencia compartida, puede ser muy enriquecedora. No obstante, conviene recordar este antiguo proverbio de la Tradición; «El que dice todo lo que sabe, con frecuencia dice lo que no conviene».

En cuanto al ámbito de lo más íntimo se refiere, aquello que es el fundamento último de nuestras experiencias, nos encontramos solos frente a nuestra decisión y al curso de nuestro destino.

Esta es una parcela específica de nuestra intimidad que no siempre debe de ser compartida en aras de la «sinceridad», que como virtud, ya dijimos, ha de situarse por detrás de la prudencia.

Al enfrentarnos a la búsqueda del Gran Conocimiento, habrá que cuidar siempre *ese área concreta de intimidad* que solo hemos de expresar en dos únicas direcciones, hacia el sí mismo y hacia la Trascendencia. En cuanto a este ámbito se refiere, se guardarán los más recónditos secretos, los gozos de los que disfrutemos y los posibles errores, que solo en el adecuado contraste y prudencia habrán de ser corregidos

Enfrentados al deseo de «Saber», reflexionamos sobre el hecho cierto de que nuestros sentidos no pueden captar todo lo que existe. Sabemos de realidades que no percibimos y cuya



existencia nos es evidente por la intuición ó por el efecto que nos indica la causa, como ya hemos comentado. De esta manera empleamos un cierto razonamiento sobre la naturaleza de la causa desconocida, a través de la observación del efecto que sí conocemos.

Nuestra mente racional solo puede construir imágenes ó ideas a partir de lo que capta a través de los sentidos y sólo puede elaborar criterios precisos en el ámbito de lo perceptible y por lo tanto de lo *limitado*. Es por esto por lo que *no podemos captar sobre cualquier objeto el total de lo que es*.

Nos enfrentamos, miremos a donde miremos, a la circunstancia de que todo lo que podemos comprender por medio de instrumentos relativos, es relativo, que depende de cada diferente observador –cada uno de nosotros en su caso– y que inevitablemente el sujeto observador incide sobre lo que observa. Por lo tanto sabemos que tras cada «apariencia» siempre hay «algo más».

La experiencia que sobre este hecho tenemos nos dice que nuestra percepción es limitada e inestable.

Una vez que hemos llegado a la anterior conclusión es necesario considerar que la mente intuitiva, como cualidad no siempre debidamente reconocida y a la que debemos no pocos de los más grandes descubrimientos de la historia, debe y puede sustituir inteligentemente a la razón. Pero siempre que sea a partir de las fronteras que la razón no puede transponer y donde no siempre ha de haber otro «guía» que nos indique ni el cómo ni el por dónde.

Concretando, sentimos imperiosos deseos constitutivamente arraigados en cada uno de nosotros, de saber, de creer, de llenar un indeterminado vacío, de complementarnos. Nos sabemos «algo» de un «Mucho más». Éste saber racional y también «intuitivo» nos invita a una muy seria revisión de valores y conceptos para eliminar fraudes, mentiras, lastres y manipulaciones que puedan obstaculizar nuestra labor tras la búsqueda de «Esa» plenitud que de lo contrario nos está vedada.

Desafortunadamente, las personas sin apenas criterio con-



sumen desafortadamente casi cualquier cosa que les prometa estar mejor, o ser mas... lo que sea, y tras una búsqueda infructuosa de felicidad se consumen en la fúego de sus vanidades.

Todos percibimos en lo mas profundo de cada uno el ansia de perpetuidad, conocemos lo inevitable de la muerte orgánica, pero nos negamos apasionadamente a la extinción de la forma. Quizás por ello tendamos a la reproducción y hayamos convertido la sexualidad, magnificada y mitificada, en una función de primer orden, para sentirnos vivos y siempre presentes.

Pronto notamos en el breve curso de nuestra vida que, el deseo, la añoranza de «Aquello otro», es mayor y más difícil de describir. Que nuestro afán de perpetuidad no tiene respuesta satisfactoria en la herencia genética que podamos transmitir, ni en la explicación mítica de las religiones, porque ¿qué siguen siendo todos los vacíos que experimentamos ante toda esta pléyade de interrogantes todavía sin respuesta?

Entretanto, descubrimos a medias ideas sutiles, percepciones esquivas, conciencia de nuestra ignorancia, de nuestra parcialidad y siempre, siempre..., envuelto en un halo indescriptible, el deseo no satisfecho de mucho mas.

Si es que no hubiera respuesta, ni satisfacción cumplida, ¿cómo llegó hasta nosotros el afán por lo Absoluto?, ¿es una simple cuestión inducida por la cultura? ó ¿forma parte de nuestra naturaleza? Hay quienes de manera más ó menos simplista, a nuestro parecer, responden que, el ser humano busca respuestas cuando aparecen las necesidades, pero... ¡naturalmente!

Esto nos lleva siempre a la misma conclusión, a la misma pregunta, ¿Porqué una mente limitada, transitoria, se hace preguntas con carácter de Infinitud y de Trascendencia? ¿Cómo es que la parte, en la limitación de su continente se plantea contener el Todo? Cabe razonar nuevamente con la ley de causa-efecto;- «porque la percepción intuitiva del Absoluto es el efecto de la Causa que lo produce. Esta Causa es,



¡el propio Absoluto!». No hay efecto si no hay Causa. Si la Esencia Imperecedera no existiese, el origen de Todo no habría podido darse.

¿Por qué habríamos de tener necesidad insaciable de plenitud, si nuestra ansia por serlo no tiene ninguna posibilidad de verse saciada? ¿Y cómo es que el ser humano puede experimentar un vacío para el que no pueda haber contenido?

En esta ruta de búsqueda, de interrogantes y respuestas, de aciertos y de errores, hemos de volver la vista hacia todos los signos para aprender de ellos. Al igual que el buen cazador debemos de observar con atención todas las huellas, ¡pero nadie debe de tener la potestad de cargar sobre nuestras espaldas sus propios temores!

Podemos afrontar la «aventura religiosa», pero como *un lugar de paso*, podemos escuchar al Maestro si tenemos la fortuna de conocerle, pero no podemos llevar su carga por la misma razón que no podemos gozar de su estado. Y durante nuestro ensayo sobre la existencia, entre el acierto y el error, nadie excepto cada uno mismo, gozará ó padecerá las consecuencias de las propias decisiones. Por esto se dice entre las gentes de la Tradición que «cada persona es Soberana ó Califa de sí misma».



II PARTE

EL ÁMBITO DE LO ESPIRITUAL DURANTE LA PRÁCTICA DEL MÉTODO. LA PRESENCIA DE DIOS, ALLÁH (S.U.) EN CADA PERSONA

«La creación nos muestra los caracteres en los que podemos leer al Creador. Nuestras obras, son los caracteres en los que podemos leernos a nosotros, las criaturas».

UNA REFLEXIÓN PREVIA

¿Qué es el Impulso Creador que se manifiesta en la permanente dinámica de la más *simple* y *primigenia* forma de la energía? ¿De dónde proviene?

¿Qué determina la sucesiva modificación de esa energía primigenia hacia una diversidad organizada capaz de convertirse en el caldo de cultivo de todas las manifestaciones de la Creación?

¿Cómo es que, de entre todas aquellas formas de la energía organizada que llamamos materiales, una evoluciona hasta convertirse en el vehículo capaz de expresar la conciencia intelectual y creadora que es el ser humano?

Estas son preguntas cuya resolución desde el método científico como «certeza indudable» nadie será capaz de dar, al menos por ahora.

No obstante, sí que podemos aproximar una respuesta razonable a partir de los elementos únicos que poseemos ante nuestra capacidad de observación; la Creación y las leyes por las que se rige, como vehículos de orientación hacia la comprensión cercana de los grandes porqués.



Para facilitar el desarrollo de las tres preguntas del principio, podemos resumirlas en una sola que, en definitiva, contiene la clave que podría facilitarnos una respuesta fundamentada en el razonamiento crítico y no en «la fe sobre los misterios».

Esta es; ¿Dónde tiene su origen la Consciencia del Ser?

Hay tres respuestas que podemos manejar como hipótesis;

- a) La energía, el total del Universo, es un eterno efecto sin causa y la Consciencia de ser reside en ella como su eterno atributo.
- b) La energía, como efecto sin causa surge de «nada», se modifica, combina y organiza de manera que, posteriormente, por medio del ensayo error-acierto y por casualidad, adquiere la Consciencia de sí misma.
- c) La Consciencia del Ser es preexistente y más allá de las leyes que imprime sobre Su manifestación -la energía-, a la que utiliza como vehículo de Su expresión, que es el Universo de apariencias inestables creado por y para ella.

Veamos cual de estas posibilidades tiene mejores argumentos para sostenerse.

1º. Si la Consciencia Intelectiva es el atributo *esencial* de la energía, esta última es el «cuerpo» de la Consciencia del Ser y por lo tanto es en Sí misma El Ser Absoluto, lo que entendemos por Dios Creador del Universo. Esta es la fórmula panteísta, cuya comprensión por nuestra parte sería solo cuestión de modificar algunos conceptos.

2º. Para analizar la segunda hipótesis partimos del presupuesto de que la energía primigenia surge desde la nada espontáneamente. En esta hipótesis, hemos de eliminar la inmutabilidad de la ley de causa-efecto en el origen mismo de la existencia y admitirla después para poder explicar todo lo existente. Flagrante contradicción. De esta manera, la energía sería posteriormente capaz de organizarse hasta crear la consciencia en cada ser y por lo tanto en sí misma. Aquí hemos de admitir la quimera de que «todo» surge de «nada».

Según la teoría materialista, tan apreciada en ciertos medios



académicos, el Ser en Sí no existe y por lo tanto la consciencia es, al igual que todo lo demás, producto del azar, pura casualidad accidental que está determinada a la extinción.

Contrariamente a esto, la Antigua Tradición considera que la preexistencia de la Mente responde a la incógnita del origen. Ésta sería el Ser Único, obviamente superior al no-ser, puesto que manifestándose en Su Creación, es la única posibilidad del Universo para percibir-se a si mismo desde la parte (el ser humano en nuestro caso). Por lo tanto, la Consciencia es necesariamente anterior y superior al soporte de su manifestación, la energía. Así pues, si la consciencia de ser está determinada a la nada, la energía como el soporte de su manifestación –cualitativamente inferior a ella– no solo habría de modificarse, sino que también habría de desaparecer. Aquí nos enfrentamos al absurdo del materialismo, por el que «algo» que surge de «la nada», llega al Ser y retorna a «la nada».

No es esta última la única contradicción, pues todos sabemos que la energía no puede ser destruida de la misma manera que no puede ser creada y aunque puedan ser modificadas las formas transitorias, no puede en cambio ser alterada la Sustancia Esencial.

En el hipotético supuesto de que la consciencia esté determinada a la extinción; ¿qué objetivo tendría en el movimiento creacional que la «energía» alcance tal nivel de evolución que desarrolle la habilidad de observarse y saberse en y por medio de el vehículo que ha aprendido a reconocer como «ser humano», para después sumirse a sí misma nuevamente en el vacío del no ser y por lo tanto en la nada? ¿Cómo la energía podría crear por sí misma su propia consciencia y después autoaniquilarse?

La existencia tiene sentido desde el momento en el que es percibida por los diferentes niveles de consciencia que la interpretan y lo que no puede ser percibido por ella, es como si no existiera. De hecho podemos decir que el Universo es lo que la mente percibe y que solo existen las variantes de «aquello» difícil de definir, que las diversas percepciones mentales



conforman. Es una paradoja por lo tanto que el Ser se autocondene al no ser.

Todo lo que existe es el resultado de un número indeterminado de variantes posibles. El azar es una *causalidad* desconocida.

El fruto de «eso» que llamamos azar se da desde la combinación de elementos preexistentes que nunca pueden dar como resultado la aparición de «otro» elemento no sostenido por los anteriores, ó cuyos caracteres simples ó compuestos no existan en otro/s modelo/s.

Esta misma ley ha de ser aplicable al origen de todo, consciencia de ser incluida, puesto que las leyes que rigen el Universo han de ser aplicadas a todos sus momentos, incluido el «momento» inicial.

Por esto decimos que el Universo es la múltiple manifestación inteligentemente organizada por «Otra realidad desconocida», y la energía su soporte.

3º. La Mente es preexistente y la energía que conforma el Universo es el vehículo de Su manifestación.

Supongamos que la energía existiera por sí misma y no fuese producida como efecto de Una Causa para ser el vehículo de Sus múltiples manifestaciones –la consciencia de ser entre ellas-. En este caso la actividad creadora sin orden ni propósito, no tendría su origen en causa alguna, el movimiento sería caótico y no podría manifestar lo que entendemos por *evolución progresiva organizada*.

En cambio, el aparente ensayo acierto-error de la Creación se parece mas al propósito de una búsqueda que concluye (hasta el momento) en la manifestación *limitada* de la Consciencia Primigenia ante Sí misma.

La consciencia parcial, manifiesta en el ser humano, acaba percibiendo el juego de la aparente diversidad del que es protagonista única, hasta el punto de comprender que todos los soportes materiales de su manifestación –seres humanos– son distintos y transitorios sólo como criaturas vehículo. Pero la consciencia parcial que manifiestan seguirá siendo atributo de La Consciencia Primigenia.



La energía que consolida el Universo, por su inestabilidad, debería de ser también, al igual que todo lo inestable, pura apariencia fungible, sin esencia de ser, esto es *no sustancial*.

No obstante, como todos sabemos, la energía ni se crea ni se destruye, solo se modifica en el ámbito de su continente, pero nos preguntamos nuevamente... ¿de donde proviene el soporte estable de su existencia que la hace incorruptible?

Decíamos que el cuerpo humano no es más que energía conformada en diversas estructuras y recibida de anteriores formas por un período breve. De ésta manera la energía así organizada se convierte en el vehículo que manifiesta parcialmente la consciencia intelectual.

La consciencia parcial de ser, en sus primeras fases de evolución, desde el animal hasta el ser humano, utiliza la percepción del ego elemental para su propio reconocimiento progresivo, que por el aprendizaje se constituye en individuo diferenciado durante el devenir de su tiempo, hasta poder decir YO.

Entretanto, al igual que en el total del Universo, la energía continúa modificando su organización en el propio ser humano, para propiciar la creación de otras posibilidades en la dinámica imparabable del movimiento. Son las diversas fases de la evolución.

Así es como la Consciencia del Ser, manifestada parcialmente en la humanidad, juega su papel interactivo en el teatro de la Creación, con la aparente «esperanza» (¿como objetivo?) de ser descubierta por medio de cada individualidad en el reconocimiento de que, en definitiva, tras las diversas apariencias sólo existe la ley de la Unicidad.

Una sola Realidad: El Uno. la Mente Cósmica como Consciencia manifiesta tras la apariencia de la diversidad. Un solo elemento como vehículo de Su manifestación y diversidad: la energía soporte. Comprendido esto, el yo y el tú se difuminan, el primer velo de la ignorancia se descorre.



DEDUCCIÓN RAZONABLE

Primero, ese Impulso Creador por el que preguntamos al principio de este capítulo, proviene (para la percepción del ego) desde el «Otro lado» de la frontera de la Única realidad.

Segundo, que ese «Otro lado» no está sujeto a contingencia alguna. Tercero, que es «Allí» donde se encuentra la Causa y Origen de todas las manifestaciones y atributos posibles del Universo fenoménico.

Esa es la razón por la que, excepto en los atributos manifiestos (creación), no podemos conocer el punto de partida ni imaginar Su magnitud, (aunque las religiones fabulen con ello) ya que nos encontramos en «este lado». Aquel «Otro lado», por paradójico que pueda parecer, no está en el tiempo y el espacio hipotéticos más lejos de nosotros de lo que pueda estar cada uno de sí mismo. Es solo una cuestión de «amplitud» de la consciencia. ¿En qué nivel de relación se encuentra?... es el Principio Creador manifiesto en la propia criatura.

Él es la única Mente que, con consciencia limitada de Sí misma –cuando se oculta bajo el velo de las apariencias–, se manifiesta en la medida en que cada creación es capaz de contenerla. «Estoy más cerca de ti que tu vena yugular», dice el Qor’án.

Es importante que reconozcamos la confusión que a veces se genera en nosotros a partir de los conceptos.

Lo que llamamos energía no es mas que la forma dinámica (interpretada comprensiblemente por nosotros) de la manifestación del Amor del Principio Creador por Sí mismo como Única realidad existente. Es el vehículo de Su fertilidad, pues en definitiva ¿qué otra cosa existe si no es «Esto» sobre lo que comento sin que importe el vocablo que utilice para nombrarlo?

Acaso este papel, tu y yo y el acto de pensarnos, ¿no son diversas facetas de un mismo cristal?

El Amor (como energía) es la Fuerza fértil y creadora, es Él



mismo perci-biéndose desde este plano existencial. ¿Acaso no es el amor lo que en cualquiera de sus manifestaciones y variantes, positivas y negativas, mueve nuestro pequeño mundo y lo modifica a semejanza de cómo la energía modifica el Universo?

¿Acaso no sentimos el poder de esa dulce embriaguez amorosa y transfor-madora desde la consciencia que somos, cuando de una u otra manera nos descubrimos fértiles y creativos? ¿No conocemos la pasión destructora cuando el amor se modifica en odio?

Por ello es que la Antigua Tradición dice que, Alláh (s.u.) también se muestra y actúa en cada uno de nuestros gestos creadores y, así por medio de ellos, también se revela en Sus atributos y a nuestro través. Pues entonces... ¿qué otra cosa somos, sino que revelación del Creador?

Nuestra consciencia intelectual no es más que, de algún modo, un aspecto, una faceta del total de las manifestaciones de la Gran Conciencia.

SOBRE LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL EN EL SER HUMANO

La dimensión espiritual en el ser humano forma parte de un ámbito de la propia vida para el que no existen análisis «científicos» que puedan garantizar, al menos por ahora, absolutamente nada válido como para que pueda ser aceptado sin réplica. No obstante, «la comprensión de la experiencia espiritual para un profano, aún cuando sea un académico, está tan alejada de su posibilidad como lo está la comprensión de las teorías de la física cuántica para un analfabeto».

En el anterior capítulo ya hemos comentado sobre la pre-existencia de Un Principio personal, Único, Omnisciente, Omnipresente, causa y meta de toda la existencia, razón única de todo y última realidad oculta tras la apariencia de cada criatura. Principio al que para referirnos a Él llamamos Dios, Yahvé,



Alláh (s.u.), etc. El hecho de que pueda ó no ser plenamente concebido ó expresado, es algo que *nunca podrá ser competencia de un laboratorio*.

Efectivamente, la ciencia *no puede ni tiene por qué* dar respuesta a ésta cuestión y si pudiera, el Principio Creador no sería lo que a través del análisis de sus efectos presuponemos que es. Por lo tanto, el tema deja de ser de interés para el mundo científico, no es «rentable».

Pero podemos reflexionar sobre el hecho de que la ciencia no tiene para su observación otros elementos que los cinco sentidos que utiliza como base de análisis y comprobación a través de la razón. Y aunque los sentidos puedan estar auxiliados por la tecnología, esta se encuentra inevitablemente mediada por ellos.

Éstos nuestros sentidos, así como la capacidad limitada de raciocinio, pertenecen a la naturaleza física, y la naturaleza física es transitoria, muy limitada y estrictamente apariencial, es el ego, pero no es el Ser en Sí. Por lo tanto, *desde* la estricta naturaleza física y sus sentidos no es posible «percibir» lo que pudiera trascenderla.

Al mismo tiempo y solo en aparente contradicción, las personas somos capaces de experimentar la existencia del Absoluto, pero *no desde sino a través de* esta misma naturaleza transitoria como soporte desde el que el Ser se percibe. Esto sucede en nosotros por medio de la Consciencia Intelectiva como atributo primordial de la naturaleza del Ser, inicialmente mediante la intuición y mas tarde auxiliados progresivamente por el razonamiento lógico. Cualidades todas ellas por las que a diferencia de los cinco sentidos del ego, el ser humano puede trascenderse.

Todos sabemos por nuestra experiencia en la historia que no solo es posible aquello que «la ciencia» puede demostrar a partir de los sentidos elementales de percepción. De hecho la ciencia, aún sin tener respuesta para la trascendencia, no puede negar que un *continente relativo, perecedero, limitado* como lo es el ser humano, *contiene en sí mismo*, aún cuando sea intuitivamente, el concepto de ABSOLUTO.



Pero ¿cómo es que la percepción intuitiva del TODO puede tener cabida en lo que solo es *la parte*?

Siguiendo el razonamiento del anterior capítulo hemos de admitir que un módulo de carne fungible, constituido por diversas formas de organización de la energía como fundamento de toda la estructura Universal (por lo tanto única sustancia tangible pero inestable que consolida el Universo), es poseedor de la Consciencia Intelectiva.

Todo este discurso desarrollado en ambos capítulos no es mas que una pauta de introducción a un razonamiento más extenso, pero con esta reflexión y otras probables, cada persona puede continuar el desarrollo de la idea. Eso sí, habiendo admitido a priori la inalcanzable respuesta científica que en un laboratorio ratifique tales postulados o sus contrarios. Y sabiendo, por lo tanto, que por su propia naturaleza la Trascendencia es inalcanzable a partir tan solo de los sentidos orgánicos. No obstante sí podemos, *desde un razonamiento aceptable* y siempre que así lo sintamos en el corazón, admitir sin más el ámbito de lo espiritual, sin caer en la esterilidad de un discurso sin meta científica.

Con estos y otros datos, cada persona debe de barajar su propia opción, su propia «fe» razonada, cualquiera que esta sea y lograr que esta fe, ilumine y oriente como una luz-fuerza todos los actos de la propia vida. Todo ello aceptando vivir con la intuición del Creador que jamás alcanzaremos a comprender en Su Totalidad.

Esta experiencia es personal y no fácilmente transferible. Además hemos de considerar que la religiosización a ultranza y la antropomorfización históricamente conveniente para explicar el concepto de Dios, ha provocado en tantísimas personas una seria aversión hacia el sentimiento religioso y el efecto «ateísmo».

Este rechazo es responsabilidad de las instituciones que, protegiéndose a sí mismas y con un evidente menosprecio por «la verdad», han sido excesivamente manipuladoras y no han considerado una previa y auténtica formación sin partidismos entre las personas con inquietudes.



La educación al respecto ha sido habitualmente sacrificada al número de adeptos con los que garantizar el ansia desmedida de poder. No obstante, la historia cuenta con noveles talentos de probada agudeza intelectual, cuyos testimonios en los caminos del espíritu son dignos de la más seria atención.

No es mi intención la de pretender que aquí se encuentren todos los factores de reflexión posibles, ni el intentar discutir la licitud igualmente relativa de otros planteamientos paralelos y aún opuestos según diversos criterios. Simplemente mi pensamiento está contrastado, experimentado y sustentado sobre una antiquísima y venerable Tradición, que históricamente soslayó discretamente el proselitismo. Por lo tanto el objetivo de este trabajo es sencillo, compartir.

Lo razonable es que nos elevemos sobre nuestras convicciones, pero igualmente razonable es que nos mantengamos con el oído crítico abierto a las sugerencias que, por caminos diversos, nos llegan providencialmente durante el proceso de nuestra evolución.

«Quién cierra sus oídos a una hipotética mentira, se arriesga a no dejar que entre la verdad», según el pensamiento de R. Tagore. Consideremos seriamente esta idea como una forma de expresar el rechazo hacia el prejuicio y la intolerancia.

Esto significa que siendo la persona limitada en sus posibilidades, debe de estar revestida de la sencillez necesaria para escuchar con *respeto crítico* otros testimonios aún contrarios a las convicciones adquiridas. Porque, a veces, aún en la aparente contradicción, se nos muestra la verdad y se acrisolan nuestras percepciones. Como podría suceder, por ejemplo, con el contenido de éste ú otros libros.

Me permito este tipo de comentarios, porque al ir desarrollando todos estos temas sobre el Sufismo, algunas personas se van a sentir con dificultad de aceptación al enfrentarse al uso de vocablos árabes. Pero hay veces en las que, como acabo de comentar, nos es muy útil adquirir otra percepción mas acertada de algunos conceptos.

Hay palabras como por ejemplo, Islam, musulmán, etc.,



que pueden sugerirnos emociones aversivas derivadas de nuestro círculo de relación social. Es probable que así suceda, debido a la interferencia prejuiciada sobre lo que, en el entorno cultural y a lo largo de nuestra historia, hemos ido aprendiendo del tópico «moro».

Sugiero paciencia hasta llegar a la V-Parte de este libro, en la que hago aclaración de éstos conceptos sin aventuras precipitadas y ya prejuzgadas al respecto por parte del lector.

La persona que busca sinceramente la huella de la Antigua Tradición, debe de hacerse capaz de abrir las puertas de su pensamiento sin temores estériles a las señales que se le puedan mostrar por diversos medios, sin importarle el ropaje en que puedan venirle inicialmente camufladas.

«A veces, el ropaje del mendigo cubre la sabiduría».

CONCEPTO DE ALMA

Las religiones, a partir de las alegorías escriturísticas, enseñan que el ser humano, al morir, continúa su existencia en calidad de espíritu. Una especie de «cuerpo» sutil que ha de reencontrarse con sus seres queridos en «un paraíso» de delicias donde vivir felices por toda la eternidad. A no ser que merezca achicharrarse eternamente.

Con toda simplicidad y no sin cierta sabiduría, en cierta ocasión me dijo un campesino respondiendo a esto; «Y quién ha vuelto desde allí para contárnoslo».

El concepto popular de alma, inducido por las religiones, parece mas bien un consuelo, un placebo y un vehículo de manipulación, creado para satisfacer la necesidad de perpetuidad del ego y no para ilustrar un «estado de conciencia».

La Revelación, para que pueda ser percibida, solo puede darse hasta donde alcanza la comprensión, pero no más allá, pues sería una Revelación estéril». Por otra parte el razonamiento sobre lo transitorio nos indica que la naturaleza del ego, constituida sobre el elemento Adámico, es fungible, ¡no es eterna!, por lo tanto el concepto «YO» tampoco puede serlo.



Solo existe Una Única realidad, el Ser Absoluto, no existen «otros seres eternos» en paralelo al Ser en Sí.

Decimos que las criaturas no tienen existencia «per sé», sino que son atributos ó manifestaciones del Creador ante Sí mismo. Puesto que Él es el Único existente, somos «el vehículo externo de Su conocer-Se».

¿Queda por lo tanto «algo» de cada una de las criaturas cuando estas descomponen su «cuerpo soporte»?

La razón y el antiguo conocimiento nos dicen que, a partir de la disgregación de los diversos elementos que componen –en este caso al ser humano–, cada elemento prestado retorna a su lugar de origen para ser reutilizado por otras manifestaciones de la existencia.

Así pues, si cada átomo de materia retorna al «reciclaje», ¿qué sucede con la consciencia intelectual que utiliza a la naturaleza física para su manifestación pero que no pertenece a ella? La respuesta obvia sería que, de la misma manera que lo material retorna a lo material la consciencia se mantenga vinculada a su Origen. ¿Cuántas consciencias existen? Decíamos que solo existe Una consciencia Creadora diversificada en apariencias criaturales, por medio de las que «aprende» de Sí misma. Por lo tanto, cuando el continente físico se disgrega, El Creador retoma a «cada parte» de Sí Mismo «aquello» que de Sí Mismo surgió, pero con la experiencia de haber manifestado a tal ó cual criatura.

Todo se modifica en un permanente reciclaje, pero ninguna «experiencia» que ha existido puede retornar a «la nada», sino al Principio Creador, donde se perpetúa, como experiencia «positiva» ó «negativa», pero integrada en Su Origen y nunca como un ego aparte y diferenciado. De aquí que digamos que «Paraíso» e «Infierno», no son «lugares» ocupados por buenos y malos, sino estados de conciencia sumados al Total de la riqueza del Principio Creador.



EL SHEYH, EL MURID. RELACIÓN ENTRE DISCÍPULO Y MAESTRO

«El Maestro y el discípulo producen **juntos** la enseñanza».
De Gurgani, de la Orden Khajagan.

«Mi Creador; ¡enseñame! para que La Gracia de Tu Presencia sea constante en mí, para que aprenda a escuchar Tu Voz en todas las criaturas, para que pueda percibir la Verdad Esencial que rompe todas las distancias. Habita en mi corazón como Paz y Amor perfectos para que reconozca la Clara Luz y no abandone Tu Recto Camino. ¡Abre mis oídos y desvela mis ojos!».

La búsqueda del mentor espiritual, aunque es posible y conveniente, no está exenta de algunas dificultades. Inicialmente, la persona buscadora suele tener con bastante frecuencia una idea algo estereotipada al respecto. El exceso de vulgarización de una parte, y de otra parte la abundancia de literatura pseudo-esotérica, han creado una cierta confusión sobre la manera de concebir la figura del Maestro.

El Sheyh no es algo así como un personaje inmaculado, sin defecto alguno, quien reparte hechos extraordinarios como quien regala caramelos. Sobre todo, y esto es lo más importante, alguien que puede garantizarnos la eternidad. Frecuentemente, cualquier imagen al respecto magnificada en la literatura no se corresponderá con la realidad. Decía Ibn Al Árabí: «La gente cree que un Maestro debe de hacer milagros y manifestar la Iluminación. No obstante, el único requisito del Maestro es poseer aquello que el discípulo necesita aprender para hacer su camino.»

Hay demasiada gente que, inducida por la sociedad de consumo y la lectura indiscriminada de «todo lo esotérico», cree que la presencia del Maestro, del Sheyh, se puede pagar. Son algunas de esas personas que, en su justificado afán de búsqueda, a veces por pura curiosidad, se pagan esos cursillos de realización personal para ser consumidos al gusto



durante unos días de estancia en régimen residencial. Comida vegetariana, nuevas amistades, un cierto toque de folklore exótico y de vuelta a casa. Si llega el caso hasta con un nuevo nombre... ¿.?

Eso sí, con la posibilidad de hacer comentarios como aquel de...; -«pues fíjate, yo ya he pagado por el nivel equis de tal cursillo... y ya he sentido tales vibraciones por aquí y tales otras por allá». Es perfectamente comprensible, aunque no sé si justificable, que sucedan estas cosas. Hay muchos vacíos espirituales que cubrir, muchas interrogantes por responder y una cierta desorientación generalizada a causa de tanta oferta deslumbrante en el mercadillo de lo espiritual. Aunque, en definitiva, cada cual es muy dueño de hacer con su vida lo que le plazca. Pero habitualmente no es esta la forma en que alguien pueda encontrar ni al Maestro, ni la Puerta de entrada.

El encuentro con el Maestro, con el Sheyh, no puede producirse sin una posición previa de *verdadera disponibilidad*, no hacia la persona del Maestro, sino hacia «el método». No se pueden oponer imágenes preconcebidas ni establecer condiciones, porque los condicionamientos ciegan la sutileza de la percepción.

La única condición que podemos y *debemos* de observar en cuanto al Sheyh se refiere es que, su vida y su enseñanza, en cuanto al fuero externo se refiere, estén perfectamente encajadas en la sencillez del marco de la Tradición, sin contradicción alguna. Pero en cuanto al juicio sobre su corazón nada nos está permitido, porque éste solo es patrimonio del Creador (s.u.).

¿Por qué se dijo desde antiguo; «Nadie es profeta en su tierra»? Porque las gentes cercanas a la convivencia con el Maestro, ya saturadas por la cotidianeidad de las deficiencias de la *criatura*, se hacen incapaces de percibir los dones del *Instrumento*.

Por lo tanto, hemos de estar vacíos de cualquier presunción de imagen que podamos habernos formulado al respecto y haber aparcado las ideas estereo-tipadas que ya tengamos formadas a través de la lectura de grandezas literarias



sobre Maestros prodigiosos. Lo más frecuente es que el Sheyh oculte su Baraka totalmente ante las expectativas, los prejuicios ó la ansiedad y no veamos otra cosa que la naturaleza del hombre común. Así será al menos hasta que hayamos sido capaces de simplificarlos. Solo los charlatanes nos intentarán seducir hablando rápidamente de sus «poderes».

La veneración ó el culto hacia la persona está absolutamente contraindicado en la vía Sufi.

Si el encuentro con el Maestro se da, habrá de ser generalmente después de una larga búsqueda durante la que habremos padecido más de una decepción. Pero nunca antes de haber eliminado, repito, cualquier imagen que sobre él nos hayamos podido formar.

Lo más probable es que primero conozcamos al hombre o mujer, simplemente, con el fin de que la atención se centre prioritariamente y con sencillez en percibir la sabiduría que existe en el desarrollo racional de su vida diaria. Pues para hacer uso coherente de la vida cotidiana descubriéndonos a través de ella, es para lo que todos hemos sido llamados a la existencia, y no para buscar «la milagrería» que justifique la falta de criterio o el gusto por las experiencias fuertes. El desarrollo armónico de las personas, hacia el Conocimiento, se da con la posesión inteligente de las riendas de cada vida ¡en lo cotidiano! y por los incontables medios de los que disponemos en cada momento.

Los «milagros» y las maravillas son incursiones *excepcionales* y muy difíciles de determinar de la Baraka del Creador (s.u.) en el ámbito de las leyes naturales. Precisamente cuando las expectativas del buscador se posan en estos raros acontecimientos es cuando no se dan, o se dan rondando el fraude. Salvando raras excepciones que solo el Poder Creador conoce, hemos de centrar nuestra atención y nuestro aprendizaje en la existencia, ya que ésta en sí misma es el mayor de los milagros.

«Si quieres ver maravillas busca una hormiga y si quieres ver luces, que te sea suficiente con el sol. Pero si todavía una hormiga te parece poca cosa y tus ojos no pueden sopor-



tar la luz del sol, ¿cómo quieres ser testigo de lo que no podrías comprender?».

Después, progresivamente, cuando la ansiedad se calme, el Sheyh irá desvelando con sencillez, muy poco a poco, sus dones de estado, su Baraka, en la medida de lo necesario y siempre que lo juzgue conveniente. ¡Pero entonces ya no nos importará!

Si ese momento llega no pretendamos pagar en ninguna especie por ello, ya sea con dinero, chantaje afectivo, exhibición de saberes ó cualidades, etc., pues las intervenciones del Sheyh para con el murid (discípulo) son bendiciones de Dios (s.u.) y éstas no pueden venderse por la misma razón que no podemos comprarlas, ¡ni siquiera de forma camuflada!

Muchas personas no verán jamás a Maestro alguno, porque aún cuando con su boca digan que lo buscan sus deseos no son verdaderos, sino motivados por emociones transitorias y sus corazones están tan ocupados que el Sheyh no podrá mostrarse. Si tu cesto está lleno, ¿quién puede meter nada dentro? Podrán sentarse junto al hombre y podrán escucharle alguna que otra vez, pero no podrán percibir en él el don del magisterio, su Baraka. ¡No verán al Maestro!, bien porque la imagen no se corresponde con su criterio y éste vela su percepción, o bien porque la fortaleza de su ego no les permite abrir las puertas.

Si el Sheyh llega –y siempre que busquemos con verdadera disponibilidad nos ha de llegar–, la relación con él ha de estar sólidamente fundamentada en la disponibilidad y en la confianza. Cuidémonos de la avaricia por los personajes famosos y también de la avaricia de algunos de éstos personajes, porque muchos discípulos en torno a un Maestro no indican necesariamente más autenticidad en el magisterio. No nos dejemos deslumbrar por la popularidad, porque a veces estos grandes movimientos de masas se corresponden más con el resultado de un buen marketing que con una auténtica esencia de fondo.

Magisterio y erudición en las rutas del espíritu no siempre van de la mano. El Sheyh será Sabio como ‘arif, como alguien cercano a la percepción del Creador, pero podría perfectamente ser iletrado. No son pocos los ejemplos que tenemos al res-



pecto en la historia de la Gran Tradición. El manejo de mucho vocabulario exótico, de mucha erudición, es a veces un buen camuflaje para cuencos vacíos. Mucho continente no siempre es sinónimo de buen contenido.

Rumi, uno de los grandes Maestros, decía de sí mismo a sus discípulos; «No reparéis en mi aspecto, limitaros a tomar lo que hay en mis manos».

Es muy frecuente en la Gran Tradición la existencia de grandes Maestros de los que casi nadie conoce su labor. Hombres ó mujeres que se han dedicado tan solo a uno o diez discípulos y que incluso para las personas de su entorno familiar son desconocidos. Ya comentamos que esto se debe a que la densidad de lo humano suele ocultar la sutileza de lo espiritual, sobre todo cuando una relación intensa cubre todos los momentos del día a día. Como ya dice el antiguo proverbio, «nadie es profeta entre los suyos». No corresponde aquí explicar el porqué de este comportamiento de la naturaleza humana.

Tras el encuentro con el Sheyh, él nos irá apartando de las prisas, de cualquier expectativa inoportuna que hayamos podido guardar en lo que a la relación con él se refiere. Nos situará ante las deficiencias, discretamente unas veces, por sorpresa otras, pero no le opongamos autojustificaciones, dejémosle hacer, porque si justificamos los errores no nos parecerán tales y se harán más fuertes y los escollos del Sendero no nos serán visibles.

La evolución hacia el Conocimiento es nuestra labor personal, y si nos mostramos reacios al aprendizaje puede que el Sheyh no insista más, al menos hasta que no estemos dispuestos con seriedad, ductilidad y constancia. Él no puede hacer en nuestro lugar lo que solo a nosotros corresponde.

Decía un antiguo Maestro que hay tres clases de discípulos; los primeros son como la leña seca, que al contacto con el fuego arden rápidamente, los segundos son como la leña algo verde, que primero crepitan aunque después se encienden. Los terceros son como la leña que ha estado a la intemperie en contacto con la tierra y la lluvia, sisean, echan humo, hay que atizarles de continuo, pero al fin arden.



El autor de este libro en una de las visitas al Hayy Sidi Abd el Uahed, en compañía de un murid español y otros miembros de la Táriqa “La distancia entre magisterio y aprendizaje es mas pequeña que el grosor de un cabello”.



El Hayy Sidi Sa'ïd ben 'Ajiba con un grupo de muridun asturianos, durante el Ramadán, diciembre del 2000.



Se puede desear al Maestro, pero... ¿estamos realmente dispuestos a aprender?, ¿queremos sinceramente mejorar nuestra vida? Si la respuesta es, ¡sí!, vamos a afrontar una aventura apasionante, pero ha de ser permanente y estable para que nos permita ir «degustando» anticipadamente los «Grandes Sabores».

LA INICIACIÓN DE UN PROCESO

En este trabajo no me planteo una reflexión a fondo sobre lo válido o no válido de todos y cada uno de los conceptos adquiridos durante el condicionamiento educacional. Ésta es una labor posterior y necesaria, pero propia de cada uno. No obstante este es un buen precedente, como tantos otros, para mostrar que cualquier persona con inquietud de conocimiento y buen criterio puede afrontar con buenos resultados un análisis crítico sobre ciertas ideas. Aquellos presupuestos que al poner en tela de juicio algunas de nuestras convicciones podrían situarnos en un conflicto de emociones.

Dedicaré en cambio más esfuerzo al análisis sobre la probabilidad de relación entre el yo y lo Transcendente mediante la investigación, el razonamiento lógico y la mente intuitiva, a la que no siempre se valora adecuadamente.

Éste probable acontecimiento de interrelación entre el hombre y la Transcendencia nos ha llegado impuesto desde las religiones. Durante siglos las castas de sacerdotes, mediadores, intérpretes, administradores, etc., han tenido más interés en proteger la cuna de su poder que en liberar a las personas de su ignorancia. Por lo tanto no han tenido escrúpulos a la hora de mentir, de contradecirse ó de ocultar el acceso a los archivos documentales secuestrados a la opinión pública. De esta manera cada creyente se ha visto limitado a ser un obediente practicante, presuponiéndole incapacitado para pensar por sí mismo y sin posibilidades de objeción ni de criterio propio.

Este poder que dan la información secuestrada y la men-



tira institucio-nalizada ha sido una de las principales causas que manejadas a lo largo de la historia ha hecho de los creyentes víctimas del engaño, del oscurantismo, de la manipulación revestida de caridad, y al final del descrédito y de la pérdida de valores.

Creo por lo tanto que podemos hacer una breve observación sobre «lo religioso» en *nuestro entorno* cultural, con el fin de situar adecuadamente este comentario. De esta manera cumpliremos en parte con algunas de aquellas personas que durante tanto tiempo se han visto defraudadas, aquellas que en ese tiempo dieron por perdida su esperanza de encontrar un Camino recto y coherente que diera satisfacción cumplida a sus inquietudes espirituales.

Tanto para creyentes como para quienes no creen, la religión en Occidente y en Oriente (como estructura pétreo anclada en el inmovilismo contrario a la dinámica del Creador), ha ejercido una gran influencia sobre el sistema educativo. Este acontecimiento es responsable de nuestros conceptos de moral o inmoral, de bien y de mal, de relación entre las personas, de relación con el poder, con Dios, etc.

En nuestra cultura la religión se nos ha presentado como «la verdad», pero paradójicamente en franca contradicción con el aserto de:...»la Verdad os hará libres». Hasta el punto de que en el curso de los siglos ha sido la principal causa de aniquilación de otras formas de pensamiento, con frecuencia de forma expeditiva.

La religión como estructura piramidal, monolítica, ha sido manipulada hasta convertirse en el vehículo de intereses no tan nobles en el curso de la historia. Ha sido el cauce idóneo para la esclavitud de nuestros cuerpos, de nuestras emociones, de nuestro desarrollo intelectual, de nuestras esperanzas. En definitiva, durante dos mil años de historia, se nos condujo desde las cúspides de los clásicos y de toda la antigua sabiduría, al pozo de la ignorancia, de la suciedad, del embrutecimiento...

Durante casi dos mil años, los occidentales hemos vivido nuestra historia y nuestra adolescencia bajo el yugo del terror



al infierno, se nos ha inducido a la autolesión y al dolor como sacrificios propiciatorios agradables a «dios», ¡Que disparete!

Junto con la autoagresión profana, se condujo a las gentes hacia la pasividad conformista con la miseria, como vía de acceso «al cielo». En tanto que los detentadores del fraude, exhibido sin pudor como verdad única, llenaban sus estómagos y sus bolsillos por medio del maridaje con los ricos y de las limosnas de los pobres. De esta forma desvergonzada se justificaban a sí mismos, pervirtiendo así aquella frase que decía; «bienaventurados los pobres porque de ellos será el Reino de los Cielos».

Se metieron a hurgar en la intimidad de nuestras conciencias y de nuestras camas. ¡Eso sí, la intención era ¿buena?! Vivir angustiados en esta vida, valle de lágrimas, como condición indispensable para gozar en la otra. Que cada cual juzgue.

Pero ¿cómo es posible renunciar a lo mejor de nuestra naturaleza y entenderla como burda y grosera, cuando en realidad no es otra cosa que el inquieto y precioso despertar a la vida?

Sé que la historia manipulada en manos de los intereses de «casta», el paso de los siglos, la costumbre, la imposición mediante la seducción sectaria unas veces y otras mediante la violencia y la brutalidad, han concedido al acontecimiento religioso el estatus de verdad indiscutible y «revelada». La necesidad de respuestas fáciles y consoladoras de muchas personas ha contribuido al engaño, pero esto no lo justifica.

Sobre esta cuestión ha tratado magistralmente Karlheinz Deschner en su obra literaria, a donde remito a quienes quieran saber más sobre el tema.



III PARTE

DOS CONCEPTOS DE REVELACIÓN

1. *REVELACIÓN HORIZONTAL. EN LA CREACIÓN, EL CREADOR SE REVELA AL HOMBRE*

Llamamos Revelación al acto, por parte del Poder Creador, de mostrar-Sé en lo inmanente ante el único elemento capaz de percibirle: la consciencia intelectiva. Esta surge como reflejo de la Consciencia que el Principio Creacional tiene de Sí mismo.

Así pues, la Revelación solo se hace perceptible cuando aparecen ante la consciencia intelectiva los atributos del Creador por ella cognoscibles y con los que se posibilita su desarrollo hasta la fusión de «las dos» consciencias en Una sola. Es lo que llamamos la integración consciente de la parte en El Todo.

Por lo tanto podemos decir que, también Se muestra por medio del individuo como atributo Suyo, como criatura instrumento, quien a su vez es el observador capaz de interpretar aquello que percibe en beneficio de su evolución.

Cada individualidad es portadora de un nivel diferente de observación y de racionalización y desde esta capacidad perceptiva actúa sobre la colectividad, generando un impulso «constructivo» unas veces y de «destrucción» otras. En cualquier caso, mostrando siempre el movimiento, la inestabilidad propia de la dinámica creadora.

El principio de la Creación adquiere su dimensión reveladora cuando comienza a ser recibida desde nuestra posición en el Universo como seres conscientes, ya que si el Universo no pudiera ser percibido, su «existencia» sería estéril.



Es entonces cuando surge la interacción (la ficción de «todo lo otro y yo») que posibilita la interpretación y por lo tanto la «recreación» de lo que hemos dado en llamar Universo. Este acontecimiento necesario se inicia a partir del momento en el que se construye el ser humano como continente. Lo que sucede a través del proceso de hominización capaz de albergar la consciencia intelectual, por la que adquirimos la posibilidad de conocer.

El decurso del tiempo, en el que todo se modifica, es el vehículo de la Revelación que nos permite comprender la *dinámica permanente de la inestabilidad*. En su devenir, el Principio Creador se va dando a conocer progresivamente por medio de cada movimiento, a la par que el tiempo forma parte del primer acto de la Revelación, permanentemente dinámico, permanentemente nuevo, que surge de Allah (s.u.) en el mismo instante en el que comienza la acción. Si el Principio Creador, Dios, Allah (s.u.), dejara de manifestarse, la acción, el espacio y el tiempo dejarían de existir y con ellos todo lo creado.

No obstante, cualquier atributo manifiesto siempre se encuentra fuera del Ser Esencia, de la misma manera que el sujeto que realiza algo nunca se encuentra en el seno del objeto realizado, aunque éste participe de algún aspecto de la naturaleza de aquél. Creer por lo tanto que desde los límites del objeto creado se puede comprender al Creador, Aquello que se encuentra fuera de la acción, del tiempo y del espacio, es tan absurdo como pensar que el Principio que lo provoca no existe por el hecho de no encontrarse entre los límites de su propia dinámica.

La acción posibilita el tiempo y el espacio y por medio de las tres dimensiones se dan todas las manifestaciones surgidas del Ser. Estas no son el Ser mismo, pero muestran determinados aspectos de Su naturaleza, a los que llamamos «atributos».

Cuando hablamos de eternidad como de una sucesión sin final en el tiempo, confundimos el propósito del concepto. La idea de eternidad debe de ir acompañada de la comprensión de atemporalidad y por lo tanto tampoco es susceptible de



ser entendida por el ser humano, sujeto a los límites del movimiento, del tiempo y del espacio.

Todos estos conceptos iniciales ya aclarados, nos ayudarán a comprender mejor la idea de revelación horizontal como nexo de unión entre lo trascendente y lo inmanente. Tal revelación debe de entenderse como gesto creador percibido desde una consciencia crítica capaz de observar mas allá de la estricta apariencia.

También es importante entender esta premisa: la dinámica creacional se mantiene *siempre* ante nuestra comprensión entre las constantes de coherencia, progresión y consonancia con las leyes de la naturaleza. Cualquier acontecimiento que se diera sin estas premisas no podría ser considerado nunca como Revelación, sino como una incursión de valor subjetivo creada por el ser humano en su medio. Es necesario considerar esta premisa para estar prevenidos frente a los dogmas irracionales sobre los que se fundamentan algunos «misterios» de fe en las religiones.

Es admisible por lo tanto, a partir de las diferentes sensibilidades de observación en cada individuo, entender la Creación como un marco de Revelación cotidiano. En ella, el ser humano como consciencia intelectual, tendría dos funciones; una como portador relativo de revelación debido a *su intervención* en el medio, y otra como receptor de revelación según su capacidad de *percepción*. Ambas, intervención y percepción, son cualidades innatas de su naturaleza, en las que y por las que el Principio Creador, Dios, Alláh (s.u.), se manifiesta en un devenir permanente por la mediación de algunos de Sus aspectos o atributos.

A PROPÓSITO DE ALGUNAS RELIGIONES

Uno de los peligros de las religiones, es el intento –frecuentemente convertido en logro– de inmovilizar a las personas eliminando la versatilidad del criterio con la introducción del dogma, la manipulación de las consciencias, el oscurantismo.



Por causa del juego con el temor al pecado y al castigo, no se les permite la búsqueda, la crítica constructiva. ¡Pero cada persona ha de ser soberana de sí misma en la ruta de su evolución, con el derecho de equivocarse ó de acertar, en tanto que aprende como consecuencia inmediata de la propia dinámica del movimiento, sin angustias, sin los temores que nacen de las amenazas!

Tanto en el transcurso de la historia como en el presente, cuando las religiones anteponen el afán de dominio al propósito original, anclan a las personas en el ostracismo, las dispersan en una maraña de confusión justificable sólo por la fe o la tradición mas conveniente.

Sustituyen el libre pensamiento investigador, la crítica, la experimentación del aprendizaje, por el tinte idolátrico que desorienta las conciencias y aparta las miradas del Recto Camino de la sencillez. Temen -con razón- todo aquello que puede poner en tela de juicio el galimatías doctrinal sobre lo irracional, «eso» que por tradición enseñan como aparentemente indudable. Pero no consideran que el género humano en su complejidad, es inevitablemente una revelación de la acción creadora. Un inquieto atributo suyo que hace que tienda permanentemente a buscar los grandes «porqués» de la existencia, liberándose de lo represivo, de la irracionalidad y del miedo.

¿Cómo puede una corona enjoyada hablar del humilde bastón de un profeta? o ¿cómo puede la figura de barro hacer más cercana la presencia inefable del Creador? Éste no es más que un discreto comentario alusivo a lo irracional, «... guías ciegos y sordos», etc.

En algún momento, ciertos eruditos han dejado de considerar que Dios, Alláh (s.u.) en su Creación es dinámico y que el ser humano como criatura-atributo del Creador (revelación Suya) participa inevitablemente de ese dinamismo, de ese juego entre la construcción y el cambio. Por esto es que, las personas tienen el derecho de equivocarse cuando no comprenden, tienen el derecho de experimentar nuevas rutas, de romper cadenas y porque sienten profundamente la necesi-



dad de ir aprendiendo para buscar sus propias respuestas, no pueden aceptar con violencia lo que no entienden por la razón.

Al fin y al cabo, es cada persona quien ha de asumir las consecuencias últimas del desarrollo del propio proceso. Pues es ella quien se siente feliz ó desgraciada a causa de la percepción que del entorno vaya adquiriendo en el periodo de su evolución y del resultado de las propias acciones que de esto se deriven. En cualquier caso, siempre que hay vida tenemos razones para el aprendizaje, para el cambio, para la esperanza, pues decimos que El Creador, Alláh (s.u.) siempre es el Justo, el Paciente.

La Historia nos demuestra constantemente que, al fin, rompemos las cadenas y aún a despecho de los opresores afrontamos la aventura de la vida, aunque para ello debamos de ser responsables de nuestras equivocaciones. Siempre se dijo que un trozo de pan como alimento de la libertad es más sabroso que ricos manjares en una prisión, aunque ésta sea de oro.

Lo que se enseña con el recurso del temor y de la violencia, ya sea física ó moral, no se enseña, se impone. El ser humano no está hecho para tolerar indefinidamente ninguna forma de prisión, por lo que ningún «dios verdadero», utilizaría éste método como sistema para mostrarse. Es la intervención aleatoria de los hombres y la interpretación interesada que hacen del propósito original de la enseñanza lo que determina el disparate y su violenta imposición.

PEQUEÑOS MOMENTOS DE LUCIDEZ

La Revelación se nos muestra en la historia y a través del entorno como un método de enseñanza, en el que su pedagogía marca una constante inviolable. Es el principio de Unidad, el llamado Tawhid por la Antigua Tradición.

Es una regla que el alumno como criatura debe de comprender y aceptar, si es que quiere abrirse al dinamismo Creador y aprender sin distracciones por el recto camino de la sim-



plicidad. Los herederos de La Antigua Tradición hemos llegado a la experiencia vivencial de ésta regla incuestionable. Esto ha sido gracias a la Revelación de la que todos somos herederos y por medio de la razón siempre en consonancia con ella.

Cada individualidad, cada individuo, se muestra como una cualidad definida del Principio Creador. Al mismo tiempo y en diferentes intensidades –según las diferentes individualidades– participa del total de los demás atributos cognoscibles de carácter opuesto, eros-thanatos, yin-yan, etc. No obstante y a pesar de las aparentes diversidades manifiestas en cada individualidad, éstas no dejan de ser una y por lo tanto indivisibles, tal y como refleja etimológicamente el vocablo «in-dividuo» = no divisible.

Si cada individualidad es un reflejo del Único Principio Creador, debemos de admitir por similitud que, Éste a Su vez es Uno, es decir in-dividuo y por lo tanto no divisible. Por ello es que nuestra percepción de la diversidad es tan solo aparente y a su vez la forma en la que El Uno ilustra su dinámica.

Todo en el ámbito de la Revelación es el método de enseñanza y, como en cualquier otro método, se establece, de una parte, la «promulgación» del proceso que propicia el desarrollo del aprendizaje, y de otra parte que el alumno debe de sentirse libre para generar su propio razonamiento, sin ser presionado por el fraude organizado ó por el terror, que antes o después siempre acaban por mostrarse estériles.

Como decía antes, cada persona en sí misma es ya un acto de la Revelación y por esta causa es Soberano en lo que a sí mismo compete.

Son diversos los factores individuales que, en el común de las personas, manifiestan y a veces intensifican las cualidades de la evolución y por lo tanto de la Revelación. Por medio de estas cualidades el Principio Creador manifiesta Su acción sobre cada individualidad, por ejemplo; sensibilidad, capacidad de observación y de aprendizaje, creatividad, apertura intelectual, vida espiritual, etc.



De otra parte, en la vida de unos pocos individuos y por la intervención de sus cualidades hay momentos en los que aparece lo que conocemos como «factor genio». Son períodos de breve singularidad que inciden notoriamente sobre el resto del Género Humano en uno u otro campo del conocimiento.

Son momentos en los que la percepción del dato que siempre ha estado allí, puede, bajo nuevas condiciones, dar sentido a una vieja esperanza, reorganizar un caldo de cultivo hasta entonces inconexo. Son acontecimientos que suceden en un tiempo, pero que a veces las personas contemporáneas al evento no comprenden en todas sus dimensiones y las generaciones venideras deben desarrollar en la posteridad. Es aquello de lo que decimos admirados, ¡fue como una Revelación!

Normalmente no hacemos otra cosa que aprovechar, leer, coordinar, colocar o percibir otro factor ya existente (nada nuevo hay bajo el sol), ver desde otro ángulo. Observamos con nuevos criterios aquello que ya está, pero tras un paso adelante, otra forma de mirar con una nueva sensibilidad nos permite comprender y organizar de forma distinta y de manera que suceda algo nuevo y diferente.

Por lo tanto, en cada acto de Revelación se dan estos dos factores: un primer elemento receptivo previo, el individuo ó el grupo. Y en segundo lugar, una mirada o percepción mas aguda sobre otro elemento, lo que produce una modificación que antes no se dio.

Es a esta «mirada o percepción» a lo que llamo factor revelatorio en el ámbito de lo cotidiano, o factor evolutivo responsable en un contexto gregario. Es lo que nos permite percibir la Presencia Creadora que, a través del común de las personas, incide en la construcción de lo cotidiano sobre nuestra historia, ¡cómo no! Es aquello que no se transmite por vía de herencia genética, sino por tradición oral e intelectual, como vehículos que somos de evolución espiritual con incidencia social. Es algo totalmente diferenciado de la evolución estrictamente zoomorfa, que como todos sabemos se da por otro proceso cualitativamente diferente.



Con la más fina percepción de este criterio, podemos entender al ser humano común como uno de los factores por medio de los que El Creador también se pone de manifiesto.

CADA PERSONA, UN FACTOR POSIBLE DE REVELACIÓN

Diariamente, cada persona se mueve entre tonalidades grises y momentos de genio, mas ó menos entre dificultades y factor «suerte», entre dispersión y atención, entre monotonía y chispazos aleatorios de dimensión festiva o creadora.

Aunque la Creación está prevista para ser una «fiesta» permanente (antesala de otra realidad de la que ésta no es sino anuncio, imagen, símbolo o ruta de aprendizaje) a veces nos puede parecer que la grandeza de Dios, de Alláh (s.u.) y su acción sobre nuestro universo humano queda relegada a esos escasos momentos luminaria de místicos, profetas y genios.

Pero nada más lejos de la realidad. En la sencillez de nuestra cotidianidad, como manifestación del Principio Creador en lo diario, cada uno de nosotros ocupa su papel, como antes he comentado. Ninguno de nosotros fue llamado a la existencia para nada, y aunque es demasiada la frecuencia con la que las miradas no pasan el velo de las apariencias, todo lo que no hagamos durante el periodo de nuestra oportunidad quedará definitivamente sin hacer. Cada llamada a la existencia es un acontecimiento único en la historia del Universo.

Reflexionemos cada día durante algunos momentos elegidos, con cierta agudeza, en un intento por penetrar la aparente monotonía «vulgar» de lo cotidiano. Situémonos frente a la puerta de la reconciliación que nunca ha estado cerrada. Hagámonos una revisión desde la inocencia, para que podamos introducirnos a la relación con el Creador por la permanente oración que está llamada a ser nuestra vida.

Ocupamos un lugar preciso en el marco de la acción dinámica de la Creación. Nuestra existencia no es tanto casual



como causal. Ya sabemos (repito) que en la historia del Universo, somos cada uno un acontecimiento único e irreplicable.

Tenemos que cumplir con un papel no definido, sobre el que vamos escribiendo durante el transcurso de nuestra existencia, pero siempre dentro de un programa de consecuencias inimaginables. Gozamos de relativo libre albedrío para hacer. Construimos o destruimos, lo que en cualquier caso incidirá sobre nuestro universo y por lo tanto sobre nosotros y nuestra descendencia, aun cuando nunca podamos cuantificar en qué medida.

Lo tremendo y maravilloso de esta innegable verdad es que gozamos del don de actuar desde la consciencia como vehículo del discernimiento. Desde ella decidimos nuestra intervención en el mundo, pero en definitiva su único *objetivo* es: **ser consciente del Ser en sí misma**. Toda otra función es accesoria y supeditada a este *objetivo*, por el que nos convertimos en un acto permanente de la Revelación. Es por esta causa, –la Revelación de Sí– por la que el Principio Creador Se muestra en la criatura mediante el atributo de la consciencia, y a su través recibe el conocimiento inmanente de Sí mismo *dentro del plano creacional*.

EL ERROR COMO FACTOR DE EVOLUCIÓN

Todos tenemos la experiencia de que, cuando iniciamos una nueva ruta en cualquier disciplina, comienza para nosotros una aventura en la que, evidentemente, corremos el riesgo de hacer las cosas bien o de hacerlas mal. Comenzamos con el concurso de una mayor o menor consciencia y experiencia, con nuestra voluntad y con el bagaje de nuestras contradicciones. Es el signo de la búsqueda, al que no hay por que temer, pues es gracias a este ir y venir entre el acierto y el error por lo que aprendemos. Naturalmente que obtendremos mejores resultados siempre que vayamos acompañados de las cualidades de la prudencia y del discernimiento.



Somos una manifestación del Único Principio Creador que nos ha posibilitado y que por lo tanto conoce perfectamente Su-nuestra naturaleza. Así pues, no es razonable que nos dejemos intimidar por nuestras limitaciones. No es un esfuerzo rentable el que cabalga entre repentinas emociones apasionadas y fáciles enfriamientos, entre la euforia arrebatadora del éxito y el derrumbe del fracaso o de lo insuficiente.

A este propósito me viene a la memoria un cuento de la Tradición, tan dada a enseñar con parábolas, que puede ilustrar este ejemplo:

«Se dice de un rey que a pesar de ser muy poderoso y no obstante querido de sus súbditos, solía ir y venir de la alegría a la tristeza con cierta facilidad y algo de exageración. Con lo que, por causa de su inestabilidad emocional, no podía llegar a ser tan feliz como él desearía.

Convocados los consejeros del reino y ya sin haberse mostrado capaces para dirimir el asunto, decidieron consultar a un sabio Sufi que vivía retirado de la corte con un pequeño grupo de sus discípulos.

El sabio, pasados unos días, se presentó ante el rey y le entregó un sencillo anillo de madera, al tiempo que le daba este consejo al rey; -«Majestad, cuando se sienta muy triste o cuando se sienta muy alegre y note que esa emoción altera su estabilidad, mire el anillo y lea la frase que lleva escrita».

Ante la sorpresa de los cortesanos presentes, -que no entendían nada- se dibujó una sonrisa de complicidad en el rostro del rey, pues el anillo llevaba ésta frase grabada; «*recuerda que esto también pasará*».

Todos estos movimientos tan apasionados y repentinos, tan nuestros, que nos desconciertan entre cúspides y valles, forman parte del movimiento creacional. Son el resultado permanente de la lucha entre opuestos, cuyo objetivo es el de impulsar el aprendizaje que nos exige la evolución hasta la plena madurez. Por esto es que la diversidad de nuestras emociones cotidianas debe de servirnos como un ejercicio de dominio sobre los arrebatos emocionales descontrolados, ya que por medio de ellos el ego puede jugar con nosotros, como



un perro juega con un trapo en su boca. Este esfuerzo nuestro de autodomínio es necesario para que el dinamismo Creador impreso en cada uno de nosotros trabaje el modelado de la evolución.

Este esfuerzo de consciencia y autodomínio se convierte así en una parte de nuestra aportación «co-creadora», como seres que nos autocuestionamos primero, aprendemos después y por último construimos. Sabemos que lo que no hagamos cada uno de nosotros, quedará definitivamente sin hacer, porque nuestra individualidad, como ya dije, es un acontecimiento único e irrepetible en la historia del Universo.

Indudablemente, el Principio Creador, Dios, Alláh (s.u.) cuenta con nuestros errores en el proceso de nuestra búsqueda y desarrollo, de la misma manera que el ensayo entre el acierto y el error forman parte de la dinámica del Poder Creador. Al fin y al cabo, por encima de los aciertos y de los errores como valores subjetivos siempre permanece la dinámica creadora. *Ésta dinámica* donde estamos injertados y donde nuestros errores están justificados, se identifica con el Amor de Dios y equivale a Su justicia.

Recuerdo a los grandes Profetas legisladores y a los Maestros inspirados de la Tradición como válidos modelos cercanos a nuestra comprensión. Ellos también vivieron como hombres y mujeres que tuvieron sus momentos de dudas, de aciertos, de errores y preguntas. También ellos, en los momentos en los que tuvieron que aceptar las funciones del magisterio, lo hicieron desde la consciencia de sus propias limitaciones. Ejercieron su labor entre personas corrientes y, al aceptarlos para instruirles, tuvieron necesariamente que contar con sus cualidades por despertar y con sus defectos por aparecer. El Dinamismo Creador no ha de pedirnos más a nosotros, que conocemos la Antigua Sabiduría velada en el tiempo y aun a veces cubierta por el polvo de las tradiciones étnicas. Desafortunadamente, algunas religiones resaltan tanto la idea de pecado original que se olvidan del concepto de inocencia original.

Necesitamos pensar menos en nuestras limitaciones (sin



caer en la prepotencia), con objeto de dar margen a que la Acción Creadora actúe a nuestro través. Hemos de fiar más en la impronta de Su dinámica sobre nosotros, ver con ojos nuevos, más limpios e inocentes, el mensaje libertador de lo que significa Revelación. Percibirla como un acto cotidiano inevitable y excepcionalmente como una intervención singular.

Es necesario que cada persona se reeduce en la inocencia y en la inquietud, para desarraigar de cada uno el lastre de los miedos o del absentismo porque, ¿qué Revelación ha recibido el que vive oprimido por el temor? o ¿qué servicio puede prestarnos una herramienta que nos negamos a usar?

Nuestra naturaleza, a pesar de sus carencias, es limpia por principio e increíblemente rica en posibilidades, como todos los dones del Creador. Son los temores infundidos en nuestra educación los que la ensucian ó los que la limitan a partir de según qué creencias.

Hemos sido llamados a la existencia por la Creación y somos renovados por la Revelación permanente como seres nuevos, libres e inocentes por principio y sin «pecados originales». No necesitaríamos ser justificados y purificados constantemente entre sentimientos de impotencia y de culpabilidad, si no hubiéramos sido perniciosamente inducidos por la acción negativa del entorno cultural religioso cuando ha sido vulgarizado.

EL DERECHO A LA DIFERENCIA

Cada uno de nosotros ha recibido una naturaleza semejante, pero no igual. Cada diferencia de los demás con respecto a cada uno forma parte de la riqueza del conjunto. ¿Habríamos de vivir oprimidos por el temor a nuestras singularidades? ó ¿deberíamos de vivir gozosos y agradecidos del Don de la Creación, de todo aquello que vibra en cada uno de nosotros con una nota diferente, haciendo del total la sinfonía que somos?



No obstante, no somos tan incautos como para ignorar nuestra capacidad destructiva, al transformar la riqueza y el colorido don de las diferencias en razón ignorante y por lo tanto suficiente para la intolerancia, la persecución, la agresión en cualquiera de sus formas. Por el contrario, podríamos aprovechar cada diferencia de cada ser como un vehículo complementario de la propia parcialidad. Ya nos indica el poeta que: «en TODO se esconde y en TODO se revela, en los vértices del firmamento o en el cáliz de una flor».

El mundo siempre ha sido un buen modelo de antagonismo, pero si la percepción de los opuestos en la dinámica del Creador se nos manifiesta de algún modo es, entre otras razones, para que podamos afrontar el proceso del cambio. Pues es necesario que podamos salir de ese estado confuso que necesita de nuestra razón comprendiendo su significado, su funcionalidad, corrigiendo lo que sea preciso, aprendiendo del error sin coacción en tanto esto sea posible o probando alternativas que, inicialmente, no serán ideales de perfección, pero sí mejorables, como en cualquier proceso de aprendizaje.

2. REVELACION VERTICAL. EN EL HOMBRE, ALLÁH (S.U.) SE REVELA AL HOMBRE

UNA REFLEXIÓN PREVIA

Los Profetas y Maestros rompieron con muchos esquemas de su época mantenidos por los líderes religiosos, custodios e intérpretes de la Revelación. Sin olvidar el riesgo de la confusión -aún así- propiciaron la libertad en el ser humano para un nuevo salto hacia Dios ó para un nuevo ¿fracaso? si fuera preciso. En cualquier caso y aún cuando se pueda violentar la conducta externa y generar así una hipocresía inducida por el temor, nadie puede forzar el verdadero sentimiento ni la convicción del espíritu.



Esta liberalidad y respeto por el libre albedrío supuso con frecuencia la persecución de aquellos grandes personajes, pero no por ello tuvieron más razón sus perseguidores.

Los Profetas, y con ellos los Maestros inspirados, establecieron pautas de desarrollo como un abanico opcional de posibilidades, ya que la propia opción evolutiva no puede estar condicionada por el «orden y mando», sino por la convicción nacida del libre albedrío en cada persona.

Por lo tanto no lo dejaron todo hecho, mal que le pese al inmovilismo religioso. No obstante, nos abrieron un camino sobre el que plantaron su huella y es a nosotros a quienes –en cada época– nos corresponde desarrollar el arte de recorrerlo, bajo la perspectiva del momento que nos ha tocado vivir.

Hoy nosotros, inspirados en su acción y en su válida experiencia, podemos romper nuevas barreras para continuar de frente, conscientes de nuestras sempiternas carencias y confiados en la diversidad de nuestras posibilidades.

¡Estemos dispuestos a no dejarnos sojuzgar una vez mas por ningún totalitarismo religioso salvífico, denomínese secta ó religión oficial, que para el caso es igual! ¡No permitamos que nuevamente manchen de impudicia nuestros dulces besos, nuestros cálidos abrazos, nuestras ideas torpes o sutiles! ¡No dejemos que perviertan todo aquello que nace de nuestra intimidad en desarrollo y que por lo tanto eleva nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro espíritu hasta lo que no es otra cosa que el Don de Dios, de Allah (s.u.) en las rutas de la Revelación!

Ya he comentado que el ser humano, al disponer de la razón intuitiva como parte de la consciencia, se aventura en el descubrimiento de Dios, de Alláh (s.u.), por la observación del entorno y en ello descubre la diversidad multicolor de los atributos del Creador.

Sabe, no obstante que, él mismo es criatura y atributo inmanente, y no tiene por lo tanto capacidad suficiente para descubrir la Esencia Creadora trascendente, aunque de alguna forma participe de ella.

Ante este descubrimiento de magnitud inconmensurable,



nos aventuramos por diversas rutas de búsqueda y actuamos como nos es posible en el plan creador que intuimos, razonamos y observamos parcialmente. Al mismo tiempo, atraídos por la Gran Presencia intuida en la Creación, elevamos nuestros «deseos de más» hacia Dios. Así, nos descubrimos seducidos frente a la Inmanencia comprendida y de cara al abismo de la Trascendencia incomprensible, de todo lo que Alláh (s.u.) no es y ni siquiera podemos imaginar en nuestra limitada razón.

Podemos así concluir en el hecho de que Dios Alláh (s.u.) es más lo que no podemos ni intuir, que aquello poco que podamos deducir ó conocer.

Dado por supuesto que lo único acertado es no «imaginar» nada sobre Él, nos sentimos reconfortados por el don de amar Aquello que es el origen de nuestra identidad y por hacernos dóciles «**abd**» a Su acción transformadora sobre nosotros por medio del acontecimiento profético que supone cada día de nuestra vida. Pero no dejamos de buscar ni de esperar el íntimo encuentro.

Es así como aparece entre nosotros el ámbito de la oración, de la invocación, de «la mirada hacia el Otro lado», lo que en lengua árabe significa: el **du'a**. Más adelante aclararé la validez de este término.

SOBRE LA VERTICALIDAD DE LA REVELACIÓN

La búsqueda de la verdad, refiriéndonos a la **Verdad** por excelencia, aún desde lo relativo de esta propuesta, ha sido desde siempre una constante, una de las grandes aventuras de la humanidad, si no la más grande de todas.

Quienquiera que a lo largo de la historia haya afrontado este reto lo ha tenido que hacer desde el previo conocimiento de sus limitaciones, de las que no hay criatura exenta.

No podemos alcanzar, por lo tanto, un arribar definitivo desde el momento en que quedó establecida la diferencia insalvable entre el buscador y el Objeto de su inquietud.



No obstante, esta inquietud nace con el ser humano y se repite bajo diversas formas durante la trayectoria de su evolución. A pesar de las innumerables dificultades que para la humanidad ha supuesto el lento desarrollo y definición de ésta empresa, nos sentimos a pesar de todo con la necesidad y con una relativa capacidad para aventurarnos en ella. El ser humano siempre se ha sentido con capacidad para dar los pasos que van determinando su historia, y sabe por la experiencia que siempre son superables en el transcurso de la aventura del desarrollo.

Con respecto a lo Trascendente conocemos las incógnitas, pero no podemos aventurar ninguna respuesta definitiva, aunque el reconocimiento de la pregunta sobre la Naturaleza desconocida ya presupone la posibilidad de la existencia del Objeto preguntado.

Pero hay vacíos y dudas en relación a éste tema que sí pueden ser resueltas con cierto éxito, son las relativas a algunas de las hipotéticas «verdades históricas» y al uso que se ha hecho de esas supuestas verdades por parte de las religiones en el transcurso del desarrollo de las sociedades.

Aunque este campo no está exento de dificultades, podemos separar la verdad razonable, la verdad incuestionable y la «verdad» de las conveniencias. Pues es bien sabido que los historiadores, con frecuencia trabajan al servicio del ganador y manipulan la historia con interferencias convenientes para los intereses de quien domina en un momento determinado. Aquellos disparates que, en el curso del tiempo y con «el derecho» de la antigüedad adquieren estatus de verdad por costumbre de tradición e incluso a veces, de «verdad revelada»

En el primero y segundo supuestos, cuando la verdad es verdad, nada repugna al sentido común. En el tercer supuesto, cuando se nos enseña por verdad una mentira, antes o después la razón debe de ser aplastada de continuo por la credulidad camuflada en la ignorancia. Pero la ignorancia es a su vez la herramienta adecuada para el control de las conciencias a través del mito, el absurdo y una falsedad forjada sobre otra.



La intención de este pequeño comentario es demostrar cómo alguien no erudito –éste es el caso– puede concluir por la inquietud, la razón y la información contrastada, diferenciando aquello que es probable o razonable de lo que es irracional. Al menos en cuanto al acontecimiento religioso en la historia de nuestro entorno se refiere.

Para ello propongo éstas cuatro premisas:

- Análisis crítico sin apriorismos.
- Desvelamiento de lo irracional.
- Concordancia con lo racional.
- Coherencia con la historia del desarrollo humano.

En primer lugar, esta labor de reflexión, por el hecho de estar fundamentada en el análisis crítico, hará aceptables nuestras conclusiones, sin que para ello debamos de violentar la conciencia o el sentido común, incluso pudiendo dejar margen a posibles dudas. Pero el trabajo crítico realizado nos ofrecerá elementos suficientes de probabilidad. Con ellos podremos señalar un evento puntual como Revelación Profética ó, si lo preferimos, como el acontecimiento por el que la Trascendencia interviene de forma singular en el desarrollo de la inmanencia, en este caso de la humanidad.

En segundo lugar, podremos comprobar que otras hipótesis, para ser aceptadas, deben de ser acompañadas de violencia interna frente a la razón, de ingenua y despreocupada credulidad ó de una labor de condicionamiento emocional durante años, como ha sucedido. Ésta ha venido siendo la fórmula utilizada para impedir el propio razonamiento frente a la duda lógica, induciéndonos al temor artificialmente introducido en nuestras conciencias de «pecar» contra la fe, contra el grupo o contra la costumbre y la tradición.

Ya desde un primer razonamiento podemos concluir en que de alguna forma (y no vamos a entrar ahora en el cómo), parece obvio que el Creador, como único Ser real, pueda mostrar algún aspecto de Sí ante Su criatura verticalmente, e interviniendo de forma singular en la historia.



En tercer lugar, el sentido común me dicta que esto no puede ser jamás en contra de la razón, puesto que ésta, como plataforma de recepción, ha de ser lógicamente previa a la Revelación, ya que de lo contrario el acto de Revelación no tendría un continente válido para depositarse. Así mismo, si el acto revelatorio no fuese coherente con la realidad humana, se provocaría en nosotros la natural repugnancia por lo irracional y el rechazo consecuente, además de la inquietud de la incertidumbre, con lo que la «autoridad competente» debería de imponer la sinrazón a base de mantener la ignorancia y la represión. Pero de esto ya tenemos conocimiento y experiencia.

En cuarto lugar, que el acto de Revelación, al repetirse, debe de mantener una línea de coherencia en el decurso de la historia; lo contrario sería tanto como pensar que el Creador se dedica a confundir a la criatura.

Además cada momento de revelación ha de estar condicionado, al menos, por estos tres principios:

1. La confirmación de la intervención anterior en el seguimiento de una línea ascendente, uniforme y como base estable sobre la que el ser humano se pueda fiar y desarrollar, sin temores y sin incertidumbres.
2. Que lo revelado suponga además un paso adelante en la evolución del hombre, en el respeto de su libre albedrío y para ayudarle a encontrarse y comprenderse mejor como individuo y como colectividad.
3. Que sea un paso más en el acercamiento y comprensión del Creador.

Considero seriamente que, cuando las personas irrumpen en este acontecimiento y lo manipulan a su conveniencia, cometen un crimen de la máxima gravedad contra el género humano, de consecuencias inimaginables en el presente y en el devenir de la historia.

Nadie como criatura tiene la potestad de contener «la Verdad Absoluta», pero sí podemos, según nuestra experiencia y sentido crítico, compartir con otras personas buscadoras la



percepción que podamos tener del fraude y de la verdad razonable, allí donde se encuentren, tras haber superado periodos de crisis y prejuicios.

En definitiva, sugiero una sana inquietud por la investigación en quien lea este trabajo, lo bastante como para que continúe buscando su respuesta, si es que el contenido de estas páginas no le resulta creíble o no le parece suficientemente clarificador.

Es posible que alguien se sienta molesto al leer, pero el saber y el contrastar conllevan ese riesgo y, aún cuando podamos equivocarnos, no por ello hemos de renunciar al reto de la investigación y de la controversia. Ambos son signos de movimiento.

Inevitablemente estos comentarios contienen una cierta censura, pero no es contra las personas de buena fe de no importa qué religión, sino contra los responsables de las instituciones culpables de engaño y manipulación.

Ahora bien, sería del todo impensable por mi parte no reconocer y admirar a toda esa miríada de personas que, tanto en el pasado como hoy en día, han servido de buena fe en el seno de cualquier credo. Personas que, en ausencia de un mejor criterio contrastado, han servido al mito creado sobre personajes de la historia, como hipotéticos fundadores de leyendas y nuevas religiones fundamentadas sobre la mitología y el disparate.

EL PROFETA COMO VEHÍCULO DE LA REVELACIÓN VERTICAL

En un organismo en cuyo desarrollo se da una constante ascendente progresiva hay armonía en el objetivo de su existencia. Pero si esta constante varía o se altera, se producen modificaciones y recursos sobre la marcha, con el fin de adaptarse a la nueva situación, pero siempre tras la línea ascendente del programa original. Es la aventura de la vida buscando el modo de manifestarse y aprender.



En el ámbito de la Revelación, el hombre es ese organismo. Una característica de la Revelación es la de actuar como retorno a las directrices del desarrollo armónico, en el que la alteración de las constantes en el decurso de la historia humana provoca la intervención creadora por medio de la acción Profética. Es un esfuerzo permanente de retomar el plan inicial de desarrollo en el género humano, cuando éste se aparta de «la línea del propósito original».

La otra característica es la continuidad en la enseñanza que El Creador ejerce sobre su criatura en el ámbito de lo cotidiano, siguiendo siempre una misma línea ascendente *exenta de contradicciones*.

Este hecho marca una constante coherente, sencilla, inalterable en todas las épocas y en todos los pueblos; el Qor'án habla de esto. Es lo que llamamos la línea de la Revelación ó la Antigua Tradición, ininterrumpida y coherente en lo fundamental, en todas las culturas de todos los tiempos. Es por presentarse bajo diferente rostro por lo que se establecen las diferencias en los credos y las tercas obstinaciones de los líderes religiosos.

La Revelación, al ser transmitida a través de un hombre, ha de presentarse necesariamente revestida de un ropaje diferente en cada ocasión. Al ser diferente cada Profeta en cuanto a su lengua, su entorno cultural, su momento histórico y su personalidad, difieren lógicamente en el contexto, pero no en lo fundamental del contenido. La Revelación no manipulada siempre es coherente con la misma línea.

Así, entendemos la línea de la Revelación que podemos descubrir en el contexto de la historia espiritual de la humanidad, con adaptaciones de forma, pero nunca modificando su esencia ó su contenido.

Cada uno de nosotros nos percibimos individualmente, pero siempre como alguien identificado con un grupo, lugar, cultura, raza, lengua, tradición y pertenecientes a un Todo más amplio, así sabemos que no somos individualidades aisladas.

Recibimos de la etnia y al mismo tiempo aportamos y de esta interacción retoñan y fructifican singularidades. Son in-



dividuos cuyo genio y docilidad hace de ellos vehículos capaces de realizar el acontecimiento Revelatorio, como algo que se da desde la Voluntad Creadora sobre la colectividad humana, pero con vocación de universalidad.

Nosotros occidentales, hemos recibido esta experiencia a través de lo que denominamos cultura espiritual entre los pueblos de la cuenca mediterránea.

El objetivo de la Revelación se puede ver seriamente alterado con la intervención humana sobre la «cultura religiosa», cuando ésta se presenta como acción dominante y oscurantista disfrazada de bondad. Creadora a su vez de una pseudo revelación que no cumple los requisitos de continuidad, coherencia y sencillez. Camuflando mentiras y semiverdades en la «autoridad de dios» y siendo así su mejor protección la ignorancia de aquellos a quienes dominan.

Cuando hablaba de evolución o de «Revelación horizontal», observábamos que, tanto el movimiento progresivo cotidiano, como la aparición de lo genial, se operan siempre dándose la inquietud o la alteración como premisa. Sin hacer aquí recurso de la *casualidad* como explicación de algo no bien conocido y que yo preferiría sustituir por la idea de *causalidad*.

En la Revelación Vertical sucede algo semejante. El individuo Profeta es alguien inquieto que percibe con una especial sensibilidad, con una personalidad absolutamente singular, cuyo equilibrio y razones no son siempre fáciles de aceptar para la mayoría de sus coetáneos y con mucha frecuencia, sólo la historia posterior les hace justicia.

Son buscadores, individualidades no bien comprendidas, dotados de una especialísima capacidad de observación y coordinación y absolutamente dóciles y maleables en las manos de la Voluntad Creadora. De quien tienen la certeza de ser instrumentos en una función que no han elegido en absoluto y que en ocasiones, temen y entienden que les supera.

Junto a esta docilidad incuestionable viven la experiencia del acontecimiento insólito, cuyo mecanismo de funcionamiento no comprenden bien y en el que no obstante fían ciegamente, como meros transmisores e instrumentos.



Nada surge de ellos mismos como individuos, sino de la Acción Reveladora de la Naturaleza Trascendente, ajena al Profeta. Esta experiencia es recibida por ellos, pero no solo para su propio beneficio, sino en razón del género humano y con frecuencia, con riesgo grave de su seguridad.

Su acción se realiza de manera sencilla y comprensiva, aunque a veces, por causa de la torpe dureza del ser humano no está exenta de conflictos, tanto para sus contemporáneos como para la posteridad. No obstante no deja de ser un todo coherente y uniforme con la línea central de la Tradición, marcando nuevas pautas de progreso y de conocimiento en todo el ámbito de la naturaleza humana y no sólo de lo espiritual. Intentar explicar el cómo y el por qué definitivos, dar con la clave cierta de este acontecimiento, será desde luego labor en vano, pero podemos aplicar algún razonamiento a partir de la idea que hemos adquirido de «revelación horizontal».

Podemos deducir a partir de nuestra parcial observación de lo creado, que existe una permanente voluntad Creadora de manifestación. Lo observamos a través de ese esfuerzo de adaptación y búsqueda de soluciones con que actúa la naturaleza. Es como un renuevo permanente de la línea de evolución, orientada siempre a través de la consciencia intelectual y hacia un encuentro que, nosotros podemos intuir en el mismo Origen. Algo así como el cierre de un círculo.

Cuando las sociedades, por el ejercicio de su libre albedrío, cambian el propósito de la línea evolutiva al modificar el conocimiento de lo Trascendente, la misma dinámica del Poder Creador propicia el acontecimiento profético. Es un gesto de intervención por retomar la línea perdida, ó para propiciar un nuevo salto en la evolución del género humano.

En el desarrollo de este acontecimiento se dan diversos factores de los que ya hice referencia y las premisas de; una entidad cualificada que, puede ser el grupo Profético en cuyo seno se gesta una modificación excepcional ó el individuo Profeta. Además de, una circunstancia que requiere modificación y una intervención singular y para nosotros indescifrable de la Voluntad Creadora.



Históricamente, la línea de Revelación de tradición Abrahámica, se desvirtuó en diversas circunstancias y ocasiones como todos sabemos. Este hecho que en su momento no ha sido admitido por todos los herederos de esta tradición, provocó no obstante la aparición de dos elementos: los líderes reformadores y la intervención del elemento profético en el decurso de nuestra historia.

QUÉ CONSIDERAR ANTES DE ELEGIR

¿Qué antecede a una conducta cualquiera, qué consecuencias conlleva sobre nuestras vidas, qué hemos determinado modificar y con qué propósito?

Antes de iniciar el proceso de acercamiento a una vía de pleno desarrollo, de conocimiento, hemos de entender que nos enfrentamos a todo un proyecto disciplinar en el que nos embarcamos *para toda la vida*. Pero el propósito ha de ser verdadero y sustentarse en una firme resolución.

Hay que tener claro que ningún contenido se nos da si no es envuelto en un continente, cuya comprensión inicial hemos de ir desarrollando progresivamente, como quien pretende abrir el viejo y destartalado arcón en el que pudiera encerrarse un tesoro. Antes de poder abrirlo sin romperlo hay que comprender la clave del criptograma gravado en la tapa. Sin juicios precipitados ante la apariencia, la desinformación, la falta de costumbre o la preconcepción ya adquirida sobre ideas, gestos o acontecimientos de los que conservamos una información sesgada o manipulada. En anteriores páginas ya he comentado sobre este tema.

Así pues, sabemos que todo proceso de aprendizaje se da en un método más o menos elaborado y que el método ha de ser observado fielmente en su totalidad si queremos disfrutar de los beneficios que preconiza.

La cuestión es, tener la absoluta convicción sin lugar a la duda, de que realmente lo que quieres es disfrutar de los beneficios de un método como vía de desarrollo. A la vez, hay



que estar plenamente dispuesto a llevar a la práctica y en lo cotidiano, aquellos ejercicios que te propone para el logro de los objetivos que preconiza.

Esta firme determinación es la clave para el bien hacer durante el desarrollo del proceso y la garantía de arribar al Puerto deseado, ya que en este caso, en la vía Sufi, como en cualquier otro método previamente *bien contrastado* (no importa cual sea el envoltorio), el éxito final está determinado por la fidelidad a la práctica.

Esta experiencia la tienen todos aquellos que, hayan tenido que aprender algo utilizando un sistema de enseñanza bien justificado en la práctica de la docencia.

Mis comentarios giran en torno a la percepción del método Sufi como un sistema de enseñanza. Al igual que tantos otros, se fundamenta sobre las bases de: a) antecedentes del alumno para conocer las razones que le inducen a elegir tal método de enseñanza; b) situación presente para saber si el método es el adecuado; c) previsión estimada de consecuencias derivadas de la propia actuación.

Consideremos que, sin «hacer», no hay método que resulte, ni un lugar al que llegar. La actividad del método te conduce inexorablemente a una aventura en la que comprendes que el movimiento es lo único permanente y que la pasividad, la pereza, la molicie, atributos del ego, conducen a la desesperanza que anuncia el fracaso de la vida en el ser humano.

Todo este planteamiento durante el proceso de búsqueda, exige tener una clara conciencia del presente. De la forma de vida, de los criterios y valores, de cómo entendemos la felicidad y en qué la fundamentamos, de qué nos sentimos satisfechos y de qué sentimos añoranza, etc., etc. En definitiva, ¿cómo nos conducimos por la vida?

La hipotética elección de cualquier proyecto de modificación sobre la conducta, nos llevará un tiempo indeterminado de reflexión. Pero si lo afrontamos sinceramente habremos de reconocer que, *inicialmente* no es fácil de decidir, porque la propia conducta ha estado determinada por cada cual y co-



piada la mayoría de las veces del entorno –no siempre válido– como modelo de identificación.

Dentro de nosotros aparecerán emociones encontradas entre sí, puede que nos sintamos prepotentes o faltos de autoestima, es posible que para los problemas busquemos culpables o que nos sintamos responsable de tantas otras cosas...

Quizás nos sintamos defraudados o habiendo dado generosidad sin medida, sin control y puede que encontremos tantas otras situaciones de conflicto, pero siempre relativas y comunes a todo el género humano, aunque pudiera parecer que somos la excepción.

Todo esto y más, forma el entorno conductual. A ello debemos de dedicarle un tiempo de reflexión, de puesta a punto, para saber de donde venimos y a donde queremos ir de verdad, pero sin exageraciones estériles que, más que ayudar a resolver problemas podrían añadir nuevas neurosis como carga.

Pero no dudemos de que en definitiva será la voluntad la que determine el propio proceso de modificación con éxito.

Toda conducta está precedida por decisiones que, necesariamente hemos de tomar y que forman parte del juego del aprendizaje. Si bien es cierto que no somos responsables de lo que nos enseñan, sí en cambio compartimos responsabilidades cuando aceptamos como válido un comportamiento o un criterio. Puede ser porque «todos lo hacen», o porque nos reporta una satisfacción inmediata que reconforta nuestro ego. Puede ser por no complicarnos la vida, por el «qué dirán», por pereza, por egoísmo conveniente, e incluso por una honrada convicción durante el desarrollo de algún acontecimiento o de un tiempo, con frecuencia sutilmente camuflada de «inocente» ignorancia. Como quiera que sea, las causas de nuestra conducta están determinadas por multitud de factores enraizados en nuestro pasado lejano y reciente y si queremos tener una idea acertada de porqué actuamos así en el presente, es conveniente que analicemos adecuadamente las bases del pasado sobre las que se construye el comportamiento.



Si afrontamos este análisis crítico de conducta-antecedentes, será porque en algún momento aparecen ante nuestra consciencia factores que deseamos modificar. Porque sentimos el vacío insatisfecho de una plenitud para la que el entorno no nos ofrece respuestas adecuadas o conjuntamente por ambas razones. Esto suele ser lo más frecuente, pero si es así, lo es porque deseamos con fuerza un resultado consecuente con el deseo de «más».

En cualquiera de los anteriores presupuestos lo que buscamos es una modificación en la vida que nos haga sentir en plenitud, lo que equivale a un cambio de ciertos hábitos, de ciertos valores de conducta y previamente por lo tanto de ciertos criterios. Así hasta alcanzar un resultado, un consecuente con el que nos sintamos en la última convicción de que por fin las riendas de la vida están entre nuestras manos. De que la conducimos por rutas de plenitud, sin dejarnos zanzanear por el engaño de las apariencias. De esta forma sabremos que se cumple en nosotros lo que decía el poeta: «anduve por caminos que no me llevaron a ninguna parte, aunque pude aprender algo de todos ellos, unas veces con risas y otras con dolor. Quiero ahora sentarme tranquilo en mi carro y dejar que me enseñen a guiarlo, en tanto que escucho Tus palabras en el silencio de mi corazón, mi Creador y todas mis cosas».

LA CORRECTA ELECCIÓN

Hay muchas personas que por diversas razones han dejado de practicar la religión de su entorno cultural. No obstante sienten la necesidad de respuestas y siguen considerándose buscadores con la experiencia de un vacío que no pueden llenar. Lo más frecuente es que durante el periodo de búsqueda se encuentren ante un laberinto de posibles rutas con el predicado de únicas y verdaderas, ¡todas y cada una de ellas!

Esto desorienta aún más al buscador que puede llegar al absentismo espiritual o bien a conformarse con cualquiera de las ofertas de su entorno, con el riesgo de quedar atrapado



por el exotismo y la garantía de lograr maravillas. Con demasiada frecuencia, debido quizás a una deficiente educación religiosa, no consideran prudentemente que, todo lo que brilla no es oro. Algunos de los logros espirituales que se anuncian tras un «cursillo», pueden ser plagiados transitoriamente por algún tipo de técnica, pero no pueden ser vendidos ni comprados al gusto y desde luego nunca de forma estable por medio de este sistema. Los estados espirituales de «conciencia expandida», son de difícil acceso y si llegan – que no es frecuente –, siempre será después de largo tiempo de mantener la práctica de una vida en armonía con el propósito de evolución integral.

Los verdaderos dones espirituales son propios de los estados a los que corresponden tras un tiempo indeterminado de fidelidad a un método y nunca están a disposición del comercio. Así pues lo que de verdad se ofrece es un simple placebo, son emociones inducidas transitoriamente por alguna técnica entre tantas.

Todo lo que se vende en breves cursillos de mucha promesa y dudoso resultado, suele reducirse a técnicas de modificación emocional transitoria y el verdadero objetivo es el dinero del incauto. El resultado final no es otro que, un motivo más para la charla de cafetería y el refuerzo del ego. En definitiva, la distorsión del único objetivo válido de cualquier disciplina espiritual que se precie de ser transmisora de evolución integral, esto es: «el despertar a la conciencia de UNIDAD en el Creador».

Las disciplinas (religiones) del entorno cultural al ser inculcadas desde la infancia, han sido integradas en cada persona como las únicas verdaderas. Generalmente no son cuestionadas, pues resultan más familiares y puede parecer sinceramente que, ya sea en cuanto a método o en referencia al contenido, guardan «más verdad». Esto mismo les pasa a millones de personas de otros lugares y de otras creencias.

Recuerdo aquella anécdota que narra cómo un predicador de un país extranjero hablaba de su fe con un hombre de la calle que le escuchaba pacientemente en silencio. Al final de



su exposición el predicador le pregunta: «bien, ¿qué te parece? El hombre con una sonrisa incrédula le responde: «yo no creo en mi religión que, ¡es la única verdadera!, ¿cómo voy a creer en la tuya?»

La cercanía y familiaridad desde la infancia a una espiritualidad cualquiera, no le da por ello más coherencia ni más «verdad». Generalmente se enseña desde una posición previamente ya situada en un contexto social de fe que no puede cuestionarse. Son criterios tradicionales desde los que se justifica casi cualquier cosa, con el recurso consabido de oponer el «misterio» a la razón. En todo caso –y solo a la persona muy interesada– se le facilita el acceso a la controversia fácilmente contestable que han generado «los enemigos de la fé». Así se adquiere una cierta pincelada de realismo, pero obviando –por muy peligrosas– aquellas críticas y contradicciones que pudieran poner en riesgo la «institución religiosa».

La religión en el transcurso del tiempo padece la inevitable, pero a veces necesaria, incursión de los «expertos», quienes ayudan a perfilar ideas que pudieran parecer confusas y van añadiendo interpretaciones, aplicaciones y leyes, con el fin pretendido de conservar «la letra» y descifrar «el espíritu inicial».

En algunos casos esta acción consigue aquello que se propone; preservar la transcripción literal sin adulteraciones y conservar «el espíritu», ambos logros son laudables. Siempre que no traspasen los límites de éste cometido, haciendo uso de la manipulación y la deformidad.

Hay otros casos en los que ese «conservar» se reduce literalmente a «poner en conserva», es decir, inmovilizar o enquistar una idea original que por su propia naturaleza es «DINÁMICA».

Viene a propósito, para acabar con este comentario, aquel otro proverbio que decía: »La religión es al ignorante, lo que el agua es a quien está sucio». Lograda la limpieza nos secamos el agua, lograda la «comprensión» ya no estamos atados por la forma de cadena que con frecuencia tiende a adoptar la religión. Logrado el objetivo «modificación», su-



primimos del método aquello que no necesita ser repetido mecánicamente y cuya funcionalidad ya cumplió su cometido durante el tiempo en que fue preciso.

Aquí el espíritu religioso del individuo que, adoptó y siguió fielmente un método cualquiera, puede llegar a encontrarse con que, la propia religión cuando a derivado hacia la forma de estructura cerrada o deformada de su propósito original, se ha convertido en su propio lastre, porque ya ha operado todo lo que podía realizar sobre la persona que se encuentra ahora dispuesta para otra experiencia, en la que la íntima relación con el Principio Creador pueda romper esquemas, es otro vuelo que la atadura al concepto o al rito no le permitiría desarrollar.

Es aquí donde se cumple aquel proverbio que dice: «El río hace el cauce, pero después el cauce esclaviza al río».

Recordemos que el objetivo de una disciplina espiritual no debería de ser nunca la afiliación incondicional a una religión, a una institución o casta sacerdotal, sino que el objetivo debe de concretarse en la *Unión* que existe entre Creador y criatura. Por lo tanto, las disciplinas espirituales deben de ayudarnos a alcanzar este estado de comprensión, sin conducirnos por enrevesados vericuetos con trampas camufladas entre dogmas y ritos pomposos. La religión no puede exigir fidelidad incondicional a partir de las amenazas, del chantaje con el premio y la eliminación drástica de cualquier criterio contradictorio. De ser así, es muy posible que su finalidad real sea el placebo que adormece el espíritu. Así, como decía C. Marx: «la religión sí se convierte en el opio del pueblo».

En la ruta espiritual no debe de haber otras dificultades añadidas por los intereses de las castas dirigentes, las deficiencias del propio ego ya son suficientes por sí mismas como caballo de batalla. Como decía S. Muhammad (p.b.): «Haced las cosas sencillas y no las hagáis difíciles». Esta sencillez sólo la encontraremos en el más recto de los caminos, aquel por el que cada uno se decida, si es que tiene la fortuna de encontrarlo tras una inteligente confrontación.

La iniciación en una disciplina espiritual es, sin duda, el



paso más importante de toda nuestra vida, no es por lo tanto algo que debemos afrontar desde la moda, la curiosidad o cualquier otra causa que guardemos escondida y que no se corresponda con el objetivo de la propia evolución espiritual.

Mi opinión es que se dedique a esta decisión el tiempo que se precise, sin caer en la trampa del temor que prolonga indefinidamente cualquier determinación. Por esto es necesario iniciar este proceso con un análisis previo del sí mismo: ¿Cómo soy?

Cual es mi carácter, mi tolerancia, la capacidad de entrega bajo el adecuado criterio, la madurez en la generosidad, mi voluntad frente a una decisión, la disciplina, la capacidad de autocontrol y autoestima, el reconocimiento de los propios valores y deficiencias. Todo ello sin el sentimiento estéril de la vanidad, pero sin dramatismos innecesarios.

¿Cómo es mi vida? Vínculos afectivos en general y familiares, social y laboral, prejuicios por el qué dirán, ¿práctica espiritual? ¿Cuál es la razón por la que hemos ido abandonando anteriores creencias de la infancia y qué buscamos realmente? Nosotros no nos podemos engañar.

La práctica espiritual no debe ser entendida como un refugio del propio temor a la vida o como un bálsamo paliativo de las diversas frustraciones. Sino como una acción dinámica sólidamente fundamentada en el amor hacia El Existente y a través de la que pretendemos las respuestas a los grandes porqués de la existencia, como punto de aproximación a la Unidad.

En el inicio de la búsqueda es necesario indagar en fuentes directas, no en el criterio que sobre tal o cual tema puedan exhibir los eruditos inflados de datos, pero ajenos a la Sabiduría. Recordar que, no es necesario ser experto en todas las disciplinas conocidas para encontrar la ruta de nuestra identidad.

Con un buen criterio, podemos dedicar más tiempo a aquellas escuelas de sabiduría por las que nos sentimos afectivamente atraídos. Pero siempre tras una somera información que, ya esté contrastada en una larga tradición (aun-



que esto no siempre es signo de autenticidad en todas sus partes).

Hay que vigilar con atención de no ser seducido por lo folclórico, por el exotismo, las «grandezas», las promesas de maravillas, pues generalmente suelen conducir al fortalecimiento del ego y a la dispersión. Pero no debemos de rechazar a priori una creencia apoyándonos en el tópico y el prejuicio popular, sin antes haber recabado información en varias fuentes directas. La publicidad me hace recordar con frecuencia que, a veces, el continente y el contenido no se corresponden.

La sencillez en la presentación suele guardar más autenticidad que aquellas hipotéticas disciplinas que necesitan esconder su vacuidad en el barroquismo o en la práctica de técnicas accesibles sólo a unos pocos ¿privilegiados?

La apariencia no siempre es signo de contenido, pero también es cierto que nunca encontraremos algo interesante que no vaya arropado en un cierto continente. No obstante, no podemos juzgar precipitadamente por el continente en el que algo se nos presente, lo razonable es esperar a tener algún conocimiento del contenido que guarda.

Nunca tendremos la certeza absoluta de que, vamos a encontrar –sobre todo en los inicios– la perfecta disciplina con la que habremos de sentirnos identificados. Pues valiéndonos sólo del poder de la razón y de nuestra capacidad de investigación, estaríamos admitiendo que no hay un Objetivo en nuestra inquietud. Es por lo tanto coherente que pidamos inspiración para el buen arribar de nuestra búsqueda al concepto de Dios que internamente concebimos en esos momentos.

Por lo tanto, tengamos en cuenta las recomendaciones anteriores y habiendo ya rechazado otras alternativas, decidámonos por aquella disciplina que siente nuestro corazón. Siempre después de una seria meditación y tiempo *prudente* de estudio y conocimiento contrastado. Entreguémonos a ella sin reservas, pues esta será la vía perfecta para cada uno, ya que, en definitiva, es nuestra recta conciencia la que ha de determinar nuestra fe.



Durante todo este proceso no exento de dificultad, mantengamos siempre presente que, nadie guarda en su corazón una inquietud auténtica si la dinámica del Creador no está por medio.



IV PARTE

MODIFICACIÓN DE LA CONDUCTA: MÉTODO

En Psicología, todo el mundo sabe que la Escuela Conductista propone que el comportamiento determina el nivel de integración de los individuos en un medio determinado, así como el medio influye en el propio comportamiento. Pero esta es una observación evidente para cualquiera.

Así pues, cuando un profesional de este ramo presta su asistencia a la persona que lo requiere, estudia sus antecedentes, pautas de comportamiento, etc., con el fin de ayudarla mediante el razonamiento y la realización de determinados ejercicios. Es un proceso de modificación progresiva y necesaria de aquellas formas de conducta que ayudan al individuo (a) en su transformación hacia el individuo (b). El conjunto de ejercicios diseñados por profesionales con experiencia constituyen lo que llamamos «el método».

Una vez alcanzado de forma estable el nivel de individuo (b) y afianzado como propio y natural el nuevo estado, ciertos ejercicios de la primera etapa quedan obsoletos y fuera de lugar. El objetivo para el que se establecieron aquellos ejercicios ya está integrado y ahora el método pierde su rigidez en la nueva etapa, para convertirse en un punto de referencia y apoyo con el fin de mantener la alerta sobre un viejo pasado (a no olvidar) sobre el que se asienta un nuevo presente.

He querido comenzar con esta referencia para resaltar el hecho demostrado de que, al menos en este aspecto, las antiguas escuelas de sabiduría vienen diciendo y haciendo esto mismo desde hace miles de años. Lo ha recogido un viejo proverbio que dice: «Hemos de morir al hombre viejo para renacer como el hombre nuevo».

Al igual que el educador impone un método de aprendi-



zaje para sus educandos, vamos a suponer que nosotros, sujetos agentes y pacientes de nosotros mismos, también hemos adoptado ya un método de transformación diseñado tras siglos de experiencia por expertos a los que llamamos Maestros. Dicho de otra forma, una «religión». ¡Pero... no entendida con la idea popular, sino percibida bajo el significado etimológico del concepto religión como igual a «religare» (reunir)! Reunificar nuevamente Aquello que fue separado, la consciencia germinal hacia su encuentro con La Gran Consciencia.

Ya hemos considerado que es en el método utilizado y en los conceptos sobre los que cada credo se apoya, donde hay que buscar pistas de autenticidad y simplicidad. Es aquí donde se establecen las diferencias y dificultades de coherencia, comprensión, ejecución y puesta en práctica y donde se producen las afinidades o el rechazo entre los individuos buscadores y cada propuesta.

Cada propuesta de aprendizaje y modificación aceptada se convierte para la persona buscadora en el método prioritario de su existencia, toda otra cuestión no será más que otro medio mas ó menos válido que la vida deposita en nuestras manos para facilitarnos el encuentro con la Gran Meta. Pero ya ningún medio volverá a ser considerado El Objetivo.

Una vez que se ha descubierto la validez del método por el que se ha optado, nuestro ánimo debe de estar libre de toda descalificación imprudente hacia aquellas otras personas que puedan considerar adecuadas otras opciones, cualesquiera que consideren. Pero esto no implica la pérdida de nuestra capacidad crítica que, regida por la prudencia, es la que nos ha permitido optar razonablemente.

Este método ha de ser aceptado en su totalidad, sin parcelas ni acomodos. Aquí se inicia otra andadura no exenta de dificultades, es el tiempo de adaptación a una nueva definición, a nuevas terminologías, a otro «envoltorio» a veces ajeno al propio entorno cultural, que con frecuencia nos induce a ampliar nuestros esquemas de pensamiento. Es el proceso de un nuevo aprendizaje y adaptación al método que toda-



vía nos resulta nuevo, pero que no actuará con el efecto deseado sobre el individuo hasta que éste no lo haya aprendido. Se trata de una opción de vida asumida tras una pausa de reflexión e información contrastada, por lo tanto el resultado y el tiempo de duración de este proceso depende de la estricta práctica y docilidad individual a la acción transformadora del propio método. Mas adelante me extenderé en comentar este tema.

Aquellas religiones que en el curso del tiempo se hayan petrificado y, perdiendo su propósito original, se hayan quedado vacías de contenido, se han transformado en un galimatías de ritos, dogmas, añadidos, interpretaciones, intereses..., con el fin de mantener de alguna manera la hegemonía social sobre los fieles. Pero el interés que puedan producirnos no pasa de mera curiosidad socio cultural.

Acabo este capítulo comentando que si bien el objetivo final de cada una de las diversas confesiones es bueno (al menos en una primera apariencia), son el método y el contenido los que deben de determinar las opciones de los «fieles». Por lo tanto, es aquí donde el buscador debe de atinar en la medida razonable de sus posibilidades, accediendo a la mejor y más diversa información contrastada antes de elegir, dado que el método por el que se decida es el que ha de utilizar en su proceso de modificación desde el individuo (a), hacia el individuo (b).

DIFERENCIA ENTRE MÉTODO Y OBJETIVO

La religión, como cualquier otro proyecto de cambio y de enseñanza, tiene por *objetivo* facilitar la comprensión y progresivamente la modificación hacia un nuevo estado. Pero NUNCA la religión es en sí misma El Objetivo, sino el vehículo.

En tanto que la religión se mantenga simplificada, y en la medida de lo razonable esté desposeída de adornos y manipulaciones, facilitará sin distracciones inútiles la consecución



del propósito para el cual fue promulgada. Este Objetivo no puede ser otro que la Presencia consciente y habitual del Principio Creador, que ha de mantenerse viva y dinámica en el ánimo del que aprende. Pero, como ya he comentado varias veces, el método (aun cuando sea la religión como tal), NUNCA puede sustituir al Objetivo, sino ocupar el papel de la herramienta y ser un periodo de paso.

Cuando la religión como método de «salto», se reviste de un exceso de formalidades, de ceremonias, de ritual, distrae en demasía al buscador ó le exige un gran esfuerzo de credulidad si es que además ha sido modificada en su propósito original. Pide tanto del alumno que éste con frecuencia acaba abandonando «su fe» agobiado y frustrado.

Generalmente se educa a las personas para que su interés se centre convenientemente en el método que inicialmente se les muestra atractivo para captar su atención. Se les habla de sentimientos nobles y de fábulas cargadas de emociones, y entre semiverdades, se van colocando las mentiras que modifican la estructura del pensamiento racional. Muchas personas quedan atrapadas por el encanto de la fábula, y ésta actúa sobre ellas con efecto de placebo, las ayuda a vivir en «la conformidad», pero no las conduce al puerto deseado. Otras personas se dan cuenta de que el método religión se ha convertido en un fin que, en si mismo, no puede responder a sus expectativas, y acaban por renunciar a nuevas posibilidades de búsqueda. Algunos personajes excepcionales, haciendo gala de una voluntad heroica, desarrollan su vida espiritual desde la «ortodoxia», pero han de disimular sus inquietudes y vivir entre enormes dificultades y persecuciones

Una actitud que puede convertirse fácilmente en deformación y que conduce a la pérdida del Objetivo, es la del individuo buscador de respuestas que justifiquen su fidelidad a una institución cualquiera, la suya en este caso. Este personaje se convierte en experto en «teología», hábil en los recovecos de las complicaciones añadidas al método, es la persona que ha hecho de la disciplina dialéctica un objetivo en el que se pueda refugiar y aún justificar lo irracional de su propio predicado.



Estos individuos son verdaderamente peligrosos, ya que pueden manejar multitud de formas, de ritos, de vocablos, de datos, etc., con los que darán la impresión de «saber mucho». Ellos son los responsables de la cándida credulidad de los ignorantes. Con frecuencia son personajes ampulosos que, distraídos entre las formalidades de la estructura han difuminado en su horizonte el objetivo de sus primeros tiempos y su fidelidad al encuentro con el Creador ha quedado sustituida por la fidelidad a la institución. Se han revestido de apariencia, pero han perdido lo esencial.

En el lado opuesto está el exceso de simplicidad de parte de aquellos que dicen que «quieren», pero sin más, sin prácticas, sin esfuerzos, sin trabajo, sin molestias. Aquellos que dicen: »Yo quiero tal conocimiento, tal estado, pero no acepto que nadie me diga lo que tengo que hacer. No estoy en disposición de aceptar contrariedades, tú me lo cuentas y ya está». Es tanto como decir; «Mientras tomamos un café me informas de cómo fabrico un avión».

El exceso de parafernalia en la religión como método puede desviarnos hacia el estancamiento en las formas. Y, por el contrario, sin un cierto método no es posible presentar una enseñanza de modificación ni alcanzar una meta, ya que es el método como continente lo que determina el proceso por el que se alcanza el contenido. Las religiones deben de ser flexibles sin deformarse como método, pero no deben de ser como celdas cerradas, pues de ésta forma se elimina la naturaleza dinámica del proceso.

La religión se fundamenta sobre una enseñanza original que, como cualquier otro método pedagógico, puede utilizar las formas, frases, música, colores, actitudes, etc. Todo esto forma parte de una liturgia que debe de ser discreta y sin excesos de barroquismo, a fin de que no degeneren en lo contrario de lo que pretende, que es ayudar a los iniciandos para que centren su atención en El Objetivo de la enseñanza.



ALGUNAS PRECAUCIONES

El método-religión es una herramienta de uso *circunstancial* que puede ayudarnos a despertar progresivamente a otros estados de conciencia. De esta intervención de los instrumentos sobre el individuo se derivan con frecuencia estados emocionales que podemos aceptar como punto de apoyo y proyección, pero nada más, pues por sí mismos carecen de Verdad Esencial.

Pero ¡cuidado!, los estados emocionales forman parte del ego y no son en sí mismos una meta a desear, sino un lugar de paso. Si llegan, no los rechazamos, pero no nos dejemos atrapar en ellos como las moscas en la miel; el exceso de afición a las emociones dulces es en sí mismo una trampa.

Otra trampa de la que hay que cuidarse con esmero es la vinculación exagerada de el que aprende hacia quien enseña. Éste vínculo con frecuencia se deforma en dependencia y sumisión ó admiración ciega. Quien es buen conocedor del método como enseñante sabe que esto no le exime totalmente de la servidumbre al método, ni de ser a su vez un discípulo permanente de los misterios de la existencia.

Quien enseña maneja la estructura de la disciplina, pero él mismo, a su vez, se ha visto en la necesidad de adaptarse a la misma disciplina y de acomodar a ésta su propia concepción de la vida. Y solo más tarde, cuando ya ha realizado en sí mismo todo el recorrido, es cuando puede transcribirla como su propia experiencia –que siempre será subjetiva– tal y como a él le ha sido válida.

No existe el Maestro que pueda darnos nada, salvo enseñanza, ó que nos conduzca sin nuestro concurso y esfuerzo personal desde un estado a otro. El Enseñante no tiene ningún valor especial por sí mismo, él solo es un mero instrumento de la Baraka, (bendición, poder, don, etc., de Allah s.u.), no es más que un punto de referencia, alguien que conoce una tradición y puede mostrarnos sus vivencias al respecto. Es alguien que nos puede indicar dónde el ego, el nafs, puede tendernos una trampa y por lo tanto dónde tales experiencias



le fueron a él provechosas, pero su vida no es nuestra vida, ni su experiencia tampoco.

Es cada estudiante quien, con la ayuda del que enseña, ha de adaptar las indicaciones al proyecto personal de vida, sin modificar la técnica que el Maestro le transfiere con su experiencia, *que no debe de ser modificada*. Pero es el enseñante quien nos ayuda a contrastar los resultados de las prácticas y del esfuerzo que realizamos, con el fin de que podamos percibir con cierta objetividad las modificaciones que experimentamos y que inicialmente es probable que sean algo confusas.

La «religión», *como método* de transmisión de una enseñanza capaz de propiciar la evolución, debe de estar asentada sobre principios estables en toda época y lugar, pero no debe de estar manipulada por la intervención de las generaciones posteriores a su promulgación. A su vez ha de ser dinámica, capaz de adaptar el propósito estable del contenido a la evolución de las sociedades y debe de revestirse de tantos colores y sonidos como individuos haya.

Todas las personas conocen qué es y como se desarrolla el método de enseñanza académica, casi todos hemos pasado un periodo de nuestras vidas en estrecha relación con él y en líneas generales a nadie se le ocurre que esto pueda ser modificado por la inexperiencia del alumno.

Podemos aceptar este comentario como válido para cualquier método de enseñanza, por lo que habrá de tenerse en cuenta al seguir con esta reflexión sobre lo que aquí nos interesa: «el Sufismo como método».

Por lo pronto, y para ir respondiendo a algunas expectativas, empezare diciendo lo que no es el Sufismo. Por ejemplo; no es una técnica de relajación para personas estresadas, no es un medio para superar momentos de crisis emocional, no es un algo exótico para charlas de cafetería, no es algo que pueda hacerse en «un breve cursillo», ni tampoco se es Sufi por «apuntarse» a un grupo y ¡ya está! Hay un largo etc., que nos ocuparía un espacio al que no necesitamos dedicar mas tiempo.

Así pues, lo haremos más fácil diciendo lo que sí es el



Sufismo y primero quiero exponer para ello el criterio que al respecto tenía el Sheyh Hayy Adda Ibn Tunas, sucesor del Sheyh al-Alawi, fundador éste de la Táriqa Alawiyya, una rama de la Táriqa Darqawii, reconocida ésta como una de las Tariqats activas más importantes en el mundo.

El Sheyh Adda contaba que, cuando alguien preguntaba al Sufi Abu Saïd ibn Jayr –que Allah (s.u.) esté satisfecho de él–, ¿qué es el Sufismo?, él respondía: «Lo que tú tienes en mente, abandónalo; lo que tienes, dalo; lo que te llegue no lo esquives».

Decía otro Maestro; «Esta es una disciplina para gente noble con deseos nobles».

Hay muchas otras respuestas diversas de grandes Maestros reconocidos, todas son distintas, pero todas complementarias entre sí y probablemente ninguna pueda ofrecer al estudioso una frase que brevemente recoja toda la tradición Sufi. En la parte VII de este libro hago un comentario más amplio al respecto. No obstante, a lo largo de ésta obra irá perfilándose una idea mas completa, pero ahora podemos avanzar una sencilla respuesta; «El Sufismo –como Tasawwuf–, es la vía recta de acceso a la Conciencia Plena en la Unidad. El Tawhid».

SOBRE EL QUIÉN Y EL CÓMO

El horizonte en principio es para todos, así, sin más. Es algo que siempre está en su sitio, pero su percepción depende directamente del observador, del lugar en que éste se sitúa, de cuantas veces dirige hacia allí su mirada, con qué intensidad, con qué predisposición interior, etc. El conjunto de todo esto determinará la influencia del horizonte sobre el individuo y sobre su afición a «intimar» con él cada día más y mejor. Así hasta llegar a comprender un día que el observador está siempre en el horizonte y que forma parte de él, no importa lo que haga y no importa dónde esté, puesto que «Todo es Horizonte».

De manera semejante a esta alegoría el Principio Creador



siempre está, siempre es Horizonte al que el ignorante, el velado, percibe lejos y fuera de sí, en tanto que el Sabio «conoce» que forma parte del Horizonte y que Todo es el Horizonte. La relación que se establezca entre «aquella fina línea» y el observador, va a estar determinada por el grado de interés en la observación, de cómo nos posicionemos, de la intensidad y frecuencia de la mirada.

Así pues, cuando la agudeza de la mirada es ya un hábito adquirido y los ojos se esfuerzan por penetrar la lejanía y el corazón anhela con ansia el «Allí», es cuando el Sirata l' mustaqim (el Recto Camino) de los Sufis es nuestro camino. Y así se mantendrá hasta el momento en que surja la necesidad de romper con cualquier ruta, por haber percibido la inexistencia de la distancia y haber comprendido que el ALLÍ y el AQUÍ son percepciones «esquivas».

También es importante considerar que no se debe de dar el paso por vanidad camuflada, por curiosidad banal, por complacencia transitoria, por avaricia ilustrativa, ó por el gusto exclusivamente intelectual. Cualquier decisión tomada solo por alguna de estas causas nos mostrará un resultado insatisfactorio, cuando no estéril, y por lo tanto desolador.

Para satisfacer el afán informativo sin más, ya tenemos las bibliotecas, por lo tanto conviene anteponer la práctica del *ejercicio del saber* al deseo lícito, pero insuficiente, de la simple acumulación de datos. No aprendamos solo a disertar sobre el trigo, aprendamos sobre todo a sembrar la tierra, porque si alguien ama más a sus caprichos y banalidades que la búsqueda del Conocimiento, este camino no es el suyo todavía.

Estos comentarios son relativos a los inicios del «quién». Para comprender sobre «el cómo» ya he comentado a propósito del método y del criterio personal en el momento de decidir por «cuál» de los métodos.

Si lo que llama a las puertas del corazón es la vía Sufi, el Sirata l' mustaqim, sólo existe hoy día una Puerta que ha de ser franqueada y que necesariamente nos introduce en el «estado» de Islam Muhammadiano de la «*promulgación original*». Este



«estado» no debe de ser confundido con «una religión» en el sentido popular del concepto, sino bajo la comprensión de «religare», según los anteriores comentarios. Es una concepción de la existencia que se haya entroncada con la más antigua tradición y que tiene por eje de la Sabiduría la comprensión del Tawhid (Unicidad absoluta) y la dimensión profética de S. Muhammad (p.b.) como Maestro que se enlaza entre aquella antigua y noble Tradición y nosotros.

Al llegar aquí, puede que alguien haya dado un salto de inquietud o de rechazo, pero recordemos; «El valor del concepto a través de las palabras es relativo». Al seguir leyendo se comprenderá sin dificultad que no hay motivo de alarma y que a veces «la perla» se esconde tras un ropaje desconocido.

A propósito de lo que acabo de afirmar, creo que en este momento puede ser útil la narración de una experiencia que tuve en una ocasión durante un paseo por el campo. Caminaba absorto en una meditación sobre el aspecto a veces indeseable –a nuestro entender– de algunas formas de continente en las que se nos ocultan algunos maravillosos contenidos, en cómo a veces el envoltorio nos dificulta la clara percepción de lo que guarda. Concluía por lo tanto en que esa dificultad añadida no podía tener otro objetivo que el de educar la agudeza de nuestra mirada y habituarnos a la aniquilación del prejuicio. En ese momento vi ante mí la flor azulada de un crocus de prado, limpia y brillante, que brotaba esplendorosa del centro de un gran excremento de vaca... . A partir de aquí cualquiera puede suponer el derrotero que tomaron mis pensamientos.

Volviendo al comentario anterior, esta Puerta de la Paz (el estado de Islam), es el primer gran obstáculo que nosotros, occidentales, tenemos por vencer superando el prejuicio, la desinformación calculada, la aversión acumulada en la historia y la desagradable experiencia que en la actualidad nos llega de «lo musulmán». Traspasado este primer obstáculo, comprendidos con exactitud los conceptos y eliminado el ingrato revestimiento, nos espera tanta coherencia, sencillez y claridad como seguramente no podríamos imaginar antes.

Pero ¡cuidado!, porque acceder a la idea de Islam de la



promulgación hoy día también tiene sus dificultades. Lo mas frecuente es que, al llegarnos información sobre Islam, se entremezclen antiguas tradiciones populares y parte del costumbrismo étnico de los pueblos orientales. Ésto no es Islam y son muchísimas las personas que, desgraciadamente, no perciben la diferencia entre localismo tradicional y promulgación original. Este es un hecho que constatamos a través de las noticias que nos llegan desde algunos medios de comunicación y en determinadas experiencias personales.

También es habitual el intento de «arabización» por parte de los musulmanes de tradición árabe, pues lo ven como un signo externo de ser un «buen musulmán». Por ejemplo con el tema del idioma. Son demasiadas las personas de la comunidad araboparlante que a toda costa se proponen imponer el árabe con el pretexto de que, de lo contrario, jamás llegaremos al mensaje Qor'ánico. Esto no es cierto, simplemente. A estos yo les digo: «Dadme el contenido de una palabra en cualquier lengua y después yo le pondré el sonido que ama mi corazón».

Las palabras en la comunicación son un medio para expresar una idea, un contenido. Una vez conocido el contenido, ¿qué importa la forma del continente? No obstante, no deja de ser cierto que la incorporación de algunos vocablos y frases del árabe clásico en la lengua materna son de un valor inestimable. Mi sugerencia por lo tanto es que no se prescinda de la incorporación de algunos vocablos si se quiere facilitar la comprensión y el progreso por esta vía. Pero ésta es ya una norma establecida entre aquellas personas que deciden iniciarse en disciplinas que inicialmente son ajenas al entorno personal.

Nosotros, llegados al estado de Islam desde otra cultura, aún cuando la tradición Andalusí nos sea todavía muy cercana, hemos de vencer aún otra dificultad, es la relativa a las «fatwas» o promulgaciones enunciadas por grupos de ulemas prestigiosos que, frecuentemente, surgen relacionadas con problemas derivados desde otra concepción de la relación social que no es la nuestra.



El ulema es un erudito en Qor'án y Sunna, y por lo tanto no sería inteligente desestimar sin más lo que dice, pues no solo los hay que son verdaderos Sabios, sino que además hay entre ellos hombres de una probada calidad humana.

Pero no podemos olvidar que la fatwa pronunciada por la comunidad de ulemas, aunque sea muy estimable, afortunadamente no tiene en el Islam la misma consideración que en el Catolicismo tiene la promulgación del dogma. Cuando éstas fatwas son pronunciadas aisladamente, no dejan de estar emitidas por hombres aislados que no siempre están movidos por nobles intereses, sino que a veces están sujetos, como cualquier otro, a sus impulsos emocionales ó a su criterio totalmente subjetivo.

El dogma es indiscutible, ha de ser aceptado tal cual. La fatwa pronunciada en comunidad es conveniente observarla, pero aun así puede ser perfectamente discutible y no aceptada.

De otra parte hemos de considerar que el ulema o 'alim solo es un erudito con capacidad para leer correctamente y para interpretar las Escrituras, aunque siempre según su criterio, según sus vías de formación y según su capacidad para el contraste. Por lo tanto, este criterio, aún cuando fuera reconocido por muchas personas como válido y quizás por ello como importante de ser estimado, siempre es subjetivo y así aceptable sólo desde la propia subjetividad individual.

Se puede decir que el 'alim no es necesariamente alguien que deba de estar impregnado de la Ma'arifa (la Sabiduría), sólo si la poseyera sería también 'arif. Cuando la persona es bendecida con la Ma'arifa (Sabiduría) es un 'arif y aún cuando pudiera ser iletrado siempre será considerado 'alim (ulema). Es lo mismo que decir que la erudición no siempre es sabia, pero que la Sabiduría es parte del Gran Conocimiento y este siempre está por encima del erudito.

Con todo esto lo que quiero indicar, entre otras consideraciones, es que la búsqueda de la Sabiduría guardada en la Gran Tradición se nos presenta envuelta en la promulgación Muhamadiana, que como ya dije es el nexo que enlaza Aquella



con nosotros. Que esta promulgación, aunque se mantiene intacta en sus orígenes y podemos recurrir a ella, se nos presenta superficialmente envuelta en el seno de las tradiciones de los pueblos arabizados y por lo tanto cargada de usos, costumbres y creencias que chocan frontalmente con nuestra cultura. Que esta circunstancia, aunque cierta, no modifica ni resta valor a la simplicidad original, que es donde debemos de buscar, si es que nos sentimos interesados. Que hay eruditos cuyos conocimientos del lenguaje y los años dedicados a la investigación les permiten percibir realidades ocultas al resto de los «profanos», las cuales son de un valor inestimable. Y que, a veces, al igual que ocurre en todas partes, hay otras personas que, seducidas por la pasión fanática ó por lo que quiera que sea, desde el grupo ó bien desde la individualidad, actúan ó hablan olvidando el propósito original de una promulgación.

Esta es nuestra razonable dificultad, por lo tanto no será de extrañar que nos encontremos frente a determinadas actitudes que rechazamos de inmediato ó con las que hayamos de ser selectivos, así como con fatwas que «nos pongan en alerta», por lo que deberemos de obviarlas hasta su mejor comprensión o desestimación si llega el caso, sin darle más vueltas al tema.

En definitiva es lo de siempre; erudición y sabiduría no son necesariamente equivalentes y, así como el prejuicio es siempre hijo de la ignorancia, la calma y la prudencia en la observación crítica serán siempre compañeras inapreciables en una labor de tamaña envergadura y, como dice el Qor'án: «No hagas lo que no comprendes». Leemos, contrastamos, dejamos que el tiempo nos aclare y madure, pues en definitiva es la Dinámica Creadora la que, por razón del aprendizaje, nos abre una puerta cuando otra se nos ha cerrado, solo nos hace falta un método adecuado y la paciencia que requiere la maduración.

Me viene a la memoria el cuento Sufi en el que la avispa después de recibir unas cuantas lecciones de la abeja se marcha precipitadamente a construir y construir perfectas celdillas hexagonales. Un día, orgullosa de su trabajo llama a la



abeja para vanagloriarse de su saber aprendido. La abeja después de mirar paciente, hace esta observación: «Las celdillas son preciosas, pero... ¿dónde está la miel?». Cuidémonos de la precipitación y el prejuicio.

Por último como comentario final: hay que acercarse a la comprensión del Sufismo con expectativas sencillas y en disposición de esperar hasta comprender. No aventuremos juicios ante una primera información, busquemos mas datos, más información complementaria, no nos fiemos solo de criterios que podrían estar contaminados por el prejuicio, espereemos a integrar lo que vamos recibiendo de forma que esto nos prepare para recibir más abriendo nuestra mente. Y, como ya expliqué, cuidémonos de lo superfluo de la avaricia informativa.

Esta no es una disciplina de la que se pueda seleccionar entre lo que gusta y lo que no gusta, es un paquete que se ha de aceptar en su totalidad, como un conjunto, en el que todas sus partes son coherentes y complementarias entre sí.

La «Gente del Camino», los Sufis, no están por encima de nadie, ni establecen comparaciones, simplemente éste es el camino por el que han optado entre otras posibilidades.

Lo que cada cual llegue a decidir con relación a este tema no ha de ser necesariamente compartido por otras personas, aunque sean éstas de nuestro interés y cercanía afectiva. Podemos hablarles con prudencia, sin alardes, pero no los incomodemos con la idea aquella de... ¡encontré la verdad! Por muy buena que sea el agua no se la ofrezcamos a quien no tiene sed de ella. Es necesario guardarles el respeto que merecen, porque sus corazones, aunque ellos no lo sepan, son parcela de su Creador, donde nadie puede entrar sin estar invitado.

Si llegas a encontrar que éste es tu Camino, practica con constancia, fielmente, pero en el marco de la sencillez.

La vía Sufi, al igual que cualquier otro método de no importa qué enseñanza, NUNCA es el Objetivo, tan solo es una herramienta que nos ayuda a desbrozar el Camino. Es una he-



ramienta que nos ayuda a modificar determinados hábitos de conducta y a generar otros nuevos que nos alertan sobre los engaños del «ego», es un instrumento que nos ayuda a «desvelar los ojos». Pero tú eres el obrero y el caminante, hasta el día en que puedas y debas de romper aún la misma ruta del Sufismo. Ese día habrás dejado de entenderla como algo que tú haces separado de ti, y la percibirás como algo en lo que estás, como algo ya integrado en ti tras haber entendido que no hay ni camino ni caminante, ni horizonte ni observador, sino UNA sola realidad «que juega al escondite consigo misma». Pero ésta es ya otra historia.



V PARTE

ISLAM - MUSULMAN. LOS VOCABLOS ÁRABES Y NUESTRA DIFICULTAD

ACLARACIÓN BÁSICA DE LOS CONCEPTOS

El vocablo «Islam» es de origen árabe y se deriva de la raíz «S-L-M-», «Sálama», que significa estar sano y salvo, así como de otros vocablos cuyo significado explicaremos mas adelante. El vocablo «musulmán» tiene la misma raíz lingüística y denomina a toda aquella persona de no importa qué etnia ó credo, que de forma responsable se hace dócil al Principio Creador. En los orígenes de la promulgación Muhammadiana (que no en la realidad actual), ser musulmán era equivalente a este concepto.

Solo bajo esta concepción, Islam no es una religión más entre otras, sino *un estado*. Es el estado del Universo que por el «Principio de Docilidad» es dúctil ante la dinámica creadora. Es el estado de paz y armonía al que llega todo cuanto existe tras la confrontación (Yihad) que, en cada una de las criaturas, operan las fuerzas creadoras. Gracias a esta confrontación, cada criatura adquiere la «apariencia» de su ser. Islam es, por lo tanto, el estado alcanzado por cada persona, cuando de manera responsable se hace dócil a la dinámica del Creador impresa en su ser y por ello puede ser llamado «mumin» (creyente) ó «musulmán» (dócil).

La comprensión sin prejuicios de éstos conceptos no es empresa fácil para nosotros cuando se nos presentan arropados por la lengua árabe. Con respecto a esta cultura, ya estamos



habitados por el condicionamiento despectivo a analizar muy someramente cualquier informe actual sobre «los moros». Mas esto no es nuevo para nosotros pues, por razón de la costumbre, hemos adquirido el hábito firmemente arraigado de juzgar peyorativamente este periodo de nuestra historia con la información muy parcelada y tendenciosa que nos ha llegado a través de los testimonios narrados por «los otros», los vencedores.

He aquí nuestra dificultad en el presente, pues es a través de ésta concepción primigenia de Islam como estado que la Antigua Tradición se mueve por el Recto Camino; «el Sirata l' mustaqim de los Sufis». Esta forma de entender tales conceptos desde el Sufismo tiene muy poco que ver con las ideas popularmente vulgarizadas tanto en Oriente como en Occidente sobre la comprensión de lo que son Islam y musulmán.

Esta Antigua Tradición y forma de entendimiento se oculta hoy día entre las páginas del Qor'ân y en los Hadices de S. Muhammad, donde encontró su refugio y protección frente a las dificultades que tuvo que afrontar en los diversos momentos de la historia. Mas tarde, el conocimiento de la Tradición, se nos fue mostrando en los escritos legados por los Maestros de la Sílsila.

El Qor'ân, que es la revelación recibida por el Profeta y Maestro inspirado Sidna Muhammad (p.b.), guía de los musulmanes, no solo guarda las enseñanzas de la Antigua Tradición, sino que además legisla usos y costumbres para la creación de un pueblo, una nación capaz de preservar el legado escrito para todos los pueblos venideros. Decimos que, Sidna Muhammad (p. b.) es el eslabón que une la sabiduría desarrollada desde aquellos remotos tiempos y nosotros.

Los musulmanes, por lo tanto, son quienes observan las enseñanzas que se guardan en el Qor'ân y aquellas otras dadas por el Profeta (p.b.) a través de sus dichos y hechos en la recopilación de la Sunna o tradición de los Hadices, pero no aquellas gentes que, aún denominándose a sí mismos como



tales y siguiendo el mal ejemplo de otras religiones, han hecho de la simplicidad original otra piedra de escándalo.

Muhammad (p.b.) nunca pretendió fundar una religión nueva, no fue este su ministerio, su labor como Profeta y Maestro inspirado fue la de recuperar la antigua Revelación y recordar por alusión determinadas costumbres de otra época entre las culturas circundantes.

La Revelación por él recibida fue inicialmente presentada ante el naciente pueblo árabe y por lo tanto adaptada en parte a su problemática y sus circunstancias históricas, pero fue revestida de tal ductilidad que puede ser entendida y aplicada en cualquier tiempo y lugar, lo que da a sus enseñanzas una dimensión de universalidad.

Tras la muerte de S. Muhammad (p.b.) y hasta la fecha el corpus Qor'ánico se ha mantenido intacto, es quizás el único texto de los considerados «sagrados» que no ha sido manipulado desde su promulgación, pero es realmente difícil encontrar una traducción a nuestra lengua que no sea tendenciosa desde ninguna preconcepción oriental ú occidental y que contenga el sentido original.

No obstante, después de los primeros califas sucesores, el Islam, al igual que otras formas de pensamiento, comienza a mostrarse como «la religión verdadera» y a constituir toda una especie de «casta» de eruditos (en sustitución aparente de los sacerdotes de las demás religiones). Esta clase social está compuesta por los Ulemas y los Alfaquíes, expertos en Fiqh (conocimiento organizado), quienes enseñan la comprensión del Islam (según el acuerdo «oficial») y la práctica de las formas. De la influencia de estos «expertos» a lo largo de la historia, va surgiendo la estructura de «la nueva religión», que va organizándose en distintas tendencias según criterios (sunnitas, fatimíes, etc.). Son los Ulemas y Alfaquíes quienes progresivamente van dictando leyes, criterios que en ocasiones son subjetivos y por lo tanto válidos o no, dependiendo del sentido crítico y convicción de cada persona.

Ya dije que en Islam no existe el criterio dogmático, excepto



en el contenido de la Shahada, en la que se afirma la Unicidad del Principio Creador y la dimensión profética contenida en la naturaleza humana, que en este caso está representada en Sidna Muhammad (p.b.) como síntesis de la Tradición.

Todo este comentario, por su complejidad, debería de ser un estudio bastante mas detallado para que pudiera ser entendido correctamente, pero sería demasiado largo y complejo de explicar aquí, pues nos distraería del objetivo de un trabajo como este, sobre todo si queremos afrontar su comprensión libres de prejuicios.

En un estudio histórico detallado, por medio del que pudiéramos dilucidar los momentos y responsabilidades de las diversas injerencias y reinter-pretaciones que ha padecido el concepto y práctica de Islam, no podríamos obviar los siglos de guerra y desgaste que Occidente y Oriente han mantenido entre si con motivo de las hegemonías religiosas y políticas. A ello habría que añadir los siglos de colonialismo que los países islámicos han padecido de sus colonizadores occidentales, con la inevitable perversión y deterioro del modo de vida y creencias sociales ó religiosas de la cultura colonizada a imposición de la potencia colonizadora.

Esta es por lo tanto, una *muy breve y limitada introducción* que tiene como fin el ofrecer una idea de la dificultad que supone un análisis crítico y objetivo de lo que queremos decir cuando decimos *Islam o Musulmán* sin aislarlo en el decurso de la historia, pero sin que al mismo tiempo pueda ser identificado con la debacle que protagonizan los que conocemos como «países musulmanes», aún admitiendo las excepciones a que hubiere lugar. No obstante, espero haber arrojado alguna luz sobre estos conceptos.

Así pues, aún a riesgo de ser reiterativo, por la importancia que tiene la comprensión de todo lo dicho, quiero insistir de nuevo en que, cuando hacemos uso de un vocablo árabe, lo hacemos recuperando el sentido etimológico, a fin de transmitir con exactitud la idea original que encierra y que con frecuencia es dificultosa de expresar en otra lengua. Esto quiere decir por lo tanto que no nos sentimos identificados



con la vulgaridad de las ideas ya acuñadas que popularmente se tenga sobre dichos vocablos, sino tan solo, repito, con el significado etimológico del término.

Esta experiencia de incorporación de nuevo vocabulario en nuestro lenguaje cotidiano, es ya antigua en la formación de nuestro idioma que desde mucho antes se fue creando con la incorporación en su estructura del latín, el griego, el árabe y más recientemente del francés ó el inglés. Es de esperar por lo tanto que el uso de estos otros vocablos no deba de suponer ningún problema.

Al emplear algunas palabras del árabe para comunicar una idea, un concepto a quien nos lea ó nos escuche, también queremos significar que hemos recibido el conocimiento de la Tradición a través del magisterio de S. Muhammad (p.b.). Y esto no hace de nosotros seudo-musulmanes a la usanza de no importa qué criterio popular vulgarizado, tanto me da que sea de Occidente como de Oriente.

Doy un ejemplo; si digo que soy musulmán entre unas cuantas personas y en el transcurso de una charla informal, lo más probable es que la práctica totalidad de los asistentes entiendan por *ser musulmán* el tópico popular. Esta afirmación probablemente escandalizará a algunas personas, pues me verán como a una especie de bárbaro –ya que no todo el mundo está obligado a una correcta información al respecto-. De otra parte, este criterio ya popularizado no se correspondería en absoluto con lo que quiero decir desde la comprensión etimológica de los términos ya explicados.

MODIFICACIÓN DEL PROPÓSITO INICIAL DE LA RELIGIÓN

El propósito inicial de la religión no debe de ser otro que el de constituirse en un método sencillo de acercamiento entre la consciencia intelectual, residente en la criatura, y El Principio Creador.



No obstante, las religiones en general, son hoy día el resultado más o menos modificado de una enseñanza original con la incursión de algo más que unas cuantas pinceladas de costumbrismo étnico y aún a veces, como ya comentamos en capítulos anteriores, de manipulación convenida. Estos son factores que suelen hacer irreconocible el propósito original. Propósito que poquísimas veces florece en el laberinto en el que se han transformado estas disciplinas en las manos de aquellos que se llaman a sí mismos practicantes y que son el reflejo popular de la religión que dicen representar.

Hoy decimos que una religión es lo que son o parecen ser aquellos que dicen practicarla. Obviamente esto no siempre debería de ser así.

Una espiritualidad en desarrollo no se debe de encerrar en el marco del rigorismo que los «eruditos» hallan podido crear en el curso del tiempo, habiendo hecho de cualquier religión como método una estructura inmovilista. Ni tampoco se puede desarrollar con facilidad entre la confusa mezcla que el costumbrismo étnico, de donde quiera que sea, haya podido imprimir sobre el acontecimiento que es La Revelación.

No obstante, la espiritualidad de cada persona y el devenir de su aprendizaje se pueden desarrollar inicialmente desde todas esas religiones y madurar posteriormente tras el descubrimiento de la Simplicidad Original ó Unicidad. Este es un concepto que, heredado de la Gran Tradición, se guarda hoy día en el cuerpo islámico de la promulgación original. La Simplicidad Primigenia, como primer reflejo de la Unicidad es «*la esencia*» de lo que denominamos Revelación en el curso de los tiempos y es común a todas las grandes culturas en su origen, tal y como indican el Qor'án y la Sunna».

La Tradición Sufi por lo tanto no está subordinada a instituciones ni a grupo alguno, no está anclada a ningún extremo, ni tampoco sujeta a la cuadrícula de ninguna doctrina rigorista, pero ciertamente se considera «musulmana» en cuanto a la comprensión etimológica del vocablo se refiere y según la sencilla promulgación Muhammadiana. Gracias



a la percepción de ésta realidad inicial, no existe obstáculo alguno en el desarrollo activo de cualquier forma de pensamiento ni en la práctica de cualquier relación libremente elegida. Esta libertad en el proceso del propio desarrollo es lo que nos ha permitido no desestimar cualquier fuente de inspiración, aún afrontando la dificultad añadida de encontrar el grano entre la paja.

Haré un breve repaso de los cinco pilares de la promulgación Muhammadiana (a la que aludo más arriba) para que, apoyándose en la Fuente Primigenia, pueda dejar desestimado cualquier *charco* que haya podido estancarse en el camino.

En primer lugar; «No hay más realidad que el Principio Creador, como principio de simplicidad, coherencia y unidad, al que nos referimos con el vocablo Alláh (s.u.). Después de esto el reconocimiento de la dimensión profética en la humanidad, tal como explicaba en capítulos anteriores, de la que S. Muhammad (p.b.) es la síntesis de la Revelación y por lo tanto el último de los Profetas en la cadena de la Antigua Tradición». Reconocer esto es promulgar la Shahada y es al mismo tiempo la puerta de acceso al estado de Islam como método de aproximación al «Faná», Unión Plena.

Haz el Salat (adoración), da el Zakat (diezmo), guarda el Ramadán (ayuno) y si puedes ve a Meca como peregrino una vez al menos en tu vida (el Hayy). En definitiva todo aquello que llamamos la 'Ibadat.

Al Buhari transmitió de boca del Profeta (p.b.) que «El Islam es todo él facilidad, nadie intentará complicarlo sin que el Islam lo derrote». Y de la misma boca nos transmite Muslim: «Lo que más ama Alláh (s.u.) del Islam es su flexibilidad».

La Sura al A'raff, 32-33 nos enseña; «Alláh (s.u.) *sólo* ha declarado que debéis evitar las torpezas en vuestras actitudes, sean evidentes o las contengáis en vosotros sin manifestarlas, la agresión y toda violencia innecesaria y que asociéis a Alláh (s.u.) aquello que carece de argumento (todo lo que no es Él) y que digáis de Alláh (s.u.) lo que no sabéis». *El Qor'ân*.

«Yo soy Misericordia que ha sido regalada», dice Alláh (s.u.)



de Sí Mismo. Unido al entender de otros mas expertos me confirmo en la idea de que *nada que contradiga* esta declaración de principios puede ser aceptado como ISLAM.

ISLAM COMO ESTADO DE UNIVERSALIDAD

La Revelación se manifiesta en la historia de la humanidad de forma escalonada y generalmente (no siempre) a través de un líder, un profeta que surge en el seno de los pueblos y en diversas épocas. No obstante siempre es «*el mismo Manantial*» y por lo tanto la misma agua, solo varia el «vehículo» de manifestación que como Cauce de la Revelación es el personaje, el acontecimiento ó el grupo que manifiesta la dimensión Profética. Este acontecimiento, si es auténtico, se da siempre de forma coherente dentro del proceso que protagoniza la historia de la humanidad. Ya hemos comentado sobre esta cuestión en capítulos anteriores.

Al poco de la desaparición de cada acontecimiento profético y con la inevitable intervención humana, se inicia a cargo de «los que saben», el inevitable proceso de interpretaciones y retoques. Esta es una labor que generalmente ocupa a quienes buscan garantías para autenticar su propia fe ante las criticas de los detractores. Estos eruditos, que interpretan y reinterpretan escarbando en cualquier frase, en cualquier palabra, con el fin de justificar lo que no está escrito ó de calificar su contenido, acaban revistiendo el propósito original con una armadura de hierro que le priva de la ductilidad inicial con que fue promulgado. Y así, convierten un acontecimiento excepcional (que originalmente surge con el propósito de ayudar a las gentes en su ruta hacia la evolución), en una nueva parte, en «otra religión más», compitiendo por su parcela de autenticidad contra otras partes, otras religiones. De esta manera es como surge la defensa de la institución por encima de la defensa de la verdad.

Éste galimatías de interpretaciones, de «cauces» antagónicos entre sí a lo largo de toda la historia, en realidad no es más



que el resultado de la intervención humana. Con esta labor, las «nuevas doctrinas» ya institucionalizadas excavan nuevos «surcos» ó religiones de propiedad particular, por los que quieren conducir el agua de la Revelación a sus estanques privados. Así, los teólogos diseñadores se sienten propietarios y por lo tanto administradores de una nueva idea que imparten convenientemente a sus deudos. Pero «los cauces excavados sobre terrenos inestables difícilmente podrán permitir que el agua de la Sabiduría conduzca cada barca hasta el Océano de lo Infinito».

Cuando los sucesivos niveles de la Revelación no son alterados en cuanto a método ni en cuanto a propósito, se nos muestran como una línea de sucesión coherente y como componentes de un Todo final. Es la historia de la Revelación que se nos ofrece progresivamente, formando el Cauce Único, desde el Único Manantial, Allah (s.u.). Esta historia es la que da su forma al Sirata l' Mustaqim ó Recto Camino como lo llaman las Gentes de la Tradición.

Cada «religión» que sea diseñada por la manipulación humana se convierte en un laberinto en el interior de un cercado, entre cuyos límites de estructura jerárquica, dogmas, promulgaciones y liturgias, creados con el fin de ocultar su vacuidad, se mueve el fiel sin más visión que la ya prevista de antemano. Sin más movimiento que el permitido por la longitud de su cuerda hilada con el temor, la ignorancia y el chantaje espiritual. Sin otra esperanza que la de agrandar a un «dios» antropomorfizado por los criterios e interpretaciones de los custodios de la propia parcela. De este laberinto solo se libera el creyente cuando tiene el valor y la perspicacia de romper los muros de su cercado, pero... ¡cuánto dolor causa!

Son los celosos custodios de cada laberíntica parcela los creadores verdaderos de esos «diosecillos» volubles de carácter. Dioses que valoran la magnitud de los *sacrificios propiciatorios* con los que se compra la salvación y que piden la sangre de víctimas inocentes para satisfacer se deseo de venganza contra una humanidad pecadora.

Con toda certeza (como ya digo en otras ocasiones), este comentario nunca va dirigido contra las personas que de



buena fe son practicantes de no importa qué opción personal en concreto, ni tampoco sobre el juicio de valor en cuanto a los corazones, donde nadie puede ni debe de entrar. Cada cual carga con su conciencia, para bien o para mal.

Pero ninguna religión así manipulada se libra de las trampas y disparates que han ido colocando camuflados entre medias verdades algunos personajes de entre las propias estructuras jerárquicas.

Por esto es que en el caso que nos ocupa yo distinguiría entre:

- «El Islam» como «nueva religión» (lo que inicialmente es totalmente falso), que a lo largo de la tradición de determinados pueblos «musulmanes» se encalló entre los escollos. Doctrinas sutilmente creadas por el criterio (convertido en casi dogma) de determinados líderes, y que adolece de los mismos o parecidos lastres que la asemejan a las demás religiones. A esto habría que añadirle el efecto colonizador que padece ó ha padecido durante siglos.

- Y por otro lado ISLAM muhammadiano de la promulgación, sencillo, coherente, asequible y universal, que inicialmente **no** se presenta ante la historia como una religión más entre otras, sino como la síntesis y colofón de toda la historia de la Revelación en cualquier época y en cualquier cultura.

Es este Islam *no concebido* como «otra religión», sino como un «Estado de Universalidad», el que se irá percibiendo progresivamente a lo largo de esta lectura, para comprender al final que, detrás de la nefasta imagen creada por unos y por otros, lo que en realidad se esconde es una perla inagotable de rocío puesta en los labios de cualquier sediento.

En estos comentarios no tengo la pretensión de enseñar a nadie «la verdad» (¿qué verdad?). Sólo comparto mi experiencia y mi pensamiento seriamente meditado y honradamente contrastado con otros criterios de mas probada erudición.

En varias ocasiones vengo escribiendo sobre la universalidad del estado de Islam. Y cuando digo que Islam es universal, no sólo me refiero a que lo es en su sentido práctico de ordenamiento de lo social y de lo espiritual para todas las



gentes y en todas las épocas, sino que también quiero reflejar que el Estado de Islam en sí mismo es de naturaleza UNIVERSAL. Desarrollo esta idea.

Cada «religión», además de los límites que se ha creado, recibe su nombre del líder que la inicia, de un topónimo, de algo o alguien. Y como dije antes, todas las reinterpretaciones surgen de una visión parcelada de un momento de la historia, con el riesgo de anclar a las personas en un costumbrismo centenario, antaño válido, pero desprovisto ya de sentido en esta nueva época.

Pero en tanto que las religiones no contrarían la razón o las leyes universales así como el derecho natural del ser humano –tal y como se percibe en la Revelación– decimos como enseña el Qor'án, que todas forman parte de un mismo propósito y que todas ellas participan de la historia de la Revelación por la presencia de sus inspirados maestros y profetas.

El fin de la religión, como ya dije, es el de enseñar para después perder protagonismo como estructura, con el fin de centrar toda la atención del practicante en el Objetivo, que es Dios, Allah (s.u.). Y esto es de tal forma así, que cuando la estructura, las costumbres étnicas ó los líderes acaparan la atención de los fieles restándole protagonismo al Objetivo, la «religión» deja de serlo y se convierte en una parcela, en una simple ideología más ó menos complicada de aceptar. Me explico:

El propio vocablo «religión», ya implica en nuestra lengua éste concepto derivado del latín de re-ligar, re-unir en una sola realidad armónica el total de los factores que constituyen la identidad humana bajo el dominio de la Consciencia regida por la Sabiduría. Es sobre ésta «plataforma de reunificación consciente», como cada individualidad tiende progresivamente a propiciar el Encuentro, la Unión con Aquello («Dios», Allah (s.u.)), de lo que fue desprendida como Consciencia Intelectiva, la parte re-ligada en El Todo.

Por lo tanto, cuando una «religión» ha perdido o no tiene la capacidad de facilitar éste reencuentro con el Principio Creador ó por causa de la manipulación humana lo interfiere seriamente, podemos decir con toda propiedad que no es



verdaderamente una Religión, puesto que no tiene o ya perdió la capacidad de hacer aquello que propone; re-unir.

Es del todo evidente que quien no tiene la capacidad ó dificulta la ejecución de hacer aquello que propone, no es lo que dice ser. Si el fuego perdiera la cualidad de quemar, dejaría de ser fuego.

El concepto de religión debe de ser aplicado exclusivamente a aquellas disciplinas entendidas como métodos de pedagogía integral, tanto en lo individual como en lo colectivo, en lo espiritual y en lo material y SIEMPRE desde la libre opción, en tanto que ésta no conculque los derechos de la persona o de la colectividad.

La religión como método debe de ilustrar en primer lugar y después *conducir con sencillez* a las personas que libremente se sientan llamadas hacia la Unión Creador- criatura, ya que éste es un estado que bajo ningún concepto puede imponerse.

Debe de haber complementariedad entre los diversos momentos históricos de la Revelación, observando respeto por los diversos «estilos» sujetos a los personajes «vehículo», a su tiempo y a su lugar. Cuando lo que pretenden «las religiones» es ser un mismo Cauce con un Manantial común pueden complementarse entre sí, pero nunca puede haber contradicción entre ellas.

Por esta razón yo distinguiría entre, por un lado las «religiones» que como acontecimientos históricos se mantienen separadas entre sí por causa de la manipulación sobre el propósito original y la deformación del método. Por otro lado, la historia de la Revelación como un todo que, en continuidad coherente y a través de diversos vehículos, Profetas, Maestros inspirados, acontecimientos, etc., se manifiesta en la historia de la humanidad. Esta tiene un solo propósito simple y un solo método básico que puede ser mas ó menos adaptado (que no alterado) en dependencia del tiempo, lugar y persona. Sería La Religión en sí misma

El resto de «las religiones», pueden ser perfectamente consideradas como diversas formas de filosofía y metafísica, técnicas más o menos inspiradas, pseudo religiones ó proto-



religiones, en dependencia de un mayor ó menor acercamiento y fidelidad a la Línea de Revelación.

Así pues, repito, una religión puede ser considerada auténtica solo cuando se mantiene fiel al Principio de Revelación progresiva sin haber sido manipulada y forma parte por lo tanto de **Un** todo coherente y armónico con el desarrollo de la Revelación, sin luchas por la supremacía y sin antagonismos estériles, más hijos del escándalo que de la razón.

Siguiendo este mismo criterio de Unicidad, introduzco el concepto de lo que es «ISLAM» como un vocablo árabe que en sí mismo contiene el total de la naturaleza de Aquello Único que manifiesta, como voy explicando.

Islam no es una parcela de la Revelación, por lo tanto no puede ser considerado como una religión más entre otras, sino como el acontecimiento religioso ó proceso de reunión en sí mismo. Veamos;

El vocablo árabe «Islam», siguiendo el comentario indicado al inicio de esta quinta parte, se forma desde la raíz «S-L-M-«, «**Sálama**», verbo que significa estar sano y salvo. De esta raíz se forman; el sustantivo «**Selm**», cuyo significado es: «paz tras la confrontación»; el verbo «**Sal lama**», cuyo significado es: «saludar», «rendirse a...», «someterse a...»; el verbo «**Aslama**», que equivale a: «dejarse llevar por», ó «convertirse a...» y por último el sustantivo «**Salám**» que significa paz en general y paz como concepto de saludo.

De esta traducción deducimos que ISLAM es igual a «paz tras una confrontación, sometimiento y conversión a..., dejarse llevar por...».

Si antes decía que la verdadera concepción de Islam no es simplemente la de una religión más entre otras, se debe a que la consideración de Islam como «estado de universalidad» es el equivalente al sometimiento o docilidad del total de lo creado a su Principio Creador. En este sentido, en vez de ser «otra religión» sería LA RELIGIÓN COMO ESTADO, en su concepto de re-ligare o reunir aquello que fue disperso.

Todo lo que nace pasa por un periodo previo de reorganización de aquellos componentes que dejan de ser una cosa para



constituirse en otra, es un proceso de confrontación entre fuerzas que buscan el equilibrio; por ejemplo, el instante del Big-Bang ó la gestación de un niño. Por fin la paz, la calma derivada de la armonía del movimiento cuando las fuerzas creacionales ya están en equilibrio y la docilidad al Principio Creador se nos hace nuevamente perceptible en cada proyecto de creación. *Esto se llama «Estado de Islam».*

Las nuevas «realidades», cuerpo celeste, semilla que germina, niño que nace, etc., surgen sometidas ya a un proyecto impreso en lo más básico de su estructura. Este «sometimiento», también se llama *Estado de Islam* o el ser musulmán, pues según esta comprensión del concepto, todo nace en estado de Fitra, es decir, dócil y por lo tanto *musulmán*.

El ser humano, cuando se aleja de su propósito original por una malformación educativa durante la infancia ó por propia voluntad como adulto, deja de ser dócil al propósito de la Creación en él, y por lo tanto abandona el «estado de musulmán» o, lo que es lo mismo, de docilidad, a no ser que lo recupere con un gesto *estable* de reconocimiento. Así, cuando una persona acepta en su vida el estado de Islam transcrito por el magisterio de S. Muhammad (p. b.), no decimos que se convierte al Islam, sino que recupera el estado de Islam ó estado original de Fitra perdido.

A partir de aquí podemos decir que retorna a su ser musulmán por haber recuperado así el estado primigenio. Se ha sometido al Principio Creador por Quien se deja conducir hacia el Único Objetivo por el que es creada la apariencia del Ser (que es el ser humano) y en dirección hacia el Ser en Sí (que es Alláh (s.u.)). Es lo mismo que el estado de UNIÓN PLENA con El Principio Creador, hacia el que todas las criaturas son llamadas por el conocimiento y práctica de la Revelación en todas sus manifestaciones.

La asimilación de estos conceptos como nuevos, pero verdaderos, es solo cuestión de entender la gran diferencia que existe entre la peyorativa idea popular de «Islam» ó «musulmán» (no importan aquí las responsabilidades) y la realidad etimológica, ya que ésta encarna el propósito original de sus



significados y de lo que supone descubrir y buscar en sí mismo el «Estado de Musulmán» ó *estado de docilidad a la acción creadora*.

Por todas estas razones expuestas, hay que distinguir, ¡con toda claridad!, entre;

- a) «El Islam» como una religión más entre otras que compete por su protagonismo y que padece las mismas ó parecidas cargas impuestas por la malformación de algunos eruditos unas veces y otras por la influencia de las diversas etnias, ya sean locales ó colonizadoras. Esto desgraciadamente existe hoy día y en semejanza a otras religiones es un ejemplo escandaloso protagonizado por determinados individuos y grupos.
- b) ISLAM concebido como una opción de vida, como el estado de Armonía que conduce a la Paz en su concepción más Universal, como el acontecimiento por excelencia de la dimensión reunificadora ó religiosa en la humanidad.

Esto es Islam; «la totalidad de lo creado en su posición de ser dócil y sometido a Aquel que lo genera y hacia Quien revierte». Y esto es ser musulmán; «la persona que acepta de buen grado y en el total de su vida éste principio de comportamiento».

Y, ¿cómo puede una persona ser dócil hacia lo que no conoce? Evidentemente no parece muy probable. Pero hay una respuesta a esta pregunta y en ella se contiene el nexo de fusión entre Sufismo e Islam. La respuesta es que: «Solo se puede ser dócil ante Aquello que se conoce y solo lo que se conoce puede ser amado». Por lo tanto EL CONOCIMIENTO es el eje del Sufismo, como éste es la sangre que nutre el estado espiritual de Islam.

El término Sufi tiene su origen etimológico en el verbo Safâ, cuyo significado es el de; «ser puro, ser claro (de la claridad que dimana de la luz)». Ambas, pureza y claridad, en este esquema de pensamiento, son atributos cuyo origen está en la



Sabiduría como manifestación del CONOCIMIENTO y éste es el fundamento único del estado de Islam puro como vía de acceso a la Plena Unión entre Creador y criatura.

Esta es la razón por la que el Sufismo –la Antigua Tradición– sería la sabia que alimenta el Islam de la promulgación original. Por esta misma razón S. Muhammad (p.b.), resalta con tanta insistencia la necesidad de que todas las personas que afrontan en sus vidas el estado de Islam, se preocupen por su formación. Él recomendaba: «Pedir la Sabiduría aunque ésta se encuentre lejos de vosotros». Y dentro de la Tradición se insiste en que: «La tinta del estudiante es mas sagrada que la sangre del mártir».

En cuanto al aspecto práctico cotidiano, tanto en el ámbito de lo social como de lo espiritual del acontecimiento Islam, está recogido en el Qor’ân inspirado a S. Muhammad (p.b.) y en la Sunna, como dichos y hechos del Profeta (p.b.). Es todo aquello que en los textos podemos leer y entender sin dificultad y que en sus orígenes fue adaptado a las costumbres y comprensión de las tribus árabes. Sobre esta primera visión estudian, debaten, interpretan los eruditos, los ulemas (‘alim) y los alfaques especialistas en Fiqh. Desde esta primera comprensión, elaboración posterior y aplicación de normas surge la idea de Islam como una religión entre otras.

Hay otras profundidades recogidas en el Qor’ân, pero estas sólo son accesibles al ‘arif, aquel que por su acercamiento y docilidad a la acción Creadora es iniciado en el Sirr (los secretos de Alláh s.u.). Este es el camino del Sufi y al que dedico todos mis comentarios directa o indirectamente. Por todo lo explicado (insisto por último) ya se ha podido deducir que, desde la Tradición Sufi:

1) ISLAM no es «otra» religión mas, sino la percepción armónica que podemos adquirir de «La Existencia» en el acto de re-ligare, de reunir todo lo creado en su Principio Creador como Única Realidad de la que todo dimana en infinitos atributos.

2) Que S. Muhammad (p.b.) no es *otro Maestro Inspirado* y Profeta, sino que en él se hace coherente y determinante toda



la *Dimensión Profética* de nuestra Tradición, él es la síntesis y aquel que cierra el círculo de la Profecía. Pero al unísono es todos los puntos del círculo, es el eslabón entre el antes y el después ó, lo que es lo mismo, S. Muhammad (p.b.) es Islam humanizado.

Mi anciano Maestro Inspirado el Sheyh Sidi Abd el Kader ben Ayiba, que Alláh (s.u.) este satisfecho de él, me dijo en una ocasión: «el verdadero Islam es como una caja de madera preciosa perfumada y aquellos que por la bendición de Alláh (s.u.) pueden abrirla, encuentran dentro la inestimable perla del Sufismo, donde fue guardada».

Llegado este momento, yo invitaría a esta reflexión; «¿Por qué la historia oficial ha tenido tanto interés en ignorar, pervertir y desprestigiar todo lo relativo a la tradición islámica de nuestro país, desde que los invasores reyes Godos del norte de la Península Ibérica, inducidos por el trinitarismo Romano, invadieron Al Andalus y expulsaron ó masacraron a tantos de aquellos **españoles andalusíes** judíos y musulmanes ó les forzaron a masivos bautizos con su sangre, la sangre de aquellos nuestros abuelos que no quisieron abandonar sus raíces?».

SHARIA, TÁRIKA, HAQIQA, INTRODUCCION AL CONCEPTO

En este capítulo vamos a tratar específicamente sobre estos tres conceptos y posteriormente en el capítulo VIII volveremos a retomarlos para vincularlos al proceso de desarrollo del Tasawwuf.

La Sharia. En su primer significado simple, es la ley Qor'ánica aplicada en un pueblo que fuera verdaderamente musulmán, es decir, *que verdaderamente asumiera el estado de Islam*. Por lo tanto, si un País no es realmente musulmán, no tiene autoridad moral para aplicar la Sharia y si lo hace fuera de contexto, logrará probablemente una mala chapuza con la



que escandalizará a otras gentes. Pero Sharia también tiene otro significado más profundo, es la Revelación interna y externa ante la que nos hacemos dóciles.

La Creación es el acto de Revelación por el que La Causa Creadora se hace manifiesta ante Sí misma por medio del efecto que es cada ser aparente como Revelación. Así es como se cierra el círculo, en el retorno de cada *efecto* criatura a la *Causa* Creadora. Es la forma en que La Mente Única se ve «obligada» a hacerse «tangible» por imperativo de la cualidad dinámica de Su naturaleza, «Aquello» que llamamos Amor Esencial ó Amor del Ser para Sí. Así pues, el Amor es la Causa, el impulso creacional, «el por qué obligado» de la Creación, y la Revelación es el efecto, en tanto que el objetivo, el «para qué», se produce en el intermedio, es el conocimiento del Absoluto Si Mismo por mediación del Universo criatural.

Propongo una alegoría; la luz blanca, como primera manifestación conocida del Principio Creador, pasando a través de un prisma, se descompone en diferentes colores ó facetas que, por sí mismos no existen si no es en la causa que los genera, la propia luz, de la misma forma en que la luz a su vez es el efecto de otra causa.

Estas facetas o manifestaciones son traducidas por el modo en que el sujeto perceptor las interpreta a partir de los sentidos. El «ignorante» interpreta cada color de la luz como un acontecimiento aislado, existente por sí mismo; no percibe en cada faceta una parte de un todo coherente, que es la luz, y que a su vez es el efecto de «Otra Causa» que puede no ser definible, pero no por ello inexistente. Es lo que en la tradición decimos, «estar velado», tener «velos» ante los ojos.

Más tarde, el ya iniciado no sólo ha de ver lo ilusorio de la simple percepción de lo aparente, sino también la Realidad Única que, aunque oculta, pugna por hacerse manifiesta en la Revelación horizontal de todo lo cotidiano y aquello otro que discretamente se muestra en la Revelación vertical (traté estos conceptos en la tercera parte de esta obra). Así pues llegará a tener la experiencia de que Observador, Observado y



Acción de observar son tres factores que esconden Esa Única Realidad.

Como resultado, lo que el iniciado percibirá además de la realidad aparente es la Simplicidad Primigenia, la Unicidad. Esta ley Universal, esta manifestación diversa de la misma Realidad percibida interna e indudablemente, también es Sharia y progresivamente conduce hacia la dócil confianza en la acción Creadora sobre cada persona.

La Táriqa: iniciación a la razón, es el Recto Camino como vía en sí misma, y también como grupo de personas practicantes de una misma escuela de Sabiduría. Desde otro significado, también está referido al comienzo del dominio sobre el ego, el nafs.

El ego es la criatura, el ser aparente, el soporte necesario de la Consciencia derivada de la Mente Universal en su proceso de aprendizaje que tiende a fortalecerse para perpetuarse, ya que el instinto de perpetuación es el signo de su naturaleza. Es el instinto de conservación animal y nos es útil en el desarrollo de lo cotidiano, es primario y básico, cuando no está sujeto a control sólo tiende a la autocomplacencia en forma ilimitada.

Cuando no ejercemos sobre el ego dominio alguno, él nos conduce paradójicamente a lo contrario que parece pretender y acaba aniquilándose a sí mismo, a la criatura, como resultado de no haber aprendido a tolerar la frustración, puesto que no le gusta sentirse contrariado.

Es lo que en la Antigua Tradición se ha llamado el hombre viejo, el dragón, la bestia, el lobo, etc.

Decimos de él que si no es domeñado por el conocimiento y el entrenamiento de la voluntad, no permite el nacimiento y desarrollo del hombre nuevo. De aquí nace una de las costumbres de la Tradición, la de adoptar otro nombre referido al hombre nuevo, con el fin de fortalecer en la persona la imagen renovada del ser al que aspira.

El nombre viejo para el hombre viejo, el ego, quien debe de ir perdiendo fuerza. El nombre nuevo para el hombre



nuevo, arquetipo espiritual que debe de ir ganando protagonismo. Así, cada vez que nos llamamos o nos llaman por el nombre nuevo, reforzamos en nuestro fuero interno esta tendencia y en ella apelamos al gesto del renacimiento.

Al ego (la naturaleza física), no siempre debemos de combatirlo de frente y directamente. Cuando se siente molesto y debido a su instinto de conservación –que le hace enormemente hábil–, es capaz de engañar al propio individuo camuflándose en justificaciones aparentemente razonables para no ser importunado. El ego es capaz de hacernos creer como verdadero lo que no es cierto adoptando nuevas apariencias al igual que se camuflan ciertos virus.

El método de aprendizaje que hayamos elegido ha de tener como objetivo ayudarnos a descubrir este juego, ayudarnos a desarrollar el nuevo ser que nace en nosotros, sin permitir protagonismos del ego, pero sin perder el control sobre la naturaleza física. De esta manera el nuevo ser que va surgiendo acaba desalojando y sustituyendo al viejo, como la luz de una lámpara desaloja a la oscuridad de la casa sin necesidad de aniquilarla. Táriqa es por lo tanto un camino, un proceso de desarrollo por medio del equilibrio de todas nuestras potencias entre sí.

La Haqiqa: es el descubrimiento de la Verdad Esencial, donde cada unidad antes diferenciada confluye en el centro a semejanza de la luz solar que confluye en el Sol.

Gracias a la observación por medio de la razón primaria percibimos la similitud entre los seres como un acto de continuidad y, no obstante, con una observación más profunda, comprendemos que nada se repite nunca.

Con capacidad de observación por la intuición podemos conocer realidades que la razón no alcanza, pero que después sólo podemos transcribir con el uso de la alegoría desde el ámbito de lo intuitivo, hasta el ámbito de lo cotidiano, traduciendo así una percepción singular hasta hacerla aproximadamente comprensible para los demás mediante recursos conocidos.

En la misma medida hacemos uso del lenguaje alegórico



para hablar con fluidez de lo Trascendente en el ámbito de lo cotidiano. Por ejemplo, si quiero referirme a una experiencia concreta, difícil de definir en el marco de la Revelación espiritual y que de otro modo no podría concretar por la carencia de lenguaje, puedo hacer uso del término alegórico, Yibríl ó Yábbara, (Gabriel en castellano), como expresión para significar la unión entre lo Incomprensible y lo sensible.

Y puedo referirme a lo Oculto tras «la línea», como el Velo, o como el Yenna (paraíso o jardín).

El gran esfuerzo de Haqiqa es, en definitiva, ir logrando la desantropo-morfización del concepto Alláh (s.u) y Su desdeificación desde la vulgaridad, para ir entendiendo la Teomorfización del hombre. Así hasta alcanzar la comprensión de la frase del Sufi Hallaj: «Ana al Haq, wa al Haqu ana». «Yo soy La Verdad, La Verdad es yo».

EL DUNIA. EL MUNDO ILUSORIO

«Cuando la mente se ha librado del dunia, conoce la diferencia entre ilusión y realidad».

En el curso de este trabajo hago alusión frecuente al ámbito de lo ilusorio. Pero aun así considero la necesidad de dedicar a este tema un capítulo aparte, pues la comprensión adecuada de esta cuestión es de tal importancia que determina decisivamente la posibilidad de entender con corrección, y de realizar por lo tanto el proceso de evolución integra del ser humano a partir de la Sabiduría Sufi.

Establecer la diferencia entre lo real y lo aparente es el cimiento de cuya solidez y clara comprensión, depende la estabilidad de toda la labor posterior, que ha de desvelar los ojos de la ignorancia.

Todo aquello que no es verdadero, que pertenece al ámbito de lo ilusorio, recibe el calificativo de «dunia», es el «maya» hindú.



La palabra «dunia» en árabe tiene su origen en el verbo «danâ», que equivale a; «estar muy cerca de...». De este mismo verbo se deriva el vocablo «dani», que adjetiva como; «cercano, de baja condición...».

Así pues, el concepto de «dunia» significa «La forma de vida cercana a nosotros, pero de condición engañosa. El universo de apariencia real, pero de naturaleza transitoria. Lo que ante nuestros sentidos parece cierto y sometido a un análisis mas profundo nos muestra otra realidad».

Es decir, todo aquello que en nuestro entorno parece una realidad individualizada, todo lo que parece ser una cosa, pero resulta ser otra, todo lo que equivale a engaño, a promesa no cumplida. *La naturaleza del ego es dunia.*

Todo lo que se esfuerza por deslumbrar nuestra percepción, por ofrecernos la felicidad que no puede dar. Todo lo que nos propone como «objetivo aparente» de vida una aventura de bienestar y placer cubierta de trampas. Todo lo que tiene por verdadero objetivo apartarnos por intervención del ego de la Realidad subyacente en todo cuanto existe, y que el velo de la ignorancia nos imposibilita de ver, ya que el ego mismo, como acabo de comentar, es naturaleza del dunia.

Dunia es pues, en definitiva, cada uno de los dioscellos cotidianos a los que cada persona pueda rendir culto, tanto sean objetos como situaciones ó personas de los que se espera una estabilidad que no pueden dar y a los que pudiéramos sentirnos apegados, por dependencia ó por posesión.

Es todo aquello que con engaño sustituye por un placebo las mejores aspiraciones de cada persona, sin permitir que florezca en ellas lo que guardan de auténtico.

Son todas las cargas impuestas como condicionamientos y que dificultan nuestro desarrollo. Como decía el filósofo: «El ruido de la cadena que arrastras es el arrullo de tu sueño, pero...¿y después?, ¡despierta!...»

Dunia es la concepción antropomorfa del Creador, cada una de las ataduras y adicciones en cada persona, cada vanidad, cada prepotencia, cada obstinada ceguera, cada esperanza puesta donde nunca podrá ser satisfecha.



Da la impresión a primera vista de que toda esta aclaración supone una percepción fatalista y triste de la vida o un cierto desprecio por el mundo que nos rodea, pero... ¡nada más lejos de la realidad!

El medio en el que nos desenvolvemos no es bueno o malo «per sé», sino en razón de nuestra forma de percibirlo y de lo que nosotros queramos hacer de él.

El universo material cumple la función para la que está programado por la acción Creadora, sencillamente, y nuestra incursión en él es lo que determina el bien y el mal.

El mundo ilusorio es fundamentalmente un vehículo de Conocimiento y de búsqueda, es como el encerado sobre el que el Principio Creador va escribiendo cada lección, cada cosa creada, incluido el ser humano en beneficio de nuestro acercamiento a ÉL, como consciencia intelectual que de ÉL dimana y a ÉL retorna hasta cerrar el círculo de la existencia.

El dunia es algo de lo que podemos servirnos lícitamente en nuestro gozo, como un estímulo, para que podamos aprender en la alternancia esfuerzo-compensación, sin dejar de considerar siempre que todos somos responsables y administradores de los beneficios de la Creación.

De todos estos beneficios podemos disponer, todos son herramientas, aunque no para la agresión ó el despilfarro, ni para convertirlos en «diosecillos» objetos del capricho y de la adoración del ego, puesto que nada existe por sí mismo, sino en razón de que todo sea percibido a partir de la Consciencia Intelectiva, como meros elementos de orientación en su periplo por la ruta del aprendizaje.

Toda la Creación puede darnos satisfacciones que, alternadas con el esfuerzo, conforman el método pedagógico que nos va marcando en el transcurso de nuestra vida, el por dónde sí podemos caminar y el por donde no es conveniente hacerlo. Al igual que en cualquier otro método de aprendizaje, con el que se ensaya entre el error y el acierto.

Pero no podemos esperar del dunia la plenitud, por esto es que el sufrimiento se hace presente, entre otras causas cuando, por ignorancia, las expectativas que cada cual pueda te-



ner sobre lo ficticio superan las posibilidades que tiene el mundo material e ilusorio de satisfacerlas.

Imaginemos un alumno que centra su atención y felicidad en los colores y formas que el maestro ejecuta sobre el encerado, pero que se muestra indiferente ante el significado que el profesor quiere que perciba tras esas formas y colores, que no son otra cosa que signos para explicar el lenguaje ó alegorías de una gran idea.

Éste alumno no solo se mantendrá ignorante, sino que además será infeliz a causa de su ignorancia, pues no podrá comprender que las líneas y colores de la pizarra sobre los que centra su atención y complacencia, no son estables, sino que la estabilidad se haya tras el significado que el profesor se esfuerza por mostrarle a través de las formas y que por lo tanto, los signos, los colores, cualquier trazo, han de ser borrados para que el maestro pueda completar la lección con nuevos apuntes tras haber captado el mensaje que encierran.

A semejanza de este profesor con la escritura del encerado, todo ha de ser sustituido en el permanente devenir de la existencia, nada posee naturaleza de estabilidad, el alumno que centra su atención en las formas pierde el valor del contenido.

Esta es la gran diferencia que existe entre el Sabio, aunque sea iletrado, y el ignorante aunque sea erudito; el primero sabe cual es el Objetivo, ¡claramente conoce los significados ocultos tras los caracteres que muestran las diversas formas! El segundo sabe mucho de las formas y colores de las letras y puede saber leerlas, pero no es capaz de descifrar su oculto significado.

Al igual que la avispa del cuento, el ignorante sabe construir preciosas celdas hexagonales, pero no entiende nada de miel, le parece que la miel es una fantasía metafísica. Aunque... *¿qué sabe de miel quien no conoce las abejas?* Son gentes que navegan en un barco sobre un cauce que no desemboca en ningún Océano.

El dunia, al no ser de naturaleza estable, no puede corresponder a una realidad concreta, es por lo tanto cada individuo quien lo determina con su capacidad de percepción. Por esto no es lo



mismo para todas las personas, ni tampoco es lo mismo en todas las épocas de la vida de una misma persona.

Comprender la naturaleza del Dunia equivale a ser conocedor del Principio de Incertidumbre. Este principio enuncia que nada es definitivo, nada es lo que parece, dentro del ámbito creacional «la impermanencia es una ley permanente». A través de la comprensión de éste principio la conciencia localista comienza a expandirse hacia la Conciencia Universal.

Cuando la conciencia localista, no iluminada, desconociendo el Principio de Incertidumbre irrumpe en medio del «juego creacional», suele pretender convertir en estable lo que es transitorio, objetos, situaciones, efectos, etc. Por ello genera la descompensación y desequilibra la balanza entre fuerzas, alumbrando otras posibilidades, fruto del condicionamiento educacional previo, que dan pié a sus fantasías y autoadoración. Es otra forma de generar angustias, frustraciones, dolor, en definitiva otras formas de mal.

El dunia modifica su densidad y su apariencia ante los ojos del cuerpo, y la fortaleza ó las limitaciones de su poder están en relación directa con la fidelidad de cada persona a las prácticas de la 'Ibadat, el método como vehículo capaz de descubrir los velos de la ignorancia.

Si la persona, aún siendo letrada, mantiene su nivel de ignorancia, no importa por qué causa, el dunia se muestra real y denso ante su percepción, ciega sus ojos a la comprensión de La Realidad, hace que tome por cierto lo que es ilusorio, le impide la capacidad para «ver» asistido por la Luz de la Ma'arifa, La Verdad Esencial, oculta tras toda apariencia.

Por el contrario, cuando la persona, aún siendo iletrada mantiene estable su fidelidad a las prácticas de la 'Ibadat (el método), y por causa de ello se ha iniciado en el Recto Sendero y aprende, la percepción del dunia se va disolviendo, desalojada por la Luz del Conocimiento que dimana del mismo Principio Creador que poco a poco va intuyendo oculto tras cada apariencia. Distingue perfectamente la vacuidad de los «hologramas» y los comprende como signos de las enseñanzas del Creador y no como realidades en sí mismas.



De esta forma, la agudeza de su visión se mantiene firme en la Única Verdad Esencial, el Principio Creador, Allah (s.u.).

A continuación propongo un esquema con el que espero facilitar la comprensión de lo que acabo de explicar. El Principio Creador, Allah (s.u.), no está sujeto al continente que forma el dunia, en tanto que la totalidad del contenido sí está sujeta a la acción Creadora.

En el centro del dunia se encuentra el ser humano, que surge de Allah (s.u.) como consciencia del Ser y hacia Él se dirige atravesando la existencia aparente. Para hacer este viaje necesita revestirse de la herencia Adámica, que es de la misma naturaleza del dunia, pero conservando en sí mismo la Fitra como naturaleza primordial que le sirve de guía.

Cuanto más se densifique la naturaleza Adámica, mas se oculta el estado de Fitra, y por lo tanto más difícil resulta la percepción de la Verdad Esencial oculta tras «la línea» pero perceptible tras cada apariencia

DIOS ANTROPOMORFO Y ALLÁH (S.U.)

EL «DIOS» DE LAS RELIGIONES

La palabra «dios», como todos sabemos, es de origen latino, «deus» y a su vez está relacionada con el nombre de Zeus. Se puede construir en masculino, «dios» ó en femenino «diosa», en plural «dioses y diosas», y a partir del vocablo original se pueden formar un número indeterminado de derivados.

Cuando se pronuncia la palabra Dios de forma automática, la mente de tantas personas ya habituadas a este vocablo tiende a imaginar a «alguien» ya preconcebido. Según el concepto acuñado por la educación religiosa popular, este «dios», –de un cierto parecido con el Zeus Olímpico– es varón por ser el «padre» de la humanidad (a poca gente se le ocurriría imaginar su dimensión femenina), pero aún así, es distante y algo veleidoso. Cuando leemos los textos considerados sagra-



dos, podemos descubrirle vengativo, entre proclamas contradictorias de misericordia, perdón y amenazas. Es como alguien extraño que desde alguna atalaya se permite ver, juzgar y decidir el reparto de premios y castigos al estilo de cualquier señor feudal y según el humor con que se encuentre por culpa de la torpeza del ser humano. Da la impresión de que este «dios» está concebido desde la imaginación primitiva del ser humano, un poco al modo y en la medida en que cada etnia haya tenido necesidad de organizar su sentido del bien y del mal apoyándose en la «autoridad divina», a la que de alguna manera hay que tener satisfecha.

Sobre este «dios» así concebido se transfieren sentimientos, emociones y prejuicios nacidos de la influencia que sobre cada persona ha tenido la educación religiosa, así en el pasado como en el presente. Si se dice que «dios» es amor, es padre, es justo, es tal o es cual, se hace, eso sí, siempre que cada adjetivo se preceda con el calificativo de infinito, por ejemplo; «Dios es infinitamente justo». Naturalmente que el concepto de «justo» debe de estar en consonancia con el criterio que cada cual haya acuñado sobre la idea de «justicia». De ésta manera, «dios» es un poco lo que cada uno espera que debe de ser y así es como se le transforma en otro «dios» personal y a la medida.

Ya comentamos que las Religiones, orientan acertadamente a las personas cuando se formulan las directrices orientativas partiendo de la Revelación no manipulada. Pero cuando la interpretación que de ellas se hace proviene de la manipulación humana sobre las enseñanzas originales y es esto lo que determina la fe, entonces se convierten, cuando menos, en algo prudentemente dudoso.

Es a partir de ésta interpretación cuando las gentes comienzan a formarse una idea aproximada del carácter del «dios», de su «personalidad». Se inicia en esta dirección un esfuerzo baldío –necesariamente frustrante– por averiguar lo que el «dios» de las interpretaciones podría querer de cada uno de ellos en cada ocasión. Al crear un «dios» a la medida de cada necesidad se hace mas fácil amar la imagen formada, el ídolo, no importa que sea de madera o que esté albergado con-



fusamente en la mente de las personas, pues seguirá siendo un ídolo, un placebo. Con este «dios», se puede satisfacer la necesidad de ser castigado para redimir a según que personas del complejo de culpa, se le puede temer o servir para que se halle satisfecho, incluso podemos enfadarnos con él si no cumple con las expectativas personales, hasta podemos manipularle con promesas y sacrificios, etc.



No todo el mundo ha sido educado para comprender que el concepto de lo Trascendente, al estar fuera de todo tiempo y lugar, por el solo hecho de serlo, deja de ser asequible en Su Esencia para la mente racional, y que los conceptos de Bondad, Misericordia, Sabiduría, Justicia, etc., con los que la Revelación nos enseña sobre Dios, Allah (s.u.), no son una realidad tal como nosotros podríamos definirlos, sino que son una aproximación alegórica, con la que se nos pueda hacer asequible una ilimitada confianza en Su acción benéfica sobre nosotros, pero que ninguno de estos conceptos pueden ser transferidos desde nosotros hacia Él como una forma válida de describirle.



No todo el mundo percibe que, por la sencillez y tolerancia de la Revelación, «las religiones» pueden ser complementarias entre sí, que no tienen por qué ser cercados aislados, instituciones monolíticas y en oposición. La oposición escandalosa que los líderes religiosos inculcan entre sus seguidores, podría y debería de ser sustituida por la simple dimensión religiosa desde el respeto que se merecen las diferencias entre «métodos» de enseñanza, ya que un mismo método no es igualmente válido para todas las personas. Así se podría ayudar a cada persona a resolver su relación con el ámbito de La Transcendencia, pero sin enemigos de religión, puesto que los unos somos complementarios para con los otros, ya que en definitiva todos buscamos al Único Creador, y sin ídolos fatuos tras los que se esconde el engaño y el chantaje espiritual.

La Religión, cuando no ha sido deformada, puede –como método de enseñanza– iluminar (que no imponer) algunos aspectos de la vida de la colectividad, así como del individuo. En cuanto a lo personal se refiere, es una libre opción en la que el practicante del método necesita inicialmente la asistencia de un «guía», pero ha de aprender a moverse con el sensato criterio que le reporte cada nueva experiencia según sea acertada ó errónea. Esta es una experiencia personal en la que ningún otro individuo puede entrar imponiendo «estilos» ó definiendo «pecados», ni administrando premios ó castigos en el nombre de Dios.

La religión como método de enseñanza, ha de ser una disciplina dedicada a propiciar la relación entre la dimensión de lo Transcendente y cada individualidad en lo profundo de sí misma, en su intimidad, pero, eso sí, sólidamente fundamentada sobre aquello que el Principio Creador muestra de Sí no solo en la Revelación vertical, sino también en la Revelación horizontal. Esto es tan válido en lo colectivo como en lo privado.

La Revelación ya presupone el proceso de aprendizaje, y por lo tanto el derecho a la libre decisión, y no puede hacer del ser humano víctima de ningún tipo de chantaje ni de terror impuesto que pueda interferir sobre su pedagogía ó sobre el libre albedrío.



La religión-método, antes de ser puesta en práctica como un compromiso existencial, ha de ser previamente bien comprendida y aceptada. No es suficiente con haber nacido en un entorno cultural-religioso previo para ser considerado automáticamente miembro de tal ó cual confesión; es imprescindible el previo conocimiento en libertad y la plena disponibilidad sin presión alguna.

La religión, por su simplicidad y coherencia, no necesita impresionar ó deslumbrar con acontecimientos prodigiosos para hacerse más creíble ante el juicio de las gentes ávidas de «milagros». Por el contrario, ha de estar en relación directa y sin contradicciones con las leyes de la Creación, que con frecuencia imprime una cierta diversidad en cada criatura en particular, como los diversos matices de los colores que forman parte de la luz.

Ha de respetar el derecho a la privacidad de las individualidades (si estas no conculcan el bien de la colectividad) y debe de ser expuesta como algo que puede ser concebido sin excesivas complicaciones por cualquier persona, y en el respeto por aquello que durante el proceso de evolución espiritual la consciencia intelectual puede percibir y entender.

Es una aventura de relación entre Creador y criatura que puede iluminar la convivencia en la colectividad, *pero que en lo íntimo*, cuando la intimidad no interfiere sobre lo colectivo, está vetada para cualquier interferencia foránea que pueda apropiarse del derecho a decidir con su juicio lo que supuestamente está bien o mal de puertas para adentro.

Jesús Profeta (p.b.) decía; «Poneís tantas cargas sobre los hombros de las gentes que ni os salváis vosotros ni dejáis que se salven ellos». Y Sidna Muhammad (p.b.) también decía; «Haced las cosas sencillas, no las compliquéis...». Y el Qor'án; «Lo que Alláh (s.u.), no ha desvelado de ti durante la noche, *no lo publiques tú durante el día...*». ¿Por qué los profetas insisten en la simplicidad de la Revelación y algunos eruditos, en vez de aplicarse la lección, se empeñan en complicarla?

Lo que la Revelación pretende es mostrarnos una guía, una orientación que debe de ser; en primer lugar, comprendida



en libertad antes de ser realmente integrada y por último aplicada con un sano criterio de coherencia en cada variante de la vida.

Como ya dije, y repito nuevamente: «La concepción antropomorfa de «dios» es una creación del hombre que, de alguna manera, cubre así su necesidad de respuestas y satisfacciones, convirtiendo el Principio Creador en un dios decepcionante y cruel ó bien en uno que puede satisfacer la vanidad del hombre alimentando su ignorancia y su oportunismo». Sobre ese «dios» creado al gusto, el ser humano puede depositar la responsabilidad de las propias acciones, ¡todo es culpa de «dios»!

Éste es un «dios» placebo, utilitario, innecesario y peligroso, generador de decepciones y de ateísmos ignorantes, aceptado en la primera época de la formación religiosa de tantas personas, pero en el que la mayoría acaban sucumbiendo atrapadas en el ostracismo del rito y del temor ó en la frustración de la esperanza generalmente defraudada.

Este «dios» al que acabo de referirme ya quedó atrás y no es el que pueda interesar a nadie que haya iniciado un serio proceso de evolución espiritual.

Durante el desarrollo de éste libro, y por estricta deferencia a los hábitos culturales del lector que se encuentre mas familiarizado con la palabra «Dios», es por lo que alterno este vocablo con el de «Alláh (bendito y alabado)», pero es siempre como forma exclusiva de referirme al Principio Creador indefinible y sin ninguna intromisión de antropomorfismo.

CONCEPTO DE ALLAH (S.U. BENDITO Y ALABADO)

El vocablo que cada cultura utilice para referirse a un mismo concepto es de *importancia secundaria*, lo realmente importante es que el tal vocablo no confunda, no sugiera algo diferente de «Aquello» a lo que se refiere. Debido a esto, la Antigua Tradición, con el fin de apartar obstáculos en el camino espiritual de las personas, utiliza preferentemente un



lenguaje que facilite la comprensión en lugar de otro que la dificulte.

Si decir «Dios», nos trae a la mente la imagen del señor de las barbas, modificamos nuestra costumbre y empleamos otra palabra que no genere ninguna idea preconcebida, sabiendo así que nos referimos estrictamente al Único e Indefinible Principio Creador.

El vocablo «Allah» no es gramaticalmente derivado de ningún otro, ni de él surgen otros derivados, no puede ser formulado en masculino ni en femenino, ni en singular ó plural. Es por lo tanto un vocablo único para referirse en el lenguaje coloquial al UNO, ÚNICO, irrepresentable e indefinible Ser Absoluto, Aquel que es el Origen y Causa de todo cuanto pueda existir.

Por esta razón utilizamos el término Allah en sustitución del término Dios. No obstante, como acabo de comentar, el uso de una palabra no es determinante en tanto que *no interfiera* con la dirección de la idea.

Para facilitar la introducción a una percepción más clara sobre la idea de Alláh (s.u.), como causa y origen de la existencia, haré algunos comentarios.

¿Y qué podemos decir de Alláh (bendito y alabado)? De Alláh (s.u.) en Sí mismo ¡absolutamente nada!, pues en Su Trascendencia es incognoscible y la mente humana no es continente suficiente para tanto contenido. No obstante el hadiz nos enseña: «No Me abarcan los cielos ni la tierra, *pero sí el corazón humano*».

De momento esto nos indica que si queremos decir algo sobre Allah (s.u.) tenemos inevitablemente que hablar del ser humano y de su posición en el Universo, de lo que el ser humano contiene y puede llegar a ser, pero jamás con el fin de establecer comparaciones entre Allah y el hombre.

El ser humano, al poseer la consciencia intelectiva, es el receptáculo necesario desde el que El Creador se hace presente y «aproximadamente cognoscible» por nuestra capacidad de percibir Sus atributos en todo cuanto existe, como múltiples efectos de los que Él es la Causa. Expresado de otra forma;



por el conocimiento de lo que el ser humano significa en la historia del Universo, podemos aproximar un «cierto conocimiento» de los atributos del Creador. Y al descubrimiento del acontecimiento humano, es a lo que se refieren los comentarios que continúan. De Alláh (s.u.) no puede ninguna criatura conocer Su esencia, pero sí podemos conocer aquello que de Sus atributos ha querido mostrar a través del «dunia» (el mundo ilusorio de la creación), habitualmente ante la mente racional y excepcionalmente ante la experiencia mística. Aún así, como ya quedó dicho, ninguna experiencia, ninguna criatura puede contenerle ni mostrarle totalmente o exactamente.

Por ello, la mente despierta debe comprender que los atributos en la Obra de la Creación no son más que alegorías, herramientas para ayudarnos a entender por una u otra experiencia que «todo» no es más que una ilusión, un reflejo velado a través del cual Alláh (s.u.), se nos muestra por medio del «efecto» creación, del que Él es la Causa como Creador.

El nombre de Alláh (s.u.) se muestra en el Qor'án y en éste nombre, vemos la síntesis de toda la existencia. ¿Por qué? No es verosímil una Creación a partir de la nada, mas bien la Creación se produce a partir de la acción Creadora de «Algo» ó «Alguien» y nada persiste fuera de este «Alguien», puesto que nada existe por sí mismo y por propia naturaleza. A este «Alguien» nos referimos con el nombre de «la Divinidad» = Alláh. Podemos decir que Alláh (s.u.) es el Único Existente y nada hay más que Él, y toda la Creación no es más que el resultado dinámico de la acción que surge de Él por la acción del Amor que dimana de Su propio reconocimiento. Ya he comentado sobre esto al principio.

Él es el «Logos Espermatikós», el Conocimiento Inseminador de cuya fertilidad surge la existencia como soporte de la consciencia intelectual. En nuestro caso, el ser humano es ese soporte en el que se funden dos naturalezas. La primera, como manifestación de La Única Consciencia en el Universo inmanente está directamente vinculada a Su Génesis, por lo tanto es atemporal y adimensional. La segunda naturaleza



pertenece al ámbito del dunia –el mundo ilusorio–, pero es el soporte necesario por medio del que se manifiesta y aprende la primera naturaleza.

Esta segunda naturaleza de la que está creado el Âdam es aparente, transitoria, es el ego que manifiesta la consciencia del Ser. Por su medio, la propia consciencia Creadora se muestra ante Sí misma a través de la incursión que El Creador realiza en Su propia creación al constituir el elemento humano. Es el elemento desde el que el Creador forma (al ser percibido) el efecto de multiplicidad y diferenciación que entendemos como atributos Suyos y que traducimos como La Creación.

Así parece que somos muchos y estamos separados, pero esto sólo es verdad en apariencia y como resultado de un proceso educativo muy limitado. Lo cierto es que somos individualidades solo en lo aparente y determinadas a desaparecer como criaturas aisladas manifestantes del dunia, de la misma manera que el dunia (lo ilusorio) tal como lo percibimos, también ha de desaparecer en algún momento. El único objetivo del dunia, como medio en el que se desarrolla la consciencia individual, es el de integrar en el Ser Único la experiencia del «otro» que cada cual tenga adquirida durante el periodo ilusorio de haber sido «una individualidad». Así es como cada unidad es creadora de la experiencia «holográfica» de la multiplicidad que se deriva del dinamismo creador.

Es labor de cada persona descubrir esta realidad, descubrir el velo de la naturaleza aparente (el velo al que llamamos nafs, ego, dunia, ignorancia) y reconocer en cada uno –seres diferenciados en el juego de la vida–, la naturaleza Única del Principio Creador y solo por este medio afrontar la Verdadera Identidad. Después de esto, ¿quién puede anhelar un charco en el camino cuando se ha conocido la Inmensidad del Mar?

Cuanto más se alimenta el ego, naturaleza del mundo ilusorio, más denso se hace éste, más fuerte y más sumerge al ser humano en el sueño de lo aparente. En realidad la naturaleza «criatura», al no ser poseedora de verdadera sustan-



cia, no es estable, nunca es un fin en sí misma, sino el medio del que disponemos para descubrirnos a su través como el Verdadero Ser. A partir de este descubrimiento modificamos el concepto de eternidad, que pasa de la concepción simplista de espíritus tocando el arpa ó atiborrándose de exquisitos manjares sobre camas de oro (de los que todavía no han comprendido el sentido de las alegorías), al estado indefinible de unión entre la parte y El Todo. Es imprescindible romper con la apariencia de multiplicidad, si se quiere descubrir la Naturaleza de Unidad.

La Luz es Una, el prisma por el que pasa es la consciencia perceptiva, los diferentes colores en que se descompone no suponen diferentes naturalezas de Luz, sino aspectos distintos de Una misma Realidad por descubrir tras cada matiz; «la Única Luz», Allah (s.u.).

Esta es la diferencia entre a) la concepción de un «dios» antropomorfo, creado para cubrir las necesidades del ser humano y de alguna manera partícipe de sus «virtudes» y deficiencias y b) la idea de Allah (s.u.) como Aquel que trasciende todo lo concebible, no sujeto a condicionamientos ni alteraciones y cuya existencia podemos descubrir en la observación del Universo como manifestación de Sus múltiples atributos.

AL MASÏID, LA ZAWIYA

No se puede entender el Sufismo sin comprender correctamente el significado y contenido de ISLAM tal y como ya he comentado. Esto es así, entre otras cuestiones, porque la Antigua Tradición Hermética contemporánea a Sidna Muhammad (p.b.) se injertó y nutrió en la promulgación Islámica desde el momento del nacimiento de esta, reconociéndola como parte de la Antigua Tradición, tal como reconoce el Qor'án al identificar a Hermes Trimegisto con el Profeta Idries.

Una vez acaecido éste maridaje, el lenguaje que se utiliza como vehículo de manifestación en todo el desarrollo poste-



rior es, obviamente, el árabe Qor'ánico. Así se da lugar a la forma de espiritualidad que posteriormente recibió el nombre de Sufismo.

Muchos de los grandes personajes de nuestra historia, hombres y mujeres, han surgido del seno de ésta Antigua y Noble Tradición que ha representado en el mundo, desde entonces, la oculta Sabiduría.

A partir de aquí es fácil comprender que en el transcurso del tiempo se hayan venido utilizando expresiones lingüísticas que, desde el árabe clásico, expresan conceptos e ideas con términos sencillos, debido a la propia estructura de la lengua árabe y que en nuestro idioma nos veríamos forzados a formular a través de todo un discurso.

Por esta razón es por la que al iniciarse en el conocimiento del Sufismo, es muy importante aprender a partir de algunos nuevos términos y expresiones, que una vez incorporados a nuestro lenguaje simplifican y amplían nuestra capacidad de comunicación universal y de comprensión en estas cuestiones, al igual que por ejemplo utilizamos universalmente el inglés para hablar de informática, ó el sánscrito para hablar de Yoga.

Esta circunstancia no nos resulta nueva, ya que no es para nosotros desconocido el hecho de que otras lenguas y culturas han influido en el desarrollo de nuestro vocabulario para la creación de un idioma más rico y con más recursos, véanse las incursiones de las lenguas latina, griega y árabe en la formación del castellano y más recientemente el francés o el inglés.

Por lo tanto no es una propuesta nueva la de aprender nuevos términos, sino que se trata de continuar la línea de enriquecimiento que desde otro momento y circunstancia socio-cultural ya venimos practicando en otras áreas del conocimiento y la comunicación como todo el mundo sabe.

Este preámbulo lo he considerado útil para explicar el motivo por el que empleamos vocablos árabes para expresar algunos conceptos. Este es el caso de expresiones cuyo contenido ya expliqué anteriormente para definir la idea de



musulmán, Islam, Alláh, (s.u.), etc., desterrando de ellos, espero, la tradicional aversión por el tópico de «lo moro», tan desafortunadamente integrada en nuestra historia.

En esta misma línea de clarificación, comento ahora por qué al lugar de encuentro le llamamos Masýid, o Zawiya para la tradición Sufi. Al Masýid (la Mezquita en castellano) no puede ser considerada como la Iglesia, entendida como el Templum latino heredado del imperio romano por el Cristianismo.

El templo es la casa donde reside «dios» en la Tierra, es el lugar desde el que se implora a la divinidad y se le ofrecen sacrificios propiciatorios. El pueblo puede entrar en el templo, pero éste es patrimonio de la casta sacerdotal que sirve a la divinidad residente.

Originalmente, al Masýid, la Mezquita, es la casa del pueblo (de la umma) y es por lo tanto para el servicio del pueblo. En ella se hace Salat y cualquier otra práctica espiritual, pero además se debate sobre cualquier tema que sea del interés del pueblo. Lo que de esta realidad hayan podido hacer posteriormente algunas gentes es un tema aparte.

Sólo bajo este aspecto se parecería la Mezquita a la Iglesia, siempre que sea interpretada desde la traducción literal etimológica del vocablo griego «eclesía», esto es; reunión de gentes y lugar donde éstas gentes se reúnen.

Pero en ningún caso es la casa de un «dios», pues Alláh (s.u.) no puede ser contenido en ningún «tabernáculo» ni en lugar alguno, ni siquiera de manera alegórica, con el fin de no propiciar confusiones. Al Masýid, además de ser un espacio para la oración colectiva, es por lo mismo escuela de Sabiduría.

La Zawiya cumple las mismas funciones que la Mezquita, pero su labor primordial está enmarcada en la tradición Sufi que hace de la Zawiya el centro de la vida de la Táriqa. Táriqa significa camino, pero también significa grupo de personas en torno a un mismo proceso de aprendizaje; es por lo tanto la escuela de enseñanza del Sheyh (el maestro) y en ella es fre-



cuenta la convivencia de los discípulos (murid) que colaboran en las labores del servicio a la Táriqa.

Ambas, Masÿid y Zawiya, son lugar de reunión donde se debaten los problemas, se formulan las preguntas, se hace el Salat y si es necesario se come o se duerme, teniendo presente el decoro que se merece un lugar público dedicado a tan específicas funciones.

Son lugares de oración porque, la umma (el pueblo), esta constituida por aquellos que, estando cercanos en el corazón, entran en el ámbito del Salat y elevan ante Dios, Alláh (s.u.) su espíritu unido. Así, saben que traspasan el umbral que divide lo cotidiano de lo Trascendente.

En la Mezquita (al Masÿid), el Imán elegido por el pueblo en razón de su virtud y su saber (así debiera de ser siempre), transmite de generación en generación el contenido de la Tradición Qor'ánica, herencia común desde Sidna Muhammad (p.b.). No obstante, en lo cotidiano, cualquier persona, hombre ó mujer, puede ser designada como Imán.

Así es que si bien llamamos Mezquita o Masÿid a un edificio construido con una estética determinada, no obstante para un musulmán (el que es dócil a la acción del Creador) el universo entero es Mezquita. Es por esto por lo que cualquier lugar limpio sobre el que un musulmán descalzo, encarado a la Qibla (dirección a Meca, nacimiento del Sello de la Profecía) pose su pie con intención de hacer Salat, automáticamente queda convertido en Mezquita por ese breve periodo de tiempo.

Queda claro entonces que para los Sufis al Masÿid no se puede considerar nunca como la casa de Alláh (s.u.). Al Masÿid, la Zawiya, tampoco son en sí mismas lugares sagrados, puesto que Sagrado es un predicado que sólo al Creador corresponde. No obstante sí son lugares del máximo respeto y consideración, pues desde ese lugar, sobre la tierra limpia, cualquiera que sea el elegido, entramos en el ámbito del Salat, el más complejo y precioso tesoro que se nos ha enseñado directamente por boca y gesto de nuestro hermano y Maestro, nuestro Sheyh, el Nabí Sidna Muhammad (p.b.).



Debe de quedar claro que para los Sufis no existen lugares sagrados al modo en que lo es el templo de concepción greco latina y que Alláh (s.u.) no puede ser contenido en ningún lugar ni tiempo. Esto último guarda una sola excepción como ya comenté en el capítulo anterior y según la enseñanza del hadiz; «No me abarcan los cielos ni la Tierra, pero sí el corazón humano». ¡Este es el «misterio» sobre el que trabajamos! Pero obviamente, esta frase no debe de ser interpretada literalmente.

Esta es una enseñanza clara del Sufismo, a través de la que se nos indica que el Principio Creador, Alláh (s.u.), es Uno con todo cuanto existe, pero que sobre todo se manifiesta en el atributo ser humano, en el arca preciada de su más recóndita intimidad. Este misterio es la puerta de todas las maravillas.

Por eso es que cada uno de nosotros es un albergue del Infinito, por eso es que nuestro corazón es insondable y *no puede ser juzgado ni conocido por nadie excepto por Aquel que lo habita*.

Hagamos de nuestro corazón un digno receptáculo y no levantemos nuestros rostros buscando a Alláh (s.u.) en un cielo lejano, cerremos nuestros ojos y volvamos la mirada hacia dentro, aquí le encontraremos en un Salat permanente, eterno, en la Mezquita de nuestro corazón..



Centro de meditación de la Zawiya en Asturias, situado en un paraje prácticamente virgen y lleno de fuerza.

VI PARTE

EL SALAT, COMO SIRATA L' MUSTAQIM O RECTO SENDERO POR EXCELENCIA

CONCEPTO DE ORACIÓN

El concepto de oración, derivado del latín, equivale a «hablar con» y cuando decimos «hablar con» es obvio que nos referimos a otro diferente de nosotros con quien podemos mantener un discurso, una charla; «tú estás allí y yo estoy aquí», «tú eres uno y yo soy otro». Esta es una relación que se inicia en la distancia y desde la diferenciación.

Esta forma de entender la oración no sólo deja clara la diferencia y la distancia, sino que además suele estar abocada desde el principio a una frecuente experiencia de frustración, pues no revierte en nosotros con los resultados que esperamos.

La religión nos induce a pedirle a Dios cualquier cosa que se nos ocurra y de esta forma nos educa para concebir a Dios como un comodín. Así pues conviene estar de buenas con Él, dado que puede conceder ó negar lo que Le pedimos alterando para ello si es preciso las leyes inmutables del Universo. Dios es, por lo tanto, como una ventanilla de peticiones dispuesta siempre para satisfacer nuestros deseos. Como los dones de Dios van a depender, eso sí, de lo satisfecho ó disgustado que le tengamos, la religión será la encargada de dictar convenientemente en nuestras conciencias lo que agrada y lo que disgusta a Dios.

Por otra parte la experiencia nos dice a la larga que Dios no suele conceder nuestras peticiones, ni aún cuando seamos



buenos «como conviene». No obstante, de vez en cuando nuestros deseos se cumplen, como es natural, y entonces la religión interviene para confirmar que Dios ha tenido misericordia, pero suele haber una casuística de por medio en la que nada nos asegura que «eso» venga a nosotros por directa intervención divina. La mayor parte de las veces nuestras expectativas no son atendidas, lógicamente, y entonces la religión interviene para hacernos entender que Dios hace sufrir a los que ama con el fin de santificarlos probando su fe.

Ante un cierto análisis crítico objetivo, toda esta componenda no parece sino una forma utilitarista de manipulación, por parte de las religiones, sobre las conciencias a costa de la idea antropomórfica de Dios. No parece por lo tanto que en el seno de algunas religiones exista un criterio claro (sin valorar intencionalidades) sobre el concepto de «hablar con Dios», de orar, pues esto no puede equivaler nunca a establecer un *diálogo entre semejantes* por lo insalvable de la distancia.

Por lo tanto, esta idea de «dialogar» con Dios, como se puede hacerlo con el vecino, puede invitarnos a esperar lo que no se debe y a pedir lo que no se sabe ó a entender ambas, esperanza y petición, bajo la forma inadecuada, con lo que es muy posible que la oración, en este caso, equivalga a un ingenuo ó desesperado intento de chantaje emocional dirigido hacia «el dios» de fabricación casera.

Esta forma de oración –en donde la mayoría de los fieles se quedan estancados–, si se caracteriza por algo es por el efecto placebo, efecto de desahogo, el consuelo de haber tenido un contertulio que todo lo ve y todo lo comprende (al modo de cada orante, evidentemente).

Pero por lo que desde luego no se caracteriza este concepto de oración es por la obtención de respuesta ya preconcebida y en el sentido que la propia idea de oración enuncia: «diálogo entre dos».

Desde esta forma de entender el rezo, el orante crea su casuística un tanto fatalista. Si lo que pide en la oración se cumple, es porque Dios se ha compadecido y si no se cumple es porque Dios no lo considera oportuno, de esta forma no



hay duda; ¡siempre se acierta! Es tanto como hacer uso de aquel refrán que decía; «si tiene barbas es San Antón y si no, la Purísima Concepción».

Desde esta forma de entendimiento se le supone a Dios un carácter voluble, seducible y olvidadizo, y al orante se le invita a creer que puede modificar la Voluntad Creadora en razón de las propias expectativas sobre lo que debiera ó no debiera de ser el curso de cada existencia.

Al cabo de un tiempo de no recibir respuesta al modo del enunciado, el fiel acaba por perder la esperanza de que al otro lado haya alguien que le escuche y pueda responderle.

Y esto es así a causa de que la idea de oración esta planteada como quien se sitúa frente a la ventanilla de reclamaciones. Es lógico por lo tanto que no se reciba respuesta adecuada a la expectativa que se crea.

Evidentemente, sí creemos que Alláh (s.u.), como Mente Universal y Principio Creador puede, y de hecho establece, relación con la criatura, pero desde luego no como nosotros podemos hacerlo con los amigos y parientes.

¿Se Le puede pedir? Sí se le puede pedir, naturalmente, pero...¿qué podemos pedir? Esta es la cuestión, pues...¿hay algo que pudiéramos necesitar y que Él no sepa ó no nos quiera conceder por olvido o crueldad?

Pensar que El Creador pueda olvidarse de la criatura es tanto como pensar que Él pueda olvidarse de Sí mismo. Creer que el objetivo de la oración pueda ser la modificación de los destinos y de las leyes del Universo es como tomar a Dios por el supermercado de las peticiones.

Por lo tanto, quienes ya conocen la respuesta a las anteriores preguntas perfeccionan sus peticiones para que no sean otras que las que puedan formular ó contenerse en una confiada esperanza en el destino que cada persona va forjando a la Luz del Conocimiento.

La relación con El Creador debe de establecerse desde otro ámbito, desde otra percepción, que, aunque es asequible para todos, suele estar adormecida por falta de una adecuada formación espiritual, pero a la que podemos acceder a poco que



nos lo propongamos seriamente y con cierta constancia después de revisar conceptos y expectativas.

Es una relación que ha de establecerse desde la confianza nacida de la intimidad y en esa confianza han de ser depositados nuestros intereses, nuestros pensamientos y *la aniquilación de todos los deseos*. Hemos de tener la certeza de que todos los acontecimientos de nuestro entorno están donde deben de estar y que todo lo que pueda ser modificado, lo será en justa correspondencia con nuestro esfuerzo –como método de aprendizaje– y siempre en beneficio de nuestra evolución ordenada. El mejor de los milagros es el que se corresponde en proporción y medida con nuestras posibilidades para incidir sobre el medio con nuestra capacidad constructiva de relación social, con nuestro trabajo, nuestro estudio y observación del medio, haciendo uso de las capacidades puestas en nosotros por la Acción Creadora.

El resto de las hipotéticas posibilidades de modificación de nuestro entorno, las que todavía no hayamos podido alcanzar, están donde por el momento deben de estar. Cuando de verdad queremos incidir sobre la transformación del medio, se requiere la fidelidad de cada uno de nosotros a los procesos de aprendizaje, actuación y evolución, con el tiempo que esto requiere. Así es como Allah (s.u.) manifiesta su dinámica a través nuestro y se hace realidad el antiguo proverbio «ora et labora», y no esperando a que nuestros intentos infantiles de manipulación sobre el destino de cada existencia, conviertan el Universo en un tablero de ajedrez.

Hemos recibido del Poder Creador unas capacidades limitadas, pero suficientes para desarrollarnos progresivamente en nuestro entorno. Aprendamos a manejarlas con la conciencia propia de quienes se saben aprendices permanentes. Cuidemos nuestras costumbres y así no tendremos que pedir por nuestras enfermedades, no robemos los bienes de los pobres y así no tendremos necesidad de pedir a Dios por ellos, pues bien cierto es que nadie escuchará estas peticiones. Porque como suele suceder, la enfermedad, la pobreza y la inmensa mayoría de los males no accidentales son, generalmen-



te, por efecto y consecuencia de nuestra mala gestión para con nosotros mismos, es decir; «la ignorancia».

Aprendamos a resolver nuestras vidas con los elementos que se han puesto a nuestra disposición y a donde nuestro esfuerzo no llegue y nuestras limitaciones alcancen sus fronteras, dejémoslo en las manos de la Dinámica Creadora con total confianza y en el *abandono de todo deseo*, pues el deseo, frente a lo que no puede ser, se fundamenta sobre la ignorancia y ésta es la fuente de muchos de nuestros males.

SOBRE EL DU'A

Dentro de la Tradición, el concepto que mas se asemeja a la idea popular de oración es el «du'a».

Du'a, es un vocablo árabe que viene del verbo Da'a. Su equivalencia en castellano es «invocar a» ó «invitar a». Por lo tanto hacer du'a, es realizar un acto de invitación a nuestra intimidad, es ese deseo de apertura que desde nosotros surge hacia el Creador (s.u.) cuando nos abrimos a Él por medio de la invocación. Al mismo tiempo equivale a la apertura permanente por la que desde El Creador (s.u.) somos invitados a Su Presencia durante el desarrollo de lo cotidiano, a semejanza de lo que sucede durante el momento específico del ejercicio del Salat.

El acto de invitar a Alláh (s.u.) a «nuestra casa», a todo nuestro ser, equivale a un acto de desnudez por nuestra parte, es un gesto por el que nos enfrentamos ante La Trascendencia sin temor, confiadamente, con todo lo que nos sea posible saber y conocer de nosotros, ya sea bueno o malo, pues no hay nada que pueda ser oculto.

El mumin (el que cree) sabe que El Creador (s.u.) no necesita ser informado de nada y sabe que Alláh (s.u.) no es manipulable, no se Le puede seducir con velas, ni con auto lesiones, ni con sacrificios, ni con etc., derivados del paganismo primitivo.



Por lo tanto, el *du'a*, es una postura de *invocación invitativa* con la que la persona dócil se coloca entregado ante la Gran Presencia para tomar consciencia de los vaivenes de su vida, de su entorno, de su relación con otras personas. Es un momento de consciencia de las propias limitaciones que nos impulsa a situarlo todo ante el Rahma (Misericordia) del Creador, sabiendo con toda certeza que cada acontecimiento está donde debe de estar.

Y en ello nos abandonamos confiadamente sin la pretensión de modificar ninguna circunstancia que se encuentre fuera del alcance de nuestras capacidades de modificación. Es del todo evidente que el Universo no puede estar construido según cada deseo. Recuerdo a propósito de estos comentarios aquel proverbio de la tradición que dice: «Si un problema tiene solución, no te preocupes por él; actúa y resuelve. Pero si el problema no tiene solución es inútil que te preocupes. En cualquier caso ¿por qué te preocupas?».

Alláh (s.u.) actúa en cada uno de nosotros permanentemente, luego... ¿qué habrías de pedir para ti ó para otro que Él no sepa que necesitáis?

No obstante si en los inicios de la andadura por las rutas del espíritu tenemos la necesidad de pedir, hagámoslo, pero cuidando los intentos de manipular lo imposible. Por lo tanto, si pedimos, hagámoslo supeditando siempre nuestra petición a la Infinita Sabiduría que ha establecido el orden en todo cuanto existe.

Como vamos viendo, este concepto de *du'a* tiene una cierta semejanza con la idea que en nuestro idioma tenemos del concepto oración, aunque ya habremos comprendido que la etimología lingüística no contiene la misma idea ni la misma disposición.

Por esto es que, debido al peso del lenguaje sobre nuestras emociones, utilizaré en adelante y de manera indistinta las palabras oración y *du'a* para referirme al único concepto etimológico del **du'a**. De esta forma espero facilitar una mejor y más cercana comprensión.

Al hacer *du'a* sin intento de manipular al Creador y de-



jándonos hacer por Él con el concurso de nuestra consciencia, nos unimos así al du'a del Universo, al gesto por el que todo lo que existe tiende al Principio de dónde procede, en movimiento constante.

En el du'a nuestra naturaleza intenta ser consciente de la acción que Alláh (s.u.) –como Principio de creación– ejerce sobre cada uno de nosotros por medio de la sencillez de lo cotidiano. Por otra parte, y a partir de ese mismo gesto, de alguna manera es Alláh (s.u.) quien ora en nosotros y modela el objetivo de nuestra existencia en la medida de nuestra docilidad.

El du'a es mucho más que un diálogo entre semejantes, pues desde nuestra percepción –todavía velada– del Creador en lo inmanente elevamos nuestra voluntad a Dios en su Trascendencia. Pero como Allah (s.u.) es el Único Existente, podemos decir con propiedad que es Él quien realmente ora, recibe y actúa en nosotros.

Du'a es la actitud de estar habitualmente en La Presencia, es la voluntad de mantener «esa» consciencia más o menos permanente, dependiendo de nuestra docilidad y de la dimensión de nuestro amor derivado del Conocimiento. Es búsqueda, reconocimiento, alabanza, adoración, unión con todo lo creado, y finalmente transmutación.

Esto implica que, como en toda forma de comunicación, tenemos que tener la idea, el conocimiento mas aproximado posible de «quiénes» son los que se «comunican».

En este caso somos individuos únicos que al mismo tiempo se reconocen como un colectivo: la especie humana. Somos una comunidad en tránsito y desde ésta percepción nos situamos ante el Creador como única meta posible por ser el Único Existente. «Oramos» hacia Él sin dejar de estar en Él y de esta forma se opera Su acción sobre nosotros.

Conocernos a nosotros mismos no es tarea fácil, pero sí posible, aunque Alláh (s.u.) nos conoce mejor por ser el Único conocedor de Sí mismo. Él es el Creador.

De Alláh (s.u.) podemos conocer Sus atributos en el marco de la Creación y de la Revelación y a su través intuirlo, pero no podemos conocer Su Esencia, como ya comentamos.



Por lo tanto, si conocer a Alláh (s.u.) en Su Esencia es simplemente imposible y por otra parte sabemos sobre Él lo que a través de la constante Revelación quiere mostrarnos, cualquier otro esfuerzo movido por el deseo de conocer más será una labor estéril, propia de teólogos pretenciosos.

UNA MANERA DE HACER DU'A

¿Cómo acceder entonces al ámbito del du'a? Con esperanza, sencillez, espontaneidad y consciencia del acontecimiento.

Gozamos de una cierta capacidad de razonamiento. Con ella podemos observar la Creación que nos rodea, como parte de la Revelación, y la hemos aceptado tras un proceso de estudio, contraste y reflexión. Al mismo tiempo que hemos ido aceptando la magnitud de lo que percibimos se ha gestado en nosotros un estado de amoroso reconocimiento, consciente y responsable. Esto en principio ya es Du'a.

Las personas, en general, están más habituadas a acordarse de Dios cuando «truenan» por la necesidad tan humana que tenemos de exponer ante «el Todopoderoso» los propios dolores, como quien hace uso del último recurso. Esto es muy legítimo si nos sirve de bálsamo, pues también debemos de acercar nuestra consciencia ante El Creador (s.u.) cuando necesitamos ser reconfortados a causa del dolor dimanante del «dunia».

Pero si el criterio de «utilización» de Dios es la posición predominante ó única como medio que utilizamos para cubrir las necesidades, siempre será una relación pobre a la que se le han puesto muchas limitaciones. Ésta oración (du'a) puede convertirse fácilmente en un intento de manipulación, de estricta utilidad y si es así, ¿qué tiempo dejamos para el amor que ha de nacer del Conocimiento?

También podemos elevar el corazón desde nuestra individualidad, puesto que el ser humano tiene necesidad de vivir en su intimidad la experiencia del Creador. Y podemos



encontrarnos en el du'a como los dedos de una mano se unen en un solo puño, podemos elevarnos como compañeros de viaje, pues la fraternidad implica el amor y el amor –como poder creador manifiesto– posee una gran fuerza en el du'a.

El du'a ha de ser vivo y lejano del ritual de la mera religiosidad, pues la relación con Alláh (s.u.) es una forma de vida y no un rito ocasional. Quién busca a Dios debe de adquirir una clara consciencia de la incidencia permanente de este hecho en su vida y de las consecuencias que de ello se derivan.

En el marco de la Revelación no es posible una vida «paganizada» –salvo en una mente primitiva– ni sembrada metódicamente de liturgias compuestas a tenor de cada necesidad; un rito para que llueva y otro para que salga el sol, un trozo de cadáver para ser venerado como propiciador de suertes perdidas, unos cuantos cirios, la laceración del cuerpo y todo un largo etc. ¿De verdad puede alguien creer que el chantaje a Dios es posible ni aún desde la ignorancia y la buena voluntad malformada?

Es más sensato entender que podemos vivir enamorados de la breve comprensión del Creador, sabiendo que Él está en nosotros más íntimamente de lo que el fuego lo está en el hierro candente. Por lo tanto la mejor oración es el acto permanente de vivir absolutamente fiados en Su acción sobre cada naturaleza. Bajo esta percepción todo cobra un nuevo sentido, no hay miedos ni oscuridades.

A Dios no se le puede atrapar en el rito, aunque éste sea legítimo cuando, algunas veces, nos sirva de lanzadera (siempre que no sobrepase los límites de la sencillez). Pero cuide-mos el exceso de rituales, pues estos encierran nuestra mente entre las formas y las apariencias, la distraen y no dejan que el Espíritu Divino ocupe nuestros corazones.

No obstante, repito nuevamente que, el pequeño ritual ayuda a recordar y a reforzar, pero siempre en el contexto de una vida responsable a la luz de la Revelación. El ritual, aunque sea sencillo, si pierde ante nuestros ojos el «alma» que lo justifica es una cáscara de fruta vacía. Y si es demasiado barroco es probable que esconda su vacuidad.



Espero dejar claro que la intención no es «desacralizar» ni desposeer de «continente» ó rito el «contenido» ó esencia. Aún cuando sólo fuera por el hecho de que somos humanos y que por lo tanto, lo queramos o no, el entorno actúa en nosotros, nuestro ánimo y disposición no son los mismos en un día de lluvia que en un día de Sol, no nos sentimos igual estando sucios que estando limpios, no nos dice lo mismo una música que otra, ni tampoco la ropa, ni las palabras, ni los gestos. No es igual una sonrisa y unos brazos abiertos que un gesto hueraño y un puño amenazante. Todo ello en su justa medida forma el rito, la liturgia, el continente por medio del que manifestamos o recibimos un contenido.

Indudablemente nuestras formas de expresión son diversas y cada uno de nosotros se manifiesta con lo que es y con lo que tiene, y todo ello en su conjunto y en el medio en el que nos desenvolvemos actúa en nosotros y predispone nuestro ánimo y nuestra comunicación.

No debemos de confundir el vehículo con el objetivo y no debemos de permitir que la evidente justificación de un rito necesario desemboque en la exageración de las complicaciones y del fasto. Sólo con que se comprenda esto el esfuerzo estará justificado.

Alláh (s.u.) no se ve afectado por todo lo que podamos decir ni por la manera en que lo hagamos. Todo ello no Le modifica ni modifica el curso de las leyes naturales. Pero, en cambio, lo que digamos y la forma en que lo hagamos sí actúa sobre nuestro ánimo, sobre nuestra percepción y nuestro ingenio, sobre la modificación de nuestra conducta y por lo tanto de nuestra vida, hasta el punto de poder impedir o potenciar en nosotros la acción benéfica del du'a y la probable resolución del conflicto.

Cuando oramos poniendo en revisión un conflicto, lo que en realidad estamos haciendo es acudir a «*Nuestra*» capacidad de resolución, y no lo hacemos sólo desde nuestra naturaleza espiritual, sino desde el *total* de nuestra naturaleza, y hemos de hacerlo con la participación real de la trilogía espíritu, mente, cuerpo. Ponemos en juego de resolución un gran



potencial y no podemos esperar a que se nos dé resuelto el conflicto desde «el otro lado», sino que mas bien abrimos la puerta del «almacén» de todas las posibilidades y recursos puestos a nuestra disposición. Aún así las cosas nunca irán por donde deseamos, sino por donde marquen los trazos del destino, lo que convenga resolver será resuelto y lo que no habremos de enfocarlo desde otra percepción mas en consonancia con cada existencia iluminada con la luz de «otro» Conocimiento.

Esta participación del total de nosotros en el du'a es lo que implica la conveniencia de imprimir -a semejanza de lo que hacemos en el Salat- una cierta formalidad, algo que, aún cuando sea discreto, sea concreto para un momento especial, al igual que lo hacemos con el resto de las situaciones diferenciadas de nuestra existencia.

El du'a también puede estar revestido de una cierta ceremonia, pues, al igual que en el Salat, el cuerpo es su soporte y conviene por lo tanto introducir en él una cierta diferenciación del resto de lo cotidiano para predisponer nuestro ánimo a entrar en el ámbito de lo sagrado. Esto implica, *siempre que sea posible*, un momento, un espacio, una disposición, una postura...

DU'A Y EMOCIÓN NO SON EQUIVALENTES

A veces, cuando nos elevamos hacia el Creador nos sentimos inspirados y llenos de riqueza para compartir. Otras, en cambio, nuestra desgana, nuestras limitaciones y problemas serán la causa de nuestro vacío, de nuestra sequedad, sin ideas ni sentimientos.

Recordemos entonces que la magnitud de nuestras emociones no valida nuestro Du'a, sino la acción que no conocemos de Allah (s.u.) en nosotros.

Pero si es que lo necesitamos, si por el momento la aportación de los sentimientos nos hace más asequible la oración - el Du'a-, podemos como forma de ayuda recordar el amor



que sentimos hacia determinadas personas que nos necesitan y de las que nos solemos acordar en la oración, ó podemos recordar la esplendidez del cielo y de la tierra, por medio de los que El Creador también se muestra para invitar a nuestro corazón a que se conmueva por la admiración y el agradecimiento.

Pero si aún así el corazón se mantuviera seco y distraído, ofrece entonces el silencio paciente del corazón agostado y de la mente distraída, y harás de todo ello una hermosa Oración, porque habrás sido capaz de dar generosamente sin sentir que recibes, y esto no es posible que suceda sin amor, aunque no lo experimentes, y por ello, tu gesto de amor limpio de criterios habrá sido recibido por Alláh (s.u.), que en momentos como este actúa sobre nosotros sin el concurso de nuestra interferencia.

Y también recuerda que tienes un cuerpo como soporte, desde el que te elevas con un firme deseo hasta la Presencia del Altísimo, y al que has puesto por tu voluntad en actitud de adoración, sabiendo que también es una parte indisoluble de ti, como receptáculo que propicia tu Du'a, y sabiendo que lo que no parece adorar la distracción de la mente, adoran la voluntad y la carne rendida ante el Creador en la ceremonia «sagrada» que estas celebrando.

De cualquier forma ya sabemos que no podemos atrapar a Dios en la vaguedad de nuestros conceptos. El Du'a, por tanto, no puede consistir en entender, gustar, sentir o imaginar, porque en referencia a Alláh (s.u.), quien busca estas cosas acaba creando su propio ídolo, y queda por lo tanto ciego e ignorante.

Nuestras comprensiones y emociones son sólo fugaces movimientos, pequeños regalos que debemos de aceptar. Pero nuestra sana ambición ha de ser más grande, pues ellos, los sentimientos y comprensiones, no son el Bien Supremo

Tenemos necesidad de *Orar así nuestra vida*. Fíjate que he dicho «*Orar nuestra vida*», y no sólo Orar *en* nuestra vida. Porque la vocación del ser humano, no es la de conformarnos con introducir en el día a día momentos de Du'a, sino transfor-



mar nuestra vida en un Du'a permanente, en la relación con los demás, en el trabajo, en la sencillez de cada experiencia cotidiana.

En nuestra relación con Alláh (s.u.) hemos de ser capaces de desprendernos de lo estrictamente racional como algo exclusivo, de desnudarnos de ello cuando sea preciso y buscar la Causa que se esconde detrás de cada apariencia, tal como ya he comentado anteriormente, porque de lo contrario correríamos el riesgo de quedar atrapados en el juego de lo ilusorio, el Dunia. Y en el logro de éste Objetivo, el Du'a, la Oración así entendida ejerce una influencia determinante.

Es totalmente cierto que, de alguna forma, Alláh (s.u.) habita en nosotros, que somos Du'a Suyo, y de alguna manera también Revelación en la que se complace, como acto de Su creación. Es nuestra ignorancia, la suma de nuestras contradicciones, nuestra vanidad, nuestros deseos, en definitiva el ego, el nafs descontrolado, lo que no permite la clara manifestación de este acontecimiento. Otras veces Alláh (s.u.) se nos oculta, Él sabe por qué.

Así pues, el total de nuestra vida debe de traslucir la magnificencia de la Creación como Revelación de Alláh (s.u.) que actúa a través nuestro. Y en los momentos sublimes en que nuestra Oración adquiere «aquella» especial consistencia, recibamos con gratitud los consuelos del espíritu, pero no como algo buscado, sino como algo gratuitamente recibido y que sabemos que es transitorio.

Cuando estas «alegrías» pasen, y pasarán, demos gracias a Dios por ellas, pero no queramos atraparlas si llegan, entendiendo que cualquier momento del Du'a es un paso entre otros y, al igual que toda acción de Alláh (s.u.) en nosotros, es dinámica, es un proceso de transformación. Recuerda que, un paso aislado nunca es en sí mismo una meta estable.

El resultado de la experiencia habitual del Du'a incide decisivamente sobre la transformación de la persona en el nuevo ser al que todos estamos llamados, y que no nace de las propias ideas y pensamientos, sino por la acción transformadora de Alláh, y desde una íntima profundidad antes des-



conocida, que se va Revelando en nosotros, pero no solo para nosotros, sino que también hacia los demás y con proyección de Universalidad, como corresponde a la acción transformadora de Alláh (s.u.) a quien hemos dado paso en nuestras vidas. Recuerdo al poeta que decía; «es imposible tocar una flor sin que se estremezca una estrella»

En definitiva, la experiencia del Du'a ocupa un puesto en el pináculo de la pirámide como obra de nuestra transformación, y nos permite vivenciar el Amor de Alláh (s.u.), como el más grande de los dones con poder de modificación, hasta el punto de que sin Él nada de lo que hagamos adquiere su plenitud. Afrontémoslo con todo el espíritu, con toda la voluntad, con todo el cuerpo, porque nada hay en nosotros que no deba de ser descubierto como la Sede del Infinito.

Él sólo nos juzgará por como Le hemos amado, y por cómo hemos amado en el lugar en el que hemos y con quienes hemos vivido, y por ninguna otra cosa.

Esto, en definitiva, es ser un creyente. Un creyente es el que actúa como tal, y como fruto de su relación con Alláh (s.u.) comparte con sus hermanos, convirtiéndose así en una Revelación permanente de Alláh (s.u.) entre los hombres.

Todo esto forma parte de nuestra función como vehículo de Revelación que cada uno somos en el marco de la Creación. Y nuestra fidelidad a la acción de Alláh (s.u.) es nuestra parte de responsabilidad en el proceso de unión con Él, dentro del ámbito de lo colectivo y de Su acción hacia nosotros.

El Du'a es también nuestro momento de decir sí de forma voluntaria a Su plan, es el instante de confirmar nuestra voluntad de unión en la experiencia de Unidad Universal como un Todo coherente.

El total de las demás experiencias diarias, aciertos y errores que en cualquiera de los múltiples aspectos de nuestra existencia hayamos podido tener en nuestro intento de fidelidad, quedan fundidos en este momento del du'a, donde se justifican y adquieren su plena función y significado en nuestro proceso de aprendizaje durante la práctica del «método».

En resumen, esta acción del Du'a como gesto de Alláh



(s.u.), sobre cada persona, y desde cada persona hacia los demás, forma parte de la Revelación cotidiana, como una incursión de Alláh (s.u.) que se nos muestra interactuando en nosotros en el día a día. Esto es lo que llamábamos anteriormente «Revelación horizontal», entendiendo por ello la acción evolutiva cotidiana de la Voluntad Creadora, impresa ya desde el primer gesto creador sobre el ser humano, para diferenciarla de aquella otra Revelación, incursión directa puntual de Alláh (s.u.) en la historia de la humanidad por medio de la Profecía, a la que llamaba Revelación Profética vertical.

EL SALAT

Con lo dicho anteriormente iniciamos la entrada en el área del Salat. Una vez aclarado el contenido de este nuevo concepto se comprenderá fácilmente que oración, según lo ya explicado, y Salat no son equivalentes.

Decíamos que el origen latino de oración equivale al concepto en castellano de diálogo, hablar con alguien, en tanto que, en origen, el vocablo árabe Salat es un derivado del sustantivo «Sela», que significa contacto, conexión ó relación. Por lo tanto, el Salat es ese ámbito en el que «el Abd», «el Musulmán», ó «el dócil» (que en castellano viene a significar lo mismo), aprende progresivamente y a la par que es introducido por Allah (s.u.) a conectar con Su Presencia, en cuya conexión llega a ser totalmente absorbido y fundido en El Sí Mismo Creador.

El Salat es una dinámica continua en ascendencia y no un acontecimiento accidental aislado del resto de la vida de la persona. Es un proceso que, junto a las demás prácticas de la Tradición, es el eje en torno al que gira la acción progresiva que rompe con el juego de la dualidad, es lo que inicia el descorrimiento de «los velos», el dominio sobre el ego y el despertar a otros estados de conciencia.

El conjunto de prácticas –como método de «acercamien-



to» al Creador-, en la Tradición está contenido en el concepto de 'Ibadat. Esta palabra tiene su origen en el sustantivo «Abd», del que ya comentamos su significación como; «dócil a la Dinámica Creadora». Del sustantivo «Abd» se forma el sustantivo «Taabud» que equivale a «asumir responsabilidades como «Abd».

Por lo tanto, la práctica de la 'Ibadat equivale a la ejecución de los ejercicios y técnicas que responsablemente y como dóciles a la Acción Creadora hemos decidido aceptar como medio para alcanzar la meta propuesta. El Salat es uno de estos ejercicios.

Entrar al área del Salat es entrar en el ámbito de lo Trascendente. *Es algo que solo se debe de poner en práctica con consciencia de este acontecimiento y no puede estar desligado del resto de los elementos en torno a la vida individual y colectiva.*

El Salat es ese momento de alabanza y reconocimiento, de unión consciente y deseada por el que nos situamos dóciles ante la acción modificadora del Principio Creador en nosotros, Allah (s.u.).

Comienza con el Wúdu. Éste es el acto inicial de preparación y significa limpiarse, purificarse, quitar de ti aquello que interfiere, eliminar lo que dificulta, romper con la armadura que nos enmascara, para así situarnos totalmente desposeídos ante la acción transformadora del Creador en nosotros. Es por lo tanto un acto de renovación con el que asumimos la predisposición de consciente apertura en plenitud y en aproximación al estado de Filtra ó de simplicidad primigenia al que cualquier practicante, según estas explicaciones, debe de aspirar .

Pero además del sentido de preparación espiritual, el Wúdu tiene una funcionalidad práctica que, como todo en la Tradición, nunca separa lo cotidiano de Lo Trascendente. Así pues, la práctica del Wúdu nos ayuda a lograr el estado de relajación física y reactivación mental que vamos a requerir durante la ejecución del Salat.

Al lavar manos, pies, orificios del rostro, cabellos (orificios, extremos y puntas) ó el total del cuerpo, según el caso, indi-



camos simbólicamente nuestra predisposición de enfrentarnos limpios de cuerpo y espíritu ante La Trascendencia. Además se produce un resultado de carácter biofísico al eliminar el exceso de electricidad estática del cuerpo e inducirlo a la relajación y a la reacti-vación del circuito sanguíneo. Desde muy antiguo (anterior a la tradición sinaítica) es conocida la eficacia de este ejercicio para ayudarnos al despertar de la actividad mental.

Las absorciones de agua por la nariz, activan las abundantes terminaciones nerviosas de las fosas nasales, de la pituitaria, por lo que para simplificar ésta aclaración, no viene mal recordar aquí la similitud entre el Wúdu y algunas prácticas del Kriya Yoga, a fin de no tener que extenderme en más explicaciones sobre los efectos de esta práctica ya conocida entre muchas de las personas que ya son «caminantes».

A este gesto le sigue el Azdan, del verbo Azzana equivalente a dar permiso, autorizar algo o a alguien. El Azdan se hace cantando, siempre que es posible, en voz alta para que sea bien oído por todo cuanto nos rodea. Con el Azdan se anuncia al Universo entero: «¡escuchadme criaturas!, nada es comparable con Alláh (s.u.), solo Él es la Realidad y yo soy testigo de este acontecimiento por el magisterio de S. Muhammad (p.b.), el anunciador del que soy partícipe».

Estas dos frases de entrada, por las que reconocemos la Absoluta Unicidad de Alláh (s.u.), y el Magisterio Profético de Sidna Muhammad (p.b.), conforman lo que llamamos la Shahada, la puerta que abre el conocimiento del estado de Islam ante la consciencia libre y responsablemente dispuesta.

Con este gesto se anuncia a todo, se invita a todo a participar en la fiesta; «venid al Salat, venid a la felicidad». No se trata de un acto en solitario –aunque en algún momento estemos solos–, pues esto no es posible para el Caminante. Cada «Musal-li» (practicante del Salat) es como un radio que junto a otros muchos conforman una rueda en cuyo centro se encuentra la Kaaba. La autoría de este pequeño templo cúbico de piedra tallada, bajo cuyo subsuelo se encuentra el manantial de Zam-Zam, se atribuye tradicionalmente a Abraham.



En el momento del Azdan, el Muecín –así se llama al que lo canta–, sabe que su voz es la voz de la Creación que situada frente a su «Rabb», su Señor, es como si dijera; «henos aquí ante la puerta de Tu Misterio, somos el Espejo en el que se mira Tu Rostro, ¡ábrenos!».

El Azdan equivale a la llamada ante la Puerta de la Trascendencia, es la llave que abre lo que esta cerrado ante los sentidos ordinarios.

Lo iniciamos con un cántico de viva voz, lanzada a todos los vientos, en reconocimiento de la grandeza exclusiva del Creador, sólo Alláh (s.u.) es Grande. Esto no implica comparación posible, sino que sólo Él es verdadero, Él sólo guarda la Grandeza inconmensurable de lo conocido y de lo desconocido, pues sólo Él, Es.

Es entonces, ante éste reconocimiento, que todos los ídolos de barro y de madera, todos los diosecillos, los formados por el ego y la ignorancia, caen ante nuestros sentidos desalojados por la Grandeza del que todo lo llena.

Después de este reconocimiento primordial (sin el cual se hace imposible otro paso), nuestro enfoque se dirige hacia el Único Verdadero, sin dudas y sin confusión. Nos presentamos a nosotros mismos en nuestra condición de «Abd», de individuos dóciles a la Acción Creadora sobre nosotros, esto es, musulmanes (recordar el significado de éste término fuera del concepto popular).

Esta es una presentación personal y colectiva ante el total de las criaturas del Universo, algo así como decir; «que toda la Creación sepa hacia Quién me dirijo y quién soy».

Es tanto como decir; «Yo soy de los que reconocen que Todo no es más que Uno y lo sé porque participo de la dimensión profética de la humanidad, en todos los Maestros y Profetas de todos los tiempos y en todos los lugares, resumidos en el magisterio de Sidna Muhammad (p.b.)».

Pero aunque cada uno de nosotros es un acontecimiento perfectamente diferenciado en la historia del Universo, no somos un «algo» aislado de un «todo», sino que estamos integrados consubstancialmente en el Todo, que no lo es sin «la parte».



Conscientes de esta verdad indiscutible continuamos el Azdan, la llamada, invitando a la congregación de todas las personas, de todos los seres, a formar entre todas las partes ese total, ese Uno, rendido en reconocimiento ante Su propia dimensión Trascendente como El Creador (s.u.): «Venid al Salat, venid a la Felicidad», «entrémonos Amado en la espesura», que pregonaba el místico poeta inspirado en los padres del Sufismo.

Somos conscientes de que cada Salat no es un acontecimiento localizado en un solo lugar y en un solo tiempo en torno a un solo individuo. Cada Salat es un acontecimiento Universal que trasciende nuestro tiempo, nuestro espacio y nuestra aparente separación, por esto nuestra llamada tiene como objetivo propiciar en nuestra consciencia lo que de hecho ya es en la más absoluta realidad.

El Azdan es pues, en resumen, el pregón que anuncia un acontecimiento que trasciende a la propia individualidad. El preludio de la Unión definitiva que entre Creador y criatura ha de darse revelando Una Sola Realidad que, cinco veces al día, es como el avance de ese otro Salat permanente que esperamos, el reencuentro en el Tawhid, en la Unidad.

Hay un instante de silencio durante el que cada persona se coloca fraternalmente unida a otras dos, una a la izquierda, otra a la derecha, como quien tiene el deseo de formar un solo cuerpo, una sola realidad, una verdadera unión en la que significamos: «ante El Creador no hay diferencias, no hay distancias, Todo es Uno, Uno es Todo».

Alguien se separa del resto, se coloca al frente, solo, de cara a la tierra de donde nace la Tradición y de espaldas a todos y a todo –aunque no en ausencia–, es el Imán, palabra derivada del adverbio Amam (el que va delante). Imán puede serlo cualquier persona supuestamente digna en cualquier momento, por eso es que en el imanato no existen sentimientos de prioridad o prepotencia y si se pone al frente es porque él marca la armonía del movimiento uniforme, como en cualquier otra acción colectiva.

Él Imán sabe que en ese acto nada puede esperar de nadie excepto del Creador (s.u.) y sabe que a su espalda están sus



conocidos, «la Umma» –de la misma raíz que el adverbio Amam de donde se deriva Imán–, quienes le siguen en su cometido. Y sabe que al mismo tiempo su presencia simboliza en ese breve momento al guía, al Nabí (Profeta y Maestro), a Muhammad (p.b.) el iletrado –«Ummi»– (palabra que también procede de la misma raíz lingüística Amam), porque ante El Creador (s.u.) nadie sabe nada, aún cuando vaya el primero entre iguales.

Pero recordemos que antes de iniciar el Salat nos hemos preparado con el ejercicio del Wúdu, con la desposesión de todos los estorbos, con la ruptura de las corazas, con ese deseo de retorno al estado de Fitra o de simplicidad primigenia. Por lo tanto, en el acto de ser Ummi (iletrado) ante la Trascendencia, el Imán, que representa a la Umma tras él, se hace simbólicamente también como un recién nacido de madre, «umm», que también pertenece a la misma raíz lingüística.

En definitiva, en representación de todos, sin deseos, el Imán se convierte en alguien que desposeído, desnudo, ignorante aunque sea sabio y como un recién nacido, se abre ante El Creador (s.u.) y deja salir de su corazón una alabanza. Esta alabanza es el preludio, el inicio de un estado de alabanza continuada que alaba sin cantar, que comunica sin hablar y que con el tiempo nos mantiene (si tenemos la fortuna) en un Salat continuado donde sólo canta el corazón.

Ya quedó claro que Salat no es equivalente al concepto popular de Oración, pero importa lo que unos y otros puedan hacer y entender sobre ambos conceptos. Lo que realmente aquí nos interesa es transmitir una idea clara de a qué nos referimos cuando en nuestro caso diferenciamos entre Oración y Salat. Que llegemos o no a realizarlo en su plenitud es otra cuestión.

Podemos hacer aquí un paréntesis para resaltar la posibilidad de que lleguen a las puertas de La Tradición personas encandiladas con la idea místico-romántica del Sufismo –el Sirata l’mustaqim-. Quizás sean personas embargadas de una razonable desinformación y aversión por el concepto popular de Islam, pero que ansíen encontrarse con técnicas exóticas ó bien con la



revelación de los Arcanos Misterios desgajados del concepto puro de Islam original.

Este presupuesto no se va a dar, porque a veces no hay personas con un continente adecuado para tanto contenido. Quien no es capaz de superar el prejuicio del concepto aversivo acumulado en la historia y en la desinformación popular, no está maduro para otras sutilezas.

«Quien no quiera arriesgarse a teñir sus manos de la oscura fertilidad de la tierra, no podrá descubrir los suculentos frutos que esconde en su seno».

No obstante, lo que vamos comentando sobre este tema como un principio de introducción es por sí mismo de tal magnitud que ello solo y su correcta ejecución supone un alto grado de iniciación dentro del Recto Camino (Sirata l' mustaqim).

Continuando con el Salat, hasta tal punto su práctica es importante que supone el eje del Sufismo y su correcta realización exige un estilo de vida con un alto dominio de la propia naturaleza física, energética, intelectual y espiritual. Aspectos que solo *aparentemente* están diferenciados en el Ser Humano, quien progresivamente se ha de percibir, al integrarlos en sí, como un conjunto que constituye una misma realidad.

El Salat bien ejecutado sería suficiente por sí solo, si Alláh (s.u.) lo quiere, para lograr Aquello que en definitiva supone la búsqueda de todo caminante, la Unión del amante, el Amor y el Amado.

Inicialmente el Salat exige voluntad, constancia, autodominio, eliminación del prejuicio, entendimiento, lucidez, dominio sobre el ego, clarificación del concepto, amor desprendido, alto sentido del agradecimiento frente a la Acción Creadora, esperanza, sabiduría natural (aquella que sin academicismos nos permite instruirnos en consonancia con la creación). Pero cuando lo hemos incorporado en nuestras vidas se convierte en la sal de nuestra existencia.

El Salat es un paréntesis en el transcurso de nuestra cotidianidad para afrontar la grandeza del Ser Humano que, al reconocerse Mumin (el que cree) y habiendo decidido en libertad, se sabe fundido y Uno con el total de lo existente en un



instante de fraternidad cósmica, en el que TODO es dócil a un solo Principio y ante el que gustoso se somete.

Con toda su naturaleza, el Mumin, el Abd, se rinde en adoración ante la Grandeza Incomprensible del Creador (s.u.) que habita en su corazón y no sólo en un cielo lejano.

Durante el Salat, el «orante», no alza su cabeza buscando por arriba sin saber muy bien por donde, sino que mantiene su mirada en un punto cercano a sus pies con el fin de evitar la dispersión de la mente. Es un acto de recogimiento, consciente de que El Poder Creador (s.u.) se manifiesta en Su criatura hasta fundirla en Él mismo mediante la Iluminación por la que percibe el misterio desvelado de la Unicidad. Con su corazón rompe todas las barreras y se sitúa en el punto de confluencia, la Kaaba, desde el que unido a millones de corazones, en concordancia, eleva su alabanza hacia el Creador. No obstante, si bien cualquier punto del Universo puede ser una referencia válida, el propio corazón es la mejor Qibla, la mejor referencia.

El Salat es ese Gran Momento de la Unidad por medio del conocimiento, de la voluntad, de la intuición y de la unión en común de todos los que se sienten o desean ser dóciles a la acción del Creador, Alláh (s.u.), como Principio Dinámico que imprime en cada uno de nosotros el signo de la existencia. Así posibilita sobre cada Mumin, cada dócil, la manifestación de Sus atributos; «Sabiduría, Misericordia, Tolerancia, Nobleza, Amor,... aquí el Mumin se sabe renovado en su creación».

Es por este signo de Unidad y Coherencia por el que todos hacemos el Salat en la lengua en que nos fue transmitido, con los movimientos que nos enseñó el Maestro y que describen su nombre, Sidna Muhammad (p.b.), preferiblemente en unos tiempos determinados del día, con el cuerpo marcando una dirección, la Kaaba, a donde cada persona debe de peregrinar al menos una vez en su vida, si le es posible. Esta peregrinación es lo que llamamos «el Hayy».

Durante el Salat nuestra boca pronuncia alabanzas y adoración, nuestro espíritu se eleva junto a la Gran Presencia que lo embarga y lo penetra, como el fuego penetra en el hierro



candente. De aquí que la palabra Salat se derive del sustantivo «Sela», cuyo significado, como decíamos al principio, equivale a contacto, conexión, relación. Y no puede haber contacto de ninguna forma entre Creador y criatura sin que ésta no se sienta embargada en Él.

Los movimientos del Salat simbolizan el arcano «perpetuum móvile», el signo del movimiento circular, en cuya ejecución se recuerda que todo regresa al Principio Único tras el paso por la escena que representamos en el teatro del Universo.

Alcanzar, por lo tanto, este nivel de comprensión adquirido sobre la experiencia, exige en primer lugar la acción de Alláh (s.u.) sobre nosotros y posteriormente un deseo comprometido de búsqueda y respuesta desde nuestra parte. Esta acción, este especial «toque», es algo que inicialmente todos recibimos, pero al que, en el uso de nuestro libre albedrío, no todos damos contestación. Lo podemos detectar desde el inicio mismo de nuestra búsqueda, no importa cuando comenzara ni por qué derroteros fuera, pues el mismo deseo de «búsqueda» es ya un claro indicativo de haber escuchado «la llamada». Es una labor de por vida que nos exige constancia cotidiana, nadie nos obliga, nadie nos pide cuentas, Alláh (s.u.) siempre espera, Él es el Paciente, pero es nuestra decisión día a día la que determina si en este periodo de nuestra existencia alcanzaremos o no la meta propuesta.

Así pues, si somos verdaderamente coherentes con nuestra formulación del deseo de concordancia con nuestro destino, para y por el que hemos sido llamados a la existencia, esto es, a cerrar el círculo, acceder a la Unidad, el Salat no es prescindible. Si algún día, como esperamos de nuestra docilidad y Su acción sobre nosotros, alcanzamos el Salat permanente en este periodo existencial, entonces sólo Alláh (s.u.) sabe... Hasta entonces simplemente somos caminantes tras las huellas que otros han ido trazando.



EL DZIKR

La palabra «dzikr», del verbo «dzakara», es igual a recordar. Significa la acción misma del recuerdo por la que se hace presente en la persona el objeto de su invocación. De alguna manera es equivalente al «mantram» hinduista, budista.

Su práctica está indicada para antes ó después del Salat y en general en cualquier momento en el que podamos dedicar toda nuestra atención a los ejercicios del método espiritual y estemos tranquilos después de «aparcas» nuestras inquietudes y obligaciones.

En el curso del día tenemos muchos de esos minutos de paréntesis entre una y otra actividad, es el tiempo en que no podemos hacer otra cosa que esperar ó trasladarnos a otra parte. Éstos también son buenos momentos para la práctica del dzikr.

Puede hacerse en silencio, en voz baja ó en voz alta, cantando ó recitando un sonido monocorde, en íntima soledad ó en grupo. Depende de la circunstancia y del tipo de dzikr.

Cuando se practica en soledad, consiste normalmente en la repetición consciente de una frase breve ó de una palabra, dirigidas siempre hacia la Naturaleza Creadora (s.u.).

En La Tradición, entre «la gente del camino», esta frase ó palabra es dada siempre por el Sheyh y es él quien aconseja el momento de recitación y el momento de cambio.

La recitación del dzikr se hace de memoria y en su práctica, según ésta sea, se usan los dedos de la mano ó las cuentas del tasbih, con el fin de poder repetir el ejercicio un número determinado de veces.



En la situación y manera adecuadas, la repetición del dzikr va apartando la consciencia del primer obstáculo, que es la percepción de las distracciones, las ataduras del nafs, el ego, como elementos que te invitan a fundirte en la confusión de lo apariencial y frustrante con la dulce seducción de sus exigencias.

Son distracciones naturales que indican que por el momento no hemos podido aparcar las inquietudes y quehaceres. Pero no nos preocupemos por ellas, no les prestemos atención y no hagamos el esfuerzo de apartarlas, porque se harán mas insistentes. Mantengamos la constancia en el ejercicio porque éste acabara doblegando la dispersión.

Más tarde comenzaremos a percibir cómo el dzikr va conduciendo suavemente la atención hacia la Gran Presencia. A partir de ese instante perderemos la consciencia de la palabra que se repite y se convertirá en un sonido monocorde, mecánico, cuya funcionalidad será la de tener atrapada la mente fuera de la distracción. Poco a poco el espíritu gozará de un simple estar contemplando, sin más, en la intimidad con Aquel que todo lo llena.

Hay un periodo al inicio de las prácticas espirituales cuya duración está condicionada a cada persona y al poder del ego sobre ella. En este periodo surgirán dudas de si estamos aprovechando adecuadamente nuestro tiempo, de si no lo estaremos perdiendo en vez de dedicarlo a otro tipo de legítimas distracciones, como hace todo el mundo. Aparecerán en nuestra mente observaciones como aquellas de; «tengo derecho a aprovechar mi vida», «total, para cuatro días que vamos a vivir...».

Y ¡ciertamente!, estas exigencias se fundamentan sobre un principio de verdad, el que nos indica en lo más íntimo que, si hemos sido llamados a la vida, indudablemente ha de ser con el derecho natural a gozar de ella, sin duda, de lo contrario la existencia seria una crueldad.

No hemos nacido para sufrir, como se nos ha inculcado desde nuestro entorno religioso occidental, pues aún cuando el sufrimiento aleatorio esté incorporado a la vida misma y



forme parte del aprendizaje, el objetivo de nuestra existencia es «El Conocimiento», que no el dolor.

La práctica del dzikr afinará nuestra percepción de las «ataduras» a lo ilusorio y supondrá un avance en la agudeza de la visión y, por esta causa, aquellos nudos que se van deshaciendo irán siendo sustituidos por la percepción cada vez más habitual de La Realidad que pugna por ser descubierta en nuestro beneficio, lo que irá facilitando el acceso a un equilibrio y paz interna permanentes.

Desaparecen poco a poco los temores, las inquietudes y la práctica correcta del dzikr, conjuntamente con los demás ejercicios de la *ʿIbadat*, comienza a generar en nosotros *la energía espiritual* que impulsa nuestro proceso de modificación hacia la plenitud de nuestra Naturaleza. Ésta es la energía espiritual a la que denominamos como Hikma y que en la tradición Yóguica se tipifica como la Kundalini.

El Hikma, como fonema, se forma desde la raíz «hakama» y siempre indica acción, movimiento, la dinámica evolutiva. Su significado lingüístico se relaciona con la idea de auto gobierno, de ser Sabio. Es decir, de regir tu existencia según la Sabiduría, la Maʿarifa como Verdad Esencial.

Hikma es por lo tanto la matriz original que se alberga en todo cuanto existe, pero que en el hombre es el equivalente al poder de la Sabiduría de Alláh (s.u.) puesta en acción.

VII PARTE

VISLUMBRANDO EL ANTIGUO SENDERO

«Un camino de mil kilómetros se comienza con un paso, una fortaleza con una piedra, una montaña con un grano de arena, un bosque con sólo una semilla. Desde un firme propósito no vencido cualquier horizonte puede ser alcanzado.»

Llegados a este capítulo ya hemos ido perfilando nuestra comprensión de qué es el Recto Sendero. Por lo tanto este es un buen momento para recordar a los buscadores de «la Alquimia» que el Sirata l´mustaqim de los Sufis no es un Camino abierto para pasear por él, hoy hacia arriba y mañana hacia abajo. Aquí la indecisión no tiene cabida, en nuestros propósitos afianzados por la convicción nacida durante los años de múltiples experiencias contrastadas ya no puede haber sitio para la indecisión «hoy quiero, mañana no quiero». Las distracciones con los «fuegos artificiales» del entorno han perdido su fuerza en nosotros, pues ésta es una Ruta para ser hecha con decisión, con esperanza, con amor, pero también con un espíritu fuerte de «guerrero con corazón de roble viejo», como lo es «la gente del Camino». ¿Por qué? Porque nos espera una larga labor de verdaderos artesanos alquimistas.

Samadhi, Nirvana, Iluminación, el Faná de los Sufis, no son más que diversos vocablos que aluden en diversas culturas al Supremo Estado, el que se opera en cada persona a partir de la Gran Transmutación sobre lo elemental, lo ilusorio, aquello que con tanto afán los buscadores iniciados de todos los tiempos han querido alcanzar desde la Promulgación Hermética.



Para lograrlo, el Camino a recorrer y las técnicas empleadas guardan una gran similitud entre sí, diversificada tan solo por su acoplamiento a las diversas culturas en diversos tiempos. Pero el origen del Gran Conocimiento es Único.

El propósito esencial de las técnicas de modificación –aunque estas enseñen nuevas formas– es una propuesta que no va dirigida hacia la acumulación de datos intercalados en nuestra mente y entre nuestros antiguos esquemas de pensamiento. Su propósito está enfocado hacia la modificación de las estructuras educacionales que hemos construido con el paso del tiempo y que son la causa de algunas de nuestras erróneas convicciones. Solo así podemos propiciar la eliminación del oscurantismo y de la confusión.

Podría decirse –si se entiende correctamente– que la gran dificultad para acceder a la Gran Transmutación radica precisamente en su extrema simplicidad. Esta dificultad no consiste tanto en lo que tenemos que aprender, sino en lo que hemos de «desaprender». En definitiva, no hay nada que buscar ni que intentar ser, ya que potencialmente se tiene Todo y se es Todo; la cuestión es descubrirlo. La dificultad, por lo tanto, se reduce a la labor de «limpieza» que hemos de realizar sobre el ego para liberarlo de todas las cargas que han generado su confusión a causa del exceso de apriorismos, esquemas, etiquetas y subjetivismos que hemos acumulado por culpa del condicionamiento cultural cuando ha sido negativo.

Somos semejantes al grano de trigo que en sí mismo guarda una infinidad de cosechas a condición de que primero germine en las condiciones adecuadas. Y si el grano de trigo está cubierto por una cápsula que dificulta su germinación, primero habrá que romperla.

ÀGERA (REALIDAD) CONTRAPUESTO A DUNIA

Para percibir nuestra plenitud es necesaria previamente una ardua labor de «limpieza» de aquellos prejuicios y condicionantes que en el decurso de nuestra educación hemos ido



adquiriendo, así como también hay que tener en cuenta el remodelado de los sentidos para ir dejando paso franco a «esa» otra percepción que, en cada persona, se despierta cuando comienza a ver tras las apariencias y a escuchar la música del silencio.

Cuando algunas personas hablan de tener «una mente liberada», generalmente quieren significar que se sienten capaces de hacer y de aceptar cosas que otros no hacen ó no aceptan. A veces la confusión sobre este concepto les sirve a estas personas para disimular la falta de educación ó el mal gusto.

En el seno de la Antigua Tradición «una Mente Liberada» es aquella que ha sido capaz de alcanzar tal nivel de evolución que «conoce» la diferencia entre el mundo ilusorio y la realidad oculta, y por lo tanto vive en consecuencia con esta percepción. Lo ilusorio es cada imagen que se forma en nuestro cerebro por medio de la percepción de los sentidos, todo lo que es transitorio y carece por lo tanto de existencia propia. Como ya dijimos es lo que en la Tradición llamamos «Dunía», lo que está cercano a nuestra percepción inmediata (según el comentario que hicimos en la V parte), en tanto que la realidad oculta tras cada apariencia es lo que designamos con el término «Ágera», lo último, lo que está mas allá de lo inmediato, lo existente «per se». Por lo tanto, esta persona que ha «desvelado su rostro», que ha dejado caer los velos que dificultan la profundidad de su mirada, obra desde otra percepción, la de quienes han «liberado» su mente de las ataduras propias de aquellos que viven tomando por real lo que es ilusorio.

Quien se inicia ha de tener bien claro que ha comenzado un proceso de seria modificación de sus hábitos, de sus criterios, de su conducta en general, pues no es posible progresar en el desarrollo integral de la naturaleza humana manteniendo una especie de ensalada de comportamientos dispares y en contradicción con aquello que se dice pretender. Como comentábamos al principio: «Si tu cesta está llena, ¿qué podremos introducir en ella?»



Por lo tanto hay que comenzar con la realización de prácticas aparentemente poco luminosas, prácticas de modificación en la conducta, pero en cuyo contenido se encierran las claves del despertar. Estas prácticas implican la revisión de la propia vida, son los ejercicios dirigidos a potenciar el autocontrol del ego –el nafs– y nos ayudan a realizar el esfuerzo de comprender mas allá de las apariencias para después ser armónicos en nuestras acciones.

Y así se preparan los materiales para la construcción de un nuevo edificio espiritual a partir del conocimiento, pues solo el previo conocimiento nos acerca al dominio sobre todas las dimensiones de la propia naturaleza.

Algunas personas, cuando desean iniciarse en la disciplina Sufi, suelen suponer que les esperan respuestas a grandes incógnitas, a grandes «misterios» y secretos ó complicadas técnicas que pondrán en sus manos ciertos «poderes». Esta es una deformación derivada del mercadillo popular de lo espiritual y no se corresponde con la realidad cotidiana. No obstante, la percepción de LA REALIDAD faculta a algunos de los iniciados para «actuar» alternativamente entre Dunia y Ágera, pero este es un tema delicado sobre el que evitamos cualquier tipo de comentario a través de un libro. Son cuestiones para tratar personalmente y con discreción solo con las personas adecuadas.

También es posible que en los inicios, algunas personas, adopten en el ademán y en el diálogo una cierta afectación, como para dar a entender que se frecuenta una técnica para privilegiados y que de alguna forma «ya se es conocedor».

Hay que estar prevenido en contra de estas actitudes infantiles de adoración del ego, del nafs, que son producto de la autocomplacencia ignorante. En la Antigua Tradición estos movimientos emocionales del nafs están claramente identificados como «el gran mentiroso» y el iniciando debe de cuidarse de ellos.

Hacia estos primeros pasos de autocontrol y conocimiento que se van describiendo conduce el Sheyh al murid –el Maestro al discípulo– intentando que comprenda con sencii-



llez la grandeza de lo aparentemente simple, en cuya práctica comienza a reducirse la intensidad del dominio que el ego ejerce sobre las demás cualidades de nuestra naturaleza.

Es un periodo de prácticas devocionales necesarias que se debe de recorrer con constancia y fidelidad hasta que, más adelante, la ejecución de algunas de ellas se vaya mostrando insuficiente en su función, al ir apareciendo progresivamente y de manera espontánea (aparentemente aleatoria) la Presencia que invita a otro enfoque de las prácticas, a otros estados de conciencia preludio de la que será la experiencia de transformación progresiva.

Durante este periodo de transformación, el proceso no será necesariamente como una línea recta ascendente, sino mas bien como una hoja de sierra. Lo habitual es un movimiento que oscila entre cúspides y valles, en ocasiones nos parecerá que va bien y en otros momentos nos podremos sentir abatidos, pero no hay nada de anormal en ello.

En cuanto a la relación entre Maestro y discípulo, es en este periodo cuando se comienza a tener una idea aproximada y todavía un tanto fugaz del Sheyh que se alberga en el hombre de las limitaciones. Se comienza a diferenciar en una misma persona dos realidades compatibles entre sí y unidas en una sola naturaleza; por una parte el hombre limitado y, como tal, discípulo permanente, pero a su través y en él mismo, el Maestro.

Debe de ser una relación fundamentada en el discernimiento, en la prudencia y el respeto, pero sin sumisiones ni magnificencias exageradas. ¡Cuidado con la tendencia a la veneración!, esta es una deformación fundamentada en el mito y absolutamente contraindicada en el Sufismo, por lo tanto no es conveniente y puede dificultar la capacidad para diferenciar la naturaleza vulgar del hombre, del Canal de la Baraka (bendición).

Este periodo, durante el que se comienza a vislumbrar el Antiguo Sendero, debe de estar dedicado, entre otras prácticas, a la lectura y comprensión intelectual de las Escrituras de la Tradición, en las que se transmiten los conocimientos



que se ignoran. Es como si sembráramos sobre nosotros mismos. Esta comprensión alcanzará posteriormente su dimensión esotérica, el vislumbre de la realidad que la escritura adecuada oculta a los ojos del no iniciado. Es el periodo de la germinación y el crecimiento de lo sembrado.

Este centenario Maestro, ahora extinto, vivía en una permanente abstracción contemplativa ante la presencia de Allah (s.u.) y, aunque se mantuvo prácticamente oculto, la fama de su santidad ha traspasado las fronteras de la discreción. Está considerado en la actualidad como uno de los grandes Espíritus que el Sufismo ha tenido. Primavera del año 2000.

SOBRE EL SUFISMO, TAMBIEN LLAMADO «EL TASAWWUF».

Sobre los Sufis se ha escrito y se ha dicho casi todo. Quizás haya sido su discreción y la falta de interés por el proselitismo la causa de que el vulgo haya dado rienda suelta a las mas diversas fantasías. Los comentarios van desde los que afirman que son una especie de secta mística dentro del Islam, a los que fabulan con extraños y mágicos seres ocultos revestidos de cualidades extraordinarias. Puede que esta última sea una de las causas que acercan equivocadamente al Sufismo a determinadas personas deseosas de notoriedad.

Esto quizás sea debido, entre otros posibles factores, al hecho de que los propios Sufis no han tenido un especial interés en presentarse al mundo como un colectivo salvador, ni tampoco han mostrado deseos de singularizarse en modo alguno. No obstante su obra literaria es enorme y su influencia sobre el desarrollo de la cultura en general, tanto en Oriente como en Occidente, ha tenido -con frecuencia desde la sombra y desde la discreción- un impacto mucho mas decisivo de lo que tanto el ciudadano medio como algunos académicos conocen.

Es en el seno del Sufismo donde se desarrollaron muchos de los preclaros espíritus de los que se nutrieron la mística y



las ciencias en Oriente y Occidente. El Sufismo fue la fuente de inspiración de aquellos grandes Maestros alquimistas, astrónomos, constructores, artesanos, matemáticos, geógrafos y médicos que colaboraron en la creación de los cimientos de nuestra civilización.

LOS ORÍGENES

El vocablo «Sufi» (vestido con lana) es un vocablo árabe. Según una creencia popular, es una especie de mote de relativamente reciente creación que se fue adoptando para referirse a ellos cuando, en la antigüedad, se cubrían con el tradicional manto de lana.

Pero como ya comentamos en la parte quinta de este trabajo, los Sufis identifican el origen de su nombre con el verbo Safâ que, como dijimos, significa puro, claro, transparente.

Con la aparición de Sidna Muhammad (p.b.), la Antigua Tradición como corriente espiritual ya existente, que después se conocería como Sufismo, reinicia abiertamente su desarrollo protegida por el corpus Islámico. Anteriormente había sido transmitida de generación en generación utilizando diversos vehículos y presentándose, aún bajo diferentes nombres, como las diversas vías del Conocimiento.

El Sheyh Hakim Jami (1.414 - 1.492) cita entre otros, como transmisores del Sufismo, a mentes tan preclaras como; Aristóteles, Platón, Hipócrates, Pitágoras, etc., y a la cabeza de todos ellos Hermes Trimegisto. Personajes, todos, de tan decisiva influencia sobre el desarrollo de nuestro pensamiento.

El Islam, como nueva identidad social, permitió a La Gente del Camino –otro de los apelativos utilizados– protegerse de la persecución que, a sangre y fuego, ejercía el Cristianismo Paulino-Constantiniano desde el poder del Imperio Romano contra cualquier forma de sabiduría en discordancia con la doctrina Trinitaria.

La Antigua Tradición no solo muestra un absoluto respeto por la ortodoxia del espíritu Coránico –en lo que es esen-



cial-, sino que al mismo tiempo lo nutre con la solera de su antigua sabiduría. Esto lo hace con el ejercicio de una aguda mirada heterodoxa que permite al Sufí percibir «más allá de la estricta primera apariencia del cerco de La Escritura», tal y como recomienda el Qor'ân.

Dentro del propio Islam ortodoxo ya perfectamente encuadrado y definido por las diversas escuelas de los ulemas – quienes en la tradición cristiana se llamarían «teólogos»–, el Sufismo ha sido visto siempre con recelo, cuando no perseguido directamente. Al mismo tiempo desde el propio Islam popular, y en no pocos casos entre los propios eruditos, se considera que no se puede concebir Sufismo sin Islam y viceversa.

Es mi conocimiento sobre el Sufismo (Tasawwuf) lo que aquí puedo reflejar y, puesto que no me considero un erudito, he creído oportuno acompañar mi pensamiento con la opinión y mismo criterio de otros expertos Universalmente reconocidos, pues al tener experiencias semejantes, me hallo en perfecta concordancia con ellos.

Dado que los mejores expertos en Sufismo son los propios Sufis, veamos que se dice de esto en el marco de la Tradición, con el fin de que estas palabras puedan continuar aportando algo más de luz sobre quienes son.

En las Sentencias Sapienciales de Ibn 'Atâ Allah de Alejandria, comentadas por Ibn 'Aÿiba al-Hasaní, fundador de esta Táriqa, se hace esta descripción; «Al Yunáid dijo; mi existencia es desaparecer de la existencia con lo que se me muestra en la contemplación».

«El Sufismo (Tasawwuf) es que despiertes a la Verdad para vivir en ella después de haber aniquilado lo que no hay de cierto en ti. Es estar en Allah después de la aniquilación de toda dependencia y de todo deseo».

«Es revestirse de toda cualidad elevada y desnudarse de toda vileza. Es el florecimiento de las cualidades nobles, en cualquier momento noble, entre gentes nobles».

El Sufismo está construido sobre estas cualidades; «el afeccionamiento a la sencillez de vida y a la necesidad de Verdad,



la realización por la humildad del propio reconocimiento y la liberalidad, y el abandono de toda inquietud por las cosas y de todo deseo».

«Es dejarse fluir en la Dinámica Creadora. Es actuar según las Esencias (haqâiq) sin ser dominado por las apariencias. Es recuerdo (dzikr) con reunión, pasión con audición y acción con seguimiento».

«Es situarse paciente frente a la Puerta de la Sabiduría, del Amado (Habîb), aunque parezca que no se abrirá nunca. Es estar protegido de la ignorancia y ante el Secreto que en todo se esconde. Es hacer las cosas de manera sencilla habiendo vencido la dificultad que encierra a la sencillez».

«El Sufi sincero se sabe pobre aún cuando sea rico, es humilde aún cuando sea poderoso y se hace discreto después de la fama».

Y Ash-Shabli dijo; «El Sufi está apartado de la Creación apariencial y unido a la Verdad Esencial, pues Allah ha dicho «te he hecho para Mí». No lo reduce la tierra, ni el cielo es bastante para cobijarlo, pues él es la Sede del Infinito»

Obviamente este es un pequeño esbozo del espíritu Sufi a partir del que se pueden deducir algunos criterios, y creo que es suficiente para aproximar una idea de su carácter, que a lo largo de este libro se va perfilando.

Lo que sí se podrá percibir con claridad es que no ofrece algo tan nuevo, tan sorprendente, que no se haya oído o leído alguna vez en alguna parte. Ni tampoco dice algo que no pudieran subscribir cualquiera de las grandes religiones o corrientes espirituales conocidas.

Su singularidad no se encuentra tan solo en la lógica completamente racional de lo que enseña, sino en *cómo lo hace* y en la pedagogía tan coherente y asequible del método que emplea como herramienta que facilite el acceso al Gran Conocimiento previo al Faná, la aniquilación de la individualidad que da paso a la Unión entre Creador y criatura.

En realidad, el hoy llamado Sufismo no es más que la prolongación de la antigua Sabiduría cuyo origen y datación ciertos nos son técnicamente desconocidos, –con absoluta eviden-



cia- y aunque sí hayamos podido situar lo inicios de la promulgación a partir de las Tradiciones, lo cierto es que no guardamos al respecto ninguna certeza histórica ó arqueológica.

No obstante, hago constar aquí que prestigiosos Sheyh, a través de las reconocidas líneas de la Tradición –la Sílsila, herencia ininterrumpida de Maestros–, identifican este origen del Tasawwuf en la Revelación Hermética, de la que hace una discreta referencia el Qor’ân al referirse al Profeta Idries, con el que algunos expertos escrituristas identifican desde la antigüedad a Hermes Trimegisto.

A partir de éste y otros datos de diversas fuentes se identifica el Sufismo como la línea directa e incorrupta del Hermetismo y a éste como el origen de donde brota nuestra Tradición –hasta donde nosotros podemos conocer-. Hoy podemos encontrar esta Fuente de inspiración fundida en el concepto *primigenio* de Islam.

De esta Fuente se han nutrido las grandes religiones y corrientes espirituales o filosóficas de algunas tradiciones, en ocasiones inspirándose unas en las otras, a veces plagiándose claramente y deformándose en el tiempo por la manipulación interesada ó a causa de la necesaria adaptación a las diversas lenguas y culturas en el decurso de la historia.

Pero todas ellas han guardado un eje de semejanza más o menos difícil de identificar, dependiendo del nivel de deformidad que, al constituirse con el paso del tiempo la estructura religiosa, se haya implantado a causa del costumbrismo étnico ó por la intervención de la «teología» dogmática.

Por lo tanto; «el Sufismo oculto en el seno de la concepción Islámica *original*, no es otra cosa que Aquello Primero que se guarda –a veces irreconocible–, en el corazón de todas las corrientes espirituales monoteístas, y su origen no es otro que La Promulgación Hermética». La dificultad para percibir esta perla oculta estriba en la modificación a que algunas de estas doctrinas se han sometido –exceso de manipulación–, hasta hacer irreconocible el propósito original.



LA SITUACIÓN HISTÓRICA

Hagamos una breve pero necesaria alusión a la historia, para situar un poco el contexto religioso en el que surge la promulgación Islámica como continente del Tasawwuf.

A partir de mediados del siglo IV, la Antigua Tradición – que había experimentado una considerable libertad de manifestación en el mundo greco-latino– se verá obligada a iniciar un periodo indefinido (entonces) de prudente ocultamiento. Esta retirada de la escena pública fue debida a la persecución que comenzó progresivamente a desencadenarse contra toda ideología no concordante con el reciente triunfo de una de las muchas versiones del Cristianismo; la facción Católica Trinitaria, de reciente formación.

A través de su amistad personal con el arzobispo Osio de Córdoba, el emperador Constantino se había convertido en defensor de ésta interpretación del Cristianismo que, gracias a la intervención imperial, y posteriormente en el curso de la historia, se iría convirtiendo en la poderosa institución de corte monárquico que hoy conocemos –al igual que todas las demás– como la «única verdadera». No olvidemos que a principios del siglo III, Hipólito, obispo de Roma, cita 32 creencias cristianas en franca competencia por la ortodoxia, y que a finales del siglo IV existían 128 variantes del cristianismo, según el obispo Filastro de Brescia, quien no escatima agresiones verbales contra Calixto, entonces obispo de Roma y contra sus seguidores los Calixtianos.

Esto nos permite comprender el clima de mutua agresión ya anteriormente relatado en los comentarios que, a finales del siglo II, hace el filósofo Celso cuando dice hablando de los cristianos; «...y como consecuencia de haber llegado a ser multitud, se distancian los unos de los otros y se condenan mutuamente, hasta el punto que no vemos que tengan otra cosa en común sino el nombre (...), ya que por lo demás, cada partido cree en lo suyo y no tiene en nada la creencia de los otros».

Es entre los años 160-180 cuando comienza a cuajar la corriente ideológica para la que Ignacio de Antioquía acuña el



nuevo concepto de «católica», a la par que introduce la idea del episcopado monárquico. A su vez, el tunecino Tertuliano, a principios del siglo III, es el creador de la noción de iglesia, la doctrina sobre el pecado, el perdón, el bautismo cristiano, la penitencia y la noción de Trinidad.

Ésta nueva versión del cristianismo surgió como una corriente derivada a su vez de la iglesia de Marción, en cuyo seno se recopila, sobre los escritos existentes, el primer Nuevo Testamento.

Ya hemos comentado anteriormente que es a esta nueva versión del cristianismo a la que, a la sazón, pertenece el arzobispo Osio de Córdoba, consejero del Emperador y tutor de su hijo, y por lo tanto con capacidad para ejercer una gran influencia en la Casa Imperial.

Constantino, bajo el consejo de Osio y con una lista confectionada por él, hace donación de tierras, edificios y dinero a los obispos de Asia –de la misma ideología que Osio-. Posteriormente, decide convocar bajo su mandato en el año 313 el primer Sínodo de obispos de la facción católica y junto al emperador Licinio declaran el cristianismo como religión lícita. Mas tarde, en el 326, muerto Licinio por Constantino, decide éste hacer de la versión católica del cristianismo la religión del Imperio.

A partir de este momento los obispos católicos en el poder influyen en la decisión de declarar ilícita cualquier otra forma de pensamiento, ya provenga de las ciencias, de la filosofía ó de cualquier otra forma de cristianismo ó religión. Los obispos reciben la dignidad de príncipes y poder para juzgar y condenar, participan en el ejército haciendo de la jura de bandera un sacramento y, posteriormente, determinan que ningún militar puede serlo sin haber sido bautizado católico previamente. Será pues el catolicismo trinitario la única religión «verdadera» en todo el Imperio.

De esta manera se anula la licitud de cualquier otra corriente ideológica, y se ordena la destrucción de cualesquiera de los textos que hasta entonces pudieran conservarse. A causa de esta debacle social, la Antigua Tradición decide proteger-



se en el anonimato. Ha comenzado un largo periodo de persecución y creciente ignorancia que habría de conducir a Europa hacia una era de oscurantismo no superada hasta el renacimiento de la Antigua Sabiduría .

EL RESURGIMIENTO DE LA ANTIGUA TRADICIÓN

El Judaísmo había modificado la sencillez inicial de la promulgación Mosaica inspirada en la Antigua Tradición y el esfuerzo del Profeta Jesús por liberarlo de sus cargas había sido en vano; ...»colocáis tantas cargas sobre los hombros de los que os siguen que ni os salváis vosotros ni dejáis que se salven ellos». Por otra parte, la profusión de las nuevas doctrinas Cristianas inspiradas en el paganismo greco-latino, en las creencias Mitraicas y en una confusa base de judaísmo, habían hecho irreconocible cualquier vínculo con la Antigua Tradición.

En el año 570, nace en la Meca el profeta Muhammad (p.b.), quien nuevamente promulga el *anterior* concepto de Islam a partir de la Revelación Qor'ánica. En ella se recupera el Antiguo Conocimiento de la Tradición, libre de las cargas impuestas por unos y otros y se renueva lo esencial de la tradición Abrahámica y Sinaítica que en ese momento se haya en franca decadencia, como ya sabemos. La promulgación Muhammadiana se asienta sobre el fundamento de la igualdad entre los pueblos y la tolerancia hacia las diversas corrientes ideológicas unitarias de la tradición Profética, y muy sólidamente sobre un único principio dogmático; es el Tawhid, la Absoluta Unidad. El resto de su enseñanza se deriva de Esta Realidad incuestionable.

En este medio de tolerancia y simplicidad, la Antigua Tradición, sabiéndose protegida, resurge de su ocultamiento estando ya integrada en el Corpus Islámico, en cuyo medio vuelve a recuperar su incidencia sobre la historia.

Lógicamente, desde este momento, es en el ámbito Islámico –gracias a la intervención de Sidna Muhammad (p.b.)– don-



de la antigua sabiduría (antes oculta para preservarse de las persecuciones organizadas por el cristianismo católico desde el aparato militar del Imperio) recomienza su desarrollo y alcanza su edad de oro entre los siglos VIII al XIII, muy especialmente en la España Andalusí, considerada como una de las cunas del Sufismo universal.

Al Ándalus dio al mundo algunos de los más grandes Maestros del Sufismo, cuya incidencia sobre la cultura universal ha sido de un valor difícilmente cuantificable. Desgraciadamente, y para bochorno de los españoles, es precisamente en España donde son desconocidos, a pesar de formar parte del elenco de los hijos más preclaros del mosaico que conforman las diversas culturas de la Península Ibérica.

Solo la obra de Ibn al Arabi, de Murcia, en el siglo XII, que fue publicada fuera de España y hoy en parte recuperada por la Consejería de Cultura de la Autonomía Murciana, nombra a setenta grandes Maestros andalusíes en su época. Que nuestra tierra haya dado como fruto a personas de espíritu tan preclaro, de cuya sabiduría se ha nutrido el mundo, no parece que haya sido suficientemente satisfactorio para los que se erigieron en custodios de «otras» tradiciones. De hecho, la ignorancia popular sobre este acontecimiento obligó a muchos buscadores del espíritu a investigar nuevas rutas en otras culturas y en otros países lejanos, con la esperanza, tantas veces frustrada, de poder acercarse a las fuentes de la Eterna Sabiduría. Jamas nos haremos una idea exacta del magnicidio que supuso para la cultura de la Península Ibérica la masacre contra los *españoles* de creencias judías ó musulmanas.

Éstos son los perjuicios derivados de los «recortes» interesados sobre la información propiciando la ignorancia. Yo he tenido la fortuna de ver en otros países los monumentos que se les dedican a algunos de ellos y el prestigio del que gozan sus memorias.

Quizás en este punto sea acertado incluir unos versos de este murciano, Ibn al Arabi, nacido alrededor del año 1165 y considerado como uno de los más grandes maestros del Sufismo universal, que decía:



«Mi religión es el Amor, unas veces me llaman pastor de gacelas, otras monje cristiano o sabio persa,... no le deis nombre, para no poner límite a Aquello cuyo vislumbre desbarata toda limitación».

¿Quién ha de temer tanto este pensamiento –si no es la ignorancia– como para haber empleado tanto esfuerzo en relegarlo al olvido?

En definitiva, la sabiduría Sufi no nace de «el Islam» como «otra religión», y en cambio hoy no sería accesible sin entender y poner en práctica correctamente el concepto Islam que, desde pretéritos tiempos, se fue revelando y perfilando progresivamente ante la comprensión del ser humano, desde los albores de otras culturas y con otras lenguas, hasta la definición Muhammadiana.

De la misma manera que el Sufismo no nace del Islam pero, en cambio, hoy día no puede ser comprendido sin él, el Islam no nace de S. Muhammad (p. b.), pero tampoco puede ser entendido sin él. Y aunque el Sufismo nutre al Islam y al mismo tiempo es nutrido por él, no surge en cambio de «religión» alguna, sino que es anterior a todas ellas, es «la perla oculta», es el ESTADO DE ISLAM ó ESTADO DE PAZ en su más primitiva y pura concepción, no alterado por el tiempo ni deteriorado por la intervención humana.

Ser Sufi, por lo tanto, no equivale a ser o no ser miembro de tal o cual confesión religiosa como estructura organizada y, no obstante, en la actualidad el Sufismo *sólo es accesible* en su sencillez desde el conocimiento del *estado de Islam de la promulgación y sus antecedentes históricos*, si bien es cierto que no podemos obviar las dificultades que en el transcurso de la historia y desde los localismos se han ido añadiendo en el acontecimiento islámico-sufi, incluyendo la *injerencia excesiva* del costumbrismo árabe y de otras culturas colonizadoras.

Hoy el Sufismo se nos presenta recubierto del Cuerpo Islámico, el lenguaje que se utiliza en sus definiciones es el árabe y las prácticas pertenecen todas al ámbito musulmán. Estas particularidades confunden al gran público y a la mayoría de los musulmanes ortodoxos, haciéndoles creer que el origen del



Sufismo se encuentra por lo tanto en «la estructura» que con el transcurso del tiempo se ha ido constituyendo como «la religión Islámica». Esto no es verdad.

Este criterio es erróneo, pues es tanto como decir que el Sufismo se deriva *de la estructura posterior* (como otra religión mas) que ha sido formada para contener una idea *anterior* a la forma. El Sufismo tampoco puede ser *aislado de un total histórico antecedente*, pues es «la perla» que se oculta, a veces, en lo mas profundo de «esa» línea de la historia espiritual, cultural y social del ser humano como una manera de percibir la existencia. Cuando nos expresamos en árabe, por ser la cultura transmisora, traducimos sencillamente con términos propios del árabe. Pero en otras lenguas lo diríamos de otra forma sin alterar el contenido del significado. Por ejemplo, al emplear el griego podríamos decir con toda propiedad que un Sufi es un Filósofo tal como lo entenderían en la Grecia clásica. Habría diferencias en el lenguaje y en algunas formas del método, pero el objetivo sería siempre el mismo; la búsqueda del Conocimiento y, a través de él, el encuentro con la Trascendencia.

Después de lo comentado sería un tanto contradictorio con la historia suponer que antes de la estructura organizada como lo que hoy conocemos por «la religión Islámica» no hubo ni mística ni conocimiento alguno.

Solo en el caso de que comprendamos la idea de Islam (según comentamos en el capítulo correspondiente) como una dimensión que abarca el total de la existencia y no como una religión mas entre otras -tal como popularmente se supone- habremos acertado. Es esta comprensión la que nos permite entender la Creación como Un Todo armónico y coherente que surge de la Voluntad Hacedora y cuya dinámica solo puede ser «percibida» mediante el nivel de consciencia que reside en «cada ser aparente». «Eso percibido» es lo que entendemos como la Línea de Revelación a lo largo de todo el proceso creador, con las variantes de forma y método (que no de contenido) que a este acontecimiento le imprime cada experiencia profética.



Así podríamos decir (recordando comentarios anteriores) que Islam es el Estado de armonía y docilidad que todo cuanto existe alcanza al ir cumpliendo con el objetivo de su existencia. Por lo tanto, el Estado de Islam ó de Suprema Armonía se inicia con el primer gesto Creador, y el Sufismo sería la concreción pura y *buscada* de este Estado en el ser humano. Aquí sí cabe decir acertadamente que la Antigua Tradición, tras los diversos avatares de la historia y ya reconocida como Sufismo, se identifica con este concepto atemporal de Islam, en cuyo medio fue *nuevamente* manifiesto tras siglos de ocultamiento y tomó la forma que hoy conocemos a través de la promulgación Muhammadiana.

Hoy podemos conocer este Islam genuino, pero no sin algunas serias dificultades surgidas de las diversas interferencias étnicas y de las interpretaciones posteriores de las diversas escuelas de los Imanes. Históricamente, este Islam nace con Muhammad (p.b.), pero en lo esencial también es anterior a él, ya que el eje de su promulgación es la Tradición Profética.

Y es que no existe otra alternativa para alcanzar la Transmutación Alquímica del ser humano que no sea aquella que desde antiguo se nos viene indicando; un método cuya eficacia haya sido contrastada en la experiencia y que por medio del Conocimiento (obviamente razonado) nos ayude a distinguir lo aparente de lo real. Que nos proponga vivir en consonancia con éste descubrimiento y que, por esta causa, despierte en nosotros un amor inquebrantable, por encima de cualquier otro, hacia la Causa última de nuestra existencia, el Principio Creador.

Este método de reunificación, oculto unas veces, evidente otras, en el seno de las tradiciones de no importa qué pueblos, es válido en tanto que la «estructura de la religión» haya evolucionado hasta comprender el concepto de Unicidad que se oculta tras cada «apariencia» y no se haya apartado de La Línea central de este concepto.

En el curso de los siglos, la Tradición Profética –como ya indica el Qor'ân– se manifiesta de forma progresiva entre diversos pueblos y desde sus orígenes anuncia la Unicidad del Principio Creador, la necesidad de serle dócil y su manifes-



tación en el ser humano. Todo esto es muy anterior y no es por lo tanto original de Sidna Muhammad (p.b.)

S. Muhammad (p.b.) no promulga una «religión nueva», sino que desde su propia experiencia de la Revelación del Qor'án, como Profeta que Lo recibe, presenta la síntesis depurada y el colofón de toda la Antigua Tradición con vocación de universalidad e inicialmente ante las tribus árabes, a las que nunca considera como «el pueblo elegido», a diferencia de cómo se consideran los judíos.

Inmediatamente, debido a esa vocación de universalidad, S. Muhammad (p. b.), la ofrece ante el mundo. Por lo tanto el Qor'án, que inicialmente fue Revelado a un Profeta árabe y que custodiaron los árabes, es por decisión de la propia Revelación patrimonio de la Humanidad y no de un solo pueblo.

A la tradición islámica hay que añadirle los Hadices o conjunto de dichos y hechos del Profeta (p.b.) que son inestimables como vehículo de enseñanza y que constituyen la Sunna, como resolución a cuestiones entonces planteadas con perspectiva de actualidad, pero que no tienen la categoría de Verdad Revelada.

Por lo tanto lo que hoy conocemos por Sufismo ya existía en la antigua Sabiduría con otro nombre, enseñado en otras lenguas y ejercido con prácticas semejantes, pero en esencia –rito– siendo un mismo Conocimiento.

Afortunadamente, y gracias a la universalización de la dimensión Islámica, la Antigua Tradición, heredada de generación en generación por la gente del Camino, los compañeros y no importa qué otros nombres se le dieran en el curso del tiempo –como posteriormente el de Sufis– encontró en la promulgación de S. Muhammad (p.b.) la continuidad del Recto Cauce de Aguas Vivas que se remonta hasta El Manantial de donde todo procede.

De esta forma, la promulgación Muhammadiana, se muestra como un vehículo de transmisión de toda la Antigua Tradición, llegando ambas a enriquecerse mutuamente para dar a la historia una multitud de grandes hombres y corrientes culturales que se injertaron en el mundo conocido con una huella indeleble.



Gracias a la Tradición Espiritual que recoge Sidna Muhammad (p.b.) y a la que imprime un singular espíritu de coherencia y sencillez, –para hacerla asequible a todas las generaciones– se convierte en el Maestro Inspirado de una Nueva Era Espiritual además de ser su Nabí (Profeta). Pues abre los secretos de la Tradición Hermética, celosamente guardados en la historia de la Profecía, y los entrega al mundo custodiados por el pueblo Sufi, haciendo de Islam y Sufismo una sola realidad mostrada en distintos niveles de comprensión .

Por esto, entre las gentes de la Tradición se cuenta que el Profeta (p.b.) dijo en una ocasión; «quien oiga la voz del pueblo Sufi y no le preste atención, sea tenido por necio».

Podríamos decir, a partir de estos comentarios, que el hoy llamado Sufismo es la quintaesencia de la dimensión Islámica en el seno de la Creación y que de sus Aguas han bebido todas la Tradiciones.

En la actualidad es perfectamente posible acceder a la Antigua Tradición –que la desinformación de determinados sectores supone perdida–, pero ¡que nadie se engañe!, la puerta de acceso pasa *necesariamente por el Islam de la promulgación*. Es aquí donde hay que saber buscar adecuadamente para separar el grano de entre la paja (lo «árabe-moro») de nuestra concepción cultural histórica con sus cargas peyorativas, realidades mas ó menos afortunadas y mitos hábilmente urdidos.

Este esfuerzo de «desbroce» inicial beneficia a los verdaderos buscadores, puesto que implica el ejercicio de preparar la apertura de la mente y limpiar el corazón de prejuicios. Ambas son condiciones previas para la Iniciación en el Sendero de la Sabiduría.

Hay dos puntos a considerar, por la importancia que tienen, ya que ambos determinan hoy día el criterio popular sobre «el Islam».

Primero: la cultura tradicional del pueblo árabe o de otras etnias que hubieran convivido con el Islam, han influido en su presentación externa, ofreciendo en ocasiones una desafortunada imagen que distorsiona y confunde la verdadera naturaleza del Islam.



Segundo: con frecuencia, y a lo largo de la historia, las potencias occidentales tanto políticas como religiosas han usado este último argumento para desprestigiar y aún mentir sobre el «ser musulmán».

No hay más que comprobar la opinión generalizada entre la media de los ciudadanos para constatar que el juicio que emiten está fundamentado sobre los razonamientos de los dos puntos anteriores.

Es por todo esto por lo que, decía antes, es necesario poseer una mente abierta y un corazón limpio de prejuicios. De lo contrario no entenderemos el concepto de Islam en toda la grandeza de su sencillez, que ha sido durante siglos el vehículo extraordinario donde se ha guardado el contenido del Sufismo. Y en cualquier caso hay que considerar que una idea original –en este caso Islam–, *no es necesariamente* aquello que sus hipotéticos seguidores puedan hacer con ella.

No obstante, beber hoy de este néctar pretendiendo prescindir del vaso que lo guarda es una quimera; *no es por lo tanto viable enfrentarse al Sufismo sin estar previamente cincelado por el Islam de la promulgación que lo contiene*. Esto es así hasta el punto de atreverme a asegurar que Sufismo e Islam son dos vocablos diferentes para definir una misma realidad desde distintos niveles de percepción. Desde el concepto de religión como un cerco cerrado que no desdeña el mito, como estructura organizada en jerarquías, dogmas, ritos, leyes, premios castigos, etc., entenderíamos –al igual que otras religiones–, el Islam popular. Desde la idea del método como un vehículo de enseñanza espiritual –que se asocia a la ciencia–, para el acercamiento a la comprensión de la existencia, ofrecido sin chantajes, no impuesto, aceptado desde la responsabilidad personal, desde la razón, la experiencia, el libre albedrío, etc., entenderíamos lo esencial de Islam y la tradición Sufi como dos caras de una misma moneda.

El Sufismo es también un método pedagógico que trabaja no sólo con el espíritu sino también con el cuerpo –incardinado en su medio–, pues no podemos concebir el uno sin el



otro, ya que entendemos al ser humano como «un todo» indisoluble constituido en la diversidad.

Este método pedagógico pretende incidir sobre la modificación de la conducta de los individuos, y en su contenido, proporción y metodología está adaptado al fin que pretende; que cada persona sea sujeto activo de su propia evolución, que se realice en todo lo complejo del ser persona, firmemente activo en el entorno del que participa y del que forma parte indudable. De esta manera, cada individuo es artífice en su proyecto de identificación, ubicación y propósito existencial, ya que para el Sufi *todo* forma parte de Una Única Realidad, La Esencia Primigenia, Alláh (s.u.).

Este método es el llamado Tasawwuf. En él, como en cualquier otra disciplina de cambio, *nada* es prescindible si se quiere alcanzar el objetivo que se pretende, el estado de Unidad. Dicho de otro modo: «el retorno al primigenio estado de Fitra o de simplicidad original por la vía del Conocimiento».

El Tasawwuf como método es dinámico y por lo tanto adaptable a los tiempos y a las personas, ya que así es como debe de ser si queremos que sea entendido y posibilitado en diferentes épocas, si bien los principios elementales por los que se rige son eternos e inmutables. Al respecto de este tema, haremos los comentarios pertinentes en la parte VIII de este tratado.

EL SIRR. LOS SECRETOS DE ALLÁH (S.U.)

Un atributo de la Consciencia Creadora Primigenia se manifiesta, durante el proceso de desarrollo de la creación, como Adán (ser humano). Cuando abandona la Luz Original, este atributo se reviste de piel, Adam, a partir del barro, Adim (la materia). Es el continente material creado progresivamente por modificación de la energía (a partir de la simplicidad original) donde se contiene un aspecto atemporal del Increado, causa del primer movimiento.



Esta piel es «el velo» tras el que se oculta la Naturaleza Luminosa original produciendo en cada receptáculo humano la quimera de ser como un algo diferenciado e independiente del Ser Absoluto.

Del reconocimiento de esta verdad surge una propuesta de vida como Objetivo último del método Sufi, que es facilitar el progreso de cada persona por medio del conocer racional y hacia el descubrimiento del Ser de Luz en si mismo. Este Conocimiento da paso al amor nacido de saberse «parte» de la Naturaleza Divina y este amor funde a la persona ante la Presencia viva del Creador. Habido este enamoramiento –que produce la alquimia de la transmutación verdadera–, el ser humano es conducido hacia la Maârifa –Conocimiento Sutil–, preludeo de la experiencia llamada Al Ishraqiá ó Amanecer de la Sabiduría. Esta experiencia es una verdadera inundación de la Luz Divina que desaloja del ser humano cualquier atisbo de oscuridad, a semejanza del amanecer desplazando las tinieblas de la noche oscura. Es el estado de Al Insán al Kamil, el ser «perfecto».

Ibn Sina (Avicena) y otros muchos autores trataron de estas cuestiones, al igual que lo hicieron magistralmente sus contemporáneos españoles Ibn Rus (Averroes), Ibn al Arabi el murciano, el preclaro Ibn Tufail, etc.

Antes de gustar estas experiencias, al alcance de cualquier persona que sinceramente se sienta inspirada, es imprescindible una total fidelidad al método, que no puede ser afrontado como una experiencia pasajera, motivo de un capricho de la moda, sino como un estilo definitivo de vida. Durante el periodo de acrisolamiento por la práctica del método, la persona no suele ser todavía el «Abd» (dócil a), el que de verdad «comprende» sino que, con frecuencia, se sigue postorando ante la idea de un «dios» confuso en el que intuye la Naturaleza múltiple del Rabb (el Señor). Intuye, pero no percibe todavía el significado de la Unidad con todas sus consecuencias. Es el estado de ignorancia necesaria (el «mal» necesario) para hacer posible el conocimiento del mundo fenoménico, y por tanto la Gnosis. Es el proceso por el que



la Naturaleza Creadora adquiere la percepción de Sí Misma a través del Âdam.

Por lo tanto la ignorancia, el ego a veces descontrolado, «el mal», el Sheitan ó como queramos llamarlo, cumple inicialmente una función necesaria pero no tiene mas poder sobre nuestra naturaleza que aquel que queramos cederle en su labor de fortalecer en nosotros el sentido de dualidad, de separación. Por ello es importantísimo mantener la constancia en la 'Ibadat, aquellos actos y ejercicios del método, como el Salat y demás prácticas, que refuerzan la comprensión y progresiva Unidad en Alláh (s.u.).

Como vamos comentando, este «mal», el Sheitan *inicialmente necesario*, no es otro que el Nafs, el ego y el mismísimo velo de la separatividad, el creador del mundo ilusorio desde cada uno de nosotros mismos, es el creador del Dunia de los Sufis y del Maya de los hindúes.

Sin el Nafs no podría existir el Universo Criatural que conocemos, sino tan solo la continua percepción que Alláh (s.u.) tiene de Sí Mismo. Por lo tanto Alláh (s.u.) como Principio Creador, no habría podido manifestarse por medio del ser humano ante la ilusión que es la Creación, como aparente diversidad del Ser Absoluto.

Repitiendo, pues, nuevamente: la Creación es un «juego» ilusorio por medio del que el Creador se manifiesta ante Sí bajo la apariencia de múltiples Criaturas. Diríamos en un cierto tono de alegría que El Creador juega de esta manera al escondite consigo mismo.

Dado que en nosotros este «velo que oculta la realidad» es la naturaleza del continente corporal, el yo, nuestra primera labor consiste en descubrir «el juego» para inmediatamente desvelarnos por el Gran Conocimiento. Así cerramos el círculo retornando a la Luz Original y, habiendo ya superado la estéril y a veces inocente ignorancia situarnos en el primigenio estado de simplicidad ó docilidad –estado de Fitra– en el Tawhid (Unidad).

En tanto que nos relacionemos con las criaturas como hipotéticas «realidades» a las que percibimos independientes



entre si, mantendremos activo «el velo» formando parte de «los velados», los ignorantes. A todo lo mas que podremos llegar en este estado es a captar la primera «realidad apariencial»: que somos una parte diferenciada de un total, ni muy diferentes ni mejores en cuanto a nuestra naturaleza animal. La realidad es que formamos parte de un Todo indivisible en modificación constante, constituido por una pléyade de apariencias transitorias y cuya sustancia elemental ha formado y ha de formar otras apariencias interactuando entre sí.

Hay un momento de nuestra prehistoria en el que la vida pre-adámica no tiene todavía las capacidades de generar el deseo, la oposición, la posibilidad de concebir y decidir por el bien ó por el mal, es decir, no existe todavía el continente adecuado capaz de ser portador de la consciencia intelectiva. Es por lo tanto un periodo en el que la Trascendencia no puede reconocerse a Sí misma desde el ámbito de la Creación.

Mas tarde se inicia el proceso de hominización necesario – creación adámica– a partir del que el homínido rompe con la inocente irresponsabilidad del instinto primario preintelectivo y rompe con «el Paraíso Original» a causa de la aparición de la consciencia de ser. Con esta nueva cualidad, absolutamente diferenciadora, el nuevo Ádam adquiere la posibilidad de «conocer», de discernir y de imprimir su voluntad consciente y responsable en el manejo de su entorno. Por lo tanto comienza a formular, a «aprender», sobre los conceptos de bien y de mal y de aquí a reconocer en sí mismo lo «diabólico» y lo Divino. Inmediatamente *transfiere* el resultado de su creación al medio en el que se desarrolla y lo acepta como verdadero hasta el momento de poder comprender, mas tarde –en dependencia de cada disposición–, el significado equívoco de su percepción, como una ilusión creada por su (inicialmente útil) ignorancia, y la necesidad de dar el nuevo paso desprendiéndose de los velos por él tejidos y ahora convertidos en lastre.

A partir de éste momento, el ya «ser humano» se fue enfrentando progresivamente a una depuración de su comprensión y relación con el Universo que le rodeaba, y de su intuición de la Trascendencia. Se trasladó desde el mito, como



protoreligión, a la percepción de Revelación horizontal, que fue «leyendo» en su relación con la naturaleza, y periódicamente en la controvertida experiencia del acontecimiento Profético. A partir de ambas formas de Revelación, complementarias entre sí, el ser humano fue madurando, ya como *continente* de la Mente Universal, a la percepción que de Sí misma tiene por medio de Su propia Creación; el Âdam «desvelado».

Este proceso fue así para que comenzara a hacerse posible en nosotros el Conocimiento a partir del momento de la diferenciación. Y se inició en aquel tiempo en el que comenzamos a vernos como algo aparte y distinto de las demás cosas y surgió el esforzado deseo de ubicarnos y encontrar respuestas a todas las preguntas que desde entonces nos hemos ido formulando.

Es el largo proceso de identificación; ¿quien soy?, ¿de donde vengo?, ¿a donde voy? Es el largo periodo de la ignorancia necesaria –todavía vigente en tantos aspectos– durante el que vivimos fuertemente arraigados en el dunia (mundo ilusorio). Es un estado que vamos superando progresivamente a la par que percibimos esa íntima sensación de vacío por llenar y que nos impulsa a saber más, en tanto que «necesitamos tener menos».

Es la inquietud que nos invita al descubrimiento del Universo y, por comparación con el medio, al reconocimiento de nuestra «verdadera identidad» como punto, a nuestro alcance, de refugio y de referencia. Esta identidad nuestra es el eje en torno al que todo gira y desde ella vamos realizando el paulatino descubrimiento del concepto «Allah (s.u.)», dando coherencia al total del movimiento que vamos generando y que da sentido a nuestra vida.

Todo este giro, esta rueda de cada existencia, debe de irse cerrando hasta encontrarse de nuevo en el punto de partida: el ser humano que ha descornado sus velos por haber entrado en el estado de Fitra iluminada después de haber roto el escenario de la separatividad. Es en este giro, cuyo propósito es el crecimiento por el aprendizaje, donde muchas personas se pierden en la confusión al percibir como verdadero lo que



solo es aparente, dando fortaleza al Nafs (ego) en detrimento del equilibrio en el desarrollo.

Las personas así confusas fortalecen al individuo que creen que son y pierden la oportunidad de desvelar al Ser que realmente son, se enquistan en su propia ficción capturados por el Dunia, la ilusión. Perciben lo creado como algo sustancialmente diferenciado del ser humano y no obstante buscan aleatoriamente, entre periodos de confusión y de lucidez, un «algo mas» que pueda satisfacer sus momentos de vacío y donde pueda darse la total coherencia. Generalmente estas personas confusas suelen fijar su atención y esperanzas en otras personas y circunstancias tan limitadas y fungibles como ellas mismas, con lo que sus esfuerzos y esperanzas caen habitualmente en estados de desamparo y frustración.

Las personas «buscadoras», cuando han asumido un método coherente de aprendizaje, van intuyendo paulatinamente el concepto de mente Cósmica, de Realidad Única, Alláh (s.u.), quien se oculta tras el velo del conjunto de múltiples apariencias, donde todo habla de El pero nada Le representa.

En este tiempo el individuo no puede explicar el drama de su vacío, y es este vacío, que se genera por la insatisfacción producida por todo cuanto es transitorio, el que le va limpiando y acercando a la Consciencia Universal: (Alláh (s.u.)). En tanto que no pretenda retornar al gusto por la transitoriedad, será partícipe de Esta Consciencia, la que por el propio acto de la Creación le ha condicionado a buscarSe tras el estado de simplicidad perdido, para ser reconocido y completo sólo en Ella. Entre tanto el individuo percibe como un vago recuerdo, como una añoranza de retorno al hogar.

Es en el proceso del que tanto comentario hacemos por su importancia, durante el que algunos encuentran su camino, pero otros, atraídos por la seducción de lo ilusorio, se pierden en la llama de la vela como la mariposa nocturna que, buscando la luz del sol, opta por el camino más fácil e inmediato, pero equivocado.

Los buscadores incansables perciben el engaño y utilizan el entorno, el «holograma», como un vehículo de búsqueda,



como una herramienta con la que investigan y descubren que todo es nada, tan solo el camuflaje del que se sirve el Principio Creador, Alláh (s.u.). En este descubrimiento, las personas se desprenden de la adicción a lo ficticio para ansiar solo lo verdadero; es en ellas en quienes se cumple el objetivo de la Creación y en quienes se despierta el Gran Conocimiento.

La *responsable docilidad* al Origen del Gran Conocimiento, desvelador del Dunia, es lo que transforma al ser humano en algo incomparable entre el resto de lo creado. Es lo que hace de la persona que sea portadora y receptáculo del Signo de la Profecía (capacidad de «ver» mas allá) porque «se ha realizado como conocedora de sí misma gracias a lo que en sí misma guarda del Creador». Por esto (según la alegoría escriturística) todas las criaturas, incluido el orden espiritual, se postran ante el Âdam y le reconocen como Señor, pues perciben en el ser humano la manifestación de un atributo del Creador; el Conocimiento.

Al principio, durante el periodo de oscuridad, este conocimiento del Creador es precario y sugiere en la criatura humana la sensación de «Creador y yo», es decir; de separación. Este sentimiento es reforzado todavía por la observación de otras «individualidades» (las criaturas) y la presión pseudocultural de los sistemas sociales que polarizan nuestra añoranza de felicidad ó de sentirnos realizados hacia el desvarío consumista y el mantenimiento de la desorientación.

Por lo tanto, y durante este tiempo de ignorancia, al igual que la persona desde una parte se ve diferenciada y con plena capacidad de oposición y autoafirmación ó bien de acercamiento a otras criaturas, de otra parte se siente en la misma situación con respecto de Alláh (s.u.).

Al percibir al Creador como algo distante y esencialmente diferente a sí mismo, el ser humano tiende a relacionarse con Él como lo hace con las demás criaturas, pero colocándolo en el puesto mas elevado (ya comentamos sobre esto), es decir, lo antropomorfiza e incluso le atribuye los mismos ó semejantes «defectos y virtudes» y desde los propios errores lo convierte en la idea popular de «dios». Transfiere hacia «ese



dios» sus propios sentimientos y conceptos magnificados y establece desde la confusión, creada por la ignorante separatividad, una relación de yo a Tu, como le es habitual hacerlo con otras criaturas, pero... ¡a lo grande!

Así pues, utiliza en esa relación con «su dios» todos los recursos de su aprendida interacción con el entorno y, en este juego, entre la confusión y el acierto, crea sus propias expectativas fundamentadas en la ignorancia que incuba los deseos. Por ello genera la sensación del mal (el Sheitan) que a su vez se deriva de los deseos propios de la inmadurez. Naturalmente ha de verse defraudado a causa de la confusión creada por esta «relación» inadecuada, ya que es una relación generada a partir de la posición oportunista del ego. ¡Que importante es llegar a comprender que «la servidumbre de los deseos fortalece los velos de la ignorancia»!

De esta manera que acabamos de comentar el ser humano transfiere su relación con las criaturas a su relación con el Creador. Así es como se hace incapaz de percibir que entre Alláh (s.u.) y él mismo no hay más «entre» que la simple apariencia que llamamos; «formas de percepción velada de la criatura». Esta percepción velada es la que dificulta la «visión» del Creador escondido en Su creación como un velo tras el que se camufla, ¡nada es lo que parece! ¿Recuerdas?

En el Qor'án, el ego (el Sheitan, Iblis) no ve a Alláh (s.u.) en la Consciencia Intelectiva que reside en su encarnación como criatura humana. Percibe tan solo su propia naturaleza carnal y por esto, *fiel a su naturaleza primaria* (no podría ser de otro modo), se niega a postrarse ante la «forma» del Âdam, tal como hacen los demás Seres de Luz, porque no puede todavía reconocer en sí mismo la «Esencia Creadora» encarnada (el ego no se reconoce todavía como continente portador de La Luz).

Se origina así la confusión de la dualidad y de la separatividad en el ser humano, ambas necesarias en el proceso de su aprendizaje y evolución.

Esta es una forma alegórica que tienen las escrituras para enseñarnos que los antagónicos coexisten como dos manifes-



taciones diferentes de una misma realidad, incluso en el ser humano que debe descubrirlo para no quedar atrapado en el ámbito del Dunia, lo ilusorio.

Lógicamente el Universo guarda las claves de resolución del «juego» -no podría ser de otro modo-, y estas claves que se encuentran al alcance de la comprensión de aquellos que sean verdaderamente buscadores, como así ha sido a lo largo de la historia, no están constituidas por indescifrables misterios al alcance de tan solo unos pocos iniciados.

La dificultad mas notable que tenemos para descifrar estas claves que nos permitan comprender, nunca ha sido la capacidad de entendimiento del que estamos dotados, pues de no ser así sería una atrocidad, sino el cúmulo de condicionamientos que el ser humano ha ido volcando sobre sí mismo a partir de su confusión. Pero como ya comentamos, de la confrontación surge la evolución.

Este es el gran tablero de la existencia sobre el que tantos Iniciados han venido transmitiendo las reglas del juego de forma mas o menos discreta.

En este gran teatro es donde la criatura humana, inicialmente ignorante, velada todavía y básicamente dominada por su naturaleza animal hominizada (naturaleza dual), se ha de ir superando durante el proceso en el que completa su viaje desde la naturaleza soporte hacia el estado del Ser Iluminado.

De esta forma, a la par que el ser humano percibe lo ficticio de la separatividad, rompe con la dualidad y posibilita progresivamente la comprensión de la unicidad y a su través la multiplicidad de percepciones que el Creador tiene de Si mismo en el receptáculo que es cada persona.

Así, y a la par que toma consciencia de todos los posibles Universos los construye, ya que su propia percepción es también *un aspecto* de la percepción de Alláh (s.u.), pues ¿existe algo que no sea El? De esta forma se cumple el hadiz qudsii que dice: «Yo era un tesoro escondido y para ser conocido cree el mundo»



¿QUIEN ERES?

Cuantas veces algunas personas sienten de sí mismas ese extraño sentimiento nacido desde lo más profundo y que las obliga a pensar; «tengo la sensación de no ser de este mundo».

Es como si tuvieran conciencia de que el hogar está en otra parte y observaran con un cierto pasmo a millones de otras personas viviendo, felices unas veces y desgraciadas otras, la ficción de sus propias vidas, como quien vive una quimera, un sueño del que no saben muy bien si en algún momento despertarán y dónde. ¿Y todo esto para qué?, se preguntan, ¿acaso no hay otras respuestas para la existencia?

¿Quiénes somos?, ¿de donde venimos?, ¿cuál es nuestro destino?

Decíamos anteriormente (siguiendo la alegoría escriturística) que cuando se produce el acontecimiento Adámico es porque un aspecto de La Consciencia se reviste de Âdam (piel), hecha de Adim (barro), que es lo mismo que decir de materia ó de tierra (Adamah, en hebreo). Esto sucede durante todo un proceso en el que la Consciencia Intelectiva va creando y acoplándose al continente (homínido) que la permitirá «conocer-Se» desde la perspectiva de la dimensión creacional. Desde la percepción de sí mismo como «parte», el ya ser humano, inicialmente se «sabe» distinto en relación a todo lo demás y así se opera la separatividad, la dualidad, por causa de la que no reconoce en sí mismo la naturaleza del Principio Creador.

Así se forma y fortalece el nafs, el ego. Si me reconozco como «sujeto» es porque tengo conciencia de mí mismo y del «objeto» aparte de mí. En la Tradición al ego siempre se le ha llamado el Gran Mentiroso, porque el ego en la búsqueda de su autoafirmación y diferenciación no es capaz en los primeros estadios de su evolución de comprender la diferencia entre apariencia (diversidad, naturaleza transitoria) y esencia (unicidad, naturaleza creadora). Por su ignorante egocentrismo pretende un permanente protagonismo en su participación de la na-



turalidad humana, a la que con frecuencia (en este periodo de su evolución) acaba sojuzgando como el peor de los tiranos.

En este periodo en el que el ego -no controlado todavía- es capaz de oponerse a su Principio Creador y de engañarse con el juego de la dualidad, pervierte su participación de la naturaleza creadora ejerciendo, básicamente, como destructor de su medio y por lo tanto de sí mismo, dado que su afán de autosatisfacción no tiene límites. El ego es extremadamente hábil en el engaño por medio de la permanente autocomplacencia. Él es por lo tanto el origen del concepto del mal y el creador del concepto confuso del bien. Como dice el viejo proverbio; «ha oído campanas pero no sabe de donde viene el sonido»

«El ser humano no necesita de otros diablos que los creados por su propia ignorancia».

Siguiendo el curso de la alegoría escriturística. Cuando Âdam es creado recibe de Dios el encargo de dar nombre a todas las criaturas. Al darles nombre es cuando realmente toma conciencia de ellas, de la diferenciación, y comienza a tener conciencia de sí, de su separatividad, por lo que estas criaturas empiezan a existir para el hombre incipiente como naturalezas diferenciadas ante él y entre sí. ¿Que significa esto?

Significa que cuando el soporte material capaz de albergar la consciencia intelectual inicia su hominización, comienza a percibir su Universo inmediato y a darle identidad a partir de su razonamiento separándolo de sí. Inicialmente lo explica por medio del mito, más tarde con el concurso de la ciencia como logro de la observación, el contraste y el raciocinio, pero (como parece lógico) *siempre* desde los sentidos de su materia, el ego, a los que supone únicamente válidos, por lo tanto y a consecuencia de ello toma por cierta la diferenciación, de la que genera su separatividad.

Aún comprendiendo la relación de las cosas entre sí, con demasiada frecuencia el ser humano hace de cada aparente realidad un algo aparte de sí mismo, no solo en lo apariencial, sino que también en lo sustancial, pretendiendo dar una ra-



zón de ser a cada existencia por separado. Así se suele enfrentar a «todo lo otro» desde el estricto utilitarismo, y por la posesión y uso compulsivo de «eso otro» es capaz de sacrificar cualquier cosa en aras de su ego.

Por esta vía de actuación hay muchísimas personas que, aislándose del conjunto, buscan por una ruta nebulosa su propia razón de existir. Pero el ser humano es gregario y solo puede realizarse como individuo en el contraste, en la participación y búsqueda de lo común que afirma progresivamente la propia identidad y no en el fortalecimiento de la separatividad. De no ser así comienza la creación pervertida del «yo soy» y el inicio de su propia diferenciación e identificación como individuo dominante en vez de individuo semejante.

Cuando la necesidad de autoafirmación evoluciona sin atender al bien común, actúa como un algo separado de un Todo que va desarrollándose en una relación de estricto utilitarismo con el entorno. El individuo más poderoso acaba dominando y en vez de actuar por el bien común ejerce como depredador en semejanza de cualquier otro animal.

Desde ésta «su» perspectiva, en la que el carácter dominante pertenece al ámbito del Mulk, de la materia animal como percepción separatista y sin el concurso de la comprensión unificadora, -ámbito del Malakut, conocimiento espiritual-, el ser humano no tiene otras alternativas para responder a su intuición de La Trascendencia que la incursión todavía ignorante en lo mágico-religioso.

Más tarde será el limitado discurso científico en el que deposite su fe como única alternativa posible, será su nueva religión y defraudado por sus anteriores mitos no se permitirá aventuras que no pueda responder a partir de su muy limitada capacidad crítica científica.

Por lo tanto muchas personas caen frecuentemente en el error contrario, menosprecian la experiencia espiritual y formulan que todo lo que no pueda ser valorado y demostrado por el discurso científico ó bien no existe ó simplemente no es rentable. Con lo que en cualquier caso no merece la pena y de ésta forma se cierran a cualquier otra posible percepción



desde otros estados de conciencia, que son tan propios de la persona como puedan serlo sus ojos y sus oídos.

Realmente es una contradicción, una barbarie ignorante pretender que todo lo que no pueda entender y manejar un continente limitado, como lo es el ser humano, no existe o no es rentable.

Pero es una contradicción de consecuencias nefastas y un indicativo de prepotente ignorancia, del que no son pocos los ejemplos en la actualidad y en la historia.

Así vamos marcando la ruta de la evolución general, hasta que admitamos las limitaciones de ambos procesos del pensamiento (mitos - logos) como alternativas únicas. Pensar que la razón no puede ser enriquecida por la intuición, es tanto como pretender que solo existe lo que nuestros sentidos comprenden. Es por lo tanto fundamental para la evolución de nuestras sociedades que se acepte en la práctica de lo cotidiano lo que la mayoría de las personas aceptan ocasionalmente en la teoría, y es que, entre dos opuestos, siempre hay una escala indeterminada de posibilidades.

El primero de los procesos de pensamiento, el mito, está fundamentado sobre la ignorancia inevitable durante los primeros pasos de la evolución para dar explicación comprensible a lo todavía incomprensible, esto es igualmente válido en el pasado como en el presente. El segundo proceso de pensamiento; logos, está asentado sobre el contraste y la experiencia pero, según las leyes inmutables, la intensidad del movimiento hacia un lado es equivalente a la intensidad de ese movimiento hacia el lado opuesto. Por ello es frecuente que caigamos en el error contrario al mito y hagamos un uso excesivo de la vanidad y de la prepotencia que, capaz de desestimar lo que no puede comprender, da por válido aquello único que puede ver y tocar. Esta deficiencia nacida de la ignorancia, al igual que el mito, es inevitable al principio pero, como todo lo demás, forma parte del aprendizaje necesario por medio del ensayo entre acierto- error.

Más tarde en nuestra historia y a causa de la experiencia, habrá que admitir que la vanidad y la prepotencia del indi-



viduo limitado no son rentables en el discurso científico y, por lo tanto, habrán de ser sustituidas por la prudencia que permita la aceptación de otras disciplinas y, así, con una percepción más amplia ayuden al método científico, siempre en colaboración y nunca en oposición, proporcionándole una visión «esférica» en sustitución de la visión unidireccional. Esto permitirá aceptar a nivel popular –integrándolo en lo cotidiano–, lo que algunos de los mas destacados miembros de la comunidad científica ya saben; que algunas de las grandes incógnitas guardan la solución en el conocimiento de lo innegable, esto es; la Singularidad Inicial, la Simplicidad Primigenia, la Unicidad Absoluta. Después de esto el ser humano estará mas cerca de dar respuesta a la gran pregunta; ¿Quién soy?

RAZONEMOS UNA RESPUESTA

Con respecto a la experiencia religiosa hay un periodo, inevitable en la mayoría de las veces, que deviene de la frustración y el desencanto ante la ausencia de respuestas que pueda entender la razón al margen del mito ó del rito y la alegoría. Este periodo de frustración razonada es un signo que nos alerta de los *principios de la madurez* en la búsqueda espiritual. Es una experiencia de inquietud que, desde el discurso institucionalizado, no suele tener respuesta frente a las incógnitas y contradicciones a las que se enfrentan las conciencias más inquietas y exigentes, excepto que tengan el ánimo necesario para romper las ataduras con el esquema institucionalizado y tanteen otros espacios del espíritu.

En este periodo de insatisfacción, que preconiza el cambio, la mayoría de las personas suelen fracasar hacia una posición de indiferencia o agnosticismo. Por eso es importantísimo mantener la alerta, para no dejarse seducir por el despecho y el desánimo. Que la institucionalización de la dimensión espiritual se haya convertido en la mayoría de los casos en un fraude, no implica ningún menoscabo –excepto



en lo superficial– para la posibilidad de aceptación de lo Trascendente en el elemento humano.

Es el momento de reiniciar, ó mejor aun, de verdaderamente iniciar la autentica aventura espiritual en razón y libertad de investigación. Pero no por ello hemos de obviar en absoluto lo positivo que pudiéramos haber aprendido de otras experiencias anteriores que nos han de servir de orientación y que discretamente aguardan para ser redescubiertas en el seno de la Gran Tradición.

Retomando nuevamente el tema del Âdam –para hacernos más asequible la respuesta a; ¿Quién soy?, como centro de este comentario–, resalto ahora el hecho de que, según nuestro antiguo saber –corroborado no hace tanto por la antropología–, el Âdam no es un hombre al modo de las tradiciones escriturísticas, en las que se nos narra una alegoría pedagógica y no siempre una historia real, como es frecuente.

Dentro del esoterismo Sufi, siguiendo la Sabiduría de la Antigua Tradición, se nos explica el significado de Âdam, que encaja a la perfección con algunas teorías del actual conocimiento científico y que son perfectamente asumibles por la razón.

El Âdam es el colofón –en cuanto a lo intelectual se refiere–, de la Creación en nuestro mundo, porque supone la incursión de la Conciencia de Ser sobre el soporte adecuado de la energía organizada como materia. Es la interacción de la Mente en Su propia creación.

Al ser el colofón, y hasta el presente el punto final de la materia como continente de la consciencia, es por lo tanto la síntesis de todo lo anterior en nuestro plano existencial. Es decir; la Mente antes de dar con el vehículo correcto de manifestación tuvo que pasar necesariamente por todos los estadios de evolución experimental anteriores.

Recordemos al antiguo Maestro, el Sheyh Ansari el Sufi:

*«Vine desde lo inmanifiesto,
y establecí mi tienda
en el bosque de la existencia material.»*



*Atravesé reinos minerales y vegetales,
y mis dotes mentales me llevaron hasta el reino animal;
cuando lo alcance, cruce mas allá.
En la concha cristalina del corazón humano
nutrí la gota del yo hasta que fue perla.
En compañía de personas buenas
recorrí la casa de oración,
y habiéndola experimentado, cruce mas allá.
Emprendí el camino que a El conduce
y en su puerta por fin fui dócil,
entonces se desvaneció la dualidad
y fui absorbido en El.»*

Hay otro antiguo poema, cuyo autor, Jalaludin Rumi, es considerado uno de los más grandes Maestros de la Tradición Sufi. El tema es el mismo expresado de diferente forma, dice así:

«Originariamente eras lodo. De mineral, te transformaste en vegetal. De vegetal, en animal y de animal, en persona. Durante esos periodos, la persona no conocía su destino, pero era conducida en un largo viaje. Y aún tienes que pasar por cien mundos diferentes».

Después de lo leído y siguiendo el criterio de la Tradición con el que hemos llegado hasta aquí, se puede comprender sin dificultad que el siguiente paso para el que el ser humano está destinado habrá de ser el ascenso hacia el logro de la Conciencia Unitaria por la vía del Conocimiento, habiendo dejado atrás la era de dominio del mito.

Decir esto último es lo mismo que proponer la comprensión de la ciencia del Tawhid, como el «bastón» de apoyo para los caminantes del Sendero de la docilidad en ruta hacia la Plena Unión.

Esta propuesta es razonable después de analizar el desarrollo Creador que, desde el Inicio de todo hasta el presente, ha venido realizando la Consciencia en su esfuerzo por hacerse manifiesta. ¿Ante quién?; en definitiva ante Sí Misma. Y todo nos indica que no dejará la ruta iniciada hasta el re-



greso a la reunificación total de cada una de Sus aparentes manifestaciones.

¿Qué factores son los que determinan que, en cada individualidad, se posibilite con éxito el proceso de su reunificación?; también lo hemos comentado en varias ocasiones. Este proceso está determinado por la propia docilidad a la acción transformadora del Principio Creador en cada uno de nosotros y por el esfuerzo realizado para no dejarse seducir por el gran mentiroso, el ego, el nafs personalizado en el Sheitan.

Está determinado por nuestra voluntad para no crear diosillos a nuestro alrededor que satisfagan transitoriamente el egocentrismo y la ignorancia; La il'aha ila Alláh, «no hay otro dios que el Principio Creador» ó como decimos, Allah (s.u.)». Esta frase que con tanta frecuencia repetimos ó deberíamos repetir, tal y como insistimos, con conciencia clara de todo cuanto significa.

Esta determinado por la evolución de nuestro estado de Consciencia, al que hemos de mantener en alerta para que perciba en un continuo presente que todo es nada y que cada apariencia no es mas que eso, pura transitoriedad puesta ahí para que descubramos la Trascendencia que se oculta. Esta evolución de la Consciencia es un estado al que podemos acceder solo después de ser constantes en la práctica de la 'Ibadat –el método de aprendizaje contrastado que hayamos elegido con prudencia y sabiduría–, previa modificación de cualquier conducta inapropiada con la elección.

El proceso de reunificación también está determinado por el amor que vayamos creando en nosotros hacia la Naturaleza Original y en definitiva lo que alegóricamente podríamos llamar como «la vuelta a casa», al estado de Fitra en la Plenitud del Conocimiento tras el largo peregrinar.

En definitiva es nuestra docilidad, nuestra disponibilidad para ser un Abd, ó dócil a... (palabra que viene del término Taabud = asumir responsabilidades), lo que va a hacer posible que actúe en cada uno de nosotros la Naturaleza Divina iluminando a la naturaleza Adámica. Es la lucha del hombre nuevo venciendo al hombre viejo, la Luz del Conocimiento



desalojando a la ignorancia como una lámpara encendida desaloja la oscuridad de la noche, el Ruh (hálito Divino) dominando al nafs, el ego. Este es el camino para lograr la reconciliación por el acto en el que, el Sheitan, Iblis, (ego), se postre por fin y definitivamente en reconocimiento de la posesión del Ruh en el Âdam arquetípico como Ser de Luz.

«La plena docilidad es la disposición por la que nos conducimos hacia la percepción de Alláh (s.u.) en toda su Creación, sin partes ni diferencias reales, en y desde el microcosmos que cada uno de nosotros es verdaderamente». Esta es la vía para alcanzar el conocimiento de; ¿Quién soy?, como una experiencia vivencial, transformadora y no solo intelectual.

Para expresar esta tremenda verdad, decía el Maestro Sufi Halay, uno de los grandes padres de la mística; «Yo soy La Verdad, La Verdad soy yo», « yo soy Él, Él es yo».

FUNDAMENTOS DE LA ANTIGUA TRADICIÓN

Son siete los Principios Herméticos ya conocidos y que, bien aplicados, forman parte de las herramientas que nos permiten abrir las puertas de aquellos otros «misterios» que dejarán de serlo frente al conocimiento racional. La comprensión de estos siete principios es, por lo tanto, uno de los primeros elementos que necesitamos para caminar hacia la plena Conciencia y de ésta a la Unidad, meta de todo cuanto existe.

Como es obvio, cualquier «misterio» se difumina y deja de serlo, para mostrárenos en toda su simplicidad, cuando surge el oído capaz de entender y poner en práctica aquello que muestran los labios de la Sabiduría. No hay por lo tanto, en nuestro universo, «misterios» imposibles, sino ignorancia por nuestra parte ó negación para el entendimiento.

Hace no mucho tiempo, allá por la primavera del año 12000 estaba yo en el pueblo de Muley Yaqub, cerca de la ciudad



de Fez en la que acababa de visitar a uno de los grandes Maestros Sufis, el Hayy Meki ben Kiran. Durante la recitación del dzikr –repetición de palabras ó frases de inspiración espiritual–, sentí en mi interior, súbitamente, una interrogante; «¿Cuál es el misterio de los misterios y el secreto de los secretos?». De inmediato vino a mi memoria un hadiz de Sidna Muhammad (p.b.) contado por Annas; «Haced las cosas sencillas y no las hagáis difíciles, etc.»

La respuesta a la interrogante me llegó a continuación; «El misterio de los misterios, el secreto de los secretos es que no hay misterio ni secreto que no puedan y deban de ser desvelados, siempre que un oído preparado para recibirlo así lo demande. La incapacidad de algunos eruditos y la avaricia de los secuestradores de la Sabiduría, han hecho de la sencillez un imposible y han transformado el conocimiento en una losa de temores, mitos, remordimientos y esperanzas sin fundamento que han sujetado a la espalda de las gentes con las cuerdas de su ignorancia celosamente alimentada».

La relación entre el Creador y la criatura, es una relación fundamentada en la sencillez, en el descubrimiento progresivo de quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos y en el amor que nacerá posteriormente de este conocimiento.

No hay otros misterios ni secretos que aquellos derivados de nuestra propia incapacidad para comprender. No hay mas misterios imposibles que los creados por el engaño de los arrogantes detentadores de «las verdades de la fe». Y no olvidemos la ignorancia que se origina por causa de la confusión de la que, en parte, somos responsables cuando nos dejamos atrapar por el Dunia (lo ilusorio) en su lazo seductor.

Decíamos al inicio que son siete los principios de la Sabiduría que han venido repitiéndose constantemente, a lo largo de la historia de la Revelación, desde que tenemos noticias en el antiguo Egipto tras la promulgación Hermética.

Esta promulgación de los siete Principios Inmutables, no es otra cosa que la base de la mecánica con la que funciona el Universo, precedidos los siete por la premisa que los determina; «No existe otra realidad que la Simplicidad Primigenia»



ó «no hay otro dios que el Principio creador, que es lo mismo que decir (la í'laha í'la Alláh).

Grandes iniciados en el Sufismo –como Abúl Barakât Baghdâdî del siglo XI, quien se inspiraba en el pensamiento de Avicena–, también trataban de este concepto.

Algo más tarde el Sheyh Sohrevardi de Irán, siguiendo esta misma línea de pensamiento, entiende muy claramente la vinculación del Sufismo con la Antigua Tradición Hermética. En su abundante obra literaria habla del «alter ego» –en la experiencia mística– como la percepción ó visualización interna de un Sheyh arquetipo, Hermes Trimegisto, quien muestra entre sus manos la tabla de esmeralda. En ella están grabados los siete principios de su promulgación y la frase en árabe; «Hada hua serru al âlam ua ailmu fanni attabîati al kâmilati», que significa; «éste es el Secreto del mundo y de la Ciencia del Arte de la Naturaleza Perfecta».

El contenido de esta frase fue entendido en el seno de algunas Tariqats Sufis como arquetipo del Qor´án.

Entre algunos de los miembros avanzados de ciertas Tariqats, esta misma experiencia de visualización del Sheyh arquetípico –también identificado con el Jadr, «el vestido de verde»–, se ha llamado, «la noche del testigo de contemplación», o el «shahîd» y para ciertos iniciados equivale al inicio de otros estados sutiles de conciencia.

Nosotros no prestamos una especial atención a estas singulares experiencias descritas, pues *no deben de ser buscadas*, pero si llegan hemos de aceptarlas con sencillez cuando su autenticidad está contrastada. No obstante *no son necesarias* durante los procesos evolutivos y por lo tanto no son comunes a todos los iniciados.

Lo verdaderamente importante es «aquella otra experiencia» que surge en el momento del *despertar*. Aquella en la que la naturaleza Deiforme se contempla a sí misma a través de la naturaleza antropomorfa, quedando ésta ultima iluminada por la percepción de una verdadera Teofanía.

Hecha esta breve alusión a la Tradición Hermética como origen primordial de la Sabiduría, en el seno de lo que ahora



llamamos Sufismo antes de que éste fuera definido como tal, iniciamos el comentario sobre los Siete Principios Inmutables –«**al sab'a qawwanin al zabetah**»–, por los que se rige el Universo. Estos siete principios, hoy reconocidos en su mayoría por la comunidad científica, son, como habíamos comentado, la clave para la iniciación al conocimiento del sí mismo.

La Tradición enseña que, en Egipto, Moisés fue iniciado en ellos por un Maestro perpetuo, el Jadr, «el vestido de verde» en alusión a la tabla esmeraldina, con lo que volvemos a encontrar la simbología Hermética vinculada, siempre en línea directa, con la Gente del Camino, los Sufis.

ENUNCIADO DE LOS SIETE PRINCIPIOS DE LA SABIDURIA. AL SABA' A QAWWANIN AL ZABETAH

Primer principio, «AL AQLANIYA». La Mente Cósmica

«La Esencia que constituye el Universo es Mental y a su vez es El Todo, por lo tanto El Todo es mente y Su primera manifestación, ó atributo percibido por nosotros, es lo que llamamos energía».

- a) La naturaleza inmediata de la energía es «la manifestación» y el *acto* de manifestarse implícita por sí mismo el movimiento por el solo hecho de ser «acto» = acción.

Esto es así hasta el punto de poder decir consecuentemente que energía y acción lo son al unísono y como conceptos diferentes de una misma realidad. La energía no puede ser concebida sin el movimiento, no existe la una sin el otro.

- b) El tiempo es generado a su vez por la sucesión del movimiento y ambos, tiempo y movimiento, solo pueden ser manifiestos en el espacio que se produce conjunta-



mente y no en sucesión, desde el «instante» de la primera pulsación.

Como consecuencia podemos decir que energía, movimiento, tiempo, espacio y todo lo consecuente, son por lo tanto «atributos» diferenciados de UNA SINGULARIDAD, UN solo elemento permanentemente *inestable* desde el instante mismo de Su primera manifestación. A partir de aquí formulamos el tercer principio hermético, la teoría de la *inestabilidad*, por la que reconocemos que lo único permanente en el Universo es la impermanencia. Por lo tanto; todas las «aparentes realidades» dependen, para ser enunciadas, del sujeto observador.

Siguiendo este mismo razonamiento; «Lo que entendemos como Universo material ó fenoménico no existe por sí mismo como un efecto sin causa compuesto por multitud de diversas realidades».

Todo lo que percibimos en este plano de percepción está condicionado por las limitaciones de nuestra mente, por lo tanto es en alguna manera «nuestra creación», es inconsistente y no puede existir por sí mismo. Es como «una especie de holograma» creado por la Única Mente desde Su ubicación en «la dispersión» –cada continente capaz de albergar la Consciencia– que revierte de nuevo hacia Sí Misma como Único Ser Existente.

Dicho de otro modo; «La Suprema Consciencia actúa para que «algo» de Sí Misma –Creación– se manifieste ante Sí Misma –Deus Abscónditus– por medio de cada «pequeña apariencia de realidad» ó criatura creando así el «juego» de la diversidad. Pero en definitiva Todo es Uno.

Todo lo que existe Es el Mismo Ser; «la í'laha í'la Alláh», «no hay otro dios que Dios». Esto es; «No hay otra realidad externa ó interna, Absoluta y Existente a la que reconocer como tal y ante la que ser dócil. Excepto Aquella a la que denominamos Alláh (s.u.) con el fin de que nos podamos referir a Ello de alguna manera».

Y esto es lo que Sidna Muhammad (p.b.), como Sheyh iniciado y sello de la Profecía, comprendió y le fue revelado al



igual que a otros iluminados quienes, antes que él, nos dejaron indicado el camino de sencillez que nos enseña la Tradición.

Por esta razón, un hadiz pronunciado por Abul Abbás nos cuenta que El Profeta (p.b.), conociendo la inconsistencia de lo ilusorio, dijo en una ocasión: «No desees lo que posee el prójimo, y las gentes te amarán; no desees el mundo, y Allah (s.u.) te amará». Por esto, al morir, solo dejó en bienes materiales la pequeña casa donde vivió en Medina y la túnica que llevaba puesta.

S. Muhammad (p.b.) conocía perfectamente el principio que da origen y posibilita toda la Revelación antes de él y engarza toda la sabiduría después de él: «No hay otra realidad que la Única realidad, no hay nada más que merezca nuestra absoluta sumisión que el Ser Absoluto; no desees pues la ficción y busca la certeza.

Y ¿dónde está lo cierto? Dice el hadiz qudsi: «No Me abarcan ni los cielos ni la tierra, pero sí el corazón del hombre». Pues el «corazón» humano es la oculta sede de la Haqiqa, la Verdad manifiesta.

Todo es una manifestación de la Única Mente desplegándose ante Sí misma. Solo a partir de ese primer instante de Su manifestación se hará cognoscible por medio de «La Creación», pero antes de esto –como acabamos de comentar– es el Deus Abscónditus. .

Llegados a ese punto-momento (inicio de creación), el mas lejano al que nuestra comprensión puede acceder, no podemos mirar hacia atrás, pues la dificultad del entendimiento es absoluta. En cambio si que podemos aproximar un cierto razonamiento intuitivo a partir de la observación de las leyes de la mecánica universal ó del sexto principio Hermético; «Nada sucede si algo no lo produce». Es la inmutable ley de causa-efecto que nos indica; «Aunque la Causa que produce un efecto pueda ser desconocida, no por ello ha de ser inexistente».



Segundo principio, «TAWWASUL». Ley de semejanza y correspondencia

«El Macrocosmos y el Microcosmos están regidos por la misma ley de semejanza».

De este Principio de Correspondencia ya hicimos comentario hablando del concepto Âdam –como Macrocosmos primero y como microcosmos después–, quien guarda en sí mismo la experiencia de todos los estadios de la existencia.

Cuando el místico y poeta Sufi Halay declaraba de sí mismo: «Ana al haqq, ua al haqq ana» (yo soy La Verdad, La verdad es yo), de hecho no estaba haciendo otra cosa que afirmar el principio del enunciado.

Si desde cualquier situación en el Universo todo se corresponde en cualquier dirección, en el ser humano este acontecimiento se revela como máximo exponente, ya que es el portador de la Consciencia Intelectiva por la que descubre, en sí mismo, una de las cualidades de su naturaleza; la correspondencia con el Principio Creador. En capítulos anteriores también hemos comentado sobre este tema.

Observemos una galaxia y después bajemos al universo atómico y veremos como se repiten las constantes.

¿Qué nos revela la alusión que a los siete principios de la promulgación Hermética se hace constantemente desde el seno de la Tradición? Nos indica que, desde el inicio de su promulgación, los iniciados de todos los tiempos han tenido conocimiento claro de las leyes fundamentales de la mecánica de la Creación, que se repiten en cualquier magnitud.

En su permanente alocución, los iniciados nos revelan que la Tradición es heredera directa del conocimiento Hermético. Conocimiento este mas tarde diversificado en las diferentes escuelas, creadas en diferentes lugares, con otros nombres y que, como ya comentamos, son todas afluentes de *un cauce central* que se remonta a los tiempos de la promulgación. Los distintos métodos de aplicación han podido desorientar a algunos observadores haciéndoles pensar en fuentes diversas, pero son «el mismo pájaro con distinto plumaje» que tie-



ne su origen en aquella sabiduría, posteriormente compartida que fluye desde «un mismo Manantial».

Este Manantial Hermético fue el origen del conocimiento de las leyes que marcan constantes uniformes, y desde el Origen subyacen en todo movimiento, en todo cambio, y por consiguiente se relacionan estrechamente con las claves de la verdadera identidad humana. En definitiva, nuevamente «Todo es Uno, Uno es Todo», el Tawhid.

En la actualidad, los siete principios de la mecánica Hermética, promulgados en el Egipto predinástico, han dejado de ser «un secreto celosamente guardado», pues la comunidad científica, como es natural, ha popularizado un conocimiento patrimonio de toda la humanidad. Ya no es necesario temer a las llamas de la hoguera como consecuencia aparejada al saber, ahora la cuestión es otra.

¿Qué relación podemos aplicar entre este saber y nuestra cotidianeidad? ¿Es un simple conocimiento científico sin ninguna trascendencia para el ser humano? Aquí es donde la Antigua Tradición conserva la plenitud de su vigencia como custodia de enseñanzas absolutamente vigentes y que, desde el principio, han estado dispuestas para ser aprovechadas allí donde surja un oído preparado para recibir las.

Recuerdo los antiguos proverbios tan conocidos; «Quien cierra sus oídos a la «mentira» no deja entrar la Verdad». «Cuando el oído está dispuesto, le llegan las palabras adecuadas».

El tercer principio, »TARADUD», es el de inestabilidad.

«Nada es estable, excepto la inestabilidad, todo se encuentra en una permanente vibración».

El inmovilismo, la estaticidad, no son mas que percepciones aparentes, relacionadas con nuestros sentidos, ya que el Universo está marcado por la constante dinámica del «Perpetuum Mobile» de los alquimistas, a cuya ley el ser humano también está sujeto por ser parte de este mismo Universo.



Deducimos por lo tanto que pretender el inmovilismo, por parte del ser humano, es contrario a la dinámica de la evolución en cualquiera de los aspectos de nuestra naturaleza. Es tanto como condenarse voluntariamente a un proceso de deterioro progresivo, pues el movimiento, por su naturaleza, es inevitable, y si no damos impulsos hacia adelante la inercia nos empuja hacia atrás. Con nuestra implicación *responsable* el movimiento puede conducirnos hacia el error ó hacia el acierto, pero en ese ensayo siempre será ascendente, creador. Con el absentismo, la indiferencia ó la ignorancia, inducidos por el nafs y tolerados por el conformismo del perezoso, el movimiento continuará igualmente imparable, pero, sin la participación del esfuerzo creativo, siempre será descendente, destructor.

Recuerdo aquella frase de la Torah; «Porque no eres ni frío ni caliente te vomitaré de mi boca».

Nos impulsamos voluntariamente hacia adelante por la acción del Ser de Luz que somos ó la ley del movimiento nos arrastra hacia atrás por la acción del ego. La inmovilidad no es posible; así pues, tengamos totalmente claro que lo único estable, en el Universo, es la inestabilidad, como movimiento que posibilita la armonía de la Creación.

Somos una compleja y diversificada organización de la energía primigenia que, desde la Consciencia del Ser Único, se hace manifiesta por la dinámica de la Sabiduría, de la que el ser humano participa, por su naturaleza, a través del Hikma de los Sufis. Para «los buscadores» ya expertos en otras disciplinas, «Hikma» es un concepto de «Sabiduría activa». Es semejante a la Kundalini de los Yoguis cuando *actúa* en su ascensión por Brahmanadi hasta alcanzar la fusión con su Sakti divina.

Como sede de un atributo de La Mente Cósmica, los seres humanos somos un Universo por explorar y *mucho más*. Nos encontramos formando parte, inexorablemente, de la dinámica Universal. Estamos compuestos de elementos que se remiten hasta la Singularidad Primigenia, que existen desde el Principio del Principio y que existirán hasta lo que podamos entender como Eternidad.

Nada es nuestro en propiedad, todo lo tenemos prestado,



y en algún momento hemos de ponerlo a disposición de otras posibilidades. Todo es un proceso de transición, durante el que una parte de la Consciencia del Ser se reviste de algunos elementos, y con ellos manifiesta una apariencia de individualidad (fulano de tal).

El error de los ignorantes –los velados–, aún siendo letrados, es pensar en términos de individualidad real, desvinculada del entorno y sin otro propósito para responder al por qué de la existencia que no esté determinado por la casualidad. Por lo tanto yerran al pretender que las leyes inmutables de la Creación se alteran para justificar una existencia –la suya– sin causalidad ni objetivo, lo que les conduce a perder sus posibilidades, en un dramático fortalecimiento del ego, como sede de la simple apariencia.

Inevitablemente me viene a la memoria aquella frase de un iniciado que decía; «Es imposible tocar una flor sin que se estremezca una estrella».

El movimiento es la vibración que posibilita la existencia y nos indica dos leyes inmutables de todos conocidas; la primera es la ley de causa –efecto, la que nos enseña que nada se produce sin una causa que lo provoque. La segunda ley es aquella otra que nos dice; la energía no se crea ni se destruye, sino que tan sólo se modifica. Siempre creando, siempre «aprendiendo», vibrando continuamente.

Cuarto principio «ZUNAIYAT AL AQTÂB».

Todo participa de su contrario

El principio de bipolaridad es el cuarto de los principios de la Promulgación Hermética y nos enseña lo siguiente: «Todo lo que existe participa de su contrario» frío–calor, día–noche, masculino–femenino, bien– mal, etc.

Sin este «juego» entre las polaridades opuestas, el Universo dejaría de existir, simplemente, ya que gracias a la dinámica que se genera por la interacción entre ambas (construcción–destrucción) se hace posible la acción creadora.



El ser humano, con su capacidad de intervención en el medio y la elaboración de criterios en su necesaria labor de «aprendiz de brujo», es la causa del desequilibrio que provoca la percepción de «mal» durante el periodo de ignorancia.

Las personas tienen una preferente tendencia a encasillar lo que perciben desde la bipolaridad; «Esto es bueno ó es malo, esto es femenino ó es masculino, esto es tal ó es cual, etc.» Pero todo es un reflejo del Principio que lo genera, donde se encuentran todas las posibilidades. No hay absolutos, ya hemos comentado en la primera parte de este libro sobre lo relativo entre los conceptos de bien y mal como aspectos diferentes de una misma realidad.

No existe lo absolutamente positivo ni lo absolutamente negativo, pues, como decimos, en todo se halla la presencia de su opuesto. El taoísmo en su representación más conocida, el círculo del Yin-Yan, también indica este concepto de bipolaridad: «Todo participa de su opuesto».

La percepción que tenemos de aquello que identificamos como «realidad» no es otra cosa que la lectura hecha por nuestro cerebro –culturalmente ya condicionado–, sobre un concepto ó imagen cualquiera. Pero desde otro parámetro cultural la misma «realidad» puede ofrecer, generalmente, otros resultados.

Cada «realidad», ante nuestros ojos esconde otras muchas apariencias y cada una de ellas, a su vez, es el resultado de múltiples posibilidades que, *en parte*, dependen del observador. Así pues, el «espacio» entre opuestos está constituido por un abanico inabarcable de matices y aparentes «certezas» posibles, como aspectos todos ellos de Una y Única Verdad multifacética que en todo se esconde y que al mismo tiempo en todo se nos muestra, cuya última Esencia nos es incognoscible.

Por lo tanto es del todo improcedente e ignorante formular el postulado de que; «No hay mas verdad que la mía», con el que, a veces, algunas personas se enfrentan a la religión, la política y en general a cualquier otra percepción subjetiva de la vida.



Se cuenta de uno de los mas grandes Sheyh del Sufismo, Ibn al Árabí de Murcia, que en cierta ocasión se le acercó un joven para que el Maestro le enseñara los caminos de Dios. Ibn al Árabí le dijo; «¿Por qué ruta quieres que te enseñe, por el cristianismo, por el judaísmo ó por el Islam?».

Quinto principio, «TAWAFUQ», de equilibrio y ritmo

Todo se encuentra en un permanente movimiento y la medida del movimiento es lo que llamamos «el ritmo», es la constante pendular, la constante del equilibrio.

El movimiento en el Universo es armónico, se mantiene en unas constantes rítmicas de periodicidad que podemos observar; el impulso que se imprime en un sentido tiene una respuesta equivalente en el sentido contrario.

Nuestra evolución, marcada por el aprendizaje, también se desarrolla en el juego permanente entre lo que llamamos movimiento y quietud, placer y dolor. Es un movimiento ondulante entre cúspides y valles que, según nuestra ignorancia –oposición a la acción creadora– ó sabiduría –docilidad ante ella–, mantiene una línea ascendente o descendente cuyo sentido podemos modificar.

Sin este juego de la vida no existiría el movimiento y por tanto sería la «no existencia». Cada persona, en cuanto al proceso de evolución se refiere, determina el sentido de su marcha, hacia arriba ó hacia abajo. La inmovilidad es un imposible pues, como ya hemos comentado, ambos sentidos en el movimiento son factores opuestos de una misma realidad: la dinámica imparable de la Creación. La constante puede ser alterada y será el resultado de lo que cada uno determine a partir de la propia acción.

Sólo los ignorantes dominados por el nafs (el ego) pretenden lo imposible y se embarcan en una lucha suicida, perdida de antemano, en la que intentan eliminar de sus vidas toda forma de «incomodidad» (los valles), aceptando sólo los «placeros», las cúspides, a las que buscan como objetivo máximo



de sus afanes. De esta forma producen el efecto contrario de lo que se proponen, puesto que inclinar la balanza en exceso hacia un lado, provoca inexorablemente otra inclinación en sentido contrario de la misma intensidad, tal como enuncia este principio de Tawafuq.

Vivir sin movimiento, sin altibajos, es pretender una quimera que equivaldría al imposible de romper las leyes inmutables de la creación.

La sabiduría la encontramos justamente en el campo de juego de la propia existencia, siempre en relación al entorno, aprendiendo a jugar con dignidad y madurez, acertando unas veces y padeciendo otras con los propios errores, pero aprendiendo siempre, y sobre todo «comprendiendo». Todo es una lección escrita sobre el papel que juega esa constante necesidad del movimiento hacia uno y otro lado.

«Si estamos capacitados para gozar de la comodidad del reposo, también estamos capacitados, por oposición, para realizar el esfuerzo de la modificación».

Todo tiene su opuesto y solo el encuentro entre los opuestos es capaz de «generar». Séptimo principio, Tawwalud.

Sexto principio, «SADAB-NATI'YAT». Nada sucede si algo no lo produce

El sexto principio inmutable es; «La ley de causa y efecto», perceptible desde la observación simple. Nada se produce sin una causa, la causa siempre es anterior al efecto, el Universo es Causal, ¡no casual! Todo lo que definimos como causalidades de la existencia está producido por causalidades no observadas.

Si a partir de la observación nos vemos en la necesidad de admitir la «causalidad» como una Ley inmutable en el desarrollo existencial, no podemos eludir la presencia de la misma ley desde el instante en el que se origina el movimiento como efecto de otra Causa desconocida. Esto nos conduce inexorablemente a reconocer que el principio del Universo



también tiene su origen en Una Causa anterior a todas las causas.

Por lo tanto el TOTAL de lo existente no puede ser «un accidente casual»; pensar así es pensar desde el absurdo de la contradicción.

La Creación se inicia en el mismo instante en el que se manifiesta el dinamismo del movimiento, consustancial al concepto de «energía». Pero el movimiento, por ser inestable, no tiene naturaleza propia, por lo tanto, y al igual que el resto de la Creación, ha de estar sustentado, en definitiva, por una Causa anterior de estabilidad permanente: El Ser en Sí.

Esta Causa Original *es* lo que provoca la Creación que, sin causa, no podría ser, pero La Causa *no es* la Creación, aunque la naturaleza creadora sea para nosotros el mas evidente de Sus atributos. Podemos observar aquellos de Sus atributos que generan la existencia, pero no «Su Esencia» que se encuentra necesariamente «fuera» de nuestro Universo vibracional y por lo tanto fuera de toda ley por nosotros observable. Es decir, escapa a nuestra posibilidad de observación, ya que nosotros, como sujetos, solo podemos observar lo que se encuentra «dentro de nuestro Universo», continente de todas las leyes y a su vez vehículo de unidad para el áríf y motivo de dispersión para el velado.

Así pues solo se producirá la plenitud cuando la Consciencia del Ser retorne al «Origen» habiendo traspuesto los límites del continente creacional y haya roto las barreras entre la Causa y el efecto.

Todo lo que «existe» genera consecuencias y viceversa, todas las consecuencias son generadas por «lo existente». Tanto la causa como el efecto van ligados a lo que entendemos como «propósitos de La Mente Matriz». Lo que llamamos «causalidad» no es otra cosa que el efecto de una *causalidad desconocida*.

El ser humano, como parte de un todo, *no escapa a esta ley* y su vida llena de propósitos sujetos a diversas causas no está, y no puede estar, desligada de otras formas de existencia. Y ya que la parte –ser humano– gira en torno a múltiples cau-



sas, es obvio pensar que las demás partes vinculadas entre sí formando un todo existan a su vez en razón de unos causas intermedias y de un propósito final como objetivo.

Por esto el sabio, el Ârif, se mantiene en estado de alerta, con todos los sentidos dispuestos a fin de comprender el valor de las cosas simples, el milagro de lo pequeño, la grandeza de lo cotidiano, la poesía de lo perecedero. Y así puede encontrar el significado real de aquellas situaciones que, de otro modo, con un gesto de sorpresa unas veces, de indiferencia otras, se dirían «producto de la casualidad».

Dice el poeta; «Los que se ahogan, se aburren o se desesperan en el seno de tantas rarezas sublimes y de tantos enigmas resplandecientes, tienen un corazón ignorante y una inteligencia carente de fantasía».

Séptimo principio, el de re-creación; «TAWWALUD»

El séptimo y último principio enuncia. «El encuentro entre los opuestos, sólo diferentes en cuanto a función, que no en cuanto a naturaleza, es lo que da lugar a la generación». Palabra de raíz latina cuyo equivalente es «concebir», «producir»...

Desde la formación de las primeras partículas subatómicas hasta la aparición del ser humano, el séptimo principio de «reproducción» ó generación está presente manteniendo en vigor el juego de la interacción entre los opuestos, de cuya dinámica se genera el total de lo existente.

Nada escapa a esta ley, nada posee una naturaleza única. Entre lo masculino y lo femenino, entre frío y calor, entre luz y oscuridad, entre cualesquiera que sean los opuestos hay una infinidad de matices y de su interacción se generan nuevas posibilidades que heredan a su vez diferentes grados de los opuestos «modelos simples». Todo lo que existe, existe de prestado, nada es perdurable, todo se entrega en una nueva y diversa generación, en la rueda imparable de la existencia. Solo la mente humana, cuando posee una concepción dual, simplis-



ta, del Universo, pretende inútilmente comprender y relacionarse con su medio desde un código binario.

Aún la Mente Matriz aprende de sí Misma, de la multiplicidad inconmensurable de sus facetas y posibilidades, ninguna «despreciable», ninguna «mala en sí misma», todo tiene su porqué, todo es una lección por aprender como corresponde a la naturaleza del Universo, pues, volviendo al primer principio: «Todo es Mente, el Universo es Mental».

Al terminar con el comentario a estos siete principios, podemos recordar aquí unos Hadices de Sidna Muhammad (p.b.) transmitidos por Ibn Omar, a los que cada lector debe de encontrar su relación con lo expuesto. Dicen así: «Si te llega la noche no esperes a la mañana. Y si te llega la mañana no esperes a que te llegue la noche», y «Sé en esta vida como si fueras un extraño, o un pasajero», pues «Cada uno empieza su día siendo vendedor de sí mismo» por todo ello «Deja lo que dudas hacia lo que no dudas» y aprovecha tu tiempo considerando que; «Tu atención a los defectos que hay ocultos en ti, es mejor que tu interés por los secretos que no se te muestran».

DONDE ESTA TU CORAZÓN ALLÍ ESTA TU TESORO

Este comienzo es tanto como decir que habitualmente cada persona está atrapada en el cerco de sus afectos y deseos que, en general, cuando los afectos son muy fuertes –no importa qué clase de afectos– son ellos los que poseen a la persona.

Cada uno de nosotros establecemos la dirección de nuestro deseo, de nuestro afecto y al mismo tiempo determinamos su magnitud, y según sea la naturaleza –oscura ó luminosa– de lo que hemos creado, así será también el nivel de servidumbre ó de liberación. Podemos crear la trampa para después caer en



ella ó podemos abrir las puertas de la libertad y romper cualquier cadena.

También podemos decir con el proverbio popular que «todo es del color del cristal con que se mira», o bien «el mundo es para ti, lo que tú eres contigo mismo», ó tantos otros proverbios que se fundamentan en la observación y la experiencia.

Quienes, después de mucho buscar, por fin han elegido de forma estable un recto camino de evolución e integración – por ejemplo, el «Sirata l’mustaqim» de los Sufis– han formulado por fin la idea aquella del místico poeta; «Anduve por diversos caminos y de todos aprendí algo, pero no me llevaron a ninguna parte, quiero sentarme ahora en paz y escuchar Tus palabras en el silencio de mi corazón».

Cuando hemos tomado esta importante decisión lo hemos hecho no sin dificultades, después del duro acrisolamiento a que nos hemos visto sometidos después de tocar en varias puertas de otras tantas disciplinas. Pero difícilmente podíamos imaginar que acabaríamos siendo seducidos por el perfume que exhala el jardín del Sufismo. ¿Quién iba a suponer tanta coherencia oculta en el limitado y pervertido concepto de Islam que se maneja en nuestro entorno, en nuestra cultura, en nuestra tradición histórica y cuyas circunstancias ya hemos comentado anteriormente? Pues a partir del mal ejemplo de unos –ciertos países árabes– y de la desinformación procurada por los otros –ciertos grupos occidentales–, ¿quién puede pensar que de «los moros» salga nada bueno?

Me acuerdo –a propósito de este comentario– de aquella otra pregunta que se hacían los judíos hace dos mil años en relación a Jesús, el profeta artesano; –¿es que de Galilea puede salir algo bueno?

Podríamos preguntarnos; ¿Hasta cuando el prejuicio, el tópico y la desinformación seguirán ordenando la vida de tantas personas? Quizás después de esta reflexión, para unos mas, para otros menos, puede haber llegado el momento de plantearse con seriedad la frase inicial de este comentario; Y, para mí, ¿dónde está mi corazón?



Es en el corazón de cada uno de nosotros donde hemos de buscar nuestras respuestas y nuestros anhelos, como ya dijimos. Pero ¿dónde tenemos el corazón?, Jesús el profeta de Nazaret, nos responde con la frase que encabeza este comentario: «allí donde tienes tu tesoro está tu corazón». Y Sidna Muhammad (p.b.), viene a querer decir lo mismo en este Hadiz; «No ames las cosas de este mundo, y el mundo te amará...».

Y ciertamente ¡no es más rico aquel que tiene más cosas, sino el que menos las necesita!, como decía el pensamiento de Ghandi.

A propósito de estos comentarios, quizás una vieja historia de la Tradición tenga aquí su lugar;

«Dos anacoretas vivían en grutas cercanas, el más «pobre» sólo tenía una escudilla, su manto de lana y un montón de paja para dormir en un rincón, y con frecuencia increpaba al otro porque había construido con palos una cama, una puerta y algunos otros enseres de uso doméstico.

Un día, el que menos cosas poseía, el más «pobre» de bienes materiales, comentó con el más «rico»: –«Hermano, ¿qué te parece si iniciamos nuestra peregrinación a la ciudad santa?». Al oír ésta petición de su compañero, el más «rico» de los anacoretas levantóse inmediatamente de un salto y, sin recoger nada para el viaje, inició descalzo y con sus manos desnudas la peregrinación.

El primero, que parecía mas «pobre», al verle marchar precipitadamente y desnudo de equipaje, le gritó: –¡Hermano, hermano, espérame...!, ¿cómo voy a emprender la peregrinación sin *mi* escudilla?».

Obviamente, el primer anacoreta, el más pobre en objetos materiales, tenía su corazón en la escudilla. El segundo anacoreta hacía un uso legítimo de más cosas, pero no estaba seducido por ninguna de ellas y su espíritu era libre.

¿Cuáles son los tesoros de cada uno de nosotros?, ¿qué «dioscillos» inútiles y seductores hemos permitido que ocupen el lugar reservado para EL UNO? Hay quienes han permitido que sea la belleza hipotética del cuerpo quien ocupe ese espacio, ó el amor ciego y dependiente hacia otra persona «sin



la que ya no se puede vivir» y en cuyas manos han depositado criterios y estabilidad....

Para otros es el deseo de poder o de riqueza, algunos dedican sus esfuerzos a la búsqueda intranquila de sus banalidades y satisfacciones transitorias, hay quienes se embarcan en un desasosiego permanente de búsquedas de ficciones que nunca darán respuesta cumplida a su sensación de vacío, vacío que sólo puede ser ocupado por Aquel que tiene en reserva el corazón humano.

Y que nadie piense que este comentario es una invitación a vivir en la penuria con respecto a cualesquiera de los bienes de la Creación, porque todo ha sido creado para nosotros, todo nos es lícito, todo nos ha sido dado para *su uso adecuado y nuestro aprendizaje*.

El modo, la forma, el tiempo con que utilizamos cada una de las transitoriedades dadas (dinero, libros, sexo, comida, novios, esposos, etc.) somos cada uno de nosotros quienes hemos de decidirlo, en nuestra conciencia iluminada por la Revelación, pero en cualquier caso cada uno es Califa de sí mismo, Señor y Soberano, y ante nadie más que ante el Creador ha de rendir cuentas de cómo administra los bienes recibidos (salvando las leyes sociales necesarias en toda convivencia).

¿Cuál es, pues, el error? Confundir lo que nos ha sido dado para su uso legítimo, pero transitorio, y convertirlo en el objetivo de nuestras aspiraciones, ocupando nuestro corazón con las avaricias y las angustias, los temores y los odios, o el amor por lo fugaz en definitiva, y condenarnos al vaivén de todo lo inestable.

Quien edifica su casa sobre arena no tardará en dormir a la intemperie, quien edifica su casa sobre un puente de paso la verá llena de extraños y al final la perderá.

Por esto, dentro de la Tradición decimos que todos nacemos en estado de Fitra como el estado de simplicidad original, y al mismo tiempo nacemos Umme (ignorante), y por ello decimos que todas las personas nacen musulmanas, es decir en estado de simplicidad original y por lo tanto de plena docilidad.



Y decimos que el estado de ignorante simplicidad debe de ser transmutado por la sencillez de la Sabiduría, y así recuperar por el concurso de la responsabilidad, la docilidad primigenia.

Es el mundo quien posteriormente va conduciendo hacia sí, hacia el Dunia, al recién nacido atrapando su mente en el engaño, y cubriendo su capacidad de percepción con los velos de las apariencias, es lo que en el seno de la Tradición se llama «estar velado».

Es a la criatura a quien le toca librar su personal Yihad (su guerra santa espiritual) para convertirse en un verdadero Muyahidin (el guerrero del espíritu), para que al dejar de ser un ummi (ignorante) se pueda transformar en un verdadero 'Árif (sabio) capaz de retornar al estado de Fitra, no ya desde la ignorancia, sino desde la Sabiduría.

El uso habitual del tasbih es para repetir una palabra ó una frase dirigidas hacia la inspiración espiritual, o para recitar los atributos del Creador, con objeto de ir creando en el interior el hábito de Su Presencia. Ya comentamos sobre esto en el capítulo dedicado al Dzikr.

Ahora sugiero otro uso alternativo, que será de gran ayuda para dirigir correctamente los afectos del corazón.

Que cada cuenta que pasas simbolice un «diosecillo», una pasión que te domine, y digas por ejemplo; «vanidad, tú no eres mi «dios» y no me dejaré dominar por ti. Persona amada, puedo compartir contigo mis sentimientos y mis días, pero no puedo entregarte mi criterio, ni mi voluntad, ni el respeto que siento por mi mismo, ni mi espíritu, porque éste es la Morada del Infinito, y si me los pides no eres digna de mi amor. Placer (x), puedo usarte, pero tú no eres mi «dios» y no me dejaré dominar por ti, etc., etc. Y al llegar al alif concluyas diciendo; «la ílaha ílá Alláh», no tendré otros «dioses» más que Tú.

Las personas que nos dedicamos a la educación en cualquiera de sus ramas (padres, maestros, psicoterapeutas, etc.) bien sabemos la enorme diferencia que existe entre estar matriculado simplemente y estar trabajando con interés, con



amor a lo que se hace, de manera implicada en el proceso de cualquier aprendizaje.

Me acuerdo de aquella anécdota cuando le preguntaban al maestro; «¿Cuántos alumnos estudian en tu colegio?, a lo que respondió: –Pues aproximadamente el 60% de los matriculados».

El Camino del Espíritu no se diferencia al principio de ningún otro aprendizaje. No es bastante con estar apuntado a tal o cual disciplina, ni basta con cambiar de tercio mecánicamente al toque de campana, es necesario introducir en el propio proceso el interés y la implicación personal.

Es *nuestra dedicación* a lo que hacemos lo que *determina la intensidad del movimiento* en nuestro proceso (recordemos el proverbio latino «ora et labora»).

Pero difícilmente podemos implicarnos con seriedad y constancia en lo que no amamos, y con dificultad podemos amar aquello para lo que aún habiendo sido llamados y puestos en ruta no cuidamos con mimo, ó no nos hayamos esforzado en conocer seriamente.

La ruta hacia la Plena Unión es como una delicada flor, que bien cuidada perfuma su entorno, pero que si la desatendemos se agosta fácilmente y después es muy costoso devolverle la vida.

Las gentes de La Tradición podemos hacer uso de todo lo creado de manera lícita, como acabo de comentar, sin temores, todo en su medida y bajo la apropiada circunstancia, pero NADA puede tener para nosotros el valor de un «dioseillo», de un objetivo implantado en nuestras vidas, al modo en que se introduce un virus en el cuerpo, como un nuevo caballo de Troya combatiendo desde dentro.

Gozamos del conocimiento consciente y responsable de la transitoriedad, de todo lo que es impermanente, y sabemos que, en ello, nunca encontraremos la tan deseada felicidad para la que sentimos que hemos sido llamados.

Todo el mundo quiere ser feliz, pero el común de las gentes, en su ignorancia, se conforman con parcelas de felicidad, han olvidado la esperanza de alcanzar la plenitud,



porque no han dirigido la mirada hacia el horizonte adecuado.

Nuestro deseo de felicidad es más ambicioso, vamos a por «el Gran Premio», sabemos donde posar la mirada, qué es el Premio definitivo, y no queremos conformarnos con menos, porque queremos disfrutar de nuestra existencia desde aquí y desde ahora.

Vosotros, los que habéis empezado a ver sin velos, *sabéis* que ni todas las personas ni todas las cosas, y ninguna en particular, puede satisfacer el afán de plenitud y *sabéis* que todo intento desaforado y compulsivo en esa dirección es inexorablemente frustrante.

Así pues, si centramos nuestro corazón en lo fungible, no extraeremos de ello otra cosa que desesperación, pues nuestro Ser Verdadero está hecho para servirse de lo creado como un instrumento, pero no para ser satisfecho por ello mas que circunstancialmente, y, en tanto que dure el proceso de aprendizaje, la «herramienta» será de utilidad, pero solo como herramienta y en «ese» tiempo, puesto que sólo El Ser Verdadero, Alláh (s.u.), puede satisfacer definitivamente al Ser Verdadero *en el que habita* el hombre, y por El que el ser humano *es habitado*, como un algo de Un Todo indisoluble.

Reflexiona sobre la realidad de que por muy amado que seas, o por mucho que tú ames, ha de llegar un momento en el que nada pueda acompañarte y nada te puedas llevar, salvo el resultado de aquellas acciones con las que hayas logrado eliminar tu ignorancia, y con las que hayas contribuido en la creación de tu entorno.

Cuida pues el centro de tu estabilidad, el lugar donde tienes a tu corazón, porque en definitiva es ese el lugar de tu último refugio.

Somos lo que elegimos ser, salvo en condiciones extremas, y aún así también hay excepciones, y por nuestra actuación sobre el mundo recibimos de él lo que nosotros mismos proyectamos, hablando en términos generales.

Me permito éstas indicaciones, sin posicionarme en ningún nivel ni en distancia alguna, digamos que lo hago a se-



mejanza de un instrumento en las manos del Hacedor, como una campana que toca, ¡alerta!

Y si esto pudiera ayudar, si Alláh (s.u.) así lo quiere, a una sola persona cuando menos, mi esfuerzo estaría justificado en la orientación que pueda haber prestado a cualquier persona para perfilar una mejor y mayor implicación en el proyecto del progreso individual.

Porque solo por medio de una sincera y estable implicación personal se puede evitar el riesgo de mantener la nave de la evolución sin piloto fiable y a la deriva, en el mar revuelto de la confusión. El dunia.

Y sin el dinamismo del viento del conocimiento que impulse la vela, el barco no arribará a ningún puerto. La tibieza, la indecisión y la inestabilidad en cualquier proyecto, lo gris, lo que ni va ni viene, mata la esperanza porque ha eliminado ese dinamismo impulsor, y si llegas a observar algún día que has entrado en esa fase irresponsable de «turismo» curioso por las diversas disciplinas espirituales, ese periodo de «simplemente estar» como observador y visitante de todo, pero verdadero discípulo de nada, estarás en peligro de padecer ese endurecimiento espiritual tantas veces irreversible. Será, quizás, quien lo sabe, el aviso que escuches para tomar el último barco.

Este encendido comentario está inspirado en la memoria de aquellos pacientes míos que fueron muriendo con el paso de los años, y cuya pauta de comportamiento en cuanto al manejo y desarrollo de sus vidas estuvo marcado por el estilo de comportamiento, y los mismos confusos criterios que acabo de describir.

Algunos murieron por que la falsa ilusión de una felicidad fácil e inmediata fue más poderosa que la voluntad y la razón, y se hicieron víctimas de sí mismos y de tantas otras circunstancias.

Otros fueron abatidos por el oportunismo de la enfermedad y quisieron dar marcha atrás pero ya era tarde, aunque modificaron sus vidas lo bastante como para que los años que pudieron vivir fueran tiempos libres de sus ataduras.



Muchos de ellos nos honraron con su afecto, pero uno, antes de morir recientemente, quiso que sus cenizas fueran aquí esparcidas, en el bosque que el mismo plantó, y aquí reposarán para siempre entre nosotros, nutriendo nuevas flores y nuevas esperanzas.

Cuando alguien inicia una ruta y se sienta un momento sobre una piedra del camino y se acomoda, y después se queda dormido, cuando se despierte habiendo ya perdido de vista a sus compañeros, tal vez piense que ellos ya traspusieron la meta y que se quedó solo, y entonces es probable que se sienta frustrado y que renuncie, y dé la vuelta y diga aquello de; «es que no me esperaron», ó bien aquello otro tan frecuente de, «es que ésto no era lo mío».

¿Porqué será que cuando alguien fracasa en cualquier proyecto siempre encuentra que la responsabilidad está fuera de sí mismo y es de no importa que circunstancia?



VIII PARTE

EL RECTO CAMINO. EL SIRATA L'MUSTAQIM

«Ahora caminaré tras Tus huellas y escucharé Tu susurro en la intimidad de mi alma y mantendré la esperanza estable hacia Tu Morada, sin abrir la puerta de mi corazón a nada ilusorio y extraño que distraiga mi atención de Tu Presencia.

No apartes Tu mirada de los secretos que guardo en lo más profundo y aviva la llama de amor que en mi intimidad se guarda para Ti, hasta fundirme en Tu Conocimiento como Verdad Esencial».

El Recto Camino no es un proceso que pueda llamarse breve ni largo, ni fácil ni difícil, es una promesa de esperanza para contigo mismo de cara al Creador y que tiene por única meta unir lo que fue separado.

Es un compromiso de por vida, un toque indeleble en el corazón, una llama inagotable, un caudal perpetuo de agua viva, es la puerta del Horizonte, es lo que te conduce hasta la Joya escondida, es el secreto celosamente guardado hasta nuestros días por la Sílsila –las antiguas dinastías de Maestros–, es la Luz que desaloja cualquier tiniebla simbolizada en la sagrada llama de todos los templos, es en definitiva el Noor de Allah (s.u.), Su Luz.

Tener el coraje y la fortuna de recorrerlo supondrá *siempre* –si Allah (s.u.) lo quiere–, el acceso a la tan ansiada meta.



LA VIDA INTERIOR

«Para llegar a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes. Para llegar a lo que no gustas, has de ir por donde no gustas. Para llegar a lo que no posees, has de ir por donde no posees. Para llegar a lo que no eres, has de ir por donde no eres». Juan de Yepes 1.542 - 1.591. Un gigante del espíritu y erudito arabista inspirado en la magna obra del Murciano Ibn al Árabí.

Inicialmente podemos llamar vida interior a esa «conversación» íntima que, en Presencia de Allah (s.u.), tenemos con nosotros mismos durante los periodos de reflexión sobre cuestiones espirituales. Éste es un primer comienzo sencillo que irá seguido de otros pasos.

La «vida interior» es el estado por el que nuestra vida alcanza una especial dimensión, desde la que ascendemos, como desde una plataforma de despegue hacia ese otro estado de Suprema Armonía, preludio de la Haqiqa ó percepción de la Verdad Esencial.

No se deben de confundir la ortodoxia y la erudición -aunque sean éstas de un indiscutible valor-, con los diferentes niveles de evolución espiritual. Este suele ser un error de apreciación frecuente durante las primeras etapas del proceso. El manejo fluido de un vocabulario exótico, el recurso inmediato a las citas de los textos, suelen deslumbrar al estudiante que se inicia, pero no siempre erudición y «sabiduría» van en el mismo «paquete».

Ya hicimos anteriormente algún comentario al respecto, pues los caminos de Dios, de Allah (s.u.), no están al alcance de los eruditos sólo por el hecho de serlo, ni tampoco al alcance de la rebeldía en la contradicción del ignorante, sino de los enamorados, sean cultos o analfabetos.

Con esto no quiere decirse que, inicialmente, se pueda prescindir de la práctica de la ortodoxia en el método que se conoce, sino que la erudición -aunque importante- se sitúa siempre detrás de la Sabiduría del Amante.

Y aunque una buena formación, como herramienta en torno



al tema de nuestro interés, nos sea de un valor inestimable, la avaricia por la erudición ocupa con frecuencia el papel protagonista y puede acabar desplazando la vista del Objetivo.

A propósito de este comentario, me viene a la memoria un antiguo cuento Sufi, que narra la siguiente historia:

«Se cuenta de un Ulema eminente, bien versado sobre Escritura, tradición, leyes, etc., que, paseando por el campo enfrascado en sus eruditas reflexiones sobre la mejor y más correcta posición del cuerpo durante el Salat, escuchó rezar a un «ignorante» pastor que, cercano a él y sentado sobre una piedra, decía éstas palabras:

«Allah, que todo cuanto veo te alabe y te esté agradecido, pues Tú eres el Creador de todo cuanto alcanzo a comprender. También eres El que ha creado mis ovejas y el Sol y el agua que hace crecer la hierba con la que se alimentan.

Y todas estas cosas y tantas otras me maravillan, pues gracias a Tu generosidad podemos comer mi esposa, mis hijos, mis ancianos padres y yo.

Déjame que te vea, para que pueda lavar tus pies con el agua perfumada del romero y para que pueda peinar tus cabellos y ungirlos de perfume, ...»

El erudito Ulema, escandalizado por esta concepción tan simple que el pastor tenía de Allah (s.u.), se acercó a él y con la buena intención de enseñarle le reconvino de esta manera:

«¡Insensato!, ¿cómo puedes pensar que El Ser Supremo...?» (y aquí se enzarzó en todo un discurso teológico del que el sencillo pastor no entendió casi nada), «...por lo tanto -continuó el Ulema- no creas que Allah (s.u.), va a llegar ante ti para que le puedas lavar y peinar...» y tras un largo etc concluyó.

El pastor arrepentido y atemorizado de haber podido ofender a Dios, dejó su espontánea oración para sustituirla por el galimatías ritual de prácticas y conceptos recién aprendidos y que no llegaba a entender muy bien.

Y el Ulema, satisfecho de haber contribuido a la formación del pastor, continuó su camino enfrascado en sus eruditas reflexiones.



Unos pasos más adelante, el Ulema escucha una voz que le dice; -«¿Quién te dio permiso para meterte entre mi amado y Yo?».

Inmediatamente el Ulema dio la vuelta y le pidió al pastor que le aceptara como discípulo, pues había comprendido que si bien él poseía el conocimiento de la norma, en cambio el pastor había encontrado la Sabiduría, la Ma'arifa, por la observación, por la docilidad y por el Amor.

Leer y aprender sobre otras experiencias de iniciados que nos precedieron, saber descifrar la diferencia entre nuestros estados emocionales y nuestros estados espirituales, poderlos situar en el seno de las enseñanzas de la Tradición, etc., son todos factores de gran ayuda durante el recorrido. Y no sólo como experiencia personal, sino también en el momento de vernos comprometidos a transmitir *discretamente* la propia experiencia, si es que algún día nos preguntan, de forma que sea comprensible y por lo tanto provechosa para otros. De hecho *será en el día en que nos pregunten cuando constataremos si nuestras respuestas se fundamentan solo sobre «los datos memorizados» ó sobre la vivencia personal.*

No obstante, por medio de nuestra constancia y fidelidad al método, vendrá una época, si Allah (s.u.) así lo quiere, en que cualquier intento de exteriorizar la esencia de nuestra experiencia interna sea vano. En momentos así, quizás, el único recurso en nuestra mano no sea otro que el de la alegría, y aún a veces el recurso de un silencio que sonrío.

Éste es un Camino para realizarlo individualmente, pero no en soledad, pues normalmente mantenemos la relación entre semejantes, de manera que podamos compartir y buscar fortaleza en los momentos de desánimo que pudieran surgir, al igual que contrastamos nuestras vivencias.

Quiere decirse con esto que podemos recorrer el mismo sendero con el apoyo de otros caminantes, pero cada uno de nosotros tendrá una percepción diferente del paisaje y aún quizás unas experiencias semejantes, pero siempre serán únicas, aunque algunas puedan ser compartidas. Cada caminante



debe de hacer su propio esfuerzo y cargar con su mochila, donde se guarda lo que sólo él conoce.

Ni siquiera el Sheyh puede apartar por su alumno ni un solo grano de arena de su ruta, aunque sí pueda decirle dónde se encuentra y como eliminarlo. El Maestro puede dar la herramienta y enseñarle a manejarla, pero el trabajo es *todo* del murid, nada le llegará gratuitamente y sin esfuerzo, aunque el esfuerzo es siempre menor que la medida de su compensación. Dice la Tradición refiriéndose al Creador: «Si tú das un paso hacia Mí, Yo daré cien pasos hacia ti».

Durante el proceso del «despertar», es frecuente que aparezcan estados de profundo bienestar durante los que el iniciando se sienta impulsado a dejar la vida cotidiana para retirarse en soledad, y así gozar sin estorbos de su íntima experiencia.

O bien puede suceder que, impulsado por la euforia de «Aquello» que descubre, quiera compartirlo de inmediato con aquellos a quienes conoce, para que ellos a su vez lo gocen.

En el primer caso, la soledad no es recomendable excepto por breves periodos de tiempo dedicados a la meditación, el du'a (oración), la contemplación, la práctica de una técnica, la lectura de otros Maestros de la Tradición, los textos sagrados, etc., y si es posible contando con el consejo de alguien ya iniciado. Pero estos breves periodos han de ser tan excepcionales que no deben de interrumpir el desarrollo habitual de la vida, si no es transitoriamente, pues es en la cotidianidad donde el individuo «se pule» y decide. Donde a veces nos coloca el destino es con frecuencia –aunque no siempre– donde debemos de desarrollarnos.

Pero no caigamos en el error de intentar por nuestra cuenta un retiro permanente (a veces suele aparecer ésta idea), pues la andadura del Recto Camino se debe de realizar en el lugar que ocupemos en la sociedad que hayamos elegido para vivir. Es en el contacto con el día a día donde debemos de acabar descubriendo la Grandeza de lo cotidiano, y que en definitiva El Único está en todo.



Es en la relación con las demás personas donde se atempera el ego y se liman las asperezas, es donde aprendemos a ver nuestras deficiencias que los demás, aún sin pretenderlo, descubren para nosotros, es donde aprendemos a ser tolerantes, asertivos, a establecer la relación y la diferencia.

En definitiva: somos gregarios y es entre los demás donde hacemos nuestra aportación en la construcción de la historia, donde nos convertimos en cocreadores del propio universo y donde corremos la aventura de nuestra elección.

El desarrollo espiritual necesita de la convivencia social, pero al mismo tiempo genera experiencias que difícilmente pueden ser compartidas, si no es con muchísima prudencia y con personas semejantes. Aún entre la gente el Sufi es un solitario difícil de entender.

En el caso de que nos sintamos impulsados a comunicar lo que nadie nos ha pedido recordemos esto justamente: que nadie nos lo ha pedido, y antes que vehementes *seamos prudentes*.

En referencia a este hecho, podemos decir con el antiguo proverbio que, «es mas fácil predicar que dar trigo», ya que es muy fácil ser imprudente entre las personas de nuestra cercanía familiar. Pero es natural, cuando queremos a alguien lo normal es que intentemos hacerle partícipe de aquello que descubrimos de bueno. Este acto instintivo puede crearnos problemas de convivencia, incluidos gestos de fácil descalificación y agresividad.

Mostrar abiertamente nuestro vínculo a una práctica espiritual cualquiera, máxime si no es una disciplina popularmente reconocida, genera problemas fácilmente. Ciertamente sarcasmo, clara oposición, faltas de respeto en general, etc. No está de mas considerar en este punto que, la prudencia es una cualidad que siempre debe de preceder a la sinceridad.

Si queremos compartir algo de nuestra personal experiencia con alguno de nuestros allegados, tanteemos primero el terreno, con delicadeza, porque pudiera suceder -por ejemplo- que estemos dando de comer garbanzos a un lactante que no los quiere ó no los puede masticar.



Hay que considerar que no todos los guantes están hechos para la misma mano. Y si vemos que la tierra sobre la que queremos sembrar no está preparada para recibir nuestro grano, esperemos y guardémoslo, puede, que esa tierra nos sea propicia en otra primavera.

Es así, con prudencia, como nuestro entorno social, correctamente entendido y sabiamente manejado, no solo no será un estorbo en nuestro proyecto para «despertar», sino que será una palanca de empuje entre las manos.

Simplificando lo dicho hasta aquí: la vida interior comienza con el íntimo deseo que nos lleva a una postura de auto-crítica y búsqueda. A una profunda reflexión que, sobre la propia naturaleza, se desarrolla ante la presencia de Allah (s.u.) y va dirigida hacia la búsqueda del «Yo» verdadero y hacia el descubrimiento de la Realidad que se oculta en el mundo de las apariencias, en nuestro entorno. Es una especial observación de lo creado que, al trascender el Dunia, la percepción primaria e ilusoria del individuo, nos enfrenta al Creador que tras todo se nos muestra.

En un principio esta «visión» del Creador será por medio de las criaturas, más tarde, las criaturas como percepción del ego, del ser elemental, se descorrerán delante de los ojos como se descorre un velo. Entonces aparece la clara percepción de Lo que tras ellas Se oculta y ya no volverán a suponer ningún estorbo entre tú y Tú.

DEFICIENCIAS Y CUALIDADES DURANTE EL DESARROLLO DE LA VIDA INTERIOR

El ser humano, en seguimiento del instinto más primario, va creando sus propias deficiencias. Con frecuencia su ciega ignorancia le conduce con satisfacción hacia una confusa autoadoración, hacia la autocomplacencia y la avaricia del hedonista.



La persona suele alimentar con mimo estas deficiencias, les dedica tiempo y con frecuencia dinero, incluso a veces hace ostentación de ellas, pero luego sus propias deficiencias van haciéndose más poderosas, más difíciles de controlar, y terminan por esclavizarle como el peor de los tiranos.

El ego gusta de ir revestido de la atractiva adulación de sí mismo y con frecuencia le oímos decir «justificadamente» aquello de: ¡tú te lo mereces todo!

Y, ¿acaso la sociedad de consumo desmedido, por medio del que se refuerzan las peores deficiencias del ego, el nafs, al que con tanta habilidad han aprendido a manejar en beneficio del sistema, no ha convertido ese «slogan» en el estándar de su publicidad?, ¿por qué será? Pensémoslo bien. ¡Tú te lo mereces todo!.. ¿todo?

El ego es tan hábil como para hacernos creer que él es todo lo que podemos ser y que por lo tanto el control es nuestro, cuando en realidad son las deficiencias, *si las dejamos*, las que marcan la ruta y se nutren de nosotros hasta secar el Manantial de todas las esperanzas.

Hacer del hedonismo una «religión» es una primera opción, un estilo de vida que cuenta con muchísimos adeptos, y paradójicamente es la más pobre de las opciones, la más primitiva, y antes ó después la menos satisfactoria, aunque parezca contradictorio.

Esta es la «religión» que se comienza con más facilidad, pero de la que más difícilmente se sale y que a la larga y aún a veces antes de lo previsto es la que conduce a la autoaniquilación parcial o total, según el caso. Casi todas las personas tendrán algún ejemplo nefasto que recordar sobre la seducción del ego, si no en su experiencia personal, en alguien conocido al menos.

Esta reflexión está sustentada sobre una larga y reconocida labor con mis pacientes que son un perfecto ejemplo de esta afirmación.

En el lado opuesto a las deficiencias -arrullo de nuestro sueño- se generan las cualidades -luces del despertar- como una negativa a dejarse dominar por el fraude del nafs. Esta



es una segunda opción a desarrollar con más o menos esfuerzo en una especie de confrontación interna, es la lucha permanente entre eros y thanatos, entre fuerzas oponentes, entre creación y destrucción. Es una de aquellas alternativas –la más importante sin duda–, que, al contrario de la seducción del ego, comienza con esfuerzo pero conduce a la plenitud.

Este periodo de elección, más ó menos largo, más ó menos consciente, es uno de los periodos más difíciles para quienes comienzan como caminantes. Pero de esa dificultad es de la que más tarde se reciben los mejores frutos y la que guarda a su vez las mejores y más sabrosas satisfacciones.

De la experiencia de superación –no importa en que cometido– es seguro que también conservan buenos recuerdos la mayoría de las personas, quienes saben que nada verdaderamente bueno se logra sin un cierto esfuerzo. Casi todos hemos experimentado que el premio justifica el trabajo realizado.

La determinación de afrontar con seriedad en nuestra vidas una labor de modificación y de aprendizaje tiene una singular particularidad, y es que, al contrario que en la opción de dejarse seducir por el ego, el proceso entre el esfuerzo y la compensación se realiza a la inversa.

En el primer caso la seducción es dulce, pues reporta satisfacciones indudables inmediatas, con poco ó ningún esfuerzo, el juego se presenta atractivo, no hay molestias, todo es dejarse llevar, no se admite nada que pueda contrariar la voluntad hedonista, es el sistema empleado para «enganchar». Pero este juego seductor no tarda en pasar factura; lo grado el «enganche» está garantizada la esclavitud.

Muchas personas, reaccionan «pidiendo un nuevo crédito», todavía un poco más... Es lo que llaman, «seguir disfrutando de la vida», como si la vida sólo pudiera ser disfrutada desde la sola percepción del ego.

Pero hay un momento no definible que se presenta sin esperar, como un ladrón en la noche, es el momento en el que las propias deficiencias se han incrustado de tal forma en los individuos que éstas han pasado a formar parte inseparable



de su «ropaje», se han adueñado de la persona y la han convertido en una marioneta sin voluntad al vaivén de los capricho de su ego. Es el momento inaplazable de pagar la gran factura..., ¡no hay más crédito!

Decimos de estas personas que son unos desalmados, es decir gente sin alma, fagocitada por el ego, pero... que pocos lo reconocen en sí mismos. Generalmente se auto engañan con aquella otra frase tan frecuente: «es que yo tengo mis propios criterios...». El ego ha de ser educado desde los inicios de cualquier sistema pedagógico, con el fin de que no sea él quien acabe dominando sobre el total de la persona.

Y si bien es cierto que el esfuerzo del aprendizaje al principio resulta más dificultoso, según se adquiere experiencia en este camino las dificultades van siendo menores, las satisfacciones mayores y la percepción de libertad, por la pérdida de inútiles ataduras, no tiene comparación posible. La verdadera libertad no depende tanto de la circunstancia exterior, con sus inestabilidades y dependencias, como del resultado de la propia evolución interna, estable, definitiva y manifiesta donde quiera que la persona se halle.

Insistamos, (recordando comentarios anteriores) en que esta exposición no debe de confundir a nadie y nadie debe de creer que, desde aquí, le invitamos a una vida triste, llena de carencias, esfuerzos y renunciaciones, descolorida y sin las lícitas alegrías de lo sencillo, de lo cotidiano ó de lo excepcional. Nada más lejos en la intención, pues me hago eco del viejo proverbio que dice; «una vida triste es una triste vida».

Pero el sistema en el que vivimos ya se encarga de adular y potenciar nuestro ego; así pues tratemos tan sólo de resaltar la importancia de no caer en la trampa, de no dejarse engañar por el Dunia, de no tener a lo ilusorio como objetivo. Cualquiera de las opciones que se tomen, bien sea dejarse engañar viviendo al ritmo que nos marquen ó sea esforzarse en descubrir el timo de lo aparente, son aspectos diferentes del ser humano que será lo que decida ser. Sobre esto ya hemos comentado en el capítulo referido a los conceptos de bien y mal.



Aquello por lo que cada persona se decida, se alimentará y crecerá en ella, y se manifestará en lo interno tanto como en lo externo, en todo su comportamiento, en todas sus decisiones, en sus relaciones con los demás y en definitiva en su percepción de la realidad, y por lo tanto en el desarrollo de su evolución.

Tal como hayamos decidido que sea en nuestro interior será en nuestro exterior y hará patente nuestro estado cualquiera que éste sea y ello será determinante en nuestra vida.

¿No vimos alguna vez a una de esas personas de rasgos feos, pero de una gran belleza iluminando su rostro? Y por el contrario, ¿no nos hemos fijado en esos guapos de cara, pero de expresión desagradable? Nuevamente la sabiduría popular también escribió estos otros proverbios: «la cara es el espejo del alma» y «quien mal anda, mal acaba», etc.

LOS CUATRO ESTADOS DEL TASAWWUF

«Te rogamos, Creador de todas las cosas, Allah (s.u.), para que abras nuestros corazones al Conocimiento que se encuentra más allá de todas las fronteras, para que nos esforcemos en arrancar todos nuestros velos y podamos así renacer a la inocencia original. Que aprendamos a prescindir de lo ilusorio que impulsa nuestros fútiles deseos, que sepamos reconocer-Te en cada uno de nosotros hasta ser Tus fieles instrumentos en la creación de este Universo.»

El Camino de Perfección es el mismo en todas las Tariqats Sufis, y en cuanto a la técnica fundamental y el método para recorrerlo también es siempre el mismo.

Existe la salvedad de que la interpretación de algún aspecto –que no modificará nunca el contenido– y el modo en que se desarrolle cada técnica será algo que dependa de la Baraka –el Kerigma– de cada Sheyh. Cada Maestro reconocido tiene su propia visión de la Ma´arifa y su peculiar saber ha nacido de una más o menos larga y contrastada experiencia personal.



Cada Táriqa, cada escuela, tiene sus discípulos ó murid («fukara», practicantes del Tasawwuf), pero como nadie conoce con profundidad el corazón de las personas, nadie está completamente capacitado para determinar quién es realmente un verdadero Sufi y quién no lo es. Esta profunda mirada, capaz de leer en el corazón del murid, es un don de discernimiento –dones de estado– que sólo está al alcance del Sheyh, el Maestro, y aún esto con determinadas *limitaciones*, puesto que, en definitiva, sólo Allah (s.u.) es el Conocedor.

Desde la más remota Tradición, la «Gente del camino» ha establecido etapas en el proceso de modificación en la conducta y evolución de los alumnos hacia ese propósito que tiene como meta «el despertar» previo a la Unión entre Creador y criatura. Son etapas que se van superando con el esfuerzo de cada fukara y la asistencia del Sheyh, manteniendo siempre clara la consciencia de que nada se mueve sin el concurso del Principio Creador, Allah (s.u.).

Estas etapas, observadas con más o menos parcelamientos, existen en todas las escuelas espirituales antiguas, indicándonos así el origen único común a todas ellas; nadie ha sido capaz de mejorarlas desde su inicio ni de poner en duda justificadamente su valor. Muchas privilegiadas personas absolutamente dóciles a Allah (s.u) han completado estas etapas en su desarrollo interno, la mayoría se mantienen ocultas, razón ésta por la que nos pasan desapercibidas, pero algunas han trascendido hasta nosotros como Maestros reconocidos, otras, las menos, se han convertido en instrumentos de la Revelación dando lugar a lo que conocemos como «la experiencia profética».

En el curso de la historia y en el ámbito del Unitarismo cada pueblo ha tenido sus profetas, personas absolutamente dóciles ante la acción creadora y que han transmitido su experiencia como *algo uniforme*, aunque expresado oportunamente «de forma diversa» en lo accesorio, según el marco histórico-cultural de cada etnia a quien se hayan dirigido.

En definitiva, el conocimiento de lo común en lo diverso siempre acaba por descubrirnos que sólo existe un Único Prin-



cipio coherente en toda la historia de la Revelación, El Principio Creador, Allah (s.u.).

Pongamos algunas similitudes cercanas a nuestra cultura en cuanto a las diversas escuelas o modos diferentes de recorrer un mismo y único Sendero. Podemos hablar, por ejemplo, de Teresa de Ávila. Ella describe siete estados durante el proceso de desarrollo interno, y los comenta en su obra «El castillo de las siete moradas». Pero Teresa de Ávila se inspiró, para alguno de sus poemas, en la obra de la Maestra Sufi Rabia al Adawiya, al igual que Juan de la Cruz lo hiciera en la obra del insigne Ibn al Árabi. De la misma forma Francisco de Asís y tantos otros de fértil obra bebieron de las inspiradas fuentes del Sufismo, tan cercano a ellos en aquel entonces.

En cambio los hinduistas, en el camino del Yoga, establecen en ocho las etapas del desarrollo, que son: Yama, Niyama, Asana, Pranayama, Pratyahara, Dharana, Dhyana y Samadhi. La escuela del Tantrismo Tibetano, llamada Maha mudra, indica tan sólo tres periodos que forman el triple cuerpo, el Tri Kaya. Son: Nirmana Kaya, Shamboga Kaya y Dharma Kaya. Y así podríamos seguir este proceso de similitudes entre las diferencias de forma, para encontrarnos con que, en lo esencial, la distancia es mínima ó inexistente.

Volvamos al Tasawwuf. El método Sufi, del que vamos haciendo los comentarios a lo largo de esta obra, está dividido en tres etapas, Sharia, Táriqa, Haqiqa. Estos tres periodos guardan cuatro estados del desarrollo espiritual simbolizados en la raíz TSWF, formada por las cuatro consonantes que componen la palabra Tasawwuf, que son: Tawa, Safa, Wilaya, Faná.

Si tuviéramos que describirlo con un gráfico, lo haríamos dibujando una circunferencia como símbolo de Unidad de todo lo que contiene en su interior, en cuyo centro se encuentra la Joya del Sufismo. Las diversas partes de su interior son símbolos para expresar distintos aspectos de un proceso dentro de una sola realidad indivisible. En el interior de la circunferencia hay un triángulo equilátero y cada lado corres-



ponde a cada una de las tres etapas, Sharia, Táriqa, Haqiqa. En su interior contiene las cuatro palabras que forman el Tasawwuf y en su centro la Joya inestimable de la Sabiduría, La Baraka de Allah (s.u.).



Esta figura representa lo que acabamos de comentar

INICIO AL COMENTARIO DE LAS TRES ETAPAS

Antes de continuar con esta lectura me permito la sugerencia de una reflexión, si llega el caso. La comprensión del significado «Estado de Islam» es algo sobre lo que se ha de suponer que ya no tenemos reticencias culturales a causa de una información nefastamente limitada.

Como hemos comentado en capítulos anteriores, la manipulación de la historia pasada es una barrera en nuestra mente con la que tenemos que contar. A esto hay que añadir la perversión que los intereses de algunos individuos en particular y la torpeza de algunas etnias tradicionalmente conocidas como «musulmanas» representan actualmente, deformando entre unos y otros el contenido y propósito originales.

Pero ésta no es una experiencia nueva en nuestra historia, plagada de buenas ideas que posteriormente se han deformado. Ya sabemos que, en cualquier ámbito del pensamiento,



política, religión, filosofía, etc., ha habido personajes singulares. Hombres y mujeres iniciadores de movimientos que, con el paso del tiempo, han sido desvirtuados por algunos ó todos los que, posteriormente, se llaman a sí mismos «los herederos y custodios».

De otra parte se supone que, después de todo lo escrito, ha debido de quedar clara la diferencia entre la religión Islámica popular y el concepto de Islam como estado de vida.

Si es que se han comprendido correctamente las explicaciones leídas anteriormente en este trabajo, este problema, de haberlo habido, ya debe de estar superado, de lo contrario sugiero, antes de continuar, el repaso de lo leído y sobre ello la reflexión que se indica al inicio de este comentario.

EJERCICIOS NECESARIOS EN TODO EL PROCESO

El control sobre los propios defectos y el desarrollo de las cualidades contrarias, van a ser ejercicios habituales sobre los que el Sheyh intervendrá proponiendo periódicos «exámenes de tanteo», sin previo aviso, que acompañados de las prácticas devocionales ocuparan una parte del tiempo del iniciando.

Es muy importante que durante este tiempo el murid se ejercite en la paciencia y que no pretenda «ver» avances certificados al modo en que se dan títulos académicos, pues «aquí» las cosas no van por ese camino.

Progresivamente, y de forma apenas perceptible para el murid, el dominio del ego sobre él irá cediendo terreno y él se irá haciendo cada vez mas fácilmente con el control.

Hay quienes escriben sobre la aniquilación del ego, sobre su destrucción. Se ha tratado mucho sobre esta cuestión posiblemente no muy bien comprendida, sobre todo cuando quien escribe se inspira sobre lo que ya escribió otro autor sin experiencia personal.



Diríamos más bien que antes que de una destrucción se trata de una *reconducción*. Razonemos por qué.

El ego es el instrumento que nos sirve en nuestra relación con el mundo de lo material, puesto que es de la misma naturaleza que este. Él es el comienzo de la hominización que permitió la aparición de la identidad en el ser humano y de él nos servimos para aprender en una constante relación con cada particular universo. Ya hemos comentado también sobre esto en páginas anteriores.

Si alguien consiguiera en un vano intento aniquilar su ego, lo haría desaparecer. Esto es lo que significa aniquilación. Se quedaría automáticamente sin vehículo de relación con el entorno, sin herramienta, rompería su hominidad y por lo tanto dejaría de ser el acontecimiento humano.

Por lo tanto el ego *no* debe de ser aniquilado, *sino domeñado* y puesto en su lugar de utilidad como la herramienta que es.

Ya dijimos que si el ego es el dominante conduce a la persona, inexorablemente, hacia la autodestrucción. De otro lado, si hablamos de aniquilación hablamos de amputación, y éstos son términos que, con razón, al común de las personas asustan, y que además se convierten en un propósito imposible.

Así pues, parece mas razonable hablar de reconducción, como ya dimos a entender cuando hablábamos de la «aniquilación» de *los aspectos negativos* del ego, no de la destrucción del ego como parte inseparable de la naturaleza humana. Es a este concepto al que nos referimos siempre que en anteriores ocasiones hacemos alusión al tema.

Por lo tanto, durante esta etapa de andadura en el Camino la reconducción del ego se ha de convertir en uno de los principales ejercicios. Primero para evitar el ser dominados por él, después para que el ego entienda que es nuestra herramienta al servicio de nuestra evolución, y más tarde para que vaya desapareciendo la percepción de dualidad a la que el ego tiende a someternos.

Ya hemos comentado abundantemente sobre la importan-



cia de estar prevenidos en contra de los juegos del ego, de las indecisiones y del rigorismo conceptual cerrado, germen de cualquier fanatismo ignorante. Ahora trataremos de la importancia decisiva que en todas las etapas de desarrollo en la vía Sufi tienen las prácticas del Salat y del Du'a.

Para que ambas prácticas contengan todo su valor han de ser concebidas tal y como ya dijimos en el capítulo correspondiente. Al principio suelen ser unas prácticas sobre todo vocales, de recitación, con el concurso de algunos momentos de bienestar espiritual. Son momentos que se deben de aceptar como «un regalo», pero a los que no conviene aficionarse, porque con certeza han de llegar periodos intermitentes de altibajos. Estos periodos de «inestabilidad» pueden desorientar al practicante, si es que la afición por los «gustos» del espíritu se ha convertido en una trampa de autocomplacencia elaborada por el ego.

Pero cuando esto suceda recordemos que *es normal*, no hay que desesperar, no hay que desanimarse, es muy importante continuar fiel a las prácticas –la Íbadat–, haciendo acopio de paciencia, pues las rutas del espíritu, al igual que cualquier otra disciplina, lleva su tiempo y estamos siendo modelados en manos del Alfarero, unas veces con gozo otras con dolor.

La práctica del Dzikr es otra «Joya de la Corona». Durante el tiempo que inicialmente le dediquemos nos conducirá, si somos constantes, hacia la meditación discursiva. En esta primera forma de meditación intervienen la consciencia del sonido y de la forma, desde donde posteriormente nos iremos trasladando a los estados de meditación más profundos.

Hay personas que se dedican íntegramente al estudio de La Escritura y llegan a aprenderla de memoria y a ponerla en práctica cotidianamente desde una interpretación literal; es el Fiqh (estructura de la religión). Si éstas personas se limitan a esa labor se convierten, como ya dijimos en capítulos anteriores, en 'alim ó eruditos, en faqíh (expertos en Fiqh), pero aún siendo esta función importante no es esta *exclusividad* la que aquí nos interesa. No nos interesa ser «listos», nos interesa «la Sabiduría».



La estricta lectura literal carece de la *esencia* que se guarda tras la forma, le falta la flexibilidad de la alegoría, y por lo tanto empobrece la capacidad de entendimiento en las personas amantes de este método, que suele ser rígida y sesgada. Estas personas pueden llegar a ser «muy religiosas», pero poco impregnadas de Sabiduría, de la Ma'arifa.

Otra de las actitudes de la que hemos de cuidarnos es la relativa a ese ir y venir entre habituales indecisiones, con la que algunos pasan sus vidas y que suele acabar en el pozo de la frustración.

Como también ya hemos comentado, aquellas personas que han pasado un periodo de su vida entre buscar y dudar y, por fin, tras una larga reflexión, se han comprometido con un método *bien contrastado*, deben de mantener su decisión sin dejarse abatir por las dificultades que van a ir surgiendo, que surgirán, si es que no quieren convertirse en aprendices de mucho y maestros de nada, pues aún las dificultades forman parte del aprendizaje.

Si la decisión ha sido sincera –como se supone–, y por lo tanto es estable, entonces se puede decir sin lugar a dudas que se ha dado el primer paso en el proceso de iniciación, del que se han de derivar progresivamente, y bajo los auspicios de una práctica correcta, los demás estadios de la evolución espiritual.

SHARIA

Sobre estos tres periodos ó etapas Sharia, Tariqa, Haqiqa, ya hemos hecho los comentarios pertinentes en parte V de este libro. Pero durante la práctica correcta de estas tres etapas se desarrollan cuatro Estados, Tawua, Safa, Wilaya y Faná. De estos Estados vinculados a estas tres fases ó periodos es de lo que trataremos ahora.

Por principio Sharia es la «ley», *la normativa*. Es el método que, como en cualquier otro proceso de aprendizaje, equiva-



le a los «ejercicios» que mantienen el propósito e inducen la modificación, en este caso, hacia el *estado* de Islam, concebido ¡siempre!, como *estado* de Paz ó Armonía. (lo comentado en la parte V de este libro).

Es la primera etapa, el primero de los periodos en el desarrollo, el que comienza con la aplicación de las normas y con la sencilla comprensión de los primeros niveles de la Revelación horizontal y el respeto por su ley, ley de la Naturaleza.

Percibida la Revelación del Principio Creador en todo cuanto existe, Sharia nos invita a la correcta práctica cotidiana de las *enseñanzas y preceptos* de la Revelación vertical, en la convicción de que, si primero no nos dejamos enseñar por la norma (el método), difícilmente podemos ser liberados de la ceguera y de los condicionamientos por la acción del modelo al que supuestamente estamos recurriendo. No obstante, hemos de asumir las reticencias y dificultades que probablemente habremos de oponer. El ego jugará un importante papel.

Este método ha de ser aceptado en su totalidad y no puede ser modificado ni cuestionado, porque pretenderlo es tanto como oponer el personal criterio al de las enseñanzas contenidas en la Antigua Sabiduría. Y la Sabiduría es la combinación del resultado de nuestro esfuerzo con la intervención de la dinámica creadora en la historia de la humanidad, donde descubrimos el signo de la Revelación. Para entender esto recordemos los conceptos de Revelación ya tratados.

En este primer periodo la lectura de los Textos de la Revelación, así como otros vinculados a la Tradición, es de una *importancia probada*, ¡sin lugar a duda! Pero como ya hemos repetido varias veces, cuidémonos de la avaricia intelectual, que no nos conduzca a una erudición banal en la que *algunas personas se pierden*; para buenos archivos ya están las bibliotecas. Los textos, que nunca deben de ser renunciables, son una guía, pero no guardan lo que solo puede ser encontrado en «el corazón» del ser humano. Una sabia combinación de «otras fuentes de inspiración» sería lo correcto, insisto nuevamente en esta idea.

Sharia es un primer periodo de «limpieza y puesta a punto», es una primera etapa de estricta ortodoxia en ruta hacia



la remodelación, ¡pero primero la buena observancia de la norma!

El concepto de Sharia es mas extenso en el marco de la «religión estructural», pero es la primera idea que acabamos de comentar brevemente, la que nos interesa en el contesto de este trabajo.

Desde la concepción sencilla que sobre práctica de norma y Revelación hemos expuesto, el iniciando irá pasando a una segunda percepción sobre ambas más sutil, que no invalida la primera comprensión sino que la amplía y perfecciona. Esta otra percepción, sin conculcar la ortodoxia, habrá de ir sustituyendo *la rigidez de la literalidad* para ir gozando cada vez más de la flexibilidad capaz de percibir la heterodoxia «necesaria» que se guarda discretamente tras la cuadrícula de la letra.

Normalmente durante este primer periodo el Salat suele ser poco mas que un ejercicio devocional con la intervención de algunas emociones, pero el «estado de Salat» no es todavía accesible. Durante este tiempo será la constancia diaria en los ejercicios de Dzikir, como una herramienta inestimable, lo que prepare la mente y el espíritu a la entrada en aquel otro estado mas sutil.

Otro ejercicio fundamental durante este periodo es dedicar una parte del esfuerzo a la eliminación activa de los defectos dominantes que tan bien conocemos y que con tanto cariño tratamos, pues éstos son la primera línea defensiva del ego. Al mismo tiempo que tales deficiencias se van desplazando del lugar que antes ocupaban, las cualidades contrarias que debemos de ejercitar van remodelando nuestra personalidad en sustitución de aquellas.

Esta modificación progresiva como resultado de nuestra labor sobre las deficiencias, más la fidelidad a las practicas de la Îbadat, anuncian el final del primer periodo, marcado por un proceso de ruptura con los viejos hábitos y la adquisición de los nuevos. Este primer «estado» del Tasawwuf recién adquirido durante el periodo de Sharia es el que llama-



mos Tawba, cuyo significado es el de asentar la corrección de los defectos.

Preparados para entrar en la segunda etapa, Táriqa, donde se comienzan a difuminar la palabra y la imagen, el sonido del discurso va quedando como una coletilla que mantiene la mente consciente en un estado libre de la interrupción de otras distracciones y la atención fija ante La Presencia.

Ahora estamos dispuestos para el inicio del siguiente proceso que nos inducirá a un nuevo cambio de «estado»; es un viaje que se inicia con la muerte del ser viejo que éramos y nos va gestando hasta el nacimiento del ser nuevo al que aspiramos.

TÁRIQA

Es el Sirata l'Mustaqim, el Recto Sendero. Por extensión también se llama Táriqa a una Orden Sufi, y en otro sentido constituye el segundo de los periodos del desarrollo espiritual. Durante este periodo se alcanza el estado de Safa, desprendimiento de ataduras y condicionamientos, y el estado de Wilaya, docilidad ante la Acción Creadora. Es la puerta que nos conduce hacia el estado de Simplicidad Esencial por el que permitimos que, Allah (s.u.), «ocupe Su lugar de trabajo» en la criatura.

Al inicio de este segundo periodo mantenemos el esfuerzo por acoplar definitivamente nuestras vidas a las normas de modificación en nuestra conducta. Por ello nos esforzamos en perfeccionar su aplicación según lo hemos aceptado en el primer periodo de aprendizaje.

Al unísono ejercitamos una mejor comprensión de las enseñanzas guardadas en La Revelación, surge la «intuición» de que en Ella se guarda «algo» mas. Es una base de sustentación para la etapa siguiente. Esta intuición mas aguda sobre la Revelación irá dejando paso a aquel otro entendimiento más profundo del contenido sabiamente oculto en ella.



Simplificando: en primer lugar el periodo Táriqa está dedicado, ya sin las anteriores reticencias, a la mejor comprensión, práctica y perfeccionamiento de la norma, Sharia, a la que entenderemos no ya como un agujijón, sino como una buena aliada.

Es en este delicado momento más avanzado en el que la Sharia, como Ley, deja de ser semejante a una piedra sujeta a cada pie y tiende a transformarse en unas alas para poder volar y romper otras barreras.

Debido a esto, y algo más tarde en este periodo, el concepto de Sharia se comprende como Revelación que no sólo viene desde fuera, sino que se *percibe en el interior* mostrando el Principio de Simplicidad, el inicio a la Ma'arifa, la Gnosis, y la persona que lo experimenta inicia su transformación progresiva hacia la naturaleza del 'Ârif. Empiezan a desaparecer los «velos».

En segundo lugar esta dedicado este periodo a un proceso de transformación en las habilidades de percepción y entendimiento *en general* –nuevo enfoque de la Creación como Revelación– y por medio de este nuevo enfoque al descubrimiento de lo oculto en la Revelación horizontal y vertical.

En los comienzos de este periodo –Táriqa– se inicia la entrada al segundo estado del Tasawwuf, el que llamamos Safa. Es el estado durante el que la persona, que va siendo libre de sus ataduras y condicionamientos, ha realizado el asentamiento definitivo de los nuevos hábitos, la nueva conducta adquirida anteriormente ya como una costumbre. En Safa el iniciando va a ir asentando las bases del estado de sencillez por el que recuperamos la Fitra, libres de la inocente ignorancia primitiva. Poco a poco la persona va siendo revestida de la Luz del Conocimiento, aquel otro estado por el que desde la consciencia de lo que somos nos habremos de situar dóciles ante el Creador (estado de Wilaya).

Aquí la presencia del Sheyh se hace enormemente apreciable como ayuda para eliminar ciertas dudas y algún que otro escrúpulo que fácilmente pueda surgir.

Durante este periodo, el murid, iniciado en el Sufismo, pue-



de verse necesitado de compartir *prudentemente* algunas de sus experiencias con sus compañeros de la Táriqa y recurrir con cierta frecuencia a la asistencia de su Sheyh, del que recibirá las indicaciones que éste considere.

Es un periodo más o menos intenso de prácticas de pedagogía espiritual que el Sheyh supervisa, al igual que cualquier otro maestro de no importa qué disciplina, pues su aguda mirada penetra más allá de las simples apariencias.

Como en cualquier otro método de enseñanza, es el murid por medio de su respuesta ante el método, quien determina el tiempo de duración de cada periodo durante el desarrollo de su proceso de modificación.

No obstante, consideremos que el desarrollo espiritual no es una «ciencia precisa», y aunque las etapas por las que se pasa y los estados que se alcanzan están sabiamente descritos sobre la experiencia de los siglos, cada persona es todo un universo de posibilidades. Conociendo esta circunstancia, el Sufismo, aun en su ortodoxia, se ha mantenido flexible en toda su historia, con el objeto de poder ser comprendido y practicado en cada diferente época y por cada diferente persona, sin necesidad de violentar sus principios fundamentales.

Por lo tanto, la capacidad para aprender en cada discípulo se mide por el nivel de su docilidad a las enseñanzas que recibe. «Cuanto más vacío de trastos inservibles esté el cesto que porta, más facilidad tendrá el Sheyh para depositar en él las herramientas con las que el propio individuo ha de cincelar a la nueva persona que pugna por ser».

Ya avanzados en este periodo, Táriqa, comienzan a aparecer las inspiraciones del Espíritu, y la docilidad a la acción transformadora es más frecuente y con menor oposición. Por ello es que los defectos dominantes van perdiendo su fuerza, de forma más pasiva, sin tanta lucha, y los sentidos adquieren una percepción más sutil.

Es normal que comience a aparecer una cierta dificultad para la práctica del Du'a, del Salat y del Dzikr de forma *exclusivamente discursiva*. Si estamos siendo fieles a la práctica de la Íbadat, aceptemos esta modificación sin dudar, pues es



el síntoma de que la fidelidad al método comienza a alcanzar su Objetivo.

Será una indicación de que se inician los estados de meditación espontáneos que, inducidos por el Amor, inevitablemente intervienen en el desarrollo de estos ejercicios. Las palabras empiezan a ser un estorbo.

Pero si falla la constancia en las prácticas es muy probable que la dificultad en el discurso esté motivada por la falta de continuidad. Será una mala jugada del ego, por lo tanto el recurso es el retorno a la constancia, sin desear precipitar nada que no nazca en nosotros de manera espontánea.

La evolución espiritual, recordémoslo, está única y exclusivamente fundamentada sobre una intensa experiencia de amor hacia El Creador fundamentada sobre el conocimiento racional que sobre Él alcancemos.

Este conocimiento vendrá a nosotros a partir del estudio sobre todas las formas posibles de Revelación, como ya explicamos en su momento. Pero después de esto hay que buscar allí donde se halla escondido, en el «corazón» humano, «el jardín de la intimidad», donde nadie puede entrar y que convierte en pura fruslería cualquier otra experiencia. Es aquí donde se funde al amante con el Objetivo de su Amor en Una sola y Única Realidad.

Estas experiencias, todavía aleatorias, no significan que de aquí en adelante todo haya de ser «miel sobre hojuelas», dado que todavía se han de experimentar oscilaciones que van desde estados de euforia espiritual a momentos de verdadera aridez. La diferencia entre estos periodos de sequedad espiritual y los que pueda haber en anteriores etapas, Sharia y principios de Táriqa, es que aquellos suelen estar marcados por el desánimo y la duda. Ahora, en este periodo, el dolor interno tiene su origen en el profundo deseo, todavía no satisfecho, de la Divina posesión. Sigue habiendo «deseo», noble pero «deseo», aunque es natural, el ego también aprende sutilezas. Aún persisten algunos velos, albergamos la vaga idea de que el esfuerzo para dar los últimos pasos debe de ser nuestro, la confianza en nosotros, aunque camuflada, todavía se mantiene activa ocu-



pando un lugar que ya no le corresponde; vamos por buen camino, pero el ego aún juega con nosotros al escondite. Es muy importante mantener la fidelidad a las prácticas que el Sheyh recomiende; hablemos con él y esperemos pacientes. Esta vivencia del Sufi sólo es perceptible por otras personas ya iniciadas en un nivel semejante, pero tan sólo en alguno de los signos externos. No obstante son experiencias que suelen permanecer ocultas, pues es «algo» absolutamente íntimo entre el amante y el Amado. Este es un terreno cercado, cuya privacidad sólo pertenece a Allah (s.u.) y en el que nadie puede entrar y ningún otro no iniciado puede comprender.

Una cierta aridez espiritual, acompañada de un ardoroso deseo de Unión y la tendencia a elevar la mirada hacia Allah – con una dócil y amorosa atención– son signos de que se comienza a experimentar el inicio al estado de Contemplación.

Iniciamos el final del periodo Táriqa y nos preparamos para entrar al tercero de los periodos durante el proceso del Tasawwuf, el que llamamos Haqiqa, descubrimiento **vivencial** de La Verdad Esencial.

El Principio Creador se va convirtiendo para el Sufi en la única razón y meta de la existencia; se está produciendo la Unión ansiada precursora del Faná, último estado de Haqiqa, que ya se anuncia en el horizonte espiritual. Es el preludeo de todas las melodías y de la transformación plena.

La docilidad a este Recto Sendero, el Tasawwuf, hace tiempo que dejó de ser cuestionada, pues se ha convertido en el eje de la propia vida.

HAQIQA

Sólo mediante el amor pleno nacido de una completa docilidad, como Baraka del Altísimo, se puede acceder a la tercera etapa, la que nos introduce en la percepción de *La Verdad Esencial* y propicia la ruptura de todos los velos.

Éstos son los últimos momentos de cualquier «noche» antes del Alba del Faná como la total y absoluta disponibilidad,



la plena fusión en Allah, en la que no hay forma que no se encuentre integrada en Él y todas las apariencias quedan aniquiladas ante la percepción de los sentidos sutiles del espíritu.

No significa esto que todo desaparezca o que deje de existir como Manifestación en la diversidad, sino que la percepción es integradora, que nada con naturaleza transitoria es percibido como tal realidad, sino que es captado por la visión que perfora cualquier apariencia, como quien observa un holograma.

Por esto decimos alegóricamente que todo es aniquilado ante la percepción de Allah (s.u.), porque pierde su densidad y su separatividad para quedar fundido en la Unidad, a semejanza de la luz blanca que se descompone en siete colores y cada uno de ellos es la luz. No obstante, la posibilidad de transcribir en un papel esta experiencia conlleva una dificultad casi insalvable.

Éste es el punto final del Tasawwuf, el estado de Faná, el último proceso operativo de la Haqiqa como Verdad Esencial, por el que se produce el Ser Deiforme, aquel estado por el que el místico Hallay se veía obligado a decir: «La Verdad soy yo, yo soy La Verdad.

Sharia, Táriqa, y Haqiqa son los vértices del triángulo equilátero que alberga el Tasawwuf formando un todo indisoluble y en cuyo centro se guarda la Joya Inestimable de la Sabiduría, el Faná, la mejor Baraka de Allah (s.u.).



CONCLUSION

Considerando la dificultad de los temas tratados hicimos el esfuerzo de emplear el lenguaje más sencillo posible.

Dijimos al principio de este trabajo que no se podría aquí contener más que una pequeña parte de lo que el Sufismo es, pero la intención tampoco era la de hacer una obra inacabable, pues ya existe una gran bibliografía disponible para quienes aspiren a otro tipo de información.

La pretensión era, como dijimos, la de orientar en *una línea*, para que aquellas personas a quienes este libro llegue puedan a partir de aquí, si así lo sienten en su corazón, iniciar su propia búsqueda no importa por que camino, siempre que alberguen una idea clara sobre el tema.

Algún autor de reconocida fama asegura que para ser Sufi no es necesario ser musulmán, y esto así dicho se enfrenta contradictoriamente a toda La Tradición. Por lo tanto quiero entender que lo que se ha querido más bien decir es que el Camino de la mística es un hecho cierto en el seno de muchas otras culturas, en el pasado y en el presente, como está suficientemente probado sin ningún lugar a duda.

Como dijimos inicialmente, pensar que antes de la promulgación Muham-madiana no existía el Gran Conocimiento sería otro gran despropósito desmentido por la existencia de la promulgación Hermética. Esta es anterior a cualquier otra promulgación conocida en nuestra área cultural, y para nosotros, como para tantos otros, es el inicio de toda la Sabiduría posterior.

Pero El Sirata l'mustaqim de los Sufis, el Sufismo como tal, *sólo puede darse en el seno de la tradición Islámica pura*, pre Muhammadiana y post Muhammadiana, tal y como se enseñó desde los inicios de la historia de la Tradición. Sin interferencias de ninguna clase, incluidos los conceptos de religión estructural, y según nos fue transmitida por Sidna Muhammad (p.b.), como eslabón entre aquel entonces y nuestro presente.



Doy gracias al Creador de todo cuanto existe, el Único, El Incognoscible, El que Revela de Sí lo que quiere y a quien quiere, Allah (s.u.), y por esto mismo doy testimonio de la dimensión profética de Sidna Muhammad (p.b.), sello de la profecía y Maestro de todos los musulmanes. Así lo creo y así lo vivo.

Y Le doy gracias también por haber puesto en mi Camino el eslabón que me ha unido a la Sílsila, a la Tradición, en la persona de mi extinto Sheyh al 'Arif Hayy Sidi Abd el Kader ben Aÿiba, por cuya sugerencia inicié este trabajo. Que Allah (s.u.), esté satisfecho de él.



Hayy Sidi Sa'îd ben Aÿiba al Andalusí
(Autor de esta obra)



DU´A

Estoy ante Ti y dentro de Ti, Mente C3smica, Principio Generatriz Increado, Fuerza de la Naturaleza, Armonía Suprema, Clara Luz o Dios con todos los nombres y sin ninguno de ellos. ¡Allah!

Desde Ti vengo como simiente sin forma y hacia Ti voy inexorablemente hasta fundirme en Ti de nuevo, como espero de Tu Rahma.

Eres lo 3nico real y todo lo dem3s somos Tus fugaces pensamientos y vivencias por medio de los que te expresas, am3ndote en nosotros en tanto percibimos la vaga sensaci3n del Ser y crecemos como reflejo de Ti mismo, porque «de alguna manera» s3 somos a Tu imagen y semejanza como atributos Tuzos.

A trav3s de nuestras experiencias adquirimos diversas identidades cada d3a y nos configuramos como individuos entre la multiplicidad de tus obras, que siendo distintas en cuanto a criatura, no dejan de ser Una en cuanto a sustancia.

Por ello trabajamos y pedimos desde la humildad que nos impone el conocimiento de todas nuestras limitaciones, para poder entrar de forma estable y definitiva en el estado de Armon3a que est3 m3s all3 de la ignorancia, el Fan3, Tu mejor Baraka, superando as3 el l3mite de las apariencias tras cuyo velo Te ocultas.

Que viva as3 la constancia de Tu presencia de la que me hablan todos los seres, que Te reconozca en lo positivo y en lo negativo, en lo masculino y en lo femenino, en el d3a y en la noche... si T3 quieres.



EXHORTO

«Que se cumplan en ti los mejores deseos, y se realicen en ti los mejores augurios. Serás entonces «azufre ojo», y apenas se te verá. Y serás único, y no tendrás semejante. Y serás singular, y nadie te acompañará. Serás un «sin igual», y no tendrás en tu especie quien te sustituya. Serás uno con el Uno y múltiple con el Múltiple. Y serás ocultamiento en el ocultamiento, el secreto del Secreto. Entonces, serás el heredero de cada profeta, de cada sincero y de cada mensajero.

Tú cerrarás el círculo de la intimidad con Allah y serás su sello. Tú serás el que libere de tribulaciones y por ti descargarán las nubes su lluvia. Por ti germinarán las semillas y crecerán las plantas. Por ti serán alejadas las desgracias y las calamidades de los hombres. Serás la crema de la tierra y de las gentes. Hacia ti emprenderán pies y manos a buscar tu bendición y tu auxilio, y ante ti se arrodillará la existencia, y serás servido..., con el permiso del Creador.

Yo distribuyo consejos y nada quiero a cambio. No deseo nada de vuestro mundo, no soy su esclavo. Solo reconozco y me someto a Aquél que me rige desde dentro, mi Fuente, mi Creador, el Uno-Único.

El ha dispuesto que mi alegría esté en que vosotros triunféis, entonces estoy satisfecho, esa es mi comida, mi bebida, mi ropa y mi alegría. No quiero otra cosa de vosotros que vuestro triunfo junto a Allah (bendito y alabado).» Sidi Abdalkader Al Yilani



SURA AL FATIHAH, PUERTA DEL QOR'ÂN:

*Con el nombre de Allah el mças Compasivo y Misericordioso
Alabado sea Allah Señor de los mundos
El Clemente, El Misericordioso,
Soberano en el día de la Justicia,
A Ti es a quien reconocemos y en quien ponemos nuestra
confianza.
Condúcenos por Tu Recto Sendero, el Camino de la Felicidad,
no el de los ignorantes ni el de los necios.
Amén.*



Abdú Rabihi, Hayy Sidi Said ben 'Ajiba al Andalusí.

A día 25 de Shawwal del 1.422 - 20 de Enero del 2.003

Al hamdu lil'ahí Rabbi Al'alamin.

Para conectar con el autor:

Hayy Sidi Sa'íd ben Ajiba al Andalusí
Apartado de correos 34
33100 TRUBIA (Asturias - España)
tarikashadilia@hotmail.com





ÍNDICE DE MATERIAS

Prólogo	7
Unos apuntes breves sobre la historia	11
El Cristianismo arriano preislámico	11
La invasión árabe en España	12
El enlace con La Antigua Tradición	15
Sobre la Verdad y las creencias	16
Sura al Fatihah	17
Frente a la Puerta Dorada	17
Los prolegómenos	23
El viaje de la causalidad	24
Un singular visitante	26
El Sheyh Meki ben Kiran	27
Encuentro con el Sheyh Belkussi	29
El regreso	30
Introducción	33

I PARTE

Presentación del Linaje Espiritual (la Sílsila) de LaTáriqa Shadzilia Darqāwia Ayíbia	37
Algunas consideraciones. Un orden en nuestras vidas	40
Avanzando conclusiones	42
Preparando la modificación	45
Sobre la reflexión	48
El organismo en armónico equilibrio	51



La pedagogía del método	54
Bien y mal, dos aspectos diferentes de una misma realidad	57
Equilibrio entre opuestos	64
La búsqueda, el deseo de ser feliz	68
La necesidad del Conocimiento ó el valor del Saber	75
Otra percepción	78
Un avance en la comprensión	81
El derecho a equivocarse	82

II PARTE

El ámbito de lo espiritual durante la ejecución del método. La presencia de Dios, Allah (s.u.), en cada persona	89
Deducción razonable	94
Sobre la dimensión espiritual en el ser humano	95
Concepto de alma	99
El Sheyh. El murid. Relación entre discípulo y Maestro	101
La iniciación de un proceso	107

III PARTE

Dos conceptos de Revelación	111
1. Revelación horizontal; En la Creación, El Creador se Revela al hombre	111
A propósito de algunas religiones	113
Pequeños momentos de lucidez	115
Cada persona, un factor posible de Revelación	118
El error como factor de evolución	119
El derecho a la diferencia	122
2. Revelación vertical; En el Hombre, Dios, Allah (s.u.) Se Revela al hombre.	123
Una reflexión previa	123



Sobre la verticalidad de la Revelación	96
El Profeta como vehículo de la Revelación Vertical	129
Que considerar antes de elegir	133
La correcta elección	136

IV PARTE

Modificación de la conducta. Método	143
Diferencia entre método y Objetivo	145
Algunas precauciones	148
Sobre el quien y el cómo	150

V PARTE

Islam, Musulmán. Los vocablos árabes y nuestra dificultad	159
Modificación del propósito original de las religiones	163
Islam como estado de Universalidad	166
Sharia, Táriqa, Haqiqa, introducción al concepto	175
El Dunia. El mundo ilusorio	179
Dios antropomorfo y Allah (s.u.)	184
Concepto de Allah (s.u. bendito y alabado)	189
Al Masjíd, al Zawiya	193

VI PARTE

El Salat como Sirata l'Mustaqim, o Recto Sendero por excelencia.	199
Concepto de Oración	199
Sobre el Du'á	203
Una manera de hacer Du'á	206
Du'á y emoción no son equivalentes	209
El Salat	213
El Dzikr	222



VII PARTE

Vislumbrando el Antiguo Sendero	225
Ágera (Realidad) contrapuesto a Dunia	226
Sobre el Sufismo. El Tasawwuf	230
La situación histórica	235
El resurgimiento de la Antigua Tradición	237
El Sirr. Los secretos de Allah (s.u)	245
¿Quién eres	254
Razonemos una respuesta	258
Fundamentos de la Antigua Tradición	262
Enunciado de los siete Principios de la Sabiduría	265
Donde está tu corazón, allí está tu tesoro	277

VIII PARTE

El Recto Camino, El Sirata l'Mustaqim	287
La Vida Interior	288
Deficiencias y cualidades durante el desarrollo de la Vida Interior	293
Los cuatro estados del Tasawwuf	297
Inicio al comentario de las tres etapas	300
Sharia	304
Táriqa	307
Haqíqa	311
Conclusión.	313
Du'a	315
Exhorto	316
Sura Al Fatihah, Puerta del Qor'án	317